

Jesús Manuel Martínez



SALVADOR ALLENDE

El hombre que abría las alamedas

PREMIO INTERNACIONAL DE ENSAYO JOVELLANOS. ESPAÑA

Catalonia



En Gijón, siendo el día 13 de marzo de 2009, el jurado de la decimoquinta edición del PREMIO INTERNACIONAL DE ENSAYO JOVELLANOS, reunido en el Museo Casa Natal del ilustrado asturiano cuya memoria se honra con este galardón, hace público el resultado de sus deliberaciones

Bajo la presidencia de don Sabino Fernández Campo, conde de Latores, han formado parte del jurado don Jorge Fernández Bustillo, don José Luis García Delgado, don Juan Luis Iglesias Prada, don Pedro de Silva Cienfuegos-Jovellanos, doña Socorro Suárez Lafuente y don Juan A. Vázquez, actuando como secretario don Luis Xabel Álvarez Fernández

Tras deliberar sobre los originales presentados a la convocatoria, el jurado concedió por unanimidad el PREMIO INTERNACIONAL DE ENSAYO JOVELLANOS, en su decimoquinta edición, correspondiente al año 2009, al texto *Salvador Allende*, presentado por Jesús Manuel Martínez, una obra que, con excelente expresión literaria y alto contenido testimonial, reconstruye, al hilo de la trayectoria biográfica de Allende, pasajes cruciales de la historia de Chile que poseen a su vez resonancia internacional.

Y para que así conste, lo firman y suscriben los miembros del jurado en el lugar y fecha indicados en el encabezamiento de la presente acta.

Acta de la decimoquinta edición del Premio Internacional de Ensayo Jovellanos 2009

Jesús Manuel Martínez

Salvador Allende

El hombre que abrió las alamedas

“No he desposeído a nadie,
no he usurpado el pan a nadie.
Nadie ha muerto en mi nombre.
Nadie.”
Primo Levi

Premio Internacional de Ensayo Jovellanos, 2009
[Principado de Asturias, España]

Catalonia

JESÚS MANUEL MARTÍNEZ

Salvador Allende / Jesús Manuel Martínez
Santiago de Chile: Catalonia, 2009
400p.; 15x22 cm

ISBN: 978-956-324-022-1

HISTORIA DE CHILE
983
BIOGRAFÍA
921

Dirección editorial: Arturo Infante Reñasco
Diseño de portada: Guarulo & Aloms
Impresión: Andros Impresores S.A., Santiago de Chile

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, en todo o en parte, ni registrada o transmitida por sistema alguno de recuperación de información, en ninguna forma o medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo, por escrito, de la editorial.

Primera edición: Agosto 2009.

ISBN 978-956-324-022-1

Registro de propiedad intelectual: AS-1315-09

© Jesús Manuel Martínez, 2009.

© EDICIONES NOBEL S.A., Oviedo, España, 2009.

© Editorial Catalonia Ltda., 2009.

Santa Isabel 1235, Providencia, Santiago de Chile.

www.catalonia.cl

Palacio de La Moneda,
11 de septiembre de 1973, 9.10 AM

Radio Magallanes, habla el presidente Allende:

Seguramente, ésta será la última oportunidad en que me pueda dirigir a ustedes. La Fuerza Aérea ha bombardeado las torres de Radio Portales y Radio Corporación. Mis palabras no tienen amargura, sino decepción. Que sean ellas el castigo moral para los que han traicionado su juramento: soldados de Chile, comandantes en jefe titulares, el almirante Merino, que se ha autodesignado, más el señor Mendoza, general rastrero que sólo ayer manifestara su fidelidad y lealtad al Gobierno, y que también se ha autodenominado Director General de Carabineros. Ante estos hechos sólo me cabe decir a los trabajadores: ¡Yo no voy a renunciar!

Colocado en un trance histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo. Y les digo que tengo la certeza de que la semilla que entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos, no podrá ser segada definitivamente. Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos.

Trabajadores de mi patria: quiero agradecerles la lealtad que siempre tuvieron, la confianza que depositaron en un hombre que sólo fue intérprete de grandes anhelos de justicia, que empeñó su palabra en que respetaría la Constitución y la ley, y así lo hizo. En este momento definitivo, el último en que yo pueda dirigirme a ustedes, quiero que aprovechen la lección: el capital foráneo, el imperialismo, unido a la reacción, creó el clima para que las Fuerzas Armadas rompieran su tradición, la que les enseñara Schneider y que reafirmara el comandante Araya, víctimas del mismo sector social que hoy estará en sus casas esperando con mano ajena reconquistar el poder para seguir defendiendo sus granjerías y sus privilegios.

Me dirijo sobre todo a la modesta mujer de nuestra tierra, a la campesina que creyó en nosotros, a la obrera que trabajó más, a la madre que supo de nuestra preocupación por los niños. Me dirijo a los profesionales de la patria, a los profesionales patriotas que siguieron trabajando contra la sedición auspiciada por los colegios profesionales, colegios de clase, que defendieron también las ventajas de una sociedad capitalista de unos pocos.

Me dirijo a la juventud, a aquellos que cantaron y entregaron su alegría y su espíritu de lucha.

Me dirijo al hombre de Chile, al obrero, al campesino, al intelectual, a aquellos que serán perseguidos, porque en nuestro país el fascismo ya estuvo hace muchas horas presente; en los atentados terroristas, volando los puentes, cortando las líneas férreas, destruyendo los oleoductos y los gaseoductos, frente al silencio de quienes tenían la obligación de proceder.

Estaban comprometidos. La historia los juzgará.

Seguramente Radio Magallanes será acallada y el metal tranquilo de mi voz no llegará a ustedes. No importa. La seguirán oyendo. Siempre estaré junto a ustedes. Por lo menos mi recuerdo será el de un hombre digno que fue leal con la gente.

El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar, pero tampoco puede humillarse.

Trabajadores de mi patria, tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor.

¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores!

Estas son mis últimas palabras y tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano, tengo la certeza de que, por lo menos, será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición.

Introducción

El paso del abismo

Se traspasa el abismo y el hombre queda oscurecido
o con una transparencia sumergida.
Sólo entonces se lo puede conocer.

Francisco Coloane, *Paso del Abismo*

Un hombre no es un libro, no vive roto en capítulos. En el instante en que Salvador Allende aprieta el gatillo es todavía todos los Aliendes. El hombre vive y muere entero, somos en cada momento lo que fuimos, lo que hemos sido.

En el instante en que aprieta el gatillo Allende es todavía el presidente de Chile, el abanderado del pueblo de izquierda, el médico, el masón, el hombre de familia y el que amaba a las mujeres, el que no quería ser héroe, el nieto del *Rojo Allende*, el heredero de una tradición republicana y progresista no interrumpida desde la independencia nacional.

Se acaba la mañana del 11 de septiembre de 1973. Desde primeras horas, bajo las bombas y entre los escombros, a través de un teléfono negro conectado con emisoras de radio que la aviación va silenciando de una en una, Allende ha estado trazando una calcula-

da sucesión de autorretratos, depurándose en cada estampa hasta alcanzar la desnudez y mirar a los ojos a la muerte.

A las 7.55 se autorretrata con banda presidencial, solemne:

—Habla el presidente de la República desde el Palacio de La Moneda. *

Ante un levantamiento contra el gobierno legítimo que aun espera limitado a la marina, se alza como garante del orden constitucional y como jefe de las fuerzas armadas:

—Yo estoy aquí, en el Palacio de Gobierno, y me quedaré aquí defendiendo al gobierno que represento por voluntad del pueblo. Tengo la certeza de que los soldados sabrán cumplir con su obligación.

A las 8.15 es el jefe de la resistencia antigolpista:

—Trabajadores de Chile, les habla el presidente de la República. Tengan la seguridad de que el presidente permanecerá en el Palacio de La Moneda defendiendo el gobierno de los trabajadores. Las fuerzas leales, defendiendo el juramento hecho a las autoridades, junto a los trabajadores organizados, aplastarán el golpe fascista que amenaza a la patria.

A las 8.45 se autorretrata en antihéroe:

—Compañeros que me escuchan: la situación es crítica, hacemos frente a un golpe de Estado en el que participan la mayoría de las fuerzas armadas. Yo no tengo pasta de apóstol ni de mesías. No tengo condiciones de mártir, soy un luchador social que cumple una tarea que el pueblo me ha dado. Pero que lo entiendan aquellos que quieren retrotraer la historia y desconocer la voluntad mayoritaria de Chile: sin tener carne de mártir, no daré un paso atrás.

En menos de una hora Allende ha pasado del registro formal, que conviene a su condición de presidente de la nación, a un registro esencial. Ya no habla sólo desde su rango institucional, empieza a expresar sus convicciones personales profundas:

—Si me asesinan, el pueblo seguirá su ruta. Yo tenía contabilizada esta posibilidad, no la ofrezco ni la facilito. El proceso social no

va a desaparecer porque desaparece un dirigente. Podrá demorarse, podrá prolongarse, pero a la postre no podrá detenerse.

A las 9.03, bajo la amenaza de los aviones, Allende vuelve a ser joven, médico, masón (autorretratos en bata de hospital y en delantal de iniciado) para proclamar más allá del pudor ordinario su credo humanista, el optimismo radical que no embotaron los golpes, sin siquiera el último, de la vida:

—En nombre de los más sagrados intereses del pueblo, en nombre de la patria, los llamo a ustedes para decirles que tengan fe. La historia no se detiene ni con la represión ni con el crimen. Esta es una etapa que será superada. Este es un momento duro y difícil. Es posible que nos aplasten. Pero el mañana será del pueblo. La humanidad avanza para la conquista de una vida mejor.

A las 9.10 empieza su discurso final. El retrato se sale del marco, el personaje rompe las dimensiones del cuadro, la voz se emancipa del cuerpo, Allende entra en la inmortalidad con el mismo gesto altivo con el que se abandona a la muerte.

Es preciso releer este discurso aunque se haya leído otras veces. Y mejor aún escucharlo que leerlo. Es inagotable por lo que dice y también por lo que calla.

Es una síntesis de todos sus discursos de candidato, por la enumeración cuidadosa de sus destinatarios de siempre: trabajadores, mujeres, profesionales, jóvenes. Atiende a lo inmediato con datos y consignas, escribe la historia de la emancipación popular y se inscribe en ella, y abre al futuro una visión de grandes alamedas. Por tener, tiene hasta una pincelada de coquetería póstuma (“el metal tranquilo de mi voz ya no llegará a ustedes”), como para completar un autorretrato en dandy o en seductor a la antigua, como muy pronto lo describirá García Márquez.

El discurso final de Allende es la banda sonora de este libro.

En vano le buscaremos precedentes históricos, no existen. No hay testimonio de otra despedida como esta desde el umbral de la

muerte. Los modelos son del ámbito de la literatura o de la devoción.

La muerte de Sócrates narrada por Platón es una de las grandes escenas de la Antigüedad clásica, y no podía Allende desconocer este pasaje reverenciado por la tradición humanista. Pero no hay rastro en Allende de la resignación y el buen humor con el que Sócrates bebe la copa de veneno en obediencia a las autoridades de Atenas. Si acaso, el gesto compartido de ordenar, antes de darse muerte, que se retiraran las mujeres.

Escuchamos, en cambio, un eco literal y melancólico del último sermón evangélico:

—Siempre estaré junto a ustedes.

(El mismo eco cristiano que resuena un cuarto de siglo más tarde en la despedida de François Mitterrand, otro gran agnóstico: “Creo en las fuerzas del espíritu y no los abandonaré a ustedes”.)

De los antiguos modelos, Allende emula sobre todo la actitud serena de quien se aleja con las tareas hechas, la semilla sembrada, los afectos intactos y seguros. Las palabras son de consuelo, promesas de tiempos mejores. En el aire de estas tres despedidas flota por igual la pestilencia de la traición.

Una diferencia primera es que los modelos son reconstrucciones, mientras que la radio permite a Allende despedirse en persona y en vivo. Otra diferencia es que, en sus reconstrucciones, el filósofo Platón y el evangelista Juan proponen escenarios apacibles, una conversación final, una última cena, mientras que aquí el modelo de la serenidad se rompe en el escenario infernal de un palacio en llamas.

El discurso final de Allende, que ha encontrado un lugar de honor en las antologías de los grandes discursos políticos del siglo (aquí sus pares se llaman Winston Churchill, Charles de Gaulle, John F. Kennedy, Martin Luther King) fue un discurso no previsto, pero no fue un discurso improvisado. Que Allende era un gran orador se

sabía: era fama que sus intervenciones parlamentarias podían pasar al diario de sesiones sin corrección de estilo. Allende hablaba como escriben esos pocos autores que redactan de un tirón y sin enmiendas, pero era un orador reposado, fluvial (no torrencial), largo y ancho, y estos mensajes finales son obras maestras de brevedad.

Este dominio no se improvisa, es la decantación de una vida. Allende ha llegado hasta este instante en que fuerza y declara su destino después de haber madurado durante 65 años una síntesis final de las tres grandes culturas que hicieron tanto a la persona como al personaje.

En primer lugar, una cultura republicana de transmisión paterna y de coloración masónica, heredera de las tradiciones humanistas del siglo de las luces y de las revoluciones americana y francesa.

En segundo lugar, una cultura profesional de médico, más honda aun que la anterior puesto que es una cultura universal y milenaria, en la que se aúnan el rigor del método científico y la cercanía a los seres humanos.

En tercer lugar, una cultura nacional y popular inigualada, pues no paró de recorrer Chile desde la infancia, y por origen, carácter y oficio tuvo o se ganó el acceso a todas las clases, capas y segmentos de la sociedad chilena.

Cabría añadir una cuarta cultura, la parlamentaria, basada en el debate, la transacción y el pacto, y evocar, por último, su método y su vía de conocimiento preferida: la conversación. En una de sus múltiples coqueterías, Allende solía hacer gala de su poca inclinación a la lectura; y aunque es poco creíble que, por ejemplo, cursara toda la carrera de Medicina de oídas, es indudable que la conversación fue su principal vehículo de aprendizaje.

Venía de lejos. Si de los grandes hombres suele decirse que fueron hombres de su tiempo, de Allende hay que decir que fue hombre de un tiempo más largo. Junto al Palacio de La Moneda, su es-

tatua es la de un hombre que camina, y hasta en piedra se diría que sigue adelante, al otro lado ya del Paso del Abismo, el torbellino del mar de Magallanes que oscurece a los marinos o los vuelve transparentes.

Salvador Allende Gossens había nacido en Valparaíso el 26 de junio de 1908.

Capítulo 1

Allende venía de lejos

Valparaíso es de las ciudades del mundo que tienen nombre y leyenda propios, independientes de los Estados que, de forma a veces muy circunstancial, las administran. Ciudades marineras: Nápoles, Odessa, Marsella, Singapur. O San Francisco, su hermana gemela y más afortunada, a la que Valparaíso ayudó a hacer carrera en el norte mientras ella declinaba y se empobrecía. No importa, son ciudades que incluso avejentadas y decrépitas cautivan de forma misteriosa.

En 1908 Valparaíso es aún el puerto por donde la modernidad entra en Chile (el deporte, el baño, la puntualidad, el cemento, el telégrafo y la prensa, como enumera el porteño Joaquín Edwards Bello, y se olvida del cinematógrafo). Ciudad de vitalidad exuberante, tropical si no fuera por el azote sombrío de sus inviernos, se rehace a duras penas del violento terremoto que la había sacudido dos años antes. Todavía no se abre el canal de Panamá y, aunque los ferrocarriles que cruzan el istmo y el norte del continente le han quitado ya gran parte del tráfico de viajeros y mercancías entre el Atlántico y el Pacífico, sigue siendo la esperanza de los marinos que doblan el cabo de Hornos para ponerse en la oreja el pendiente que acredita la travesía, y el último respiro de los que se apres-

tan a zarpar rumbo a esos mares. Vicente Huidobro les dedicaba esta despedida:

—Buen viaje, un poco más lejos termina la Tierra.

Por aquí pasaron, y acrecentaron la leyenda, Francis Drake, Charles Darwin, Pierre Loti, Flora Tristán. Los grandes de la literatura de aventuras no necesitaron tocar puerto para reclamar el fulgor de su nombre: Herman Melville, Julio Verne, Jack London, Edgard Rice Borrouhgs.

Rubén Darío llegó desde Nicaragua en 1886 y dos años más tarde, a los 21 de edad, publicó *Azul* y abrió a la adormecida literatura hispánica el camino por donde discurriría en todo el siglo siguiente. Darío y el Puerto “me ventilan el seso con oxígeno único”, escribe el poeta Gonzalo Rojas. En aquel mundo ya globalizado por la navegación a vapor y el cable transatlántico, Valparaíso era un nodo importante del sistema mundial, y la proliferación de revistas y diarios (el primero de todos *El Mercurio*, fundado en 1827 por un tipógrafo norteamericano y dos periodistas chilenos, decano mundial de la prensa diaria en castellano) facilitaba una circulación rápida y ágil de la información y las influencias culturales.

Era una ciudad de marineros y comerciantes y de aventureros extraviados, como el pintor angloamericano James McNeill Whistler. Viajó desde Londres en 1866 con alguna promesa inconcreta de empleo militar en la guerra contra España, y llegó justo a tiempo para presenciar el bombardeo de Valparaíso por la escuadra española. Las explosiones de los obuses y los fuegos que provocaron en la ciudad le inspiran una pintura de la noche incendiada y realiza allí mismo, además de varias vistas del puerto, el primero de los *Nocturnos* que le darían fama en Londres.

En 1908 era todavía, dice Ernesto Montenegro (*Memorias de un desmemoriado*, 1969), “una ciudad afanosa y despreocupada donde se andaba rápido, se trabajaba y se bebía fuerte (...). Había en el puerto un fervor de cosmopolitismo, pasajeras visiones exóti-

cas, insinuaciones de aventuras en los mástiles de los veleros y en los humos que se perdían bajo el horizonte marino”. El terremoto de 1906, gemelo del que asoló San Francisco en abril de ese año, con su secuela de incendios causados por las velas y los fuegos de cocina, aceleró el final de la capitalidad económica que disputaba a Santiago, capital política tan afrancesada como Valparaíso era anglófila.

Podía tener 200.000 habitantes y vivía del puerto y del comercio, incluido, por cierto, el comercio de la carne (algunos burdeles de la ciudad, como Los Siete Espejos, eran conocidos en todo el mundo marino). Abogados, contables, aduaneros, médicos, periodistas, maestros, artesanos, marinos, militares, funcionarios, sin olvidar curas y monjas, formaban una clase media en ascenso. Los artesanos y los obreros se defendían en sus mutualidades y sus escuelas nocturnas de inspiración anarquista, pero había todavía un 40% de analfabetos y el número de nacimientos ilegítimos se acercaba a ese porcentaje.

Son tres ciudades en una: el puerto, un breve rellano (el Plan) y el anfiteatro de los cerros. Al puerto arriban durante todo el siglo XIX los comerciantes ingleses de piernas largas y otros europeos que se instalan en la angosta faja plana y empujan cerros arriba a los habitantes de lo que había sido una pobre caleta de pescadores. Edwards Bello mira desde el Plan cómo “la ola europea, triunfadora, va repeliendo hasta las quebradas pobres a los residuos o sobrevivientes changos, mulatos y mestizos: hacia arriba va la ola medio derrotada comiendo pescado seco y cebolla”.

Los precipicios vertiginosos de los cerros se comunican con el Plan mediante los mismos ascensores que cien años más tarde serían declarados patrimonio de la humanidad, y que, más que por ingenieros, parecen imaginados por humoristas. Subiendo y bajando por estos ascensores las gentes se suman y se superponen dando a la vida plenitud y ambiente. Benjamín Subercaseaux observa

que, a diferencia de las otras ciudades de Chile, donde el espacio se organiza para evitar el contacto entre los ricos y los pobres, aquí la vida popular y el lujo victoriano se entrecruzan a cada instante. La superposición puede ser muy macabra cuando la cuenta Edwards Bello: "Durante el terremoto de 1906, caían viejos ataúdes abiertos, de los fundadores de la ciudad encima de los manteles de los portañeros nuevos".

Si los terremotos tienen importancia en la vida de Salvador Allende, que les tenía un pánico nada recomendable en un país agitado a diario por temblores de tierra, se debe sin duda a la reiteración de evocaciones familiares del espanto de 1906. A su esposa, Hortensa Busi, la conoció en Santiago en 1939 huyendo ambos de una réplica del seísmo que arrasó la ciudad de Chillán. Ella escapaba de un cine, él de una reunión de masones.

Cuando nació Allende, Chile acababa de doblar el siglo y se encaminaba al primer centenario de la independencia (1910), en plena euforia económica y con una sólida estructura institucional. "La última de las colonias españolas, escribiría Alberto Edwards Vives, se había transformado en la República más próspera y ordenada del continente". O al menos así era el Chile contante y sonante: una democracia de terratenientes de orígenes coloniales y de mineros y comerciantes de emigración más reciente, que se repartían la riqueza y el poder bajo la mirada atenta del *Foreign Office* y de la Bolsa de Londres.

La guerra del Pacífico (1879-1883) ganada a Perú y Bolivia había tenido un triple efecto positivo para esta oligarquía. Por una parte, borraba para siempre el complejo de inferioridad de la remota provincia que durante la dominación española no había sido sino Capitanía General del opulento y brillante Virreinato peruano. El poblachón santiaguino se había impuesto a la aristocrática Lima.

En segundo lugar, Chile se había apoderado de un vasto territorio que le iba a dar hasta la primera guerra mundial el monopolio del salitre, el oro blanco que permitiría al país invertir y prosperar durante décadas sin otro impuesto que no fueran las rentas cobradas por el Estado a las empresas mineras.

En tercer lugar, la victoria en la guerra del Pacífico aportaba factores de identidad interclasista, afianzado al Ejército y a la Armada como pilares de un patriotismo popular que duraría hasta su desbaratamiento por la dictadura político-militar de 1973. La guerra alumbró además a un héroe popular muerto en combate, el marino Arturo Prat, en un país que lo necesitaba más que otros porque había tratado mal a sus héroes de la independencia y los había convertido en símbolos de banderías políticas.

En esta guerra del Pacífico fue jefe de los servicios médicos de campaña del Ejército el doctor Ramón Allende Padín, abuelo del presidente Allende.

Este poderoso impulso a la autoestima y a la identidad nacional sobreviviría, apenas diez años más tarde, a la dura prueba de una guerra civil en la que las fuerzas más conservadoras pusieron fin a un régimen presidencialista que en las dos décadas anteriores había acabado con el poder eclesiástico y afianzado la institucionalidad republicana. Cuando el presidente José Manuel Balmaceda pretendió al mismo tiempo restablecer el dominio presidencial sobre el Parlamento y disputar a los británicos el control de la riqueza de los nuevos territorios del Norte, el Congreso sublevó a la Armada y derrotó al Ejército, que se mantuvo leal a la presidencia de la República.

En la breve guerra civil de 1891 murieron más chilenos que en la guerra contra Perú y Bolivia, en su gran mayoría conscriptos del Ejército regular y mineros nortinos enrolados en el bando sublevado, pero murieron también algunos miembros de las familias más acomodadas. En la hacienda Panul de Lo Cañas, lejos de lo que en-

tonces era Santiago y es hoy la comuna de La Florida, un grupo de jóvenes recibía entramiento militar para unirse a los sublevados. Efectivos del Ejército de Balmaceda asaltaron las casas patronales al amanecer del día 19 de agosto de 1891 y los redujeron sin mayor resistencia. Hicieron 16 prisioneros, 8 de los cuales fueron condenados a muerte por un consejo de guerra sumarísimo y ejecutados en el acto.

Uno de los ocho fusilados se llamaba Arsenio Gossens Uribe y era hermano de doña Laura, la madre de Salvador Allende.

José Manuel Balmaceda, cuya figura tendrá una presencia no menor en la vida y en la muerte de Allende, había hecho en esta biografía una entrada aún más temprana.

Balmaceda fue un parlamentario y ministro liberal brillante y culto. Ascendido a la presidencia de la República, impulsó gracias a las rentas del salitre el mayor programa de obras públicas hasta entonces conocido y multiplicó las inversiones estatales en educación y sanidad. En plena anarquía parlamentaria, sin apoyos populares porque el régimen oligárquico ni los necesitaba ni los quería (su gobierno había reprimido con violencia la primera huelga nacional de la historia de Chile), aislado por una alianza entre el Congreso y los intereses mineros que encontró su mejor instrumento en una Armada de tradición e influencia británicas, Balmaceda aguantó en La Moneda hasta la batalla decisiva del 29 de agosto de 1891. Derrotado su Ejército, se refugió en la Legación argentina para evitar el acoso de las turbas que se apoderaron de la capital. Allí esperó hasta el último día de su mandato constitucional y el 19 de septiembre se disparó un tiro en la sien. Había sido víctima de la fracción más conservadora de la oligarquía, que nunca perdonó a los liberales que emanciparan a la República de la tutela eclesiástica. O, para ser más completos, “del oro inglés, la marina de guerra, los políticos ávidos, las señoras de la alta sociedad y buena parte del clero”, según el sacerdote e historiador Fidel Aranedo Bravo.

José Manuel Balmaceda fue una de las personalidades nacionales que en octubre de 1884 portaron el féretro del doctor Ramón Allende Padín, el Rojo Allende, el abuelo.

Eugenio González, rector de la Universidad de Chile y una de las grandes cabezas pensantes del socialismo chileno, solía decir:

—Allende tiene un profundo sentido de la Historia.

Ese sentido de la historia le venía de nacimiento: Allende había venido al mundo entre las páginas de un libro de historia.

Los Allende son estirpe de larga trayectoria, tan larga como el recorrido de la República de Chile desde sus orígenes.

Tres hermanos criollos de ascendencia vasco española, Gregorio, Ramón y José María Allende Garcés, pertenecen al núcleo duro de la oligarquía criolla que protagonizó las guerras de la independencia desde su primera proclamación en 1810. Ramón y José María formaron parte del legendario regimiento de los Húsares de la Muerte y combatieron a la monarquía española al lado de Manuel Rodríguez, el guerrillero emblemático de la mitología nacional. Gregorio fue el jefe de la guardia personal del Libertador Bernardo O’Higgins, al que acompañó al exilio peruano. Ramón siguió a Venezuela, donde estuvo con Bolívar en las históricas batallas de Boyacá y Carabobo, antes de retornar a Chile y contraer matrimonio con Salomé Padín. Ramón y Salomé son los bisabuelos paternos del presidente Allende.

Los hermanos Allende Garcés no fundaron, sin embargo, una dinastía de militares, porque fueron militares accidentales, soldados de una sola guerra, al igual que tantas otras figuras de la independencia americana. En cambio fundaron una dinastía de masones.

La independencia de las colonias españolas de América es inseparable de la masonería desde que el venezolano Francisco de Miranda, llamado el Precursor, estableciera en Londres la Gran Reunión Americana, en la que se iniciaron los libertadores Simón Bolívar y

José de San Martín, junto con intelectuales como Andrés Bello. La hoja de servicios revolucionarios de Francisco de Miranda es incomparable: luchó por la independencia de los Estados Unidos como teniente del ejército español que tomó Pensacola a los ingleses (1781) y fue mariscal de campo del ejército de la República Francesa victorioso en Valmy y en Amberes. Se decía que era “el criollo más culto de su tiempo”. Había pertenecido a la misma logia que George Washington y Benjamin Franklin, y sus seguidores establecieron las famosas logias Lautaro en Argentina y Chile. Salvador Allende se lo explicaba a un Régis Debray incrédulo en una muy citada conversación de 1971:

—Las logias lautarinas fueron el pilar de la independencia en la lucha contra España.

Pero en Chile, como en el resto de América Latina, como en la propia España, la revolución libertadora inspirada en la independencia de los Estados Unidos y en la Revolución Francesa sería muy pronto sumergida por el reflujo de la marea conservadora. Los terratenientes y la Iglesia, libres del lastre de la monarquía, asumieron sin complejos las trazas de la República para perpetuar el orden social del Antiguo Régimen. En Chile lo hicieron de forma más sutil, inteligente y duradera porque las tribus oligárquicas acordaron muy pronto dirimir sus diferencias en sede parlamentaria y con puntillosa sujeción a un régimen de Derecho.

Fue la generación de Ramón Allende Padín (1845-1884) la encargada de agitar este orden colonial restaurado.

En la vida de Salvador Allende, Ramón Allende Padín es el abuelo, el referente familiar que no podía ser su padre, demasiado trivial para el carácter y la ambición del futuro presidente. Don Ramón Allende aporta a esta biografía (a esta vida) tres trazos mayores: era médico, era masón y era político.

Médico lo fue ya por tradición familiar, pues lo era su tío el doctor y diputado liberal Vicente Padín, fundador de hospitales y decano de Medicina de la Universidad de Chile, donde don Ramón, que había estudiado en el Instituto Nacional de Santiago, se doctoró de obstetra y cirujano a los 21 años, para establecerse a continuación en Valparaíso y atender allí, dicen las crónicas, a “una vasta clientela de pobres”. Su tesis sobre el tifus fue publicada en los *Anales de la Universidad de Chile* (1864).

Practicó la medicina hospitalaria y fue uno de los primeros en percibir la importancia de la higiene pública. Fue teórico y pionero de la vacunación universal obligatoria y se le atribuye la creación de la primera maternidad pública de Chile. En 1875 el presidente Federico Errázuriz lo nombró miembro de una comisión de la que formaban parte José Manuel Balmaceda y Benjamín Vicuña Mackenna, con el encargo de establecer una política nacional de salud, cuyo resultado más inmediato fue la duplicación del número de camas de hospital. En 1876, a los 32 años, fue elegido presidente de la Sociedad Médica de Santiago. Durante toda su vida profesional publicó artículos sobre salubridad pública en periódicos y revistas de Valparaíso y Santiago.

Fue pionero de la sanidad militar, inspirado en doctrinas francesas y en las atroces lecciones de la guerra de Secesión de los Estados Unidos. Durante la guerra del Pacífico, a partir de diciembre de 1879, fue jefe de sanidad del ejército en campaña y promotor del servicio de ambulancias (hospitales volantes), que llevó por primera vez la atención médica hasta los frentes de batalla. Era tenaz, imaginativo y muy seguro de sí mismo. En el frente peruano porfió hasta conseguir la autorización para incorporar a sus ambulancias a 500 esclavos chinos, a los que liberó de las mismas guaneras y haciendas donde pocos años antes habían sido exterminados los infelices nativos de la Isla de Pascua, secuestrados por los mismos traficantes. Un informe del intendente de la comandancia en jefe lo describe sobre el terreno:

—Me ha dado pena ver al esforzadísimo doctor Allende Padín, en días de batalla, cubierto de polvo y sudor, jadeante de fatiga, con el bisturí en la mano operando a los heridos y teniendo que atender al servicio de hospitales y ambulancias, recoger heridos, embarcarlos, ver de repartir por todas partes camas, catres, carretas, mozos, vendas, medicinas, etc.

Debió ser un trabajador infatigable como lo sería su nieto, pues en paralelo a su carrera de médico desarrolló una convincente carrera política: diputado por Santiago en 1876, diputado por Copiapó y Caldera en 1879, senador por Atacama en 1882. Se ilustró en la lucha victoriosa contra la Iglesia y los conservadores por la educación no confesional, el registro civil, el matrimonio civil y los cementerios laicos. Desde su primera campaña electoral en Valparaíso, en 1873, se ganó por anticlerical (pero también por el color de su barba) el sobrenombre con el que se le recuerda, el Rojo Allende. El tono de su réplica sonará familiar a quienes hayan tenido la oportunidad de escuchar alguna vez al nieto:

—Me llaman rojo. Ya que es preciso tomar un nombre y, aunque este me haya sido impuesto como infamante, rojo me dirán, pero estaré siempre de pie en toda cuestión que envuelva adelanto y mejoramiento del pueblo.

Era, por tanto, miembro de una clase profesional sin fortuna económica y cada vez más numerosa en Chile gracias a la generosidad de la educación pública, con prestigio cada vez mayor en la sociedad, enfrentada con las oligarquías tradicionales y con sus emanaciones religiosas y políticas, y en consecuencia miembro de una masonería que en ese tiempo encarnaba todavía, como antes había encabezado la lucha por la independencia, el combate contra la restauración de la Colonia. Se inició en la Logia Aurora 6 de Valparaíso y ascendió todos los escalones de la orden hasta su elección en 1884, poco antes de su muerte, al rango supremo de Gran Maestro de la Gran Logia de Chile.

Participó en dos acciones emblemáticas de la orden, la lucha contra los incendios y por la educación laica. Los incendios, en un país edificado en madera, alumbrado todavía por las velas de sebo de la Colonia, que se caían cuando temblaba el suelo, causaban a diario cuantiosas pérdidas humanas y materiales para las que no había atención del Estado. En Santiago, el incendio de la iglesia de la Compañía de Jesús, en 1863, dejó más de dos mil víctimas (Ramón Allende, alumno de último año de medicina, estuvo con las brigadas que atendieron a los heridos) y sirvió de impulso definitivo para la creación, inspirada por la masonería, del Cuerpo de Bomberos, organización de voluntarios cuyas compañías pronto se convertirán no solo en eficaces remedios contra el fuego, sino además en clubes que rivalizaban (y rivalizan hasta nuestros días) en medios materiales y en prestigio cívico. Ramón Allende fue miembro de la Segunda Compañía de Santiago. “Masón, radical y bombero” fue la trilogía que describió a los miembros de una casta de enorme influencia en Chile antes de degenerar en caricatura, ya muy avanzado el siglo xx, con la decadencia del Partido Radical y el declinar de la influencia de la masonería.

El empeño de don Ramón en la educación popular tuvo resultados duraderos, puesto que se alargan hasta nuestros días. En 1871, con la herencia que el comerciante de origen peruano Blas Cuevas había dejado a la masonería de Valparaíso, creó una sociedad de instrucción y fundó la primera escuela laica de Chile, para la que redactó un compendio de doctrina moral sin referentes religiosos (*Catecismo de moral universal*, 1873). Un siglo más tarde el presidente Allende reinauguraba la escuela en nuevas instalaciones, esta vez con los nombres unidos de Blas Cuevas y Ramón Allende.

De la importancia de la leyenda de don Ramón en la vida y en el imaginario del presidente Allende tenemos una evocación directa de doña Hortensa Bussi de Allende. En entrevista concedida

en 1983 al periodista Otto Boye, doña Tencha recuerda su primera conversación con Salvador en un café del centro de Santiago. Ella le reprochaba su masonería pasada de moda y Allende se justificaba con la memoria de su abuelo:

—Don[†] Ramón era sumamente generoso. Ganaba muy poco en su propia profesión, porque la mayor parte lo daba. Si al enfermo le faltaban los remedios, él se los compraba. Si le faltaban frazadas, ofrecía las de su casa. Por eso cuando murió no dejó nada. Pero como era masón, la masonería compró dos casas: una para que viviera la familia y otra para arrendarla de modo que tuvieran de qué vivir. Salvador me dijo esa vez que él tenía una gratitud muy grande hacia la masonería. No olvidó nunca este hecho.

Se contaba, en efecto, que no era raro que dejara dinero a los enfermos para que pudieran comprar medicamentos y que en una ocasión empeñó su reloj para hospitalizar a un paciente. Son relatos que se repiten de forma casi literal en las biografías de grandes médicos del siglo XIX, en Chile y en el mundo, y que son tributarios a la vez de la realidad dramática de la enfermedad de los pobres y de la angustia de estos hombres eminentes ante el desvalimiento de sus pacientes. En muchos casos los relatos están emparentados con la leyenda áurea de los santos cristianos, como en este epitafio del parlamentario radical y ateo Enrique Maclver a la muerte de su amigo:

—Si fuera permitido levantar el velo de la vida privada, se encontrarían en la de Ramón Allende rasgos de un Vicente de Paul.

Falleció de diabetes sin cumplir los 40 años y faltando 24 para el nacimiento de su nieto Salvador. La identificación expresa del nieto con el abuelo no es de proximidad, de afecto, sino una identificación construida sobre un referente familiar protector (la supervivencia económica y la posición social de la familia eran herencia suya), fuerte y con recorrido. Calculada, esta identificación termina por adquirir un componente sentimental. Carlos Jorquera, portavoz

y amigo del presidente, refiere un momento esclarecedor con motivo de una visita de este a la alta jerarquía de la Gran Logia de Chile. Al término de las conversaciones pasan por el gran salón adornado con los retratos de los grandes maestros y Allende clava la vista por unos instantes en el retrato de don Ramón:

—No pudo esconder su emoción, mientras sus hermanos masones lo contemplaban sin acercarse para no interrumpir la elocuencia de ese mudo diálogo entre el nieto y el abuelo.

Ramón Allende está enterrado en el Cementerio General de Santiago. En una página de internet dedicada a la guerra del Pacífico, bajo el epígrafe “Los héroes olvidados”, se pueden leer estas palabras tan inesperadas como conmovedoras: “Médico de las tropas chilenas. Su mausoleo está muy bien cuidado. Se nota preocupación. Gracias”.

Este anónimo homenaje compensa apenas la venganza ruin que se cobró la caverna nacional muchos años después de muerto, en 1973, cuando la dictadura político-militar borró su nombre del callejero de Valparaíso, donde con sobrado merecimiento se le había dedicado una calle.

A diferencia de don Ramón, Salvador Allende viviría lo bastante para consumir en alto grado la identificación con su referente. Fue, como él, médico, masón y político.

El padre, Salvador Allende Castro, palidece ante la poderosa figura del abuelo, pero sería erróneo menospreciar su influencia en la vida y en el carácter del futuro presidente.

Los cuatro hijos varones de don Ramón Allende Padín y de doña Eugenia Castro del Fierro estudiaron en la Universidad de Chile. Ramón, abogado, fue concejal radical de la municipalidad de Santiago. Guillermo, médico cirujano, completó su formación en España y en Alemania. Tomás fue médico dentista y también incursionó

en política (fue gobernador de San Antonio). Salvador padre eligió la abogacía.

Fue compañero de estudios de Arturo Alessandri en la Escuela de Derecho, y se dijo que su último empleo como notario en Valparaíso se lo facilitó el presidente Alessandri con maniobras poco claras. Sus hijos se enfrentarían no una, sino dos veces, en elecciones a la presidencia de la República.

Salvador Allende Castro emerge en la vida adulta como teniente de artillería en la guerra civil de 1891, para iniciar a continuación una existencia de funcionario en el ministerio de Instrucción Pública, en el de Guerra, y más tarde en la Compañía de Ferrocarriles del Estado. Su carrera despegó a finales de 1908, meses después del nacimiento de su hijo Salvador, cuando el gobierno lo envía a la ciudad de Tacna, ocupada al Perú en la guerra del Pacífico, en calidad de abogado de la Corte de Apelaciones y secretario de la Intendencia. Ocho años más tarde, en 1918, fue trasladado a Iquique en funciones de notario y conservador de bienes raíces, y al año siguiente dejaba el Norte Grande para instalarse 2.700 kilómetros al sur, en Valdivia, con el empleo de abogado del Consejo de Defensa del Estado. En 1922 consigue por fin establecerse en Valparaíso, primero como abogado de la Corte de Apelaciones y luego en la más lucrativa posición de notario. En 1925 rehace la travesía a Tacna para formar parte de la comisión chilena encargada de supervisar un plebiscito que no llegó a celebrarse, ya que la devolución de la ciudad al Perú se efectuó mediante un tratado bilateral firmado en 1929.

En todas las ciudades en las que vivió dejó huella, si no por el tipo de realizaciones que hubieran podido enorgullecer a su hijo Salvador, sí en cambio por su ingenio desbordante, su facilidad de palabra, su brillo en los salones, la generosidad de sus fiestas (en una ocasión fletó para sus invitados un tren especial de Arica a Tacna), su talento para las bromas, su galantería con las damas. Los histo-

riadores chilenos, sobre todo si son de derechas, celebran con inexplicable regocijo una de sus tropelías literarias: la publicación en un diario peruano de un soneto laudatorio al presidente de la nación que, en acróstico, contenía un grave insulto escatológico. Tan grave que ni el biógrafo soviético de Allende, J. Lavreski (*Salvador Allende*, 1974), ni su traductor, Castul Pérez, se atreven a transcribir el “me c... en Leguía” original y lo suavizan en un “yo te escupo”.

Diana Veneros (*Allende, un ensayo psicobiográfico*, 2003) ha investigado en los archivos de Tacna la azarosa economía de la familia, fragilizada tanto por la liberalidad de los dispendios como por la tardanza en la llegada de los sueldos desde Santiago: demandas por cobro de honorarios a sociedades mercantiles y a particulares, ventas y empeños de enseres domésticos, créditos e hipotecas para la compra de la casa familiar en 1914. Es evidente que Allende Castro había heredado de su padre la habilidad para ganar y no guardar dinero, habilidad que transmitiría intacta a su hijo.

Murió de diabetes como Ramón Allende, en 1932, en condiciones espantosas, con una pierna amputada y la otra gangrenada. A sus hijos Alfredo y Salvador, encarcelados aquellos días por un tribunal militar, se les permitió hacerle una última visita, que el presidente recordaría muchos años después ante Régis Debray:

—Allí, como médico, me di cuenta del estado de gravedad suma en el que se encontraba. Pude conversar unos minutos con él y alcanzó a decirnos que sólo nos legaba una formación limpia y honesta y ningún bien material.

En la necrológica que le dedicó el 10 de septiembre de 1932, *El Mercurio* de Valparaíso acumuló sobre él tales y tantos elogios que agotó las reservas y en el resto del siglo ya no encontró ninguno para su descendencia: “Tenía una facilidad asombrosa para hablar en verso y podía poner en rima y medida, sin esfuerzo, las ideas más jocosas, las producciones más originales y a veces extravagantes de un humor de buena ley. Cuando la galantería o la amistad le

pedían el brindis serio o la dedicatoria sentimental, Allende hallaba siempre la nota exacta, de buen gusto, sin caer jamás en la cursilería, resbalando por encima de los temas más expuestos a la vulgaridad. Bondadoso, excelente amigo, hombre de hogar con ternuras exquisitas, jefe de una familia encantadora y de una sensibilidad extraordinariamente delicada, pasó por la vida haciendo reír con su ingenio y la picardía de sus burlas amables”.

Allende se apropió de la estampa de prócer de su abuelo, pero heredó del padre la destreza verbal, el gusto por la seducción, la inclinación a la broma y una forma de frivolidad que su máximo adversario político le cobraría en septiembre de 1973, después del golpe y del suicidio, con mezquindad equivocada y extrema. De hecho, en la familia fluye abundante esta corriente calavera, con resultados tan brillantes como la obra periodística y satírica de Juan Rafael Allende, o tan nefastos como los que relata en su libro *Paula* la escritora Isabel Allende cuando habla de su padre, el diplomático Tomás Allende. A la hora de elegir, sin embargo, y pudiendo haber elegido otra cosa, el futuro presidente eludió una generación y optó por el legado más arduo y más exigente.

Por línea materna el relato cambia de horizontes. Se abre esta biografía al otro Chile del siglo xx, el de la nueva inmigración europea y su difícil arraigo cuando el ansiado éxito económico no es rápido y reconocido por los poderes locales. Por esta línea el abuelo es un belga de apellido frecuente, Arsène Gossens, huído hacia 1860 de quién sabe qué frustraciones nativas y a quien esta historia encuentra casado con Laura Uribe y establecido como comerciante en Lebu, en la zona carbonera al sur de Concepción, en los confines de la remota Frontera. Allende podía estar pensando en él cuando abrió de este modo su intervención en un debate parlamentario en 1939:

—Al contestar al honorable diputado, contesto a la oligarquía que desconociendo el origen modesto de sus antepasados que llegaron a Chile como inmigrantes pobres y pacíficos, presumen de nobles y linajudos y pavonean los escudos que sus ascendientes compraron.

Debió traer de su país natal un catolicismo de época, pues en las peleas de religión estuvo al lado del clero de la ciudad y en contra del laicismo.

Pero tenía también ideas propias. Según Juan Gonzalo Rocha (*Allende masón*, 2000), quiso crear en Lebu una compañía de bomberos y se ganó con ello la inquina de los conservadores, que consideraron su propósito “cosa de masones”. El negocio de don Arsenio no debía ser muy floreciente porque la familia se trasladó a Valparaíso dejando en Lebu a su hija mayor, Luisa, casada con un médico francés. Arsène Gossens y Laura Uribe murieron jóvenes, sin sufrir la desdicha del fusilamiento de Arsenio ni celebrar el buen casamiento de su hija Laura.

Que la hija del modesto comerciante belga pudiera casarse con un vástago de la burguesía criolla se explica por el lugar, pues Valparaíso era ciudad más cosmopolita que la capital y menos tributaria del conservadurismo social. Se explica además por el atractivo de la novia.

Doña Laura Gossens Uribe, que en fotos de juventud exhibe una belleza franca, altiva, tenía la cultura que impartían los buenos colegios de monjas extranjeras y hablaba inglés y francés. Era una mujer de mucho carácter. Su marido le entregó en varias ocasiones poderes notariales sobre los negocios de la familia y, cuando enfermó, ella cubrió sus ausencias en la notaría. Su hija Laura Allende decía que era diferente de las mujeres de su época y que la gente confiaba en ella como confiaría en un profesional. Su marido se limitaba a verificar los documentos y firmarlos.

Incrustada en una familia de anticlericales endurecidos, conservó hasta el fin de sus días las creencias y prácticas de su fe católica, dando pie a una insidia que persiguió a Allende: se decía que lo ha-

bía hecho bautizar con los nombres de Salvador Isabelino del Sagrado Corazón de Jesús.

Pero cuando algún confesor le reprochaba que votara por el candidato Allende explicaba que era su madre, y a continuación aclaraba sin el menor titubeo:

—Si ha sido un buen hijo, será un buen presidente.

De su devoción filial no cabe la menor duda. Hortensia Busi decía que era mejor hijo que marido.

El relator que informó de la idoneidad del joven doctor Allende para su ingreso en la logia Progreso 4 de Valparaíso, en 1935, certifica a su vez, con palabras de sencillez bíblica:

—Vive con su madre y la ayuda.

Un relato del ex presidente Aylwin a la periodista Mónica González (*La conjura*, 2000) nos permite observar a Allende en una escena de consumada maestría en la que combinó el homenaje a la madre con la muñeca política que tenían por igual aliados y adversarios. El contexto era dramático. Eran los días de la primavera austral de 1973, entre la elección presidencial y la sesión del Congreso Pleno que debía decidir la presidencia, y Allende necesitaba los votos de la Democracia Cristiana. Aylwin acudió a visitarlo junto con otros cuatro dirigentes del partido:

—Nos recibió en su casa. Se sentó en una mecedora, empezó a hablar y de repente nos hizo partícipes de un recuerdo familiar. Nos dijo que en esa mecedora se sentaba su madre a rezar el rosario y que él, cuando llegaba de la Universidad, se sentaba a su lado. Fue un momento muy conmovedor, no sé cuán buscado fue.

La evocación de doña Laura rezando el rosario podía ser del todo sincera y al mismo tiempo del todo buscada para ablandar a los *beatos* de la DC. Allende disfrutaba con estas maniobras envolventes. En los juegos de seducción cubría todas las salidas.

Le encantaba viajar con su madre, y en los hoteles se alojaban siempre en la misma habitación. Laura Allende contaba que se sen-

tía muy orgulloso cuando, ya anciana, lo acompañaba a votar en las elecciones:

—Ella era muy erguida y muy bella y cuando caminaban del brazo Salvador se sentía triunfante.

Murió en 1964, pocas semanas antes de que su hijo encallara en su tercera campaña presidencial. Cuando falleció, Allende se encerró en un mutismo total, insistió en velarla a solas y exigió que nadie le hablara. La recordaría sobre todo en algunos momentos en que las heridas de la política lo alcanzaron en lo más hondo. Fue la primera de las mujeres hermosas y de gran personalidad que rodearon a Allende, o de las que supo rodearse, hasta el último día de su vida.

Hace algunas décadas, el biógrafo tenía por fuerza que rendir tributo a Sigmund Freud y hurgar en los sentimientos primigenios para explicar los comportamientos adultos del personaje según la vulgata psicoanalítica. Con Allende hubiera sido más difícil porque, como veremos, siempre afirmó que tenía no una, sino dos madres. Pasada la moda, los biógrafos han quedado por fortuna exentos de tan azarosos experimentos y pueden dejar la palabra a sus personajes, sobre todo cuando, y es el caso de Allende, eligen sus orígenes y asumen su elección sin esconderse nunca. En un momento penoso de la campaña presidencial de 1964 apeló a ese patrimonio:

—He recibido como única herencia un nombre limpio y una vocación para servir al pueblo, nacida de la formación masónica de mis antepasados.

Y para que no quedara ninguna duda, dirigiéndose al propietario del diario *El Mercurio*, añadió:

—Al revés que otros, y allá ellos, que se ven beneficiados con el dinero que sus familiares acumularon de cualquier manera.

En Allende, los orígenes familiares están integrados como un argumento explícito de superioridad moral. Era importante con-

signarlos antes de acompañar sus primeros pasos en esta vida que abrió los ojos en Valparaíso y empezó a caminar en Tacna.

Capítulo 2

Los nombres de Allende

Tacna había sido tomada por las tropas chilenas en 1880 y permaneció ocupada durante 50 años, hasta 1929. Allende, que en su larga vida política encontró tiempo y ocasión para hablar de casi todo, y que jamás escondió dato alguno de su biografía, no hablaba de esta hermosa ciudad de sus primeros ocho años, a la que regresó adulto para terminar su servicio militar, y de la que solo podía olvidarse por un esfuerzo consciente. No dijo nunca que se acordara, como el personaje de Vargas Llosa en *La señorita de Tacna*, “de los granados, de los peros, de los membrillos, de los duraznos” (“¿Y el río, no estaba lindo también?”). Tal vez, a la distancia, no se sintiera a gusto en el papel de hijo de ocupante primero, o más tarde en el papel de soldado del ejército de ocupación.

En la ciudad de Tacna, Chile y Perú vivían aún en pleno siglo XIX, en la posguerra del Pacífico, y la ciudad era todavía el extremo norte de la expansión chilena. Chile fue el único país del hemisferio sur que ganó territorio en la era de las grandes colonizaciones modernas, con ideas y comportamientos que en nada diferían de las ideas y comportamientos de los grandes colonizadores del norte como Francia, Gran Bretaña o Estados Unidos.

El Ejército chileno había roto por el sur la frontera que no habían podido asegurar de forma duradera los españoles ante la resistencia del pueblo mapuche, y el territorio llegaba ya sin interrupción hasta el Estrecho de Magallanes (en el siglo xx seguiría hasta la Antártica). En el Pacífico, la Armada había tomado posesión en 1888 de la última joya de la República, la Isla de Pascua, en sucesión de antiguos derechos del rey de España. Las élites que rigen el Estado tienen ideas de dominio sobre el Pacífico y conciencia de un *destino*. Y así, en el norte, después de un temprano enfrentamiento con Perú y Bolivia en 1836-1839, sin consecuencias territoriales, Chile exhibe la superioridad de su organización legal, administrativa y militar en la guerra de 1879-1883, quedándose esta vez con el botín de un vasto desierto inhóspito, pero rico en minerales, y un nuevo litoral marítimo.

Como en todas las aventuras coloniales del siglo xix, la razón patriótica y los intereses económicos se confunden y superponen aquí de forma inextricable. Que el Perú decretara el monopolio del salitre y expropiara las empresas mineras de titularidad chilena o británica, o que Bolivia elevara los impuestos a las salitreras chilenas de Antofagasta y las embargara y rematara cuando se negaron a pagar, eran, habiendo fuerza, razón suficiente para una intervención militar a gran escala. El hecho es que las compañías mineras eligieron a Chile porque este país les ofrecía garantías muy superiores de estabilidad política y de seguridad jurídica, y a su vez el Estado chileno poseía una convicción profunda de la propia superioridad moral, cultural y hasta racial sobre estas dos naciones vecinas.

El heroísmo de los soldados y marinos y los grandes hechos de armas son celebrados con igual fervor en las tres naciones, vencedoras o vencidas. Pero Chile se quedó con los territorios y privatizó las salitreras que habían sido peruanas, en beneficio sobre todo de compañías británicas. Al mismo tiempo, supo reservarse rentas sustanciosas con las que financió no sólo la guerra, sino también el vigoroso desarrollo económico de las siguientes décadas. De "una

crisis económica profunda" y "un pésimo estado de las finanzas públicas" durante la presidencia de Aníbal Pinto (1876-1881) se pasó, en palabras de un ministro de hacienda, al "país victorioso y próspero y con un fisco rico" de la presidencia siguiente, la de Domingo Santa María (1881-1886).

En un político absoluto como Allende, que además tuvo en sus inicios alguna cercanía con el proyecto latinoamericanista del APRA peruano, el olvido de Tacna tiene razones políticas suficientes. ¿O le dolía también la pérdida del doble paraíso que habían sido la infancia y el lugar de la infancia?

En una ocasión mencionó muy de paso, en un discurso parlamentario, que había aprendido a leer "en una escuela fiscal, hace largos años, allá en Tacna, cuando esa provincia era chilena", pero no sabemos qué imágenes de la niñez o de la escuela podían cruzar su mente mientras respondía con sorna borgeana a la periodista Érica Vexler, que lo entrevistaba para el semanario *Ercilla*:

—¿Qué libro ha influido más en su vida?

—El silabario.

Sus padres habían tenido un primer hijo al que pusieron Salvador y que se les murió a los tres años. Después de otros dos hijos, Alfredo e Inés, tuvieron otro varón al que repitieron el nombre de Salvador, el futuro presidente. Otra hija, Laura, se les murió en Tacna a los nueve años, y también repitieron el nombre de Laura a la niña nacida pocos meses después, futura diputada socialista y apoyo indefectible de su hermano en la política y en la vida.

El cuadro familiar se completa con la presencia de doña Zoila Rosa Ovalle, la Mama Rosa, una joven campesina de Lampa que había entrado al servicio de la familia a los 20 años de edad, obligada a dejar atrás a una niña que había tenido de soltera. La Mama Rosa cuidó de Allende durante sus primeros años ("mi señora me había

dicho que cuidara de él como si fuera mío, y así lo hice”), se ocupó de él cuando estudiaba Medicina en Santiago y, faltando doña Laura Gossens, lo acompañó con honores en la inauguración del mandato presidencial en 1970. Aunque la figura de la mamá era tradicional entre las clases acomodadas, en este caso la relación alcanzó tal grado de afectividad que Allende no se recataba de afirmar en público que tenía “dos madres”.

Doña Rosa murió en 1972 y el presidente cuidó de ella hasta el último día. Poco después, en medio de un discurso, a Allende se le rompió la vena sentimental y dejó con la boca abierta y el corazón en un puño a sus partidarios de la ciudad de Antofagasta con este párrafo tan poco presidencial, aunque no tan atípico:

—Como hombre, permítanme recordar a dos mujeres extremadamente cercanas a mí: mi madre y la otra madre que tuve. La primera me dio la vida y me arrulló para dormir. Y en su cálido pecho encontré el descanso en las horas más difíciles de mi lucha política (...). La otra era una mujer humilde que trabajaba en la casa de mis padres, primero como sirvienta y luego se quedó allí como parte de la familia. Ambas me dieron todo el amor que tenían.

En Tacna aprendió a atender por el primero de sus nombres, el Chicho Allende, un nombre que en la edad adulta mantendrán los amigos más íntimos y algunos periodistas. Según unas versiones procede, como tantos nombres infantiles, de un diminutivo mal pronunciado por él mismo o por sus hermanos. Pero responde más al italiano *ciccio*, apelativo cariñoso incorporado al vocabulario de Valparaíso por los inmigrantes transalpinos y que conviene muy bien al niño de “cabello rizado de color rubio dorado” que hacía volverse a las señoras cuando lo llevaban de paseo y al que mimaban las amigas de doña Laura Gossens. Amigas entre las que por fuerza tuvo que destacar durante un tiempo doña Rosa Quiroz, esposa del jefe de la guarnición de Tacna y futuro presidente de Chile, Carlos Ibáñez del Campo.

La familiaridad de Allende con el mundo militar data de estos primeros años. Los Allende, como toda la administración civil chilena, vivían al lado y a la sombra del regimiento y en estrecho contacto social con la oficialidad de la guarnición. Allende adquirió allí dos aficiones que le acompañarían el resto de su vida, la equitación y las armas de fuego.

En 1915 Salvador Allende tenía siete años, suficientes para sentir la vibración de la política nacional en todas las conversaciones de la calle y de la casa. El diputado liberal Arturo Alessandri Palma libraba en la provincia de Tarapacá una áspera batalla electoral, apoyado por el Partido Radical contra un candidato conservador, y por primera vez logró que saltaran los cerrojos de un sistema electoral articulado sobre los pactos de salón y la costumbre del cohecho. Lo consiguió mediante una retórica incendiaria y antisistema que arrastró a las urnas a los trabajadores del salitre y encandiló a las masas del país entero. Además de su escaño de senador, Alessandri ganó en esta campaña el título de León de Tarapacá y un seguimiento popular que le iba a dar la presidencia de la República por dos veces, en 1920 y en 1932. Los restos de su carisma arrollador alcanzarían incluso para hacer presidente en 1958 a su hijo Jorge Alessandri.

El León era amigo de la familia y sus rugidos se escucharon en el domicilio de los Allende ¿Fue el senador Alessandri el que consiguió para su amigo Salvador Allende Castro el traslado a Iquique? Tuvo que ser muy duro para el resto de la familia. En primer lugar porque suponía abandonar al cabo de ocho años la comodidad de la vida colonial, en la que la preeminencia social y los privilegios económicos compensaban con creces la dificultad del contacto con una población hostil. Y en segundo lugar, porque si Tacna era un oasis tropical, Iquique era un puerto convulsionado por la crisis brutal de la minería del salitre desde el estallido de la primera guerra mun-

dial, y escenario de repetidas protestas obreras siempre ahogadas en sangre. En 1918 culminaba además el proceso de *chilenización* de la ciudad, con la expulsión de la población de origen peruano (los historiadores de esta nacionalidad hablan de 40 000 deportados). Allende estudió un año en el Liceo de Iquique, pero no hay datos ciertos, más allá de los imaginados por Fernando Alegría en su biografía novelada (*Allende, mi vecino el presidente*, 1989), que permitan atribuir a este período el nacimiento de una conciencia social.

Además es muy posible que la familia haya querido protegerlo alejándolo de una ciudad en estado de sitio, ya que al cabo del primer año lo enviaron a Santiago, al cuidado de su tío Ramón, y lo hicieron ingresar en el Instituto Nacional, donde cursó otro año. Allí había estudiado su abuelo, y Allende siempre tuvo por orgullo el haber pasado por este colegio cuya historia se confunde con la historia de la República, y que 200 años después de su fundación se mantiene entre los mejores centros educativos de Chile.

Los azares de la existencia funcionaria fuerzan un nuevo traslado familiar en 1919, esta vez a Valdivia. Es evidente que don Salvador Allende Castro no consigue todavía el empujón que le permita instalarse por fin con un buen empleo en Valparaíso o en Santiago. Esta vez el contraste no podía ser más abrupto: de los rudos desiertos del norte donde no llueve nunca, a la dulzura de los paisajes sureños y sus lluvias perpetuas; y de un escenario de conflictos internacionales y de clase al escenario de las guerras araucanas y de la última gran emigración europea a Chile, la alemana.

A sus 11 años Allende conoce ya el norte y el centro del país y ahora cruza por primera vez el Bío-Bío. Durante los 300 años que duró la guerra de Arauco, el río Bío-Bío fue la Frontera con mayúscula, la marca donde se midieron primero las tropas del rey de España, y más tarde los ejércitos de la República, con los únicos pueblos nativos de América del Sur que no fueron sometidos. La República inicia las operaciones definitivas de ocupación de los territorios arauca-

nos en 1862, las interrumpe en 1879 para concentrar sus fuerzas en la guerra contra Perú y Bolivia, y las culmina en los años 80 tras sofocar las últimas resistencias. Los *indios* serán agrupados en reducciones y sus tierras distribuidas a colonos chilenos y alemanes.

Alemán es el vecindario que distingue ahora a Valdivia, ciudad fundada en 1552 por los españoles, tomada y destruida por los araucanos en 1598, repoblada por el Virreinato del Perú en 1645 para defender el litoral contra los piratas ingleses y holandeses. A mediados del siglo XIX Chile había instalado una oficina en Alemania con el propósito de captar a agricultores católicos prometiéndoles tierras en el sur, en lo que fue una de las primeras operaciones modernas de migración masiva, organizada y voluntaria. Sólo durante el mandato del presidente Balmaceda (1886-1891) llegaron por este medio 24.000 alemanes, que fueron repartidos, como todos los que habían llegado antes que ellos, por la Araucanía y por las nuevas ciudades fundadas en torno a los lagos sureños, o en la costa, y que prosperaron con rapidez gracias a su pericia y, en medida no menor, a la extensión al sur del tendido ferroviario del Estado. Su presencia en Valdivia era aún más determinante, por exclusiva, que la implantación de los ingleses en Valparaíso.

En Valdivia encontramos por primera vez a un Allende que empieza a parecerse a Allende, y a un condiscípulo, Raúl Rettig Guisen, que nos lo cuenta con el buen humor y la malicia de las que hará gala hasta el día de su muerte ("me gustaría morir asesinado, lo único que necesito es que me consiga un asesino", le pidió a sus 90 años a uno de los últimos periodistas que lo entrevistaron).

Con 12 o 13 años Allende es un burguesito tan atildado que las niñas de los liceos le llaman el *Pollo Fino*; se pelea a pedrazos con Rettig y otros alumnos del Liceo de Valdivia hasta que le destrozan la ropa; triunfa en el curso de primavera vestido nada menos que de príncipe; y recibe así el segundo de sus nombres, con el que será mortificado hasta el fin de sus días: el Pije Allende. En la fo-

to que resume esta época posa de tres cuartos, tocado con un sombrero y vestido como un caballero, con las manos en los bolsillos y mirando a la cámara como el adulto que no era, y como el seductor de siempre.

El senador socialista Salvador Allende y el senador radical Raúl Rettig volvían a las peticiones adolescentes cuando en 1952 no se les ocurrió nada mejor que batirse en duelo.

Al cabo de dos años en Valdivia la familia vuelve por fin a casa. Allende no perdió el contacto con las dos ciudades de su pubertad y adolescencia, pues en su memoria de graduación publicará observaciones hechas en hospitales psiquiátricos de Valdivia y de Iquique.

Allende tiene 13 años y vivirá en Valparaíso y Viña del Mar hasta los 30 (durante sus estudios de medicina en Santiago regresa a la casa familiar siempre que puede). Cursa los tres últimos años de educación secundaria en el Liceo Eduardo de la Barra y termina el bachillerato en 1924. Allende habrá disfrutado en los liceos públicos de una educación laica y progresista bien arraigada desde la reforma de 1879, que puso la educación superior y secundaria, gratuitas, en manos de un Consejo Universitario independiente del gobierno y dominado por los radicales. Alberto Edwards exagera tal vez cuando dice que los liceos chilenos tenían a principios del siglo xx tres o cuatro veces más alumnos, en proporción a los habitantes, que los países más avanzados de Europa y que Estados Unidos, pero no se equivoca cuando atribuye a la educación pública la formación de la clase media ("enorme proletariado intelectual muerto de hambre") que acabó con el antiguo régimen. Muestra elocuente del éxito de este sistema educativo es la pujanza de la industria periodística y editorial: en 1908 la novela *Casa grande* de Luis Orrego Luco, retrato crítico de la alta sociedad, vendió 6.000 ejemplares en seis semanas y 20.000 al cabo de pocos meses.

Era una escuela ilustrada que fomentaba también la educación física y el deporte, que como tantas otras prácticas que acabaron por implantarse en el conjunto de la sociedad (como la propia educación, como la higiene) empezaron como novedades "de izquierdas". Quien sólo haya conocido al Allende envarado de sus últimos años se sorprenderá con la noticia de que terminó el Liceo como campeón nacional juvenil de decatón y de natación.

No tuvieron la misma educación sus hermanas Inés y Laura, que fueron inscritas en colegios de monjas de Viña del Mar, lo que no les impidió más adelante perseverar en la ideología familiar o, en el caso de Laura Allende, agitar la política nacional desde la bancada socialista de la Cámara de Diputados y aún más desde la calle (y la política internacional desde el exilio). Había poderosas razones para esta diferencia, y no sólo el catolicismo de doña Laura Gossens. La apertura de liceos para muchachas había sido doble anatema para los conservadores, una de cuyas cabezas más ilustres, Zorobabel Rodríguez, dejó advertido que "los liceos de mujeres a cargo del Estado no serán otra cosa que burdeles costeados por los contribuyentes". Los liceos femeninos no eran recomendables para las señoritas de buena familia, ni siquiera para las de buena familia masónica.

Aunque en declive, Valparaíso seguía siendo la ventana cosmopolita de Chile gracias al puerto. Lo será de hecho hasta finales de los años 60 del siglo xx, cuando el aeropuerto de Santiago se haga con el monopolio del tráfico internacional de viajeros. Pero durante la ausencia de los Allende las familias acomodadas que habían perdido sus viviendas en el terremoto de 1906 las habían reconstruido en Viña del Mar y la ciudad se había vuelto más proletaria, con enormes bolsas de miseria.

Ahora la familia ya no puede proteger al estudiante adolescente de la visión cotidiana del desamparo popular, ni resguardarlo de influencias ajenas a las tradiciones burguesas de la casa. La influen-

cia, por ejemplo, del zapatero anarquista Juan Demarchi, al que Allende haría famoso en conversación con Régis Debray, siendo ya presidente:

—Cuando terminaba mis clases iba a conversar con este anarquista que influyó mucho en mi vida de muchacho. Él tenía 60 o tal vez 63 años, y aceptaba conversar conmigo. Me enseñó a jugar al ajedrez, me hablaba de cosas de la vida, me prestaba libros.

Muchos pensaron entonces que Allende exageraba la anécdota. El contexto de la conversación autoriza a imaginar una broma, muy de Allende, para descolocar al joven intelectual europeo empeñado en examinarlo de marxismo. Pero las bromas de Allende solían tener bases ciertas además de malas intenciones. Allende no estaba hablando en un lugar cualquiera: la entrevista con Debray se grabó y filmó en el palacio presidencial de Viña, a dos pasos de la casa familiar de los Allende, y por tanto en un entorno propicio a este tipo de recuerdos.

Los anarquistas de la época, inmigrantes italianos y españoles, tenían más aprecio por los libros que por las bombas. En sus ateneos populares y en sus escuelas de noche podían adquirir una cultura más que respetable. El escritor José Santos Vera los evoca, como Allende, en sus recuerdos (*Cuando era muchacho*, 1951), haciendo especial mención del hojalatero Farías, "quien, en presencia del interlocutor adecuado, de buena gana conversaba sobre la poesía de Rimbaud o de Mallarmé". No es excepcional que el zapatero Demarchi (otro zapatero de Viña del Mar, Ramón Sepúlveda, fue en 1912 el primer secretario general del Partido Obrero Socialista) prestara a Allende obras de Bakunin o de Kropotkin, aunque sorprende un poco más que lo iniciara en los autores marxistas.

Allende supo así desde adolescente no sólo de la miseria, sino también de la existencia de doctrinas sobre la miseria: sus causas, sus remedios. No lo olvidaría nunca.

Era imposible olvidarlo, además, porque el país había entrado en ebullición con el triunfo de Arturo Alessandri en las elecciones presidenciales de 1925. Era una figura cada vez más cercana, compartía en ocasiones la mesa de los domingos de la familia Allende en Viña. Como en la campaña senatorial de 1915, Alessandri había logrado instalar en el país una pugna frontal entre la "querida chusma" y la "canalla dorada". La oligarquía parlamentaria se asustó tanto, y Alessandri maniobró tan bien en los salones y en la calle, que el Tribunal Calificador de Elecciones le dio la presidencia por un voto, a pesar de que su contrincante conservador le había vencido en la votación directa. En adelante, la lucha de clases iba a dirimirse en las urnas. Pero Chile, que había tenido un gran siglo XIX, se había puesto en disposición del perder el siglo XX.

El siglo XIX chileno había terminado en propiedad hacia 1920, con el agotamiento del régimen parlamentarista instaurado contra Balmaceda en la guerra civil de 1891. En el anterior régimen presidencialista, los monarcas presidentes habían gobernado a la oligarquía por turnos de 10 años (el pueblo no existía como sujeto político y por tanto no necesitaba ser gobernado: solo explotado, o reprimido), mediante un eficiente sistema electoral en el que, en suma, era el presidente el que elegía al parlamento. En el régimen parlamentario, difuminados los contornos ideológicos que habían dado vigor a la política en el siglo XIX (conservadores, liberales, radicales), se competía por los escaños mediante la compra de voluntades. Alberto Edwards anota las proporciones monstruosas del cohecho (en 1918 se llegó a pagar en campañas senatoriales el equivalente del salario anual de un obrero) y define el comportamiento del patriciado como un fenómeno "supraburgués", puesto que, salvo raras excepciones, los parlamentarios se mantenían fieles a la tradición de honradez republicana y nadie pensaba en lucrarse con la política: "compraban asientos en la Cámara por los mismos motivos que sus padres compraron títulos en la Colonia".

Así, mientras aguantó el monopolio mundial del salitre, la oligarquía pudo vivir sin sobresaltos 30 años de “paz veneciana” y de paso celebrar con gran pompa el momento de esplendor final que fue la celebración del centenario de la independencia (1910).

“Los hispanoamericanos que no han vivido en Chile, explica Edwards, apenas pueden imaginar el espectáculo de esa política a la veneciana, con sus suaves luchas de salón, entre magnates del mismo rango, no divididos ni por las ideas ni por los intereses, amigos o parientes en sociedad, diletantes de la política, que distraían los ocios de la opulencia en el juego de los partidos y de las crisis ministeriales. Ningún odio de fondo, ningún principio fundamental que los dividiera, la paz más absoluta en la República, una total indiferencia en la masa de la opinión, y, entretanto, los gabinetes, como fantasmas de teatro, desfilaban a cortos intervalos por el escenario de La Moneda”. A título de ejemplo, en el gobierno del presidente Germán Riesco (1901-1906) desfilaron por palacio 73 ministros repartidos en 17 gabinetes.

Alberto Edwards Vives fue parlamentario y ministro en este lento crepúsculo de la oligarquía y escribió para explicarlo *La fronda aristocrática en Chile* (1929), libro que se sigue reeditando en el país hasta nuestros días, y que de haber sido escrito en Francia o en Inglaterra sería un clásico universal del ensayo político. Era un hombre tan imaginativo como práctico, y su crítica del régimen era anterior a toda elaboración teórica. En 1915 había frenado en seco una oferta de incorporación al gobierno, en calidad de ministro de Hacienda, con esta respuesta inapelable:

—Se acerca el día en que el Parlamento será disuelto a palos y quiero ser de los apaleadores y no de los apaleados.

Pero antes de despedir a la oligarquía del siglo XIX conviene hacer todavía una reseña de sus virtudes, porque Allende pudo apropiarse sin complejos y con toda legitimidad la mejor parte de su herencia. Es más, dio la vida por ella, según una formidable in-

tuición de García Márquez que tendrá su lugar en otra página de este libro.

Edwards anota en el haber del régimen oligárquico “la tranquilidad política perfecta, la paz en las almas, el decoro de los procedimientos, el profundo respeto de la legislación, la continuidad del orden jurídico, la honradez personal de la inmensa mayoría de los hombres de gobierno, la subsistencia de una verdadera tradición política, en la cual, como dice [Joaquim] Nabuco, las jóvenes ambiciones iban siendo educadas por las viejas experiencias”.

La tranquilidad política perfecta y la paz de las almas reposaban, por cierto, en la ya anotada inexistencia de las clases populares, pues cada vez que pretendían existir eran baleadas sin piedad por los soldados de la República. Pero no es menos cierto que en el régimen oligárquico había un poderoso componente ilustrado y laico que imprimía a la vida de la nación un curso progresista, entre otros motivos porque la vieja aristocracia de origen español había sabido ensanchar su democracia a los comerciantes ingleses de Valparaíso, a los mineros ingleses del norte y a los terratenientes alemanes del sur.

Sobre todo, el régimen oligárquico inoculó al cuerpo político chileno el sentido del Estado, el apego a las instituciones y al juego político plural en sede parlamentaria y el respeto de la libertad de expresión, que unida al culto a la excelencia intelectual explica la pasión nacional por la educación y la riqueza continua de la producción literaria. Este régimen chileno es asimilable en sus usos a las grandes democracias angloamericanas del siglo XIX más que a las europeas de la misma época, en las que la censura y el control gubernamental de la producción cultural primaron hasta muy avanzado el siglo XX; y ello a pesar de que las influencias culturales son francesas, y las científicas, alemanas. Alfredo Jocelyn-Holt (*El Chile perplejo*, 1998) tiene razón cuando aventura que a Tocqueville no le hubiera disgustado esa sociedad de haberla visitado como visitó Estados Unidos. Tocqueville pensaba que la libertad y el Estado

de Derecho sólo eran posibles cuando el poder estaba en manos de caballeros desocupados como él mismo, y en este punto el patriciado chileno le daba satisfacción más que cumplida.

En el debe del régimen oligárquico, o en el reverso de su cara dorada,* como en las grandes democracias del Norte, aparece la cruz de la miseria. Hay una frase terrible del escritor Tancredo Pinochet Le Brun, de 1917, que la resume: "Todo Chile es un matadero infantil". Y lo era muchas veces en sentido literal, como ha tenido que recordar el historiador Gabriel Salazar (*Ser niño 'huacho' en la historia de Chile*, 2003).

Entre los errores más egregios de la oligarquía gobernante destaca su pésimo manejo de las finanzas públicas. Desde la guerra del Pacífico el Estado vivía de las rentas del salitre, y por tanto los presupuestos estaban sujetos a las brutales fluctuaciones de precios de los mercados internacionales. El país estaba instalado en una ficción absurda en la que el derecho al voto nacía de la capacidad fiscal (era una democracia censitaria como todas las de la época), pero los votantes no pagaban impuestos; o, si se quiere, votaban no pagar impuestos. Las crisis recurrentes se solventaban con nuevas emisiones que, como dice Edwards, "hacían buenos los malos negocios de la oligarquía bursátil y agraria (...) sin que las clases medias ni mucho menos el pueblo sospecharan siquiera el despojo sistemático de que eran objeto". El hundimiento de la economía del salitre dejó al Estado inerme y a la oligarquía sin respuesta.

Las respuestas las darían en el siglo de Allende las clases medias y obreras emergentes, y serían respuestas contradictorias, erráticas, enfrentadas, pese a lo cual la vieja democracia chilena aguantó sin romperse hasta 1973. No sólo aguantó: succionó uno tras otro, como se irá viendo a lo largo de la vida de Allende, a cuantos movimientos ideológicos, políticos y sociales fueron emergiendo con pretensiones antisistema. Como si en Chile, por excepción, el viejo topo de los clásicos no fuera la revolución, sino la democracia.

A los 17 años Allende ingresa voluntario en el ejército, en el regimiento de caballería Coraceros de Viña del Mar, adelantándose a la edad legal establecida para el servicio militar, que era de 18 años. Sigue así los pasos de su padre, de su abuelo y de su bisabuelo. Cuatro generaciones de los Allende habrán vestido el uniforme del ejército de Chile en circunstancias bien distintas: en las guerras de la independencia, en la guerra del Pacífico, en la guerra civil de 1891 y ahora en tiempos de agitación cuartelera. Allende no tenía por qué hacerlo, pues las familias de su rango obtenían muy fácilmente la dispensa del servicio militar, y ni en su tiempo ni después son muchos los políticos chilenos que hayan respondido al llamamiento a filas. Al parecer sus padres hubieran preferido que iniciara los estudios universitarios nada más terminar los secundarios, y fue la Mama Rosa la que más insistió en que hiciera el servicio "para ser bien hombrecito".

Tenía, por lo demás, vínculos familiares con la oficialidad de Viña, y en particular con el coronel Marmaduke Grove (*the splendidly named* Marmaduke Grove que aparece en las memorias del historiador británico Eric Hobsbawm). Su hermano Eduardo Grove estaba casado con Inés Allende (los rumores que habían circulado por Santiago y Viña del Mar sobre un posible matrimonio de Inés, que había sido reina de belleza de la ciudad, con el futuro presidente Jorge Alessandri, reflejaban más las fantasías de don Arturo que las apetencias de su hijo, que murió soltero). Es otro caso, uno más, de la familiaridad de Allende con las figuras de la historia nacional. "Don Marma", como sería llamado por la gente en su época de gloria política no tan efímera, era hijo de un médico irlandés, había servido también en Tacna y, por la época en que emparentó con los Allende, había sido ya agregado militar en Londres y en Berlín. Era masón, como muchos oficiales del ejército, y en Europa, además de hacerse aviador, había asimilado las ideas de la socialdemocracia.

La Historia vuelve a cruzarse muy pronto en la vida de Allende. Presionados por la Sociedad de Naciones y por Estados Unidos, los gobiernos de Chile y del Perú buscaban un acuerdo definitivo sobre las ciudades de Tacna y Arica mediante un arbitraje internacional que permitiera la celebración de un plebiscito. Don Salvador Allende Castro es enviado de nuevo a Tacna por el gobierno de Alessandri en calidad de miembro de la Comisión de Quejas encargada de supervisar, del lado chileno, la consulta. El plebiscito no se celebraría nunca porque el mediador, el general Lassiter, comprobó que no concurrían las garantías más elementales, pero entretanto Salvador Allende había obtenido el traslado al regimiento de Lanceros de Tacna, de modo que terminó su servicio militar en la ciudad de su infancia.

La *chilenización*, de la que Salvador Allende Castro habría sido un partidario fanático al decir de los historiadores peruanos, había fracasado entre una población que había sabido desarrollar formas ingeniosas de resistencia pasiva, hasta tal punto que en esta ciudad de menos de 20.000 habitantes la guarnición chilena llegó a contar 8.000 efectivos. Cuando el gobierno de Santiago resolvió llamar a filas a los jóvenes de la ciudad, estos huyeron en masa a Lima dejando atrás una población masculina de ancianos y niños, en la que las mujeres no encontraban marido: *La Señorita de Tacna* de Vargas Llosa está ambientada en este período y sería un homenaje a una tía soltera del autor, cuyo avatar en la obra teatral mantiene relaciones con un joven oficial chileno (“¡Estos chilenos tan atrevidos! ¡Hasta en sueños hacen indecencias! ¡Estos chilenos!”).

Este personaje hubiera podido ser Allende si atendemos al testimonio tantas veces citado de un amigo de entonces, según el cual habría multiplicado en Tacna las aventuras galantes “con chilenas y peruanas, solteras y casadas”. Pero algunos amigos de Allende han sido demasiado proclives a fantasear con las hazañas amatorias de su campeón, como si en ellas encontraran satisfacciones vicarias.

En cambio convendría insistir un poco más en sus hazañas deportivas, pues son reveladoras de su ambición y de su temperamento competitivo. A la natación y al atletismo de los años del liceo, añadió ahora la equitación, que en el Ejército practicó de forma profesional, lo mismo que el tiro, y en los años universitarios se iniciaría en la lucha romana y en el boxeo. Más tarde añadió la vela, y esta afición tuvo incluso una pequeña incidencia electoral que se verá en su momento. De hecho, en la jornada anual de convivencia del Senado disfrutaba ganando carreras de cien metros a los senadores de derecha casi tanto como ganándoles votaciones en el hemiciclo. Su mérito es mayor cuando se sabe que desde niño padecía una lesión en un pie, que casi nadie conocía pero que en sus últimos años le obligó a pronunciar sentado algún discurso importante. Esa lesión explica además que no pudiera participar de la reciente pasión nacional por el fútbol y que no practicara ningún otro deporte colectivo.

Cuando terminó el servicio militar quedó constancia documental, si no de su valor, que como a todo militar se le supone, sí de su carácter inconformista, pues según algunas versiones su expediente consignaba arrestos por “formular reclamos colectivos”.

¿Reclamos colectivos? En todo caso el ejemplo venía de arriba. Allende hace su servicio militar en un momento, entre septiembre de 1924 y octubre de 1925, en el que los militares irrumpen por sorpresa en la escena nacional para desbloquear una situación política en la que el Parlamento tenía paralizado al gobierno de Alessandri.

Primero fue el ruido de sables. A primeros de septiembre un grupo de oficiales hizo acto de presencia en la sesión del Senado que debía aprobar la dieta parlamentaria. Era una vieja reivindicación del primer movimiento obrero y un avance democrático, ya que permitía el acceso al parlamento de políticos sin fortuna personal, pero una iniciativa del todo inoportuna en un momento en que

estaban congelados y atrasados de pago los sueldos de las fuerzas armadas y de todo el sector público. Bastó con que los militares expresaran su disconformidad golpeando con sus armas el suelo de la tribuna del hemiciclo para que de nuevo entrara en pánico la oligarquía parlamentaria, y en un solo día, el 8 de septiembre, el Congreso aprobase 16 proyectos de ley, entre ellos, además del presupuesto del año, nada menos que el Código del Trabajo y el que establecía el impuesto sobre la renta.

Emergió para administrar esta protesta otro viejo conocido de los Allende, el coronel Carlos Ibáñez del Campo. Alessandri se ausentó del país con un permiso constitucional de seis meses, pero antes de terminar tan peculiar licencia laboral otro movimiento militar, encabezado por Ibáñez y por Marmaduke Grove, exigió que regresara para terminar su mandato presidencial. Fue el golpe de gracia al régimen parlamentario: en pocos meses una comisión consultiva integrada por conservadores, radicales, liberales y comunistas, con los militares leyendo los borradores por encima del hombro de los comisionados, redactó una nueva carta fundamental que, entre otras cosas, restauraba el régimen presidencial perdido con Balmaceda. Fue la Constitución de 1925, votada en plebiscito en agosto de ese año, la misma con la que fue elegido y gobernó Salvador Allende.

En algún momento de su dilatada carrera parlamentaria Allende lamentó con la boca pequeña no haber estudiado leyes como su padre (era a todas luces una forma oblicua de exhibir cierta superioridad sobre los numerosos parlamentarios abogados), pero no hay duda de su vocación de médico. Tenía los antecedentes remotos de su abuelo Ramón Allende y de su tío abuelo Vicente Padín y el más próximo de su cuñado Eduardo Grove. En 1926, a los 18 años, inicia en Santiago, sede de la única escuela de Medicina de la época,

la carrera que le iba a dar el tercero y más definitivo de sus nombres: Doctor Allende.

Allende vivirá en Santiago la vida precaria y libre del estudiante de provincias. Provinciano era por más que arribara del Valparaíso de los ingleses y de la Valdivia de los alemanes a una capital que Joaquín Edwards Bello denostaba todavía en 1920 como “baluarte colonial, clerical y reaccionario”, “capital amodorrada, catedralicia y apática”, y a la que había tenido que llegar la locomotora desde el Puerto para “despertar la Alameda apacible y franciscana, con sus acequias de pueblo”. Santiago era todavía “una ciudad hispanoamericana pura, cerrada a la inmigración internacional”. Provinciano, Allende llegaba con una mirada más nacional, y al mismo tiempo mucho más cosmopolita que la inmensa mayoría de los santiaguinos.

Son años difíciles de resumir porque Allende empieza ya a multiplicarse y para seguirlo no hay más remedio que seriar y separar vidas que podrían colmar biografías menos ambiciosas, pero que él fue capaz de gestionar de forma simultánea gracias a su apetito inmenso y, por cierto, a su salud de hierro: vida libre de estudiante, vida rigurosa de médico en ciernes, vida azarosa de dirigente universitario y de aprendiz de político.

Empezó alojado en casa de su tía soltera Anita Allende, que vivía cerca de la Escuela de Medicina, y bajo los cuidados, y sin duda la vigilancia, de la Mama Rosa, pero en cuanto se le presentó la oportunidad se emancipó de esta doble tutela y la cambió por el bullicio de las pensiones baratas del barrio de Recoleta, próximas al Hospital Clínico de la Universidad de Chile, viviendo, como él mismo recordaría en una entrevista de 1958, “la vida bohemia de un estudiante respetable que tenía que mudarse en la noche porque no tenía dinero para pagarse el alojamiento”. De su ropa escasa, pero ropa de pije, se siguió ocupando la Mama Rosa.

Más adelante conseguiría alojamiento y comida gratuitos en la Casa del Médico a cambio de servicios en el Hospital Psiquiátrico,

con el privilegio raro de una pieza individual en lugar de los dormitorios comunes donde se amontonaban una cuarentena de estudiantes venidos de todo Chile y del extranjero. El detalle tiene importancia porque Allende podía *recibir* en su cuarto. Carlos Jorquera, uno de los principales cultores de su leyenda de conquistador, anota con fruición los testimonios de antiguos condiscípulos: cuentan que lo asediaban las novias de sus compañeros y que tenía amigas tan pudientes que venían a verlo en automóvil, y recuerdan sobre todo la noche en que vieron descender de un auto a una mujer más fogosa que las otras: venía en pijama. Una sátira estudiantil contemporánea lo acusa de humedecer las sábanas con agua de colonia antes de acostarse, anticipando una persistente fijación de sus detractores con sus colonias, sus trajes, sus camisas. En otra sátira se mira ante el espejo llevando cruzada sobre el pecho la banda de presidente de la República.

Por el barrio popular y modesto de la Recoleta, los estudiantes de medicina circulaban ufanos vistiendo las batas blancas de los hospitales. La gente no los tomaba demasiado en serio: les llamaban “moters”, como si sus batas fueran los delantales típicos de los vendedores ambulantes de mote. Su lugar de encuentro era El Quitapenas, tugurio donde mataban el tiempo bebiendo vino barato y recitándose a gritos los *Veinte poemas de amor* que acababa de publicar otro veinteañero de provincias como ellos, Pablo Neruda, mientras vigilaban las puertas del Cementerio General por si llegaba algún cadáver no reclamado que pudiera serles útil para las clases de anatomía.

Fue un buen estudiante a juzgar por los empleos que los cate dráticos de la Escuela le fueron confiando. Fue ayudante de las cátedras de anatomía patológica y de estomatología y, durante gran parte de su carrera practicó en la Casa de Orates del Psiquiátrico. Estudiaba por las noches, desfavorecido por enfermedades de la vista que le hacían dificultosa la lectura, pero favorecido por una me-

moría sin falla que le serviría también, y de qué manera, en la vida política.

En política, Allende hace sus primeras armas en un período en el que los estudiantes universitarios interiorizan y amplifican los conflictos políticos y sociales de una década convulsa, a duras penas dominada por personalidades tan distintas pero tan poderosas como Arturo Alessandri y Carlos Ibáñez, y en la que hubo tantos presidentes como en todo el siglo XIX. Las instituciones seguían en manos de una oligarquía dimisionaria, la calle estaba en poder de las masas apenas organizadas, y los militares, en representación virtual de una exasperada clase media de funcionarios y profesionales, contribuían a la confusión con intervenciones contradictorias, apoyando unas veces las reivindicaciones populares y ayudando otras veces a reprimirlas, defendiendo unas veces las instituciones y poniéndolas en grave riesgo en otras. En cuanto a Alessandri e Ibáñez, tampoco terminaron de decidir si encabezar la rebelión de las masas y aliarse con sus partidos incipientes de izquierda o de derecha, o aplastar las protestas con ayuda de milicias civiles o de la nueva policía de Carabineros y encarcelar y deportar a sus dirigentes. Chile vivía, dice el politólogo Tomás Moulián (*Conversación interrumpida con Allende*, 2001) “momentos de oscuridad casi inéditos para una sociedad que había conocido guerras civiles y matanzas obreras, pero no esa ausencia de límites legales combinada con la aparente normalidad que constituye la atmósfera incierta de una dictadura”. El poeta Vicente Huidobro vislumbró en esa oscuridad una imagen mucho más inquietante:

—Chile aparece como un inmenso caballo muerto, tendido en las laderas de los Andes bajo un gran revuelo de cuervos.

En 1925 Ibáñez se cansa de ejercer el poder en la sombra, obtiene sin mayores dificultades la dimisión del presidente Alessandri,

y desde su cargo de ministro del Interior y vicepresidente del gobierno organiza a toque de corneta unas elecciones en las que solo el comunista Elías Lafertte se atreve a hacerle frente, y que gana con el 97% de los votos emitidos. Años más tarde Allende recordará esta primera presidencia de Ibáñez como una dictadura blanda, pero entre 1927 y 1931 la enfrentó desde la Universidad como una dictadura insoportable.

En la Universidad libró y ganó además sus primeras batallas electorales. En su segundo año de carrera, en 1927, ya es elegido presidente del centro de alumnos de la Escuela de Medicina, la más aguerriada de todas las facultades de la Universidad de Chile. Quiere decir que tardó muy poco en llamar la atención y ganarse la confianza de sus compañeros más veteranos, por su facilidad de palabra, su atrevimiento y su capacidad de trabajo. Sobre sus condiscípulos de Santiago, que volvían cada noche al redil de sus familias burguesas, tenía la ventaja de vivir en pensiones y residencias de barrio, sin dar cuenta de sus horarios ni de sus andanzas, y en permanente convivencia con otros estudiantes. Pero él lo cuenta mejor:

—El año 26 y 27, cuando recién ingresé a Medicina, los estudiantes de Medicina éramos los más avanzados, por tradición. Nosotros vivíamos en esa época en un barrio que era muy modesto, convivíamos prácticamente con el pueblo, éramos la mayoría estudiantes de provincias, y en la noche nos reuníamos los que vivíamos en la misma pensión y en voz alta leíamos *El Capital*, a Lenin, y también a Trotsky. Pero esencialmente yo soy un hombre que ha actuado. Desde estudiante estoy en la primera barricada y eso me ha enseñado mucho.

La clave está en la lectura en voz alta, y en su seguro corolario de discusiones apasionadas sobre lo leído. Allende levantó murmullos de desaprobación y arqueamientos de cejas entre sus partidarios intelectuales cuando confidenció a Debray a propósito de los libros que le prestaba Demarchi en la adolescencia:

—Yo no tenía vocación de lecturas profundas.

Era Demarchi quien le simplificaba los conceptos “con esa sencillez y esa claridad que tienen los obreros que han asimilado las cosas”. Ahora absorbía por vía oral y por vía epidérmica las dosis de literatura revolucionaria imprescindibles para hacerse creíble en las asambleas estudiantiles, a tan solo diez años del triunfo de la revolución rusa.

Ibáñez aprovechaba entretanto una ola de prosperidad inesperada para poner en marcha un ambicioso programa de obras públicas, dopar la producción nacional mediante subsidios y barreras aduaneras, y reforzar las instituciones y la administración pública. La bonanza duró muy poco. La crisis mundial de 1929 destapó una situación de endeudamiento y una dependencia del capital extranjero que hundieron en pocos meses la hacienda pública, la producción y el crédito. Según un estudio contemporáneo de la Sociedad de Naciones, Chile fue el país más golpeado por la crisis. Ibáñez acentuó su comportamiento autoritario frente a las protestas de la calle, en las que los estudiantes tendrían por vez primera un papel determinante.

A Allende se le había acabado el tiempo de las lecturas comentadas. En 1929 inaugura su militancia política con el ingreso en Avance, el grupo más extremado de la izquierda universitaria, que solo duró tres o cuatro años porque no logró resolver en su interior la pugna entre leninistas y trotskistas, pero que en ese tiempo conquistó por dos veces la presidencia de la Federación de Estudiantes. Destacó de inmediato como uno de sus más fogosos oradores y como captador de votos. Su primer discurso ante una audiencia masiva de estudiantes soliviantados sembró el desconcierto cuando, en lugar de empezar con el consabido “camaradas”, decidió marcar diferencias con un burgués “señores”. No sería su primera provocación, ni la última. Al poco tiempo, en 1930, convertido ya en una de las figuras más populares de la izquierda universita-

ria, es elegido vicepresidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile. Tenía 22 años y su única obsesión era la caída de Ibáñez.

Al final, tras una movilización popular y ciudadana que a diario se enfrentaba con la caballería en las calles del centro de Santiago, y que terminó por arrastrar a todos los grupos sociales, la Universidad de Chile se convirtió por una especie de acuerdo tácito en el foco de la protesta. El 20 de julio de 1931 el grupo Avance y sus aliados tomaron el edificio emblemático de la Universidad de Chile en la Alameda, secundados muy pronto por grupos venidos de la Universidad Católica. A esas alturas el gobierno ya había perdido toda credibilidad, los aristócratas del cercano Club de la Unión enviaban alimentos a los jóvenes encerrados en la Universidad rompiendo el cerco de los carabineros, y hasta la Mama Rosa se atrevió a acercarse con una bolsa de sándwiches porque su Chicho llevaba muchos días sin salir “y a lo mejor el pobrecito no había comido nada”. Ibáñez, a quien se tentó en algún momento con un retrato en figura de Mussolini criollo, tuvo el buen sentido de renunciar a la presidencia al cabo de unos días, el 26 de julio.

Allende quedó marcado como uno de los dirigentes de la protesta, sufrió su primer encarcelamiento y por un tiempo fue expulsado de la Universidad, a pesar de que representaba a los estudiantes en el Consejo Universitario. Y para culminar un año de acelerada formación política, fue expulsado del grupo Avance.

Es un episodio que caló en Allende y que en diciembre de 1972 volvió a la superficie en el curso de uno de sus mejores discursos, el que pronunció durante una visita de Estado a México ante los estudiantes de la Universidad de Guadalajara. Hastiado del verbalismo revolucionario de buena parte de la izquierda latinoamericana, y ante un auditorio complicado, Allende apeló de repente a un “ejemplo personal”. Recordó cómo en 1931, en un acceso de fiebre bolchevique durante la pelea contra Ibáñez, el grupo Avance

decidió lanzar un manifiesto que llamaba a crear en Chile los sóviets de obreros, campesinos, soldados y estudiantes:

—Yo dije que era una locura, que no había ninguna posibilidad, que era una torpeza infinita y que no quería, como estudiante, firmar algo que mañana, como profesional, no iba a aceptar.

Fue expulsado del grupo de forma fulminante, pero el tiempo acabó por colocar a cada uno en su sitio:

—Ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica, pero ir avanzando en los caminos de la vida y mantenerse como revolucionario, en una sociedad burguesa, es difícil. Éramos 400 los muchachos de la Universidad que estábamos en el grupo Avance. 395 votaron mi expulsión. De los 400 que éramos, solo dos quedamos en la lucha social. ¡Y a mí me echaron por reaccionario!

El otro era el futuro periodista y dirigente socialista Óscar Waiss, que en 1931 militaba en la Izquierda Comunista y fue de los que votaron la expulsión. Tomás Moulián eligió este episodio precoz de la carrera política de Allende para colocar una sentencia que pudo haber inscrito en cualquier otro momento de su biografía:

—Allende parece haber tenido el realismo político en los genes.

En su último año de carrera, 1931, tuvo que suspender el internado en el hospital San Vicente de Paul y pedir el traslado a Valparaíso al agravarse la enfermedad de su padre, por lo que no pudo terminar en la capital unos estudios, si no brillantes, sí más que honorables. Mantuvo siempre un gran respeto por los profesores de la Escuela, y con uno de los más distinguidos, el doctor Eduardo Cruz Coke, compartiría más tarde escaño en el Senado. Allende se aferró al título de una profesión que solo pudo ejercer durante unos años y en condiciones imposibles, y aunque más adelante iba a ganar otros nombres (Compañero Allende, Compañero Presidente), al final, cuando el presidente levantaba el teléfono a las cuatro de

la mañana para llamar, por ejemplo, al pintor José Balmes, se anunciaba:

—Aló... soy el Doctor.

Patricia Espejo, que por entonces tenía poco más de 20 años, era secretaria de Allende en el palacio de La Moneda y tres décadas después nunca habla del “presidente”, siempre dice “el Doctor”. El minúsculo cuarto donde Allende dormía sus diez minutos de siesta, junto a la secretaria privada, no era “la salita del presidente” sino “la salita del Doctor”. Cuando enfermó la Mama Rosa, Patricia lo acompañaba todos los días a visitarla en el Hospital del Tórax. El día que murió estaban con ella, y Patricia sintió que Allende era en esos momentos “el hombre más solo, más triste, cansado de todo...”:

—Cuando regresamos a La Moneda el Doctor se puso su capa de médico y estuvo largo rato paseando solo. Se ponía la capa cuando tenía algo muy emocional, como si se sintiera protegido por ella.

Capítulo 3

Las identidades de Allende

Allende regresa a Valparaíso a finales de 1931 con una sola idea en la cabeza: terminar el internado, preparar los exámenes finales y redactar la memoria preceptiva para graduarse como médico cirujano. Tenía que ponerse a trabajar cuanto antes para ayudar a su familia. El estado de salud de su padre anunciaba un desenlace próximo y Allende había decidido ocuparse de su madre.

Se instala, por tanto, en la casa familiar de la avenida Libertad de Viña del Mar, frente al palacio Carrasco y a la iglesia de los carmelitas, a dos pasos de la playa, del casino y de la plaza Vergara, en el corazón burgués de la ciudad balneario. Iba a ser su domicilio hasta 1939, cuando se traslade a Santiago para jurar el cargo de ministro de Salubridad en el gobierno del Frente Popular.

Rindió los últimos exámenes con buenas notas y escribió una tesis de fin de carrera que no pasó a los anales de la ciencia y, que sin embargo, conocería una fama sorpresiva 80 años después, al hilo de una polémica absurda que se saldó de forma inesperada en 2005, con su publicación.

Que lograra terminarla a lo largo de 1932 es una prueba más de su tenacidad y de su capacidad de trabajo, pues con el título al

alcance de la mano la historia se le metió en casa una vez más. La proclamación de la República Socialista tuvo para él fuertes repercusiones personales, primero familiares y en definitiva políticas.

El júbilo desbordado ante la caída de Ibáñez fue tan breve como prematuro. Lo sustituyó el presidente del Senado, el cual lo traspasó de inmediato al ministro del Interior, quien renunció al cabo de unas semanas para presentarse a las elecciones presidenciales. Quedó el gobierno en manos de un ministro tan desamparado por la indigencia del Estado que decidió reducir en un 30% las remuneraciones de la administración pública y de las fuerzas armadas, y por tanto los sueldos de los 14.000 efectivos de la marina de guerra. En un movimiento espontáneo, los marineros arrestaron a los oficiales y constituyeron un Estado Mayor de las Tripulaciones que no se contentó con pedir la anulación del decreto del infortunado presidente interino, sino que reclamó además la reforma agraria y la expropiación de los monopolios extranjeros. No solo eso: en el manifiesto de la marinería aparece por primera vez un gran tema que no se agotaría en todo el siglo xx, la exigencia de una moratoria en el pago de la deuda externa.

Las tripulaciones sublevadas (los almirantes y generales "se pronuncian", los marineros y sargentos "se sublevan", según la irónica y exacta observación de Aniceto Rodríguez) capitularon al cabo de una semana, después de que el Ejército y la aviación bombardearan el puerto de Talcahuano y los buques de la escuadra abrigados en la bahía de Coquimbo. Ni la adhesión del pequeño Partido Comunista ni la convocatoria de una huelga general de apoyo por la Federación Obrera de Chile tuvieron seguimiento. Fueron condenados a muerte 10 marinos, aunque poco después se les conmutaba la pena capital por la de cadena perpetua. Pero el gobierno se vio obligado a dar marcha atrás y derogar el decreto de reducción de sueldos.

El cañonazo del crucero Aurora, la revolución rusa y la insurrección de los marineros de Kronstadt habían agitado aún más las aguas turbulentas de la política chilena y de sus conflictos sociales. Sucedió por entonces en medio mundo. Una semana después de la rendición de los marinos chilenos, el 12 de septiembre de 1931, estallaba un motín en la flota británica del Atlántico, y por los mismos motivos que en Chile: la pretensión de rebajar los sueldos de la administración pública, y en particular la paga de las escalas más bajas de la marinería. Al igual que en Chile, el gobierno de Londres trasladaba a las clases medias y a los obreros la factura de la Gran Depresión de 1929. Y como en Chile, el gobierno cedió al cabo de cuatro días, con la gran diferencia de que no hubo bombardeos y tampoco tribunales ni castigos, porque el Almirantazgo logró mantener en secreto un amotinamiento que ponía en peligro el prestigio de la Royal Navy y por tanto la seguridad nacional. Dada la cercanía entre las fuerzas navales de ambos países puede darse por seguro que la sublevación de los marinos chilenos había sido conocida por sus pares británicos.

Pasado el sobresalto, se reanudó en Chile una campaña electoral anodina que debía culminar en la elección presidencial del 4 de octubre. Arturo Alessandri hizo acto de presencia al frente de una improvisada y poco creíble Federación de Izquierdas. Los comunistas presentaron no una, sino dos candidaturas: la ortodoxa, en la que repetía Elías Lafertte, y la Izquierda Comunista (trotskista) de Manuel Hidalgo. Se impuso el radical Juan Esteban Montero, apoyado por todos los partidos del arco parlamentario. Pero todos los partidos del arco parlamentario, desacreditados por su participación en el simulacro del "Congreso Termal" de Ibáñez, eran tan poca cosa que Montero se cruzó la banda presidencial el 4 de diciembre de 1931 y solo seis meses después, el 4 de junio de 1932, salía de La Moneda con ademán de dignidad ofendida, pero sin oponer resistencia. Apenas le dio tiempo para lo más fácil, como ilegalizar

y perseguir a un Partido Comunista que había recogido menos de 2.500 votos en la elección presidencial: era ya costumbre arraigada de los gobiernos de derecha golpear a la revolución rusa en la cabeza de los pocos y esforzados comunistas chilenos. Montero debe su lugar en la historia nacional a que fue derrocado por el más insólito de los pronunciamientos de la historia de América Latina, un pronunciamiento socialista.

La República Socialista fue proclamada en Chile el 4 de junio de 1932 y duró escasos doce días. Sus artífices fueron Eugenio Matte Hurtado, aristócrata en disidencia, Serenísimo Gran Maestro de la Gran Logia de Chile a los 32 años, fundador de un partido de orientación socialista, la Nueva Acción Pública; y Marmaduke Grove, comodoro del aire. Salvador Allende estaba condenado a vivir de lejos unos hechos que lo involucraban por su parentesco con "Don Marmaduke" y que iban a sellar su destino político, ya que el Partido Socialista de Chile, en cuya fundación participó pocos meses más tarde, es hijo de este episodio atípico. Un episodio que además tendría derivaciones insospechadas en su gobierno.

La gran figura es Grove. Gozaba de una inmensa popularidad, primero por su condición de aviador en aquellos tiempos en que el avión era emblema de modernidad, de aventura y de gloria, y en segundo lugar por sus intervenciones espectaculares en momentos decisivos de la década turbulenta.

En 1924 era director de la Escuela de Aviación Militar y fue, con el mayor Ibáñez, uno de los líderes del movimiento que forzó la mano al Parlamento y logró desbloquear el paquete de reformas del presidente Alessandri. No lograron, sin embargo, sostenerlo en el cargo. Como tantas veces a lo largo de la década, se vistió con el manto de la legalidad un golpe de palacio y el parlamento autorizó a Alessandri a dejar temporalmente la presidencia y a viajar a Eu-

ropa. Acto seguido los altos mandos de las fuerzas armadas clausuraron el Congreso, aceptaron por decreto la renuncia de Alessandri y convocaron elecciones presidenciales y parlamentarias. Quedaba así desvirtuado el movimiento de los jóvenes oficiales, que no estuvieron dispuestos a consentir semejante usurpación.

Ibáñez y Grove crearon un comité militar que sacó de La Moneda a los generales y almirantes y exigió el regreso de Alessandri para que concluyera su programa de reformas y completara los seis años del mandato presidencial. A partir de ese momento, entre los dos colosos con pies de barro de la época, Alessandri e Ibáñez, aparecía Grove como una amenaza incontrolable, de modo que decidieron alejarlo de Chile con un encargo difícil de rechazar para un aviador de la época: agregado militar en Suecia, en el Reino Unido, en Francia.

Se hallaba en Europa en 1925, cuando Ibáñez decidió deshacerse de una vez por todas de Alessandri y expulsarlo del país, y allí seguía en 1928 cuando Alessandri decidió que había llegado el momento de devolver el cumplido a Ibáñez, con ayuda de militares descontentos y banqueros acostumbrados a apostar a todas las barajas. La conspiración fue descubierta y Grove llevó la peor parte: expulsado del Ejército, se trasladó a Buenos Aires y siguió complotando en alguna de las múltiples conspiraciones de políticos y militares de la época. En 1930, con Ibáñez en sus horas más bajas, protagonizó la aventura insensata que le daría sus más brillante aureola: el vuelo del *Avión Rojo*.

Ocurrió que los conspiradores alessandristas del interior informaron de que la guarnición de Concepción estaba dispuesta a secundar un golpe contra Ibáñez. Grove y otros conjurados sobrevolaron los Andes y aterrizaron en Concepción, donde no los esperaba nadie. Todo quedó en un altercado en el que Grove y el general jefe de la guarnición intercambiaron disparos sin consecuencias (y es casi seguro que sin mala intención). Pero el fracaso de la conspira-

ción no empañó el espectacular éxito mediático del vuelo del avión rojo en Chile y en toda América del Sur, no en vano había sido fletado en Buenos Aires por un magnate de la prensa argentina. El propio aparato venía ya envuelto en leyenda: era el *Friendship* con el que Amelia Earhart había cruzado por primera vez el Atlántico.

Grove fue desterrado a la Isla de Pascua, muy distinta entonces de la isla redescubierta por Thor Heyerdahl en los años 50: apenas una remota estancia ovejera arrendada a una sociedad que surtía de lana a la industria británica. Los moais yacían todavía por los suelos, y la población nativa, maltratada por la sociedad arrendadora, se rehacía apenas de la esclavitud y el exterminio. Aún así, Grove exageraba mucho sus penalidades cuando en un discurso en el Senado se comparó con los revolucionarios rusos y denunció que lo habían tenido "en una isla que evoca los peores paisajes de Siberia".

Grove y los otros dos relegados no estuvieron allí mucho tiempo. Desde París, Alessandri fletó una goleta tahitiana, la Valencia, en la que se fugaron a la Polinesia Francesa acompañados por el comandante del destacamento naval de la isla, seducido por la elocuencia de Grove y también, a no dudarlo, por la perspectiva de conocer mundo. Cuatro meses después llegaban a París, justo el mismo día en que caía Ibáñez en Santiago.

¿París vía la Isla de Pascua y Tahití? Allende conoció esta ruta de labios de Grove. Como tantas veces, un episodio como el de la guayabera, que en su día pareció una ocurrencia intempestiva de Allende, entonces presidente del Senado, adquiere así una coloración inadvertida, el color de la historia nacional y de la pequeña historia de familia.

Al cabo de esta particular vuelta al mundo, el coronel Grove era reintegrado al ejército y nombrado jefe de la base aérea de El Bosque, en Santiago. Pronto se convirtió, desembarazado de la tutoría de Alessandri y de Ibáñez, en el eje de una conspiración más

potente contra el presidente Montero. El propio gobierno precipitó los acontecimientos el 3 de junio de 1932, al destituirlo de la jefatura de la base aérea. Grove se negó a obedecer y arrastró a los aviadores y a algunas unidades de tierra. A continuación formó con Eugenio Matte un Comité Revolucionario que se adelantó a otras conspiraciones en marcha y en la noche del 4 de junio ocupó sin resistencia el palacio presidencial y mandó a su casa al presidente y a todos los ministros. Lo acompañaban otros aviadores ilustres como Arturo Merino Benítez, y, en calidad de oficial de órdenes, el futuro general de aviación Osvaldo Puccio Guzmán.

Quedó el gobierno en manos de una Junta de coalición, pues estaba integrada por el socialista Matte, por un antiguo embajador en Washington, Carlos Dávila, de obediencia ibaísta, y por el general en retiro Arturo Puga, próximo a Alessandri. Pero el gobierno tenía una coloración más homogénea, y figuraban en él, además del propio Grove, que se reservó el ministerio de Guerra, dos de los nombres más ilustres del futuro Partido Socialista de Chile: Óscar Schnake, secretario general de Gobierno, y Eugenio González, ministro de Educación.

Este gobierno fue el que proclamó la República Socialista de Chile dos días más tarde, el 6 de junio, sin un programa digno de ese nombre, pero con algunas ideas muy claras sobre el capital extranjero y la organización de la economía nacional. Carlos Dávila anunciaba a la United Press, poniendo un punto de farsa en un movimiento que tuvo mucho de fundación, "la socialización de todos los procesos económicos", y añadía: "Esperamos crear un sistema económico colectivo que avance en paralelo con la empresa privada que ha dominado hasta ahora". Su proyecto político era una "dictadura benévola", aunque bien es cierto que, como apuntaba a la semana siguiente el semanario Time, daba la impresión de ir improvisando sobre la marcha. Era poco creíble: pocos meses antes había negociado en Washington la cesión de la minería del co-

bre a la familia Guggenheim, y ahora amenazaba con expropiarla; y su celo anticapitalista era demasiado contradictorio con el discurso que pronunciara en la Universidad de Columbia en el acto de su investidura como doctor honoris causa, y en el que había clamado por más y mayores créditos para Chile.

Las primeras en reaccionar fueron las que por entonces todavía eran llamadas las Grandes Potencias, que tenían comprometidas en Chile inversiones por valor de mil millones de dólares. El embajador de Estados Unidos conoció de primera mano el proyecto de decreto que canjeaba todos los depósitos en moneda extranjera por el equivalente en moneda nacional al cambio del día 3 de junio, víspera del pronunciamiento de Grove. Conocía lo suficiente a Dávila para no alarmarse tanto como el *Foreign Office* británico, que se apresuró a denunciar las medidas confiscatorias del gobierno chileno y a exigir la plena compensación de los intereses británicos afectados. La prensa norteamericana rebajó el grado de alarma recordando a sus lectores que Chile no era Rusia, y que una flotilla de segunda categoría bastaría para pulverizar todas las ciudades, todos los pueblos y todas las aldeas del país.

Mientras Dávila entretenía a la prensa extranjera y el general Puga dormitaba, el gobierno de la República Socialista compensaba con creces la endeblez de su programa con una interminable batería de realizaciones concretas. Cerró el Congreso de Ibáñez y gobernó mediante decretos leyes. Liberó a los presos políticos, amnistió a los marineros sublevados y devolvió sus empleos a los profesores despedidos por el gobierno de Ibáñez. Decretó la autonomía universitaria y la inviolabilidad de los recintos académicos, dando así cumplimiento a una de las grandes ambiciones del movimiento latinoamericano de reforma universitaria. Prohibió el desahucio de los arrendados que no podían hacer frente a sus mensualidades, estableció una moratoria para las deudas de menor cuantía y, en una de las medidas más aplaudidas, ordenó la devolución de las herra-

mientas y utensilios de trabajo empeñados en la Caja de Crédito Popular, la *Tía Rica* de los desesperados.

Muchos de los decretos del gobierno nunca alcanzaron a ser aplicados, pero tampoco fueron abolidos. Entre ellos el decreto número 520, que atribuía al gobierno la facultad de requisar aquellas empresas que produjeran artículos de primera necesidad o que tuvieran una posición estratégica, si sus propietarios paralizaban la actividad productiva. Por este *resquicio legal* colaría el gobierno de Salvador Allende, 40 años más tarde, algunos decretos que le permitieron intervenir empresas paralizadas.

Si las medidas antiimperialistas pusieron en alerta a las cancillerías de las Grandes Potencias, las medidas internas y el aluvión de decretos populistas y movilizados sembraron el pánico en la derecha nacional, que recurrió a las armas por partida doble, creando milicias civiles y llamando a las puertas de los cuarteles. A su vez, el Partido Comunista se hizo presente con dos ideas, una buena y una mala. La buena fue condenar el intento de implantación del socialismo por medio de un golpe de Estado. La mala fue convocar a la creación de sóviets de "obreros, campesinos, mineros, soldados, marineros e indios". Los estudiantes comunistas ocuparon la casa central de la Universidad de Chile ante la indiferencia del gobierno.

Sobrepasado por los acontecimientos (y por Grove), Dávila renunció a la Junta el 12 de junio, pero el día 16 se presentó en palacio un almirante, en representación de la cúpula militar, con el encargo de reponer a Dávila y arrestar a Grove y a Matte, los cuales fueron relegados de inmediato a la Isla de Pascua, Siberia que Grove visitaba por segunda vez.

En doce días arrolladores, la República Socialista había puesto todas las cartas boca arriba y aclarado el caos político y social de la década convulsa. De esos 12 días saldría en poco tiempo un sistema político estable y duradero, con una derecha, un centro y una izquierda bien perfilados. Dávila todavía alcanzó a presidir una Jun-

ta que insistía en proclamarse socialista, y durante algunos meses el palacio presidencial volvió a presenciar un desfile fantasmagórico de presidentes ocasionales, puestos y depuestos a golpes de suaves empujones militares. Pero en medio de este desorden se convocaron elecciones presidenciales y parlamentarias para el 12 de octubre de 1932, y Chile regresó al cauce republicano y constitucional por el que fluiría hasta 1973, cuando fue dinamitado por el golpe político-militar de una derecha que había dejado de creer en la democracia.

En vísperas de la aventura de Grove y Matte había en Chile, según recuento de la Internacional Comunista reunida en Moscú, no menos de 10 partidos socialistas. Tras el fracaso de esta intentona sin sustento político, los líderes del movimiento impulsaron por fin la creación del Partido Socialista de Chile, en cuya fundación participó Salvador Allende desde Valparaíso.

Confinado en su ciudad natal por urgencias familiares y profesionales, Allende hizo lo que pudo por Grove y por la República Socialista, participando en las movilizaciones de obreros y estudiantes del Puerto. Cuando detuvieron a Grove, pronunció un discurso en la Escuela de Derecho, en el preciso momento en que Dávila desencadenaba una feroz represión contra la izquierda, apoyado por las fuerzas del orden y por una banda de matones que se autodenominaba la Legión Socialista. Allende fue detenido junto con su cuñado Eduardo Grove y su hermano Alfredo, que apenas participaba en política. Una corte marcial los puso en libertad, pero fueron sometidos a una segunda corte marcial y encarcelados. Alfredo y él obtuvieron un permiso para visitar a su padre moribundo y asistir a su sepelio:

—En sus funerales hablé para decir que me consagraría a la lucha social, promesa que creo haber cumplido.

Se beneficiaron de la amnistía decretada ante las elecciones. A finales de ese año 1932, a pesar de su participación en la campaña electoral, Allende logró entregar la tesis que le abrió las puertas de la profesión médica, con el título *Higiene mental y delincuencia*. Es este el texto que el profesor Víctor Farías iba a exhumar en 2005 para montar contra Allende un proceso internacional por antisemitismo, en un intento fallido de linchamiento póstumo.

Víctor Farías es un profesor de filosofía chileno, formado en Alemania, y aficionado a la investigación histórica. En 1987 disfrutó de su cuarto de hora de celebridad con su libro *Heidegger y el nazismo*. El recordatorio del desvarío nacional-socialista del gran filósofo alemán era un acto saludable, pero fácil, porque Heidegger fue un nazi público y notorio. Pero convertir a Allende en precursor de Hitler, por antisemita y abogado de la eugenesia, era una aventura delirante de la que solo podía salir maltrecho.

El éxito mundial del libro sobre Heidegger ofuscó al profesor chileno, que atribuyó a su propia genialidad lo que no era sino otra muestra del tirón publicitario de uno de los géneros narrativos más seguros de la industria cultural: la literatura de nazis, al igual que el cine de nazis. Excitado por este primer atrevimiento deicida, la emprendió sin fortuna contra gigantes como Borges, Neruda, Violeta Parra, García Márquez (“he dado cuenta minuciosa del naufragio nihilista y voluntarista de su obra”, afirmó con característica modestia). Volvió, pues, a la literatura de nazis con otro libro, *Los nazis en Chile* (2000), en cuyas páginas finales creyó dar un nuevo golpe maestro al unir el argumento del nazismo con el nombre de Salvador Allende. A estas alturas le gustaba compararse a Picasso y tomaba prestado al pintor un célebre lema: “yo no busco, encuentro”.

Lo que había encontrado era un intercambio de correspondencia entre Simon Wiesenthal, el cazador de nazis, y el presidente Allende. El 21 de agosto de 1972, Wiesenthal, en su calidad de director del Centro de Documentación de la Liga de los Judíos Perse-

guidos por el Régimen Nazi, con sede en Viena, solicitó al presidente la extradición del criminal de guerra Walter Rauff, escondido en Chile desde los años 50. Allende le respondió que en 1963 la Corte Suprema chilena había denegado la extradición solicitada por la República Federal de Alemania, y que al presidente de Chile "le está vedado, en virtud de la ley, ejercer funciones judiciales, avocarse causas pendientes o hacer revivir procesos fenecidos". Con todo, sugiere a Wiesenthal una vía jurídica que consistiría en formular por vía diplomática una nueva solicitud de extradición, que sería resuelta por los tribunales de justicia. Allende aprovecha la oportunidad para recordar que la sentencia de la Corte Suprema contiene una condena moral de los crímenes del nazismo. Lamenta tener que dar una respuesta negativa y termina expresando su admiración a Wiesenthal por "su tenacidad en perseguir a los autores de los más horrendos crímenes que registra la Historia de la Humanidad".

Wiesenthal contestó desde Viena el 3 de noviembre. Entiende que las posibilidades de Allende en esta materia son limitadas, anuncia su propósito de instar a las autoridades alemanas a presentar una nueva solicitud y termina con estas palabras: "Quiero, de nuevo, agradecerle su cariñosa y cordial carta, que demuestra que usted es ciertamente una persona admirable".

En su libro *Justicia, no venganza* (1989), Wiesenthal evoca esta correspondencia añadiendo un detalle impreciso y no documentado: en algún momento pidió a Allende que examinara la posibilidad de deportar a Rauff, "pero antes de que Allende pudiera contestar mi segunda carta hubo un golpe de Estado y murió Allende".

El recurso de Farías para convertir este intercambio de cartas en una prueba de complicidad de Allende con uno de los mayores criminales nazis es crear en torno al episodio un argumento de novela negra. Según él, Wiesenthal le pidió que buscara las cartas porque las había perdido, y las encontró tres o cuatro años más tarde, una en un archivo italiano y otra en Austria. Es propio de la indus-

tria del espectáculo utilizar rodeos inverosímiles para sostener los relatos. Que el Centro de Documentación de Viena hubiera perdido la correspondencia entre Wiesenthal y Allende, referidas además a una de sus presas más codiciadas como era Rauff, es un giro de guión poco creíble, empleado para sugerir el robo de las cartas por algún amigo de Allende.

La acusación de Farías tuvo repercusión en publicaciones impresas y electrónicas de signo reaccionario, pero también en algunas más serias, por el atractivo morboso de la ecuación Allende-nazismo. La acusación tenía además un propósito más inmediato, como era denunciar a una izquierda chilena (y mundial) empeñada por aquellas fechas en obtener en Londres la extradición del general verdugo de Allende, al que no nombraremos en este libro para seguir la línea entonces marcada por el primer ministro Tony Blair, que lo llamó "el innombrable". En cualquier caso, Farías decidió seguir explotando el filón y en 2005 publicó el folleto *Salvador Allende, Antisemitismo y Eutanasia*. Las dificultades para encontrar editor no se debieron, según el autor, a la endeblez del argumento, sino a una conspiración general que pretendía ocultar el gran descubrimiento: Allende había protegido a Rauff en 1972 porque en 1932 era ya antisemita.

Esta vez el hallazgo era la memoria de graduación de Allende, que en unas versiones encuentra un profesor en la Universidad de Chile entre un montón de papeles apilados, y en otras es hallada por el propio Farías ("me impresionó profundamente porque aparece un Allende claramente racista, coincidiendo notoriamente con las premisas de la ideología de Hitler"). Farías apunta que la memoria no está, "curiosamente", en la Biblioteca Nacional de Santiago (no es lugar para las tesis académicas no publicadas), y acusa a Patricio Quiroga, compilador de una edición de las *Obras escogidas de Salvador Allende* (1995), de haber publicado una versión trunca (sin percatarse o sin quererse percatar de que lo que Quiroga publica

es un resumen de la memoria, escrito de la mano del propio Allende). Se trata, de nuevo, de recursos de guión destinados a crear un manto de sospecha que alargue y dé emoción a la trama.

La respuesta de los amigos de Allende fue práctica: publicaron *la memoria* (2005). La acusación de Farías reposa sobre quince líneas de la quinta parte de la obra ("Medio ambiente, tercer factor ecológico del delito. Clima, raza, delitos colectivos"). En esas quince líneas Allende reproduce, bajo el epígrafe "Razas", observaciones de Cesare Lombroso sobre ciertas tribus de la India ("hay algunas tribus honradas y laboriosas, otras aventureras, imprevisoras, ociosas y con tendencia al hurto"), sobre los cíngaros (pereza, ira, vanidad, homicidios), y por último sobre los judíos: "Los hebreos se caracterizan por determinadas formas de delito; estafa, falsedad, calumnia y, sobre todo, la usura. Por el contrario, los asesinatos y los delitos pasionales son la excepción". Y sigue Allende y concluye: "Estos datos hacen sospechar que la raza influye en la delincuencia. No obstante, carecemos de datos precisos para demostrar este influjo en los países civilizados".

Esta es la lectura que escandaliza a Farías y que convierte a Allende en precursor de Hitler. Farías, entre el año 2000 y 2005, ha cerrado el círculo: Allende no entregó a Rauff porque era de los suyos. Hay películas de nazis más inverosímiles, pero no peor intencionadas. El profesor de filosofía volvió a gozar de su cuarto de hora de celebridad, pero el daño hecho a la reputación de Allende es incalculable, pues las acusaciones de antisemitismo pueden ser manchas muy pegajosas en un mundo hipersensibilizado por el horror del Holocausto.

Le salieron al paso incluso medios de derecha nada sospechosos de complacencia con Allende, y sobre todo, en el diario vespertino *La Segunda*, el más conspicuo de los historiadores reaccionarios chilenos, Gonzalo Vial Correa, movido en parte por un prejuicio gremial contra los historiadores aficionados, y también por una especie

de objetividad sobrevenida que lo ha ido convirtiendo, con el paso de los años, en el más inesperado de los defensores de la coherencia democrática, de la probidad y de la honradez personal del presidente que tanto ayudó a derrocar. Farías, dice, es un documentalista, no un historiador. Construye hipótesis de gran alcance con muy pocos materiales. No hace de estos ningún análisis crítico. Abunda en referencias que no comprueba. Es desprolijo (en Chile se usa el término "prolijo" en su segunda acepción: cuidadoso, esmerado). "Lo domina, sobre todo, la pasión política o 'revisionista', o el deseo de causar impacto o revuelo". Añade algún ejemplo de "razonamiento delirante" de Farías. Y ante una acusación más indecente y arbitraria que otras, Vial despacha a Farías con una despectiva sentencia de caballero contrariado: eso "simplemente no se hace".

Farías se retrata una vez más en su destemplada réplica. Cuando la senadora Isabel Allende retoma las observaciones críticas de Gonzalo Vial, la acusa de "contubernio" con el historiador y le recrimina que haya pedido ayuda al tipo que inventó el Plan Z para matar a su padre, y de "hacer con este tipo lo que Allende con Rauff"; es decir, Isabel Allende rehabilita a Vial como su padre rehabilitó a Rauff. Y termina:

—El tipo está molesto porque yo trabajo con documentos y él es un hacendado, en su puta vida ha tocado un documento.

A veces las historias tienen derivaciones insospechadas y remates no previstos. Esta la resuelve el mismo personaje invocado por Farías para urdir la penosa farsa: Simon Wiesenthal. El viejo cazador de nazis vivió lo suficiente para asistir de lejos al retorno de la democracia a Chile y recibir del gobierno chileno la más alta condecoración nacional, la Orden de Bernardo O'Higgins, de manos del embajador en Viena. Sucede que no era cualquier embajador, pues se trataba de Osvaldo Puccio Huidobro. En este mismo capítulo se mencionó a su abuelo, el general de aviación Osvaldo Puccio Guzmán, y en los siguientes se citará muchas veces a su padre, Osvaldo

Puccio, que fue mucho más que el secretario de Allende como suelen decir las crónicas, pues fue uno de sus avatares, su álter ego en momentos y dimensiones decisivos de la carrera política del presidente. Wiesenthal recibió al embajador y habló con él de su "amigo Allende" (mein Freund Allende). No ignoraba la cercanía familiar del embajador con el presidente, y no habría aceptado ni la condecoración ni la visita si hubiera tenido la menor duda sobre las ideas y el comportamiento de Salvador Allende. A Osvaldo Puccio Huidobro, el viejo Wiesenthal le hizo además una declaración extraordinaria: por lo que él sabía, y de esto lo sabía todo, Chile era el único país del mundo que nunca había tenido políticas antisemitas.

Lo que sí había tenido y tenía eran políticas racistas contra los habitantes originarios del país, solo que esto interesaba menos y aquí era imposible poner falta a Allende. Apenas inaugurado su mandato presidencial, ordenó a su ministro de Agricultura que durante varios meses trasladara su ministerio a Temuco, al otro lado de la vieja Frontera, para atender las reclamaciones territoriales de los mapuches en la ejecución de la reforma agraria. Allende asistió en Temuco al Congreso Mapuche, hizo suyas las conclusiones de la asamblea y las envió al parlamento bajo la forma de un proyecto de Ley Indígena, ley que alcanzó a ver promulgada el 15 de septiembre de 1972.

Así fue como la olvidada tesis escrita por Allende a los 25 años ha terminado por convertirse en eslabón necesario, y más importante de lo que se suponía, de su biografía ideológica. De su autobiografía ideológica, cabría decir, porque en este texto, Allende, que habló mucho pero escribió poco, revela ideas, convicciones y sentimientos que apenas iban a variar a lo largo de su vida.

Elige como tema de su memoria la salud mental, no tanto por ambición científica como por motivos de índole personal y de oportu-

nidad. Los de índole personal se resumen en el impacto duradero de sus cuatro años de prácticas en la Casa de Orates de Santiago, uno de ellos en la sección de reos. El estudio de lo que por entonces se publicaba y se hacía en otros países lo ayudó a sobreponerse al espectáculo diario de la peor tragedia humana. En el origen de su tesis, además de las fichas clínicas acumuladas, hay un atisbo de esperanza y una empatía profunda con los enfermos, pues dice que lo movieron a escribirla "el anhelo de días mejores y el recuerdo de largas horas de charla, en que criminales y delincuentes nos abrieron el pórtico de su vida íntima, derramando en torno nuestro su venero sentimental, salpicado de sangre, dolor y miseria".

Los motivos de oportunidad no son menos reveladores de la forma en que el joven Allende se disponía a ejercer su profesión de médico, y poco más tarde el oficio de político. A finales de 1931 se acababa de crear la Liga de Higiene Mental de Chile, que aunaba las competencias de psicólogos, psiquiatras, sociólogos y juristas. Allende se movió siempre entre el plano de la experiencia humana más dura y el plano institucional, en el que buscó los resortes de la esperanza en días mejores. Su presencia fue tan natural y tan poco forzada en los escenarios de la miseria como en los palacios de la República. Y así, en cuanto a su primera vocación, fue médico de locos (y de muertos, como se verá más adelante) y también presidente del Colegio Médico.

A la altura en que Allende escribe sobre la causalidad del acto delictivo, la ciencia médica parecía haber resuelto por su cuenta la vieja cuestión teológica del libre albedrío y de la predestinación. Cesare Beccaria (1738-1794) y sus seguidores de la llamada "escuela clásica" de la criminología afirmaban el libre albedrío de los seres humanos y la responsabilidad de sus actos, en línea con la tradición católica. Cesare Lombroso (1835-1909) encarna la escuela positivista, contemporánea del determinismo biológico y tributaria, más atrás, de la doctrina calvinista de la predestinación.

Allende resume esta polémica y arriesga a su vez un elemento que a su juicio podría ser determinante en la perpetración del delito: "El egoísmo humano". Está claro que no lo seduce la controversia teórica, y sobre todo termina por desconfiar de las conclusiones de la escuela que por formación es la suya, la escuela positivista. "En realidad, es imposible tratar de definir en pocas palabras y con absoluta precisión el concepto de delito, ya que su etiología es diversa, y los factores que lo generan, de orden individual y colectivo (herencia, medio ambiente, individuo), son diferentemente apreciados por las distintas escuelas". Estampada en las páginas finales de la memoria, esta sentencia prueba que Allende "llevaba en los genes" no solo la moderación política, sino también la moderación intelectual. Con ella vuelve a relativizar las nociones más deterministas ya matizadas en capítulos anteriores y, sobre todo, abona las propuestas de terapia social y mental que propone en diversos momentos de su exposición, con un sentido más compasivo y pragmático que doctrinal.

Pero no es menos cierto que el naturalismo grosero de Lombroso y de sus continuadores tiene en el texto de Allende ecos a veces risibles, pero inquietantes otras veces. Siguiendo, por ejemplo, a Nicola Pende, endocrinólogo italiano, cita que "los italianos del sur y los españoles propenden a los crímenes de pasión, de forma bárbara y primitiva, y son emocionalmente irresponsables. En cambio en Inglaterra no hay delitos de este tipo". Siguiendo al español Gregorio Marañón, el climaterio predispone a las mujeres "al erotismo, al exhibicionismo, la cleptomanía, el alcoholismo y la tendencia al suicidio". Y citando al argentino O. Masolo menciona los peligros que acechan a los chóferes: la congestión permanente de sus órganos sexuales pegados al asiento "traería como consecuencia una irritación crónica de los mismos, que determinaría alucinaciones sexuales constantes, con repercusión sobre el estado psíquico del individuo".

Si algunas de estas supuestas observaciones que en su día pasaron por científicas nos hacen sonreír ahora, conviene no olvidar que sirvieron de fundamento a estigmatizaciones colectivas, a terapias descabelladas y a grandes sufrimientos individuales. Los italianos del sur y los españoles tuvieron en la Europa más blanca consideración de razas inferiores, pero nunca fueron demasiado inquietados por estos y otros prejuicios. En cambio, cuando Lombroso define (y Allende cita) de modo irresponsable las propensiones delictivas de gitanos y judíos es imposible sustraerse a la memoria del Holocausto sufrido por estos pueblos en el siglo xx, un crimen que se amparó en doctrinas que a principios del siglo fueron moneda corriente en todo el mundo.

Pero acusar a Lombroso y a sus epígonos de antisemitismo tiene poco sentido, y no solo porque Lombroso fuera judío él mismo, sino, y sobre todo, porque sus teorías aberrantes sobre la génesis del delito se extienden por igual a todos los delincuentes de todos los climas, razas y tribus, y son ajenas a cualquier noción de responsabilidad personal o colectiva. Su racismo era universal y sin matices: "solo los blancos hemos alcanzado la máxima simetría de la forma humana"; los blancos, en masculino, pues las mujeres permanecían estancadas en un estadio inacabado de la evolución. Del estado de la ciencia de la época nos da una idea el hecho de que Lombroso fuera considerado y respetado como "padre de la antropología criminal".

El joven Allende se sustrae al determinismo de la escuela positivista mediante salvaguardias repetidas. La influencia de la raza "no se ha demostrado", las causas del delito son "múltiples y complejas", o, citando al penalista español Jiménez de Asúa, "los que quisieran transformar en endocrinología toda la criminología, emprenderían una ruta simplista y unilateral".

Allende guarda ya ante la ciencia la misma reverencia distante y antidogmática que exhibirá más adelante frente a la teoría mar-

xista. Un párrafo de su introducción refleja esta aproximación a la vez admirativa y cautelosa, por encima de la cual está siempre la consideración del individuo que sufre: "Frente a los problemas de la mente y a los problemas de la delincuencia, la Humanidad está recorriendo un largo y accidentado camino. El loco y el delincuente han dejado de ser escarnecidos, despreciados, aherrojados. Una amplia comprensión, basada en hechos científicos, ha puesto fin a su martirio; y ese complejo humano, ilimitado, variable y oscuro, que forman locos y delincuentes, se ha iluminado, en parte, a la luz de estudios recientes".

Lo que Allende pierde en su tesis de anclaje doctrinal reconocible, lo recupera con creces en libertad para incursionar en los factores criminológicos que de verdad le interesan, los que afectan a la sociedad chilena, y para apuntar remedios del ámbito de la salud pública y de la reforma social. De este modo, la parte central y más original de su demostración tratará de los cuatro flagelos reales de su país y de su tiempo: el alcoholismo, la tuberculosis, las enfermedades venéreas y los estupefacientes. Sobre todos estos asuntos de salud pública tiene posiciones que, originales o menos, le son propias, arraigadas como están en intuiciones y en convicciones ya definitivas: la influencia de las condiciones económicas y sociales, la educación como principal praxis preventiva, la responsabilidad del Estado y de las instituciones.

Sobre el alcoholismo, Allende dice que se trata de la primera causa de criminalidad en Chile (hasta el 80% de los homicidios), que el alcohólico debe ser considerado como un enfermo, y que su principal remedio es la educación, desde la escuela primaria. Y como mejor práctica internacional describe el modelo sueco del monopolio estatal de bebidas alcohólicas con racionamiento de su venta al público.

¿Por qué la tuberculosis en un estudio sobre salud mental y delincuencia? El razonamiento de Allende es nítido: "decir tuberculo-

sis es decir miseria, y decir miseria es decir criminalidad". Estamos muy lejos de las escuelas, clásica o positivista. En esta sección levanta un proyecto integral de salud pública que comprende medidas asistenciales (dispensarios, sanatorios, hospitales), higienistas (alimentación, vivienda, educación) y legislativas; en este punto se pronuncia por la declaración obligatoria de la enfermedad, objeto en todo el mundo de un encarnizado debate entre secreto médico y profilaxis social. No falta la alusión a la seguridad social: "la ley del Seguro Obligatorio, desde el punto de vista teórico, no deja nada que desear, pero su aplicación ha demostrado numerosas deficiencias", en especial en épocas de crisis económica como la que se está viviendo en el país.

Las enfermedades venéreas afectaban en Chile a uno de cada cinco obreros y al 60% de los hospitalizados en salas comunes. Aquí parece más difícil justificar su presencia en un estudio sobre delincuencia, por lo que Allende se limita a recordar que "hoy día se investiga en todos los delincuentes la posibilidad de una neurosis de origen sifilítico". De nuevo, lo que aquí le motiva es la oportunidad de diseñar un proyecto de salud pública. Su primera propuesta es una enorme campaña de propaganda, con utilización del nuevo gran medio de masas, el cine, y que habría de desplegarse en fábricas e industrias. Entre las medidas profilácticas propone la distribución gratuita de material preventivo y curativo a todos los sifilíticos, como se hace en Bélgica. Es característica su atención al detalle, su buen ojo de siempre para detectar las incongruencias de la vida nacional: en los momentos en que escribe dice que es difícil encontrar pomadas profilácticas en las farmacias porque hay dificultades en la importación de envases... Allende propone que se introduzca en Chile el certificado médico prenupcial ya implantado en algunos países, y aboga por la declaración, el tratamiento, la hospitalización y la internación obligatorios, como se hacía en los países escandinavos. Añade una propuesta muy elaborada y fundamentada de me-

didadas penales, que se resumen en la criminalización del contagio venéreo y la aplicación de una batería de sanciones. Concluye esta sección haciendo suya una propuesta, radical para la época, del sexólogo chileno Waldemar Coutts: “enseñar desde temprano a los niños de las escuelas higiene sexual y la manera de prevenir los males venéreos, educar a los padres y convencer a los moralistas de su error”. La inercia de las ideologías y comportamientos conservadores es tan poderosa que la propuesta de Coutts y de Allende no había perdido un ápice de su vigencia polémica medio siglo más tarde, cuando irrumpió en el mundo la epidemia del sida.

Allende trata, por último, de los estupeficientes (“el vicio de las drogas heroicas”). Atento a la dimensión internacional del problema, da cuenta de una primera Conferencia internacional instada en 1907 por China (“país que trata por todos los medios a su alcance de liberar a su pueblo de las garras del opio”) y de las dificultades de la Sociedad de Naciones para imponer una Convención contra esta droga (Ginebra, 1927). Considera necesario mejorar el arsenal legislativo contra el comercio ilícito de estupeficientes, y en un pasaje desacomunado en el desarrollo de una memoria académica, pero muy representativo de su temperamento impaciente y directo, escribe que ha hablado con el jefe de la Sección Drogas y Alimentos de la Dirección General de Sanidad y que este le ha anunciado un buen reglamento “que seguramente será aprobado por el Congreso”. Preconiza la creación de establecimientos públicos para la atención a los toxicómanos, “puesto que no es posible que estos enfermos tengan que ser tratados y atendidos en el Manicomio, que es lo que se hace hoy”.

La memoria de graduación del joven Allende muestra, en primer lugar y como es obligado, que conoce la literatura científica de la época. Pero muestra, más aún, que sus intereses no están en la investigación científica sino en los estudios de casos y en los problemas reales de salud pública en Chile. El resultado es un texto desequilibrado, que merece del tribunal una calificación inferior a las

obtenidas a lo largo de la carrera. Allende está trazando aquí el camino que en pocos años lo va a llevar, no al laboratorio o a la cátedra, sino al ministerio de Salubridad del gobierno del Frente Popular y a la presidencia del Colegio Médico.

De paso, ha dejado otros apuntes que dan cuenta de sus ideas, de su carácter y de su estilo: “la beneficencia de ayer es la asistencia social del hoy”; “la tuberculosis es una enfermedad social”; las causas “múltiples y complejas” del delito se ven “agravadas por factores de orden accidental y presente, como la crisis económica por la que atravesamos”; la inercia de “la rancia fuerza tradicional de acendrados prejuicios”.

Su confianza en la medicina social tiene asidero en la experiencia práctica: “Debemos dejar constancia de que en nuestro país el problema del menor delincuente ha sido abordado con un criterio científico que contrasta notablemente con la negligencia observada en los delincuentes adultos”. Otras observaciones demuestran una percepción aguda de la evolución de los comportamientos sociales y anticipan una de sus grandes preocupaciones de candidato, de parlamentario y de gobernante: la posguerra, dice, “ha traído en algunos aspectos de la vida un progreso evidente, especialmente en lo que se refiere a la mujer”, comentario que resulta más significativo por estar fuera de contexto.

Los hijos ilegítimos delinquen más que los legítimos, según los estudios que maneja, pero al reseñar esta observación no se resiste a añadir una reflexión propia: “por nuestra parte consideramos una aberración que pueda existir esa diferencia, puesto que no es posible que hagamos recaer sobre los hijos la responsabilidad de los padres”. De la anulación de esta diferencia Allende hará causa permanente, pero en Chile la equiparación jurídica de los hijos no logró el respaldo de la derecha parlamentaria hasta 1998.

Encontramos, por último, un llamativo pasaje sobre la revolución y el uso de la fuerza en política. En él Allende exhibe a los 25

años convicciones que serán inamovibles, y que no abandonará ni siquiera cuando las necesidades de construir alianzas le empujen a defender el carácter revolucionario de sus programas electorales y, al fin, de su acción de gobierno. Vale la pena reproducirlo en extenso:

“La post-guerra (...) ha generado por desgracia en los individuos un excesivo espíritu de lucha. Esto, unido a la crisis económica mundial, y a la inestabilidad política existente, ha creado instituciones armadas con caracteres de partidos políticos, que se combaten con suma violencia en diferentes países.

“Son como siempre aquellas desigualdades e injusticias que Aristóteles llama ‘fuente de todas las revoluciones’, las que siguen presionando a los hombres en el deseo imperioso de imponer sus principios por sobre todas las cosas, usando como argumento efectivo y de un valor real, la fuerza.

“Así se explican algunos aspectos verdaderamente trágicos que adquieren estos delitos colectivos, pues en las multitudes se desarrolla con excesiva facilidad un fenómeno psicopatológico que eminentes psiquiatras han estudiado, y que se considera como un virus destructor. Nada más fácil entonces que la influencia perniciosa que sobre las masas puede ejercer un individuo en apariencia normal, y que en realidad al estudiarlo, nos demostraría pertenecer a un grupo determinado de trastornados mentales.

“La historia es propicia en estos ejemplos, y así vemos que a la luz de la psiquiatría se comprende y se justifica el extravío colectivo motivado por la impulsibilidad irreflexiva de un dirigente (...).

“Además, se ha observado que esos fenómenos colectivos tienen a veces caracteres epidémicos, y es por eso que cuando estallan movimientos revolucionarios en ciertos países, estos se propagan con increíble rapidez a los estados vecinos que tienen una situación político-social análoga”.

Allende cita como ejemplos de revolucionarios con cuadros patológicos a Robespierre y Marat. No sabemos si evita por convic-

ción o por cálculo prudente a sus contemporáneos, y sólo podemos especular sobre sus impresiones íntimas ante personalidades políticas cuyos comportamientos amargaron los últimos años de su vida. Pero en algún momento, de forma enigmática, dijo de cierto político chileno que tenía la misma enfermedad que otro gran político latinoamericano, y no parecía referirse a un cuadro somático.

El catedrático de la Universidad de Valencia, Juan Carlos Carbonell, afirma en el prólogo a la edición del texto de Allende que este “se adelanta en décadas a políticas que hoy nadie se atreve a cuestionar”. El profesor Carbonell se muestra en 2005 tan optimista como lo era Allende en 1932, cuando escribía, por ejemplo: “Hoy nadie afirma que el homosexual lo sea por voluntad suya o por inclinación al vicio”. Los fundamentalismos religiosos que resurgen en medio mundo sí que se atreven a cuestionar políticas de salud pública que parecían incuestionables, lo mismo que el ultraliberalismo rechaza políticas de seguridad social que en su día fueron factores de seguridad ciudadana, de paz social y de progreso económico.

Allende cambiará poco. Su memoria de graduación, su primer escrito, comienza con estas palabras: “La evolución constante de la Humanidad ha originado factores múltiples y nuevos en diversos aspectos de la vida, tanto de orden espiritual como material”. Horas antes de morir reafirma desde La Moneda el mismo credo laico y progresista: “La Humanidad avanza para la conquista de una vida mejor”.

Allende fue mucho más masón de lo que se pensaba, y no porque él ocultara esta obediencia, pues la exhibió con orgullo. Por una parte, cuando se convierte en figura central de la política chilena, la masonería ha dejado de ser actor principal de la escena nacional. Por otra parte, el discurso marxista y revolucionario del último Allende eclipsa este otro aspecto de su identidad.

Hay más razones para este ocultamiento. En primer lugar, las de aquellos que, como su propia esposa, Hortensia Bussi, consideran su pertenencia a la masonería como un anacronismo y la justifican apenas como un gesto hacia sus antepasados y como una forma de reconocimiento a la ayuda material que la masonería del siglo XIX, más combativa y solidaria, había prestado a los descendientes de Ramón Allende Padín.

A otros, como su buen amigo Rafael Agustín Gumucio, un tiempo adversario político en las filas de la Democracia Cristiana y a la postre aliado en las filas de la Unidad Popular, les cuesta admitir desde una mentalidad católica que Allende pudiera ser miembro sincero de una secta diabolizada por los papas y perseguida con saña por dictadores confesionales como Franco. Allende era consciente de esta incomodidad de sus amigos católicos y bromeaba con ellos. Frente a Bernardo Leighton, a quien por su catolicismo profundo y sus suaves modales franciscanos llamaban "el hermano Bernardo", Allende exhibía divertido su propia condición de "hermano", pero masón. Gumucio insistirá todavía en 1983 en considerar esta afiliación de Allende como un "ribete frívolo" de su personalidad de "socialista convencido", aunque para ello tenga que relativizar de un plumazo dos componentes definitorios de su amigo:

—No creo que se tomara muy en serio la masonería, pero le servía para librarse un poco de la rigidez marxista, que no se ajustaba a su personalidad.

Por fortuna, la ya citada monografía del periodista Juan Gonzalo Rocha ha venido a remediar el desconocimiento de un capítulo fundacional de la vida del presidente acopiando textos y testimonios que demuestran la solidez de su compromiso, y al mismo tiempo el espíritu crítico con el que acabará fustigando el conformismo social de las logias.

Allende ingresa en la masonería de la mano de Jorge Grove, como había ingresado en el Partido Socialista inspirado por Marmaduke Grove y en la Escuela de Medicina animado por Eduardo Grove. Un cuarto hermano, Hugo Grove, figura entre las referencias que avalan su candidatura a la logia Progreso 4 de Valparaíso.

Jorge Grove depositó su proposición el 17 de diciembre de 1934, pero hasta el 18 de julio de 1935 Allende no firmará el acta en la que declara suscribir el ideario de la logia: "fomentar la caridad y la filantropía entre los hombres de todas las condiciones y de todas las creencias (...), trabajar por la Verdad y la Fraternidad entre los hombres".

La comisión encargada de investigar la vida personal del postulante destaca que se incorporó al servicio militar en calidad de voluntario, describe sus actividades universitarias y profesionales y señala que "no tiene amigos ni enemigos", que no hace "vida social ni de clubs", que su honradez es "acrisolada", que posee una inteligencia "muy superior", que tiene "un gran carácter" y que lleva la vida que corresponde "a su edad" (Allende tiene 27 años y vive con su madre). La comisión considera como mérito su condición de secretario provincial del Partido Socialista. Indica, por último, que tiene ingresos suficientes para mantenerse, como mandan los preceptos de la logia ("no admite en su seno a personas que no tengan ciencia, arte, oficio o renta con que poder atender a las necesidades de su familia, y sin menoscabar estos primeros deberes, un pequeño sobrante para hacer frente a los gastos de la Sociedad y socorrer a los necesitados").

La postulación de Allende provocó en la logia "una dura y acerbada discusión", revelaría Jorge Grove pasado el tiempo. El motivo lo explicó el propio Allende a sus hermanos de la Gran Logia de Colombia en un discurso de 1971:

—No recibí con facilidad el derecho a ser miembro de la Gran Logia de Chile porque había sido un estudiante rebelde.

Tanto es así que hubo de transcurrir casi un año entre la proposición de su patrocinador y la ceremonia de iniciación, celebrada

el 16 de noviembre de 1935. Juan Gonzalo Rocha ha exhumado de los archivos el "testamento masónico" de Allende, documento en que el postulante, dejado en total aislamiento antes de comenzar el ritual de iniciación, responde de su puño y letra a tres preguntas. Las contundentes respuestas, escritas "con letra firme y segura" en un momento de máxima solemnidad, revelan la madurez del ideario del joven Allende. Si olvidamos el mecanicismo metafórico de la primera respuesta, tenemos ya el guión de sus discursos de toda la vida, incluidos los del 11 de septiembre de 1973:

—¿Cuáles son los deberes de los hombres para con sus semejantes?

—El hombre es solo un engranaje del conglomerado social; por lo tanto, su vida debe estar a su servicio, o sea al servicio de sus semejantes.

—¿Cuáles deberes tiene para consigo mismo?

—El de organizar su existencia de acuerdo con una concepción clara de sus obligaciones, deberes y derechos, que están sujetos a los deberes y derechos de los demás.

—¿Qué memoria desearíais dejar de vos mismo después de vuestros días?

—La de haber cumplido la obligación que me impusiera, de haber sido útil a la sociedad, impulsando cada día su perfeccionamiento espiritual, moral y material.

Juan Gonzalo Rocha describe a continuación un ritual fascinante como todos los grandes rituales, y que solo parecerá extraño y misterioso a quien no haya asistido a ninguno. El novicio debe quedar impregnado de una vivencia irreplicable y atado con lazos imposibles de romper a los demás iniciados en el secreto. El rito masónico figura un tránsito operado mediante una metáfora universal, el paso de las tinieblas (el mundo profano) a la luz (el mundo masónico), y escenificado en una ceremonia tremebunda: "El maestro le venda la vista con el paño negro. Con los ojos vendados, con la

cuerda al cuello, símbolo de la ignorancia, y con el ropaje modesto que se le hizo vestir, el maestro designado lo conduce al templo de la logia (...). El momento cumbre de este acto voluntario es el instante en que lo despojan de la venda que cubre sus ojos".

Allende evocaría muchas veces ese instante:

—Cuando la venda cayó de mis ojos y pude observar las espadas dirigidas a quien veía por primera vez la luz masónica y oía las palabras del Venerable Maestro, pude entender que esa era una expresión de profunda y honda solidaridad, para hacerle presente al iniciado que sus hermanos estarían prestos para acudir en su ayuda si el caso así lo requiriera.

Allende buscó esa solidaridad de sus hermanos masones a lo largo de su vida y la halló muchas veces. Sucede, sin embargo, que a esas alturas del siglo xx la orden masónica ya no era la de Allende Padín en el siglo xix, "cuando ser masón, protestará el presidente, significaba luchar". Las altas instancias de la orden se portaron con el presidente Allende mucho peor que con los golpistas que lo sacaron muerto de La Moneda.

A veces tampoco se portaron bien con él los socialistas y los médicos. Pero el 11 de septiembre de 1973, en la defensa del palacio presidencial, los que lo acompañaban eran socialistas, médicos o masones. Y no pocos, como era su caso, aunaban estas tres identidades.

Capítulo 4
Valparaíso

En los países centralistas existe una fractura transversal a las clases sociales, la que separa a la gente de la capital de la gente de provincias. Es una brecha profunda y difícil de franquear, que ni siquiera el éxito del forastero (etiqueta pegajosa que el provinciano lleva de por vida) llega a colmar. La subida del provinciano a la capital es un gran argumento literario universal, que en Chile fue encapsulado por Nicanor Parra en uno de sus *artefactos* de 1972:

—Y tú, Teófilo, ¿cuándo llegaste del Sur?

—Todavía no llego del todo. Partí el año 32. Aún vengo de viaje. Un sureño no termina nunca de llegar a Santiago.

De los amigos de Allende, el único que tuvo la perspicacia de observar y registrar este desajuste fue el gran diplomático Hernán Santa Cruz. Como tantos otros, Santa Cruz, que conoció a Allende en 1939, cuando el joven ministro del Frente Popular acababa de mudarse a Santiago, y que le guardó toda la vida una amistad sin falla, intentaba explicarse el contraste brutal entre su enorme simpatía y sentido del humor, y la actitud dura y altanera que exhibía en el primer contacto. Era, piensa Santa Cruz, un mecanismo de defensa ante la doble inferioridad que suponían su militancia so-

cialista, todavía excéntrica en su tiempo y en su medio, y sus orígenes porteños:

—Como hombre socialista venido de Valparaíso y estando aquí en el centro de la vida chilena no quería ser mirado en menos.

Son muchas las actitudes del Allende público que confirman la intuición de Santa Cruz, y en las que un orgullo a veces desmesurado (distinto de su vanidad, que tenía siempre un componente de humor y de autoironía) no era sino fruto de su temor a ser “mirado en menos”.

En Santiago no se comprendió nunca, por ejemplo, la atención que Allende prestaba a su indumentaria. Se explotó la contradicción entre sus trajes (al final, el expolio de su casa demostró que nunca fueron tantos) y sus ideas. La sátira lo acompañó en este punto hasta la presidencia de la República. Se le llegó a reprochar que cambiara de camisa dos veces al día, precaución muy de agradecer en este hombre infatigable cuya jornada de trabajo podía llegar a veinte horas, solo interrumpidas por sus 10 minutos de siesta.

El suyo era en el fondo un comportamiento clásico de todas las burguesías de provincias, acentuado hasta el extremo en Valparaíso, donde los códigos indumentarios fueron durante generaciones los de la Inglaterra victoriana. Y con tales excesos, por cierto, que su noticia llegó hasta la polvorienta Salamanca de principios del siglo xx, donde el porteño Luis Ross confidenció a don Miguel de Unamuno que el terremoto de 1906 podía ser benéfico para la ciudad “si con él se lograba atajar el escándalo de la ostentación del lujo” (La envidia hispánica, 1909).

Con el tiempo, el Pije Allende dejaría de vestirse para no ser “mirado en menos” y usaría las variaciones de su atuendo como medio de seducción, de provocación o de burla. En algún rincón de su conciencia debía pensar que, provincia o no, su Valparaíso en declive aún tenía más mundo que Santiago. Pero puede decirse que, de nuevo como tantos hombres de provincias, vistió siem-

pre por encima de sus posibilidades, aunque nunca por encima de su cargo.

Allende nació en Valparaíso, vivió su adolescencia en Valparaíso y allí terminó de construir sus identidades de hombre, de profesional y de político en los siete años que transcurren entre 1932 y 1939. No insistió en esta filiación con la persistencia con que reivindicó a sus antepasados, pero dejó alguna afirmación contundente:

—Lo he dicho siempre, mi carrera política nace en Valparaíso, soy porteño y soy el primer presidente porteño.

El Chile roto y polarizado de los años 30 ya no era el país exiguo y tolerante del siglo xix, que permitía a personajes rupturistas como Ramón Allende Padín asentarse con cierta comodidad en el *establishment*. Salvador Allende lo tuvo muy duro desde el principio. Tenía urgencia por situarse en su profesión, pero sus intentos de obtener plaza en alguno de los hospitales de Valparaíso fueron inútiles. Se presentó cuatro veces a concurso y fue rechazado otras tantas, siendo incluso candidato único. Sus buenos antecedentes universitarios, las ayudantías de cátedra en hospitales de Santiago, el internado en Valparaíso de nada servían ante su fama de rebelde, su cercanía con los líderes de la República Socialista, los dos procesos que tenía en su haber en la capital y las tres cortes marciales que lo habían juzgado en el Puerto.

Su cuñado Eduardo Grove lo acogió en su gabinete para ayudarlo a establecer una práctica privada. Eduardo Grove era una personalidad muy conocida en Viña del Mar: fue dos veces alcalde de la ciudad, dirigió el Hospital Naval de Valparaíso y terminó su carrera de médico militar como Vicealmirante de Sanidad de la Armada. Si Allende no acabó de consolidar una consulta no fue por falta de relaciones.

La casa de Eduardo Grove e Inés Allende le quedó siempre abierta. Después de que él y su madre se trasladaran a Santiago, allí

se alojaba cada vez que las campañas electorales o las giras políticas lo devolvían a Valparaíso. Y cuando fue preciso dar sepultura a sus restos martirizados fue en el mausoleo de Eduardo Grove e Inés Allende, en el cementerio de Santa Inés de Viña, donde encontraron reposo hasta que la democracia recuperada permitió darle digna sepultura en Santiago.

Sin vocación por la medicina privada, Allende franqueó sin dudar la única puerta que le abrieron en la sanidad pública: la morgue del hospital Van Buren, con el empleo de ayudante de anatomía patológica.

—Yo deseaba ser pediatra, pero en cambio fui destripador de cadáveres. He hecho más operaciones quirúrgicas a los muertos que a los vivos.

Esta es la versión en la que, como acostumbraba, Allende se ríe de sí mismo. La realidad fue mucho más dramática, ya que para conseguir el puesto y resolver su angustiada situación económica y la de su madre, para obtener el privilegio de trabajar en la morgue, se vio obligado a viajar a Santiago y recurrir al favor de un médico eminente, el doctor Sótero del Río. Un día del mes de mayo de 1964 no aguantó más y estalló en la tribuna del Senado. Arreciaba la campaña presidencial en la que se enfrentaba a toda la derecha agrupada detrás de Eduardo Frei, y se había desatado en contra de la izquierda la campaña del terror, y en contra de su persona “la campaña más malévola, más artera, más canalla y más miserable”. Y Allende, exaltado, resolvió apelar a esta etapa profesional que pocos conocían y que nadie se había tomado la molestia de investigar:

—Y estas manos, las de un hombre “insustancial”, “sin principios”, “exhibicionista”, han efectuado 1.500 autopsias. Me gané el pan metiéndolas en el pus, el cáncer y la muerte, pero me lo gané honradamente.

De paso, como solía, Allende ponía en entredicho la honradez de la fortuna heredada de sus opositores de la derecha.

Otra vez volvería sobre esta etapa, en esta ocasión menos exaltado pero no menos impaciente, irritado a todas luces por el giro final de su larga conversación con Régis Debray en el palacio presidencial de Viña del Mar, en su primer verano de presidente. Debray porfiaba por arrastrarlo a un debate doctrinal y hurgaba en sus conocimientos teóricos, a pesar de que Allende ya había exagerado ante el intelectual francés su escasa vocación por las “lecturas profundas” y remitido su formación marxista a las conversaciones adolescentes con el zapatero Demarchi. Entonces, para cerrar el capítulo, extendió los brazos, abrió las manos y le mostró las palmas: “Con estas manos...”. El cineasta Miguel Littín, que dirigía la versión cinematográfica de la entrevista (*Compañero Presidente*, 1971), miró al camarógrafo italiano que filmaba la conversación, vio que había apagado la cámara, y comprendió que acababa de perder la secuencia más impactante de la película. En aquella época los grandes políticos todavía no estaban sujetos a los dictados de sus asesores de imagen, y por tanto a Littín, que durmió mal esa noche, no se le pasó por la cabeza pedir al presidente que repitiera la escena para hacer una segunda toma.

Allende no se hizo socialista leyendo, se hizo socialista atendiendo durante cuatro años a los locos de Santiago y durante otros tantos a los muertos de Valparaíso. “Los ‘clientes’ de la morgue, escribe J. Lavreski, son esencialmente mendigos, alcohólicos, víctimas de accidentes del tránsito, del puerto y las fábricas. Cada cadáver es una partícula del infinito drama social de Chile.” Solo el pudor impedía a Allende mencionar que muchas de esas partículas eran cadáveres de recién nacidos y de niños.

Allende se pretendía fundador del partido. Participó a distancia, pero muy activo, en la acción fundacional que fue la República Socialista, pero no figura en las listas de los firmantes del acta de consti-

tución suscrita en Santiago el 19 de abril de 1933 y protocolizada (porque en Chile, a la larga, hasta la revolución pasa por notario) en el despacho de don Luis Azócar el 6 de diciembre de 1934.

El partido lo fundan en Santiago representantes de cinco organizaciones de las diez que poco antes había enumerado, no sin cierto regocijo, la Internacional Comunista, y que Óscar Schnake describía sin piedad como “pequeñas sectas o grupos personalistas”. La Historia registrará mejor los nombres de los fundadores que la memoria de esas agrupaciones.

Marmaduke Grove, que cierra con un discurso la reunión constitutiva a las dos de la madrugada, es su indiscutible figura nacional. En las recientes elecciones presidenciales de octubre de 1932 había obtenido frente a Arturo Alessandri cerca del 18% de los votos sin hacer campaña, puesto que estaba desterrado en la Isla de Pascua y el barco que fletaron sus amigos para devolverlo al continente arribó en la tarde misma de las votaciones y con las urnas cerradas.

En la misma votación, el joven Gran Maestro de la Masonería, Eugenio Matte, también desterrado en la isla, había ganado un escaño de senador; disponía por tanto de una importante plataforma pública, y sobre todo del privilegio de la inmunidad parlamentaria, que lo ponía a cubierto de la persecución contra los socialistas, iniciada por Dávila y continuada por el presidente Alessandri. Falto de esta protección, Óscar Schnake, elegido secretario general del partido, vivía en la clandestinidad y tenía que dejar el ejercicio público del cargo en manos de Matte. La muerte prematura de este, en enero de 1934, privó al partido de su energía y de su influencia en otros círculos de la sociedad.

En suma, la fundación del Partido Socialista es obra principal de los autores de la República Socialista del 4 de junio de 1932, que si había triunfado gracias al efecto sorpresa, a su improvisación y a la imposibilidad de identificarlo con una familia política establecida, se había derrumbado por las mismas razones: por falta de arti-

culación política de su indudable respaldo popular. Grove, Matte, Schnake, Eugenio González (que había sido presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile en 1922) y Carlos Alberto Martínez (el primer obrero que tuvo cargo de ministro en Chile) salieron del palacio de gobierno con la lección aprendida. “El pueblo, resumió Schnake, no ha podido nunca llevar a cabo sus aspiraciones porque nunca tuvo un partido propio y permanente (...). El 4 de junio nos ha dejado a todos una tarea: organizarse férrea y disciplinadamente en el Partido Socialista”.

De la organización férrea y disciplinada se verá lo que pensaba Allende 10 años más tarde, en 1943. Pero la fundación del Partido Socialista, tan tardía que en Chile hubo gobierno socialista antes que partido, junto con la aparición casi simultánea, en el seno del Partido Conservador, de la corriente que iba a dar origen a la Democracia Cristiana, acabó de configurar para los 40 años siguientes el espacio político desdibujado por el hundimiento del régimen oligárquico y desquiciado en el período de confusión que siguió.

Los historiadores del Partido Socialista, como Julio César Jobet, hacen remontar sus orígenes a la Sociedad de la Igualdad, fundada en 1850 por Santiago Arcos y Francisco Bilbao. Estos dos intelectuales masones, de la familia liberal, intoxicados de literatura revolucionaria francesa e inglesa, buscaron una primera e improbable alianza con los trabajadores más politizados (con la “clase obrera”, decía ya Arcos), muchos de ellos inmigrantes recientes que llegaban de Europa con un bagaje de ideas socialistas y anarquistas. Igual que la República Socialista, fue un movimiento efímero, ahogado en sangre por las tropas del gobierno y proscrito por los tribunales, pero contó con una gran adhesión popular e ilustrada, ya que en el proceso aparece una lista con los nombres de 3.400 afiliados en un Santiago que no tenía 100.000 habitantes. Se daban a sí mismos el nombre de “ciudadanos”, como los revolucionarios franceses, pero tuvieron el dudoso honor de ser los primeros acusados de “co-

munistas", sambenito que en adelante serviría en Chile, como en el resto del mundo, para enviar a la hoguera a cualquier idea o movimiento que amenazara el orden establecido. Sin embargo, la onda expansiva de las ideas igualitarias sería larga en la historia del pensamiento y de la literatura (Alberto Blest Gana, Martín Rivas, 1862).

Medio siglo más tarde nacen, esta vez en el seno de las mutualidades artesanas y obreras, pero evocando a Francisco Bilbao y con presencia de intelectuales, una Unión Socialista y un partido obrero que en 1901 adopta el nombre de Partido Socialista. Son iniciativas y partidos que no llegan a cuajar en Santiago ni en Valparaíso, en un período de huelgas y esporádicos levantamientos populares y de metódicas masacres de trabajadores (Santa María de Iquique, 1907). Fue necesaria la masa crítica del proletariado del Norte salitrero, y el incansable trabajo de organización de Luis Emilio Recabarren (1876-1924), obrero tipógrafo y periodista originario de Valparaíso, diputado en 1906, para que en 1912 una treintena de obreros y empleados del salitre crearan en Iquique el Partido Obrero Socialista (POS), el primer partido de clase con recorrido histórico.

Sucede, sin embargo, que la trayectoria del POS se encarrila muy pronto por la vía de la revolución rusa de 1917, de modo que solo cuatro años después del triunfo bolchevique, en 1921, el POS se une a la Internacional Comunista (Komintern) y muda en Partido Comunista. Se da así la pequeña curiosidad histórica de que en Chile, donde la política ha estado en sincronía casi perfecta con la evolución política de las sociedades occidentales, el partido comunista, que empezó en todas partes como una disidencia socialista, es anterior en el tiempo al PS. Y esto podría explicar en parte las relaciones posteriores entre los dos partidos, que también fueron atípicas.

Los comunistas se instalaron con rapidez en las instituciones. Recabarren no fue reelegido diputado en 1916 porque aún era demasiado potente la mecánica del cohecho y el fraude. Fue candidato a la presidencia de la República en 1925, frente a Arturo Ales-

sandri, campaña que tuvo que hacer desde la cárcel y con pobres resultados. En 1921, en cambio, volvió al parlamento como diputado por Antofagasta. Por aquel entonces aún subsistían en las instituciones políticas antiguos hábitos de tolerancia, y así Alessandri incluyó a los comunistas, con cinco miembros, en el arco de partidos de la Comisión Consultiva que redactó la Constitución de 1925; y el otro caudillo, Ibáñez, cuando forzó su famoso "Congreso Termal" (así llamado por el lugar donde Ibáñez puso de rodillas a los partidos, las Termas de Chillán), dejó un cupo en la Cámara para un comunista. Elías Lafertte fue candidato a la presidencia en 1931, pero ya en pleno reflujó de la influencia del partido, con pésima votación y en competición con otro candidato comunista no menos desafortunado; repitió en 1932 y apenas rebasó el 1% de los votos emitidos. En 1952 hizo la primera campaña presidencial de Allende, y allí al menos tuvo la satisfacción de ver su número de votantes multiplicado por diez.

La mutación del partido de Recabarren en una organización leninista dejó en la izquierda un vasto territorio que solo pedía ser ocupado. Pronto se vio lastrado por una primera escisión trotskista, la Izquierda Comunista de Manuel Hidalgo, que acabaría por confluir en el PS. Su línea política errática y extremista achicó su audiencia hasta los 4.000 votos de Lafertte. Su implantación territorial era muy desigual, y con la adhesión al Komintern perdió importantes federaciones del POS. No admitía masones porque los consideraba afectos de doble militancia, y con esta decisión se privó del aporte de sectores intelectuales, profesionales y militares de inclinación progresista. Creó en torno suyo, en definitiva, una zona de profunda desconfianza, acentuada por los comportamientos sectarios propios de una organización cerrada por vocación y por necesidad, víctima como era de una persecución despiadada y de su condición de chivo expiatorio de todas las crisis. Era el tiempo y el espacio del Partido Socialista.

Sería exagerado describir al conjunto de la izquierda no comunista como izquierda anticomunista, a condición de no minimizar el componente de desconfianza, de competición y de hostilidad mutua. En algunos fundadores como Grove y Schnake el anticomunismo es explícito. Otros afluyen al PS desde el mundo anarquista, o desde escisiones comunistas de extrema izquierda, y llegan con cuentas pendientes. Además el componente humano es muy distinto: de un lado, un partido muy proletarizado en el que la militancia adquiere rasgos martiriales; del otro, un partido en el que predominan de inicio las nuevas clases urbanas y que admite muy diversos grados de compromiso militante.

La breve declaración de principios del nuevo partido hace suyo el acervo doctrinario del socialismo internacional, pero lo asume con distancia crítica. El PS "adopta como método de interpretación de la realidad el marxismo", pero se desmarca, en la misma frase, del ya viejo dogma: es un marxismo "enriquecido y rectificado por todos los aportes científicos del constante devenir social". De más está decir que esta breve sentencia contiene, de forma literal, todo el marxismo de Salvador Allende.

Lo que sigue es más clásico: la lucha de clases, la dictadura de los trabajadores en la fase de transición al socialismo, la propiedad colectiva de la tierra, de los instrumentos de producción, de cambio, de crédito y de transportes, y como horizonte final la desaparición, si no del Estado, al menos de su carácter opresor.

Menos previsible quizás, en un partido que antes de nacer ya participa en elecciones presidenciales y tiene voz en el Parlamento, es la tajante afirmación de que "la transformación evolutiva de la sociedad por medio del sistema democrático no es posible". Aunque se trata de un principio de doctrina que ni Allende conseguirá refutar del todo con su llegada al gobierno, la referencia era también coyuntural: la transformación evolutiva no era posible en Chile "porque la clase dominante se ha organizado en cuerpos civiles ar-

mados". Esta realidad de la calle es la que pronto nos va a deparar las sorprendentes imágenes del primer Allende socialista, desfilando por Valparaíso y por Santiago con uniforme de miliciano.

Queda para el final una oblicua proclamación del internacionalismo socialista, en la que conviene detenerse un instante porque es la parte más original, y también la más arriesgada, y a la postre la más estéril, de la ideología y la práctica del PS chileno.

Es cierto que la Segunda Internacional, la que en 1889 instituyó el 1 de mayo como Día Internacional del Trabajo (y en 1910 el Día Internacional de la Mujer Trabajadora, el 8 de marzo) estaba desacreditada por su inconsecuencia durante la primera guerra mundial, y además eclipsada por la pujanza de la Internacional Comunista. Pero se había reorganizado en 1920 y había constituido en 1923 la Internacional Obrera y Socialista, a la que el Partido Socialista chileno optó por no adherirse. Los socialistas chilenos postularon, a cambio, un internacionalismo latinoamericano, antiimperialista, que debía culminar en una Federación de Repúblicas Socialistas del continente. Y para que no quedaran dudas de esta afiliación, el PS tomó del APRA peruano símbolo (el hacha indígena sobre la silueta de América Latina), himno (la Marsellesa socialista) y vocabulario (Indoamérica). En la práctica, a pesar de los esfuerzos denodados de los socialistas chilenos, y de la sinceridad de su internacionalismo regional, la falta de interlocutores dejó al PS sin aliados en su vecindario y sin amigos en el resto del mundo.

Las consecuencias no fueron menores. El auge posterior del Partido Comunista, como la explosión de la Democracia Cristiana, no se explican sin las complicidades internacionales que ampararon a sus dirigentes, promovieron a sus intelectuales y artistas, financiaron sus periódicos y sus campañas, y formaron en universidades extranjeras a sus jóvenes militantes. Los partidos de derecha contaban a su vez con los aportes de sus acaudalados patronos, pero también se beneficiaron de su subordinación a las empresas extranjeras y a

los intereses de Estados Unidos. Hasta grupúsculos como los maóístas y proyectos militaristas de extrema izquierda como el MIR tuvieron a su disposición recursos y entrenamiento, en China y en Cuba. Solo los socialistas se mantuvieron en su orgulloso aislamiento, solo ellos no viajaban en un mundo político muy globalizado.

Allende visitó Washington en su calidad de ministro del Frente Popular, y más adelante viajó a China, a la URSS, a varios países europeos, a Vietnam, en calidad de parlamentario, pero cuando fue elegido presidente no conocía a nadie en el mundo ni lo conocía nadie. Podía impresionar al auditorio de extrema izquierda hablándoles de sus encuentros con el Che Guevara y con Ho Chi Minh, que en realidad fueron ocasionales y sin trascendencia política, pero lo cierto es que cuando empezó a gobernar no tenía ningún amigo de confianza en la escena internacional si exceptuamos la complicada lealtad de Fidel Castro.

En cualquier caso, a partir de 1933 la izquierda chilena marchará sobre dos patas, una comunista y otra socialista, en un andar no siempre bien acompasado. Si alguien quisiera aventurar una caricatura religiosa (se ha hecho con frecuencia con los comunistas), el PC sería una Iglesia Católica con su doctrina revelada, su Santo Oficio, su férrea jerarquía piramidal, su santoral, su Vaticano; y el PS una confesión protestante en la que caben muy diversas interpretaciones del patrimonio doctrinal, y en la que los mejores predicadores amenazan a cada paso con establecerse por su cuenta con una nueva denominación o una nueva capilla. Allende fue protestante inequívoco, aunque de la rama ecuménica: en su larga y fatigosa carrera hacia la presidencia de la República jamás dio un paso sin los comunistas.

Es preciso añadir, en efecto, que la independencia internacional del PS le permitió mantener con los comunistas alianzas que no se toleraban en los partidos socialistas europeos; y que el PC, a su vez, supo poner sordina a sus pretensiones de vanguardia del prole-

tariado y aceptar durante décadas el liderazgo nacional de un político socialista. Esta pulsión unitaria, insólita en la historia insolidaria de la izquierda comunista y socialista en el resto del mundo, se expresó con fuerza en el plano sindical. Al poco de nacer, en 1934, el PS creó su propia organización obrera, la Confederación Nacional Sindical (CNS), en competencia con la Federación Obrera de Chile (FOCH), de obediencia comunista. No tardaron en fusionarse en la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCH), que también optó por no afiliarse a ninguna de las confederaciones internacionales, divididas, como los partidos, entre comunistas y socialistas. Aunque con altibajos, desde entonces el sindicalismo chileno fue unitario, decidiéndose la influencia respectiva de los partidos mediante votaciones democráticas.

Allende podía declararse fundador del PS, a pesar de no haber estado presente en el acto de fundación, porque fue militante de la primera hora en Valparaíso, donde además el partido arrancó con más fuerza que en el resto del país. Años más tarde se le quiso echar en cara que su rápido ascenso en las filas del partido se debió a sus vínculos con la familia Grove. Pero el PS de Valparaíso era mucho más que los hermanos Grove, y además Allende demostraría muy pronto, si no lo había demostrado ya como líder universitario, que no necesitaba grandes protecciones para llegar a sus fines.

El movimiento socialista de Valparaíso tenía un fuerte arraigo mucho antes de que Marmaduke Grove se convirtiera en su abandonado. Tenía, además, una impronta obrera más acentuada que en la capital. Su gran figura fue un zapatero de Viña del Mar, Ramón Sepúlveda, el primer secretario general que tuvo el Partido Obrero Socialista. El primer congreso de este partido se celebró en Viña en mayo de 1915, y la mayoría de los integrantes del Ejecutivo Nacional allí elegido eran viñamarinos: además de Sepúlveda, otro za-

patero, un fontanero, un pintor y un sastre. Sepúlveda mantuvo su cargo de secretario general cuando el POS mudó en Partido Comunista, fue diputado por Valparaíso en 1925, transitó por la disidente Izquierda Comunista, y en 1935 ingresó en el PS con sus compañeros de Viña del Mar. El liderazgo del joven Allende sobre la organización del partido en Valparaíso no se explica ni por influencias familiares ni por un supuesto ascendiente sobre una militancia pasiva.

Es muy difícil, varias generaciones y algún cambio de civilización después, comprender lo que significaba la militancia obrera en aquella época en que la lucha de clases era una terrible confrontación, aunque mucho menos terrible que la opresión que vino a corregir. Los trabajadores pugnaban por algo que era en parte menos, pero en parte mucho más, que una revolución social: por existir. Por existir, primero, en el plano material, sujetos como estaban a una explotación despiadada; pero también en el plano moral, privados de derechos civiles y expuestos a una represión encarnizada. Militante en los partidos obreros era todavía jugarse la vida, en el sentido más literal: la subsistencia familiar y la vida misma, que no valía nada cuando la fuerza pública recibía la orden de tirar a matar. Aterra, a la distancia, la indiferencia rutinaria con que durante cien años los trabajadores chilenos fueron masacrados bajo todos los regímenes, con tres excepciones: la breve República Socialista, el Frente Popular y el gobierno de Allende. Indiferencia que se prolonga hasta nuestros días, cuando, en un manual de historia política de Chile, prestigiosos historiadores de (extrema) derecha cierran con este comentario brutal la noticia de una huelga: "Por supuesto, hubo muertos".

Los partidos obreros fueron una expresión superior de esta voluntad de existir, ya no solo en la pelea sindical por la subsistencia, sino en el plano político. La confrontación de clases se trasladó al ámbito institucional. Para los militantes fueron un valioso factor de seguridad, ya que la presencia en las movilizaciones populares de dirigentes protegidos por la inmunidad parlamentaria servía de

freno eficaz a la represión. Son incontables las ocasiones en que Allende, por ejemplo, esgrimió con autoridad sus credenciales de senador y se interpuso ante oficiales de Carabineros dispuestos a reprimir una manifestación o una protesta.

Militante de la primera hora en Valparaíso fue Carmen Lazo (*La Negra Lazo*, 2005). Nortina de Chuquicamata, con ficha del partido desde los 13 años, conoció a Allende siendo todavía adolescente, en un acto en el que ella tuvo que hablar ante dos mil obreros:

—La primera vez que lo vi en el partido era un jovencito como de 26 años, muy engominado, con unos lentes de fino marco de oro, muy buen mocito y muy elegante, por algo le decían el Pije Allende.

Pije o no, Allende tenía instinto para las personas con las que podía ir tejiendo sus redes. Le gustó la improvisación de la Negra Lazo, y a los pocos días la abordó en otra reunión del partido ("ven-ga, morena, siéntese a mi lado") y le dio indicaciones que la ayudaron a ajustar su oratoria cuando le llegó el turno. Grove y Schnake quedaron impresionados ("¿se da cuenta, morena, cómo todos quedaron felices con su intervención?") y la reclamaron para Santiago. Tenía 17 años. A los 19 era miembro del Comité Central (y en cambio, como mujer, no tenía derecho a voto en las elecciones generales). Poco después era ella, una de las oradoras más instintivas y eficaces de la historia política chilena, la que ayudaba a Allende a preparar sus charlas. En adelante, la Negra Lazo fue un puntal en todas sus campañas, empezando por la más precaria, la de 1952. Llegó viva al siglo XXI y defendiendo con brío la memoria de su amigo el presidente ante lo que consideraba y denunciaba como tibieza de los socialistas nuevos.

Los partidos obreros eran un poderoso vehículo de educación popular y, en el caso del PS, una vía de acceso a la incorporación de las mujeres a la acción política. En el acto de fundación del partido, Eugenio Matte había pedido una declaración en la que de-

bían figurar tres puntos: los dos primeros eran la expansión de la cultura y la "reivindicación de la mujer" (el tercero, muy característico, era "la construcción económica indo-americana"). La imprescindible autobiografía de doña Carmen Lazo, escrita con la periodista parlamentaria Eliana Cea, permite redescubrir la "cultura de partido" de aquella época por tantos conceptos remota. Todo Chile conoció a la Negra como la oradora más deslenguada y más osada de la Cámara (en una ocasión en que sus palabras no entraban en la cabeza de los diputados de derecha las acompañó de un lanzamiento de cenicero). Lo que casi nadie sabía era que esta mujer, que parecía compendiar todo el desgarró y la valentía de las mujeres del pueblo, era una lectora voraz, que aprendió inglés leyendo a Oscar Wilde y no se lo contó a nadie (sus acompañantes lo descubrieron en uno de sus pocos viajes al extranjero antes del exilio, una visita al Vietnam en guerra). En una gira parlamentaria a Colombia dejó pasmado al senador Francisco Bulnes, tan aristócrata que todo el mundo le llamaba el Marqués:

—Tú eres una sorpresa, Carmencita. No me imaginaba que hubieras leído tanto.

—He luchado mucho. He sufrido mucho, pero en vista de que me hice socialista tan joven, he leído todo lo que he podido.

Y esas noche, añade, "me hice amiga de Bulnes y conversamos como hasta las cuatro de la mañana, discutimos y recitamos a Verlaine, Valéry, Baudelaire...". Unas palabras de la última página de su autobiografía resumen la militancia y la época:

—Éramos pobres, pero teníamos una dignidad más grande que una casa.

Era una de las dos grandes revoluciones del siglo xx, la conquista de la dignidad por los trabajadores. En la lucha de clases ganaron alguna vez y perdieron muchas más, y de forma trágica, pero se alzaron al rango de ciudadanos y en los países civilizados ya no fue posible negarles sus derechos, mantenerlos en la condición de

mercancía humana. La otra revolución, de la que fueron actores militantes como Carmen Lazo, fue la emancipación de las mujeres.

Los partidos obreros, como antes las mutuales y los sindicatos, eran también centros de recursos para sus afiliados y para su entorno popular. Aquí podía ser decisiva la contribución de los "trabajadores intelectuales", como Allende. Si en su época universitaria había enseñado en escuelas nocturnas de Santiago, en Valparaíso el joven médico atendía a enfermos sin recursos en el policlínico del Socorro Socialista.

Para ver a Allende desfilando en uniforme de miliciano tuvieron que suceder en Chile cosas más graves que su exhibicionismo y su afición a los disfraces.

Estos años de Allende en Valparaíso coinciden con el segundo mandato de Arturo Alessandri (1932-1939), el amigo de la familia. En 1915 había roto la inercia electoral del régimen oligárquico, en 1925 había hecho la Constitución presidencialista que regiría el país durante 50 años, y en 1932 su elección por mayoría absoluta puso fin a una década de desórdenes e inauguró un largo período de estabilidad institucional. En la década anterior había vencido la tentación fascista a la que parecían predisponerle su inmensa popularidad, su verbo incendiario, sus dotes de caudillo, hasta su apellido. Estaba demasiado cómodo en el sistema institucional, y a la larga se vio que disfrutaba más conspirando en los salones que arengando a las masas en la calle. La falta de sentido del ridículo que le atribuyó un contemporáneo tenía un límite: en 1924 visitó a Mussolini y lo encontró grotesco y, lo que era peor para este político imbuido a pesar de todo de los usos de la "república veneciana", ignorante del protocolo.

En 1932 presentó su candidatura apoyado por grupúsculos de apariencia izquierdista, pero con un mensaje de orden y disciplina ("cueste lo que cueste y pese a quien pese") que sonó como músi-

ca celestial a una derecha traumatizada por el caos de la década, y sobre todo por la República Socialista. Su gobierno fue uno de los más represivos de la historia republicana, amparado por un parlamento en el que conservadores, liberales y radicales le otorgaban facultades extraordinarias con solo pedir las. Se atrevió con lo que no se atrevieron nunca los presidentes chilenos, la libertad de prensa: encarceló a periodistas, empasteló imprentas. Un conservador ilustrado y lúcido, el senador Rafael Luis Gumucio, al tiempo que acataba la disciplina de partido con un argumento que todavía pone rojos de vergüenza a todos los tráfugas de la política (“He sido elegido senador no por méritos míos ni por fuerzas mías, sino porque fui candidato del Partido Conservador”), decía:

—Año ro las libertades de otra época y siento instintiva irritación contra las instituciones autoritarias. Soy, en realidad, un sobreviviente del siglo XIX.

Por si no bastara con los agentes oficiales de la represión, uniformados o secretos, muy activos desde la semidictadura de Ibáñez, Alessandri apeló además a una fuerza civil, la Milicia Republicana, organización clandestina creada para hacer frente a la República Socialista. La derecha chilena tenía gran tradición de guardias blancas, y hasta una cofradía de nombre tan apacible como la Hermandad de San José encubría desde antiguo violentos contingentes de pandilleros armados. Alessandri estructuró, adiestró y armó a la Milicia Republicana, que tuvo su momento de esplendor en un desfile ante el palacio presidencial, en el que 15.000 milicianos rindieron honores al presidente y a los presidentes del Senado y de la Cámara y exhibieron uniforme, caballería y hasta medios aéreos. Ni qué decir tiene que el desfile irritó a las fuerzas armadas. Además trizó el apoyo de los radicales.

De la Milicia Republicana, demasiado burguesa para su gusto, procedía Jorge González von Marées. Para que no faltara nada en el cuadro de la política chilena, este abogado de discurso atropellado

y gatillo fácil fundó el 1932 el Movimiento Nacional Socialista. Sus escrúpulos lingüísticos eran mayores que los políticos, por lo que insistía en que su partido era “nacista”, aunque todo el mundo los llamó “nazis”. Era una mala caricatura del partido alemán y terminó en tragedia. Durante algunos años encontró eco en una juventud universitaria de clase media seducida por su radicalismo anticapitalista y antiimperialista, al que no era ajeno el desplazamiento de la primacía de Alemania en el comercio exterior chileno en beneficio de Estados Unidos. Las Tropas Nacistas de Asalto fueron la cara pública del partido, y su actividad de predilección era reventar con violencia los actos de los sindicatos y partidos de izquierda.

El Partido Socialista se defendió. Contaba para ello con la capacidad y la experiencia de los numerosos oficiales y suboficiales en retiro, admiradores y seguidores de Grove, que desde el comienzo engrosaron las filas del partido. La Secretaría Nacional de Defensa fue el instrumento orgánico desde el que se crearon en todo el país las milicias socialistas, y en el contexto febril de la época se convirtieron en atractivo banderín de enganche para los más jóvenes. Las milicias socialistas se enfrentaron en la calle con las republicanas, incluso con los militantes del PC. Pero su enemigo principal fueron las bandas nacistas, con las que chocaron una y otra vez en las grandes ciudades. Los protomártires socialistas son de ese período, como Manuel Bastías, joven veterano de la sublevación de la marinería, abatido a balazos a la puerta de su casa, en Concepción, o como el más famoso, Héctor Barreto, víctima de una emboscada mortal en Santiago; era un admirado poeta y narrador de 19 años, y su muerte galvanizó a los jóvenes socialistas de la generación de Carmen Lazo.

Al menos, ahora, los muertos de los partidos obreros tenían nombre y apellido; antes de los partidos, las víctimas de las masacres obreras eran despojos sin nombre y sin número (nunca se sabrá si los hombres, mujeres y niños ametrallados en la Escuela Santa María de Iquique y en la oficina salitrera La Coruña fueron cientos o miles).

En Valparaíso los enfrentamientos entre socialistas y nazis eran casi cotidianos. Allende, aficionado como era a la lucha grecorromana y al boxeo, nunca rehuyó la pelea cuerpo a cuerpo. En campañas electorales, ante provocaciones de pandillas derechistas, desafió en más de una ocasión a los que lo acosaban, aunque con la precaución nada retórica de invitarlos a venir de uno en uno.

En su memoria de graduación había alertado contra la proliferación de grupos armados con apariencia de partidos políticos. Ahora Allende vestía sin complejos la camisa gris ("gris acero", precisaban los socialistas), los corrajes y el gorro de la milicia y desfilaba en formación con gran despliegue de estandartes por las calles de Valparaíso y de Santiago. Antes de disolverse, en 1940, las milicias del PS alcanzaron a desfilar frente al palacio de La Moneda, como antes las republicanas, pero sin los mismos medios de combate. Aunque no estuvieron armadas solo de flores, como recomendara Francisco Bilbao a sus ciudadanos igualitarios, las milicias socialistas nunca esgrimieron mucho más que puños y palos.

Oscar Weiss contó al Negro Jorquera que en aquellos años el uso del uniforme era para los jóvenes socialistas una obligación ineludible ("no se concebía que un militante del PS fuera a un acto público sin su uniforme"). Y en la conversación evocó a Salvador Allende, el mismo cuya expulsión del grupo Avance había votado porque lo encontraba tibio:

—Nosotros, en Santiago, recibíamos informes de los enfrentamientos en Valparaíso entre nuestros camaradas y los nazis. Y entonces empezamos a oír mencionar continuamente el nombre de Salvador Allende. Porque él dirigía a nuestra gente en el Puerto.

En efecto, en 1935 había ascendido ya de jefe de núcleo a secretario regional de Valparaíso.

No descuidaba la capital, y allí siguió tejiendo su red. Carlos Briones hace, sin conocerlo, un relato simétrico del que más arriba leímos a Carmen Lazo:

—En un ampliado del partido apareció Salvador, que venía de Valparaíso. Yo tuve una intervención que a Salvador debe haberle agradado, porque al rato se me acercó y me dijo, muy solemnemente: Quiero hablar con usted, compañero. ¿Por qué no vamos a comer?

Briones, un estudiante con vocación intelectual, estaba redactando una tesis pionera, Derecho, resistencia y represión, sobre la violencia del sistema y el derecho del pueblo a rebelarse. Allende, que creía todavía en la posibilidad de compatibilizar medicina y política, le contó su proyecto de libro sobre salud pública. Enseguida derivaron a cuestiones más prácticas. Briones alquilaba una pieza en una pensión, Allende sugirió que compartieran algo más grande, y se les ocurrió que si incluían en el trato a Alfredo Allende, que ya ejercía de abogado y tenía más medios, podían repartirse una vivienda decente en el centro. Alfredo no molestaba: no se interesaba por la política y no interfería en los asuntos de sus compañeros de alojamiento. Desde entonces Allende se convirtió en pasajero regular de la línea Valparaíso-Santiago. Pasaba en la capital un par de días a la semana nutriendo su agenda de contactos políticos, médicos y masónicos.

Como Carmen Lazo, Briones era más joven que Allende, tenía 20 años. Procedía de la Izquierda Comunista, que se había separado del PC por la sumisión de este al Moscú de Stalin y de las grandes purgas. En el PS fue siempre admirado por su gran inteligencia, y aunque con el tiempo se aburría de las peleas internas del partido, fue un amigo imprescindible para Allende. Rechazó varias veces la posibilidad de ser diputado, rechazó incluso el ministerio de Trabajo que por su prestigio de alto funcionario y académico le ofreció un presidente de derecha, Jorge Alessandri. De modo que no era una gran figura pública cuando, a finales de agosto de 1973, aceptó de Allende el nombramiento de ministro del Interior en los momentos más duros para el presidente, a dos semanas del golpe ci-

vil y militar del 11 de septiembre de 1973. Esa mañana fue de los que salvaron la vida en La Moneda, pero sufrió, por pura amistad, el confinamiento, la prisión y el exilio. En 1987 recordaba así a su amigo ante Alejandro Witker:

—Salvador era extraordinariamente inteligente, estaba dotado de una notable intuición, de sabroso ingenio, de gran sentido del humor, de nobleza transparente, y muy tolerante... No debe olvidar usted que Allende fue masón y que en las logias y en la familia de viejas tradiciones masónicas, se cultivó el aprecio por la razón, por la tolerancia, por el libre juego de las ideas.

Tenían además una pasión común por el siglo XIX chileno. Los domingos recitaban en voz alta los grandes discursos del liberal Isidoro Errázuriz ("Con una frase mataba hombres. Él no hablaba: pintaba"), al que admiraban, como a Balmaceda, por su defensa de la propiedad nacional de las riquezas naturales del país.

En Valparaíso, el secretario regional del PS seguía siendo médico. Médico de pobres y de muertos, pero además dirigente colegial y estudioso de la salud pública. De hecho, el amigo Carlos Briones fue más seguidor del Allende médico, y en particular del Allende ministro de Salubridad, que del Allende político, y de todos los personajes que han dado publicidad a sus recuerdos del presidente es el que más insiste en su contribución decisiva al progreso de la salud pública en Chile ("el paso de Salvador por el ministerio marcó un hito definitivo en la política chilena").

Cuando se quitaba el uniforme de las milicias socialistas y se ponía la bata de médico, Allende apuntaba hacia las máximas instancias de la orden. A los 27 años, el secretario regional del PS era también miembro de la dirección de la Asociación Médica de Chile y director de la sección del Puerto. Fue organizador de las convenciones anuales de la Asociación de 1935 y 1936 y en ellas relator de

dos conferencias, sin sorpresa en cuanto al tema: la organización de los servicios de salubridad y la lucha antivenérea.

Desde la Asociación editó el *Boletín Médico de Chile* y creó la *Revista de Medicina Social* de Valparaíso. Fue en esta revista donde publicó con otro médico, el doctor José Vizcarra, el proyecto de Estructuración de la salubridad nacional que hizo casi inevitable su ascenso al ministerio en el ya próximo gobierno del Frente Popular. Según Diana Veneros, ese artículo "atrajo la atención del Congreso, y sirvió como fundamento teórico para el establecimiento del Servicio Nacional de Salud". Otros estudiosos han cuestionado la metodología y los datos de este y otros trabajos de Allende en la materia. Lo que nadie discute es que la potente combinación de saber médico y capacidad política del joven Allende prestó un ingente servicio al conjunto de la población, y en especial a los trabajadores asalariados.

A mediados de 1935 este despliegue de actividad y de atrevimiento lo había convertido en Valparaíso en un personaje cada vez más visible y cada vez más inquietante. Ya no servían de gran cosa ni la amistad familiar con el presidente de la República, ni los hábitos burgueses del joven atildado que los domingos, en Viña, acompañaba a su madre hasta la puerta de la iglesia. Sin más delito que sus cargos en el partido, Allende fue espiado, arrestado y por último, sin que mediara proceso alguno, en virtud de las facultades extraordinarias otorgadas al gobierno, fue relegado a Caldera, 800 kilómetros al norte de Valparaíso.

Este destierro situaba a Salvador Allende en un grado de peligrosidad medio, insuficiente para relegaciones mayores, insulares, como las que a lo largo de su vida sufrió, por ejemplo, Elías Laferte: isla de Más Afuera en el archipiélago de Robinson Crusoe, isla de Pascua, isla de Chiloé, isla Mocha. Caldera era un puerto minero conocido en Chile porque en 1850 había inaugurado el primer ferrocarril de América del Sur. Antes había sido refugio de piratas

ingleses, después un puerto importante, ahora era un poblado de pescadores y mineros. "En Caldera, escribe Fernando Alegría, pega un sol ancho y alto sobre paredes y techos de calamina; confundido con el polvo este sol a veces se cubre de un tono rojizo y huele a cobre", y la calle que es el pueblo "ha perdido su nombre y las puertas se han olvidado de sus números".

Allende penó sus seis meses haciendo lo que sabía: atender a los enfermos, organizar a los socialistas y hablar de asuntos masónicos con el capitán del puesto, además de rehacer el mundo cada tarde con el juez, el maestro, el boticario y el director del liceo. En la escuela del pueblo improvisó una enfermería donde, también sin sorpresa, vacunó a toda la población y enseñó a las mujeres los rudimentos de la salud materno-infantil. Y una sala del liceo la convirtió en sede de la agrupación socialista local. El capitán hacía la vista gorda y tranquilizaba a la opinión pública a través de la prensa nacional:

—El doctor Allende rinde servicios médicos que la población de Caldera agradece como un gesto de gran patriotismo. Nadie anda soliviantando a nadie aquí.

Allende no guardó rencor a Arturo Alessandri por este destierro. Si combatió al político aburguesado y cínico de los años 30 ("de una amoralidad política completa, rasa y virginal", en sentencia memorable de Rafael Luis Gumucio), no olvidó los afectos familiares y no olvidó, sobre todo, al viejo león que en 1915 y 1920, y aun en 1925, había desmantelado el régimen oligárquico sin más armas que la fuerza de su voz y el voto libre de cohecho. En abril de 1970, en un extraordinario discurso improvisado de casi hora y media, pronunciado en la Gran Logia de Chile ante 800 masones y recuperado de forma azarosa por Juan Gonzalo Rocha, Allende no duda en incluir al hermano Alessandri en el linaje de las grandes figuras masónicas de la historia de la nación. Del "caudillo del año 20" Allende rescata su lucha por la educación primaria obligato-

ria ("batalla dolorosa frente a la intransigencia de los hombres de la época") y el haber alzado como bandera de combate "que el hombre explotado tuviera siquiera la posibilidad de expresar, en la voluntad ciudadana, su derecho a elegir". Una foto dedicada de Arturo Alessandri destacó siempre en la mesa de trabajo de Allende.

Conviene matizar, por otra parte, el rigor de la sanción que Allende cumplió en Caldera. Nunca presumió de prisión, no engañó a nadie. La relegación, seguida de una amnistía que no solía demorarse, fue un castigo típico de la república oligárquica del siglo XIX, y si se atiende a los usos bárbaros de las guerras políticas en buena parte del mundo (no digamos en España y en América Latina, donde se fusiló sin miramiento a los adversarios políticos) era un castigo de caballeros, y entre caballeros. No es minimizar el arrojo de los dirigentes de los nuevos partidos obreros considerar que la aplicación de esta figura punitiva fue una forma oblicua de reconocimiento político y social, de admisión a las tradiciones de una República que hasta 1973 no se ensañó con los políticos disidentes.

Allende regresó a Valparaíso a finales de 1935, donde lo esperaba la ceremonia de iniciación masónica. El día 5 de diciembre se trenzaba la primera alianza de izquierda contra la deriva autoritaria del gobierno de Alessandri, con participación de socialistas, radicales y del declinante Partido Democrático. Unos meses antes, en agosto, el Congreso del Komintern había aceptado las tesis del comunista búlgaro Dimitrov y urgido a los partidos comunistas de todo el mundo a romper su aislamiento y a pactar con los partidos de centro y hasta de derecha para contener el fascismo. Sobre esta ola iba a cabalgar Allende hasta el día de su muerte y más allá.

Capítulo 5
El Frente Popular

Nadie trabaja más horas que los buenos médicos y los buenos políticos, nadie está tan dotado y tan entrenado como ellos para hacer frente a jornadas interminables en estado de máxima alerta. Nunca saben de dónde y cómo viene el próximo enfermo, la próxima crisis, el próximo accidente, la próxima zancadilla, el próximo muerto, el siguiente fracaso.

En política, nada hay más arduo, más laborioso y más complicado que armar, sostener y dirigir coaliciones. Es lo que hizo Allende desde 1939 hasta 1973. Añádanse las agotadoras campañas electorales hasta los últimos confines de la nación, las tareas de gobierno, las reuniones de partido. Y además: la dirección del colegio profesional, las tenidas de la logia, el boxeo, el ajedrez, la familia, los actos sociales, los grandes almuerzos de los sábados, las conversaciones interminables con los amigos, los devaneos con las amigas. ¿Cuánto dura una jornada? En una sola podía cambiar de indumentaria muchas veces: traje burgués, bata de médico, uniforme miliciano, delantal de masón. Y aún falta el chaquetón de cuero de las giras y de las campañas electorales.

El cuarto año del gobierno de Alessandri (1936) acabó de hacerse insoportable para el Partido Radical. Este partido de clases medias profesionales y de grades terratenientes del sur, de larga tradición laica y progresista, se cansó de amparar en el parlamento a un presidente que cerraba periódicos, que masacraba campesinos mapuches, que aceptaba disolver la Milicia Republicana para, acto seguido, enviar al Ejército a reprimir huelgas de ferroviarios. Además sentía ya en el cogote el aliento de un Partido Socialista joven y vibrante que le disputaba espacios y títulos. En plena tormenta ideológica, tan característica del período, se proclamó también socialista, se pronunció por una sociedad sin privilegios y se declaró de parte de "las clases desposeídas".

En febrero de 1936, cuando Alessandri volvió al Congreso en demanda de facultades extraordinarias que le permitieran aplastar huelgas y encarcelar periodistas, el Partido Radical dijo no. Alessandri decretó el estado de sitio y los radicales rompieron la alianza que mantenían con liberales y conservadores y pasaron a la oposición, donde los esperaban, aunque con distinto grado de entusiasmo, socialistas y comunistas.

Los conservadores seguían siendo el partido rancio, agropecuario y polvoriento de los herederos de la colonia, que defendía los intereses más retrógrados, pero tenía audiencia popular porque servía de correa de transmisión del catolicismo ultramontano y gozaba del favor de los púlpitos. El Partido Liberal, antaño socio de los radicales en la edificación de una República avanzada, había degenerado en partido del capital, de las empresas extranjeras, de la banca. Los radicales eran los únicos que custodiaban los valores de la República del siglo XIX: el laicismo, la educación pública y gratuita, el Estado como constructor de la nación y promotor de su desarrollo. Los tres partidos lograron sobrevivir a los desórdenes de los años 30, pero solo el Partido Radical sería capaz de prolongar durante varias décadas más el rango de partido indispensable.

La incorporación de los radicales al campo opositor era una señal inequívoca en un país muy atento a los acontecimientos mundiales y con el reloj en sincronía con los países europeos más afines. El año 36 era el año de los frentes populares, difíciles alianzas de comunistas, socialistas y radicales sostenidas por los sindicatos obreros y por agrupaciones de intelectuales.

En España el Frente Popular se formó en enero de 1936, con el tiempo justo para ganar las elecciones de febrero y con la fuerza justa para soportar, pero no para ganar, una salvaje guerra civil de tres años, en un país que padecía un atraso político secular y la derecha más retrógrada, clerical y militarizada de Occidente.

En Francia, el Frente Popular era un poco anterior, de julio de 1935. Dispuso de más tiempo para preparar las elecciones legislativas de mayo de 1936, que encumbraron al socialista Léon Blum, a quien corresponde con mayor justicia que a Allende el título de primer jefe de gobierno de ideología marxista en un país democrático. A pesar de que duró apenas un año en el cargo, sus realizaciones dejaron una huella indeleble en la política y en la sociedad francesas. Se sabe desde entonces que la izquierda, en sus breves apariciones en el poder, es capaz de realizar en poco tiempo reformas indispensables que la derecha no se atreve a anular después por miedo al castigo de los electores: negociación colectiva, semana de 40 horas, aumento de la edad de escolarización obligatoria, disolución de las milicias de la ultraderecha católica y antisemita, nacionalización de la industria de armamento, designación de las tres primeras ministras de la República francesa (en un país donde las mujeres aún no tenían derecho a votar). Los franceses recuerdan este gobierno, sobre todo, por las vacaciones pagadas, institución que cambió el paisaje y la percepción que los franceses tenían de su país, y que de la noche a la mañana, en lugar de provocar la catástrofe económica augurada por la clase patronal y sus partidos, creó una pujante industria turística.

En Chile, con los radicales en la oposición, la izquierda tenía la oportunidad histórica de sumar a su campo a un partido bien implantado en todo el territorio, con experiencia en la contienda electoral, con cuadros bien instalados en todas las administraciones, y con una influencia social a la que no era ajena su identificación con la masonería. Los comunistas, que tenían la consigna de coaligarse con los partidos burgueses para hacer frente a la amenaza fascista, así lo entendían. A los socialistas les costó más.

Su reticencia era lógica. Los comunistas, disminuidos y proscritos, tenían poco que perder y mucho que ganar. En cambio, los socialistas estaban creciendo en todo el país, contaban con vibrantes federaciones de jóvenes, de obreros y de mujeres y podían aspirar con todo derecho a ocupar el espacio progresista en detrimento de los otros dos partidos. Sus dirigentes eran conocidos y bien valorados, Grove era una gran figura de la escena nacional. De cómo jugaran sus cartas iba a depender el destino del partido para toda una generación. No anticiparon el Frente Popular porque estaban en una estrategia de Bloque de Izquierdas o de Frente Único de Trabajadores que excluía a los radicales.

Fueron estos los primeros en mover ficha. En la pelea interna, a comienzos de 1936, Gabriel González Videla arrastró al partido a la colaboración con los comunistas (hoy su padrino, mañana su verdugo), en vísperas de una elección complementaria en el Sur en la que un candidato radical respaldado por la coalición en ciernes derrotó al candidato del gobierno. La dinámica de la alianza era imparable, y más cuando los sindicatos de obediencia socialista y comunista decidieron fusionarse en la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCH). El calendario electoral forzó una pausa. La viabilidad de la alianza iba a jugarse de cara a la elección presidencial de 1938. De momento, los partidos tenían que preparar por separado las elecciones parlamentarias de marzo de 1937, que vendrían a aclarar la correlación de fuerzas.

En Valparaíso, Allende recupera las riendas del PS a su regreso del destierro de Caldera. En el áspero debate partidario se suma a las posiciones de la dirección de Grove y Schnake y combate las reticencias de gran parte de la militancia, en particular de la Federación de la Juventud Socialista (FJS), cuyos dirigentes, entre los que ya destacaba Aniceto Rodríguez, preferían un "camino propio" para no entrar en "un escabroso terreno de compromisos y desgaste político". Su prestigio era ya grande en el Puerto, y por tanto la elección de Allende como presidente del Frente Popular en Valparaíso y su región no sorprendió a nadie. No hay noticias de la forma en que se granjeó el apoyo del PC. Con los radicales la interlocución era más fácil gracias a los numerosos códigos comunes, no en vano era descendiente directo de radicales y masones. Los radicales cedían de buena gana esas presidencias a los socialistas; a ellos lo que les interesaba era la candidatura única a la presidencia de la República.

Allende tenía motivos para agradecer las vacaciones involuntarias de Caldera, porque en los años que siguen su vida experimenta un imparable acelerón. A los 28 años se lanza, con la generosidad y la pasión de quien será en adelante candidato perpetuo, a su primera campaña electoral.

El PS se había estrenado en las elecciones municipales de 1935 con algo más del 5% de los votos emitidos. En marzo de 1937 tocaba confirmar en las urnas la irrupción del partido en la calle. Secretario regional y cabeza de lista en Valparaíso, Allende desplegó su inmensa capacidad de trabajo multiplicándose en toda la circunscripción, exhibiendo su buen humor y su malicia en las visitas puerta a puerta, su pericia en las asambleas y su elocuencia en los mítines. El partido le pidió dos diputados. Sacó tres.

En el conjunto del país el PS obtuvo algo más del 11% de los votos, lejos del 18% largo del PR y muy por encima del PC, que sin embargo empezaba a cosechar los frutos de su renovada línea política y con más del 4% volvía a levantar cabeza tras los descabros

de las anteriores elecciones presidenciales. Liberales y conservadores sumaban más del 40%, y por tanto confiaban en repetir mandato presidencial al término del gobierno de Alessandri.

No contaban con uno de esos acontecimientos que hacen bascular las efeciones. Tampoco advirtieron a tiempo la dinámica ganadora de la oposición de centroizquierda.

Ante las vacilaciones de los socialistas, que creían disponer de una buena carta con una segunda candidatura de Marmaduke Grove, el talento de los comunistas para definir posiciones con una consigna oportuna precipitó la decisión: "Chile debe tener un presidente radical". Con este lema acabaron de inclinar la balanza en el PR, y con el mejor resultado posible: en lugar de proclamar candidato a González Videla, el más partidario de la alianza con los comunistas, optaron por Pedro Aguirre Cerda, que había sido contrario a esta alianza, con lo que quedó asegurada la unidad del partido ante el difícil período que se avecinaba. Los socialistas entendieron que la posibilidad de derrotar a la derecha pasaba por una alianza amplia, y un congreso extraordinario bajó en abril de 1938 la candidatura de Grove, nombrado de inmediato presidente del comando de campaña del candidato del Frente Popular. Allende presidiría la campaña de Pedro Aguirre Cerda en Valparaíso.

La campaña presidencial de 1938 es la primera confrontación a campo abierto entre derecha e izquierda en Chile. La personalidad del candidato de la derecha, Gustavo Ross, contribuirá a endurecer el choque. Para los liberales, los conservadores y la recién creada Confederación de la Producción y el Comercio, este ministro de Hacienda del gobierno de Alessandri era el "mago de las finanzas", título que las derechas agradecidas suelen extender con magnanimidad a sus ministros de Hacienda favoritos. Es cierto que bajo su mandato el país había empezado a recuperarse de la gran crisis de los años 30, pero el esfuerzo mayor había recaído en los trabajadores: para la izquierda era el "ministro del hambre". Rafael Luis Gumucio, el mejor

retratista de sus contemporáneos, lo describe con estas palabras:

—Es brusco, hermético, de una audacia infinita. Lo perturba la obsesión de la omnipotencia del dinero: cree que todo y todos pueden comprarse. Carece en absoluto de toda doctrina religiosa, social y política.

En realidad era un especulador bursátil enriquecido, de pensamiento reaccionario en grado extremo, como muy pronto se encargaría de mostrar el diputado Allende desde la tribuna de la Cámara.

Pedro Aguirre Cerda venía de otro mundo. De provincias, hijo de campesinos, flaco y menudo, se elevó hasta alturas insospechadas gracias al ascensor social que era la educación pública chilena. Era masón, como lo fueron la gran mayoría de los presidentes chilenos del siglo xx. Inició su vida profesional como profesor de castellano y de filosofía, pero derivó enseguida hacia los estudios de Derecho y entre 1910 y 1914 se especializó en Derecho Administrativo en la Sorbona y en Economía Política y Legislación Social en el Colegio de Francia. Durante un breve exilio europeo escribió dos libros, *El problema agrario* y *El problema industrial*, publicados en Chile en 1929 y 1933.

Tenía experiencia de gobierno, pues había sido ministro del Interior en el primer gobierno de Alessandri y diputado por San Felipe y después por Santiago, y senador por Concepción. Tenía alguna viña que le valió un apodo malicioso, Don Tinto, pero este sobrenombre que opacaba sus títulos, a cambio le daba popularidad en un país que celebra acaso en exceso el culto de la bebida nacional. Producto de la escuela republicana, profesor de liceo y presidente un tiempo de la Sociedad Nacional de Profesores, su divisa todavía se repite en Chile casi un siglo más tarde: "gobernar es educar".

Allende admiró a la persona y al gobernante hasta el punto de identificarse como heredero directo en una línea de sucesión de tres presidentes: el liberal José Manuel Balmaceda, el radical Pedro Aguirre Cerda y Salvador Allende, socialista.

Los lemas de campaña resumieron muy bien la polaridad social en una era de inocencia en la que las confrontaciones electorales aún no estaban sujetas a las leyes simplistas de la publicidad, en virtud de las cuales no se concibe una campaña sin la palabra "cambio", o cualquier otra de similar insignificancia, en grandes caracteres. Por entonces las palabras intentaban significar lo que decían. El Frente Popular reclamaba "Pan, techo y abrigo". La derecha respondía con "Orden y trabajo".

La aritmética electoral favorecía a la derecha, pues la ley electoral estaba hecha para que el pueblo votara poco: medio millón de votantes en un país de cinco millones de habitantes. Se presentaba además una candidatura populista que podía hacer daño al Frente Popular, la del eterno conspirador y rival de Alessandri, Carlos Ibáñez, respaldado en la calle por los nazis de González von Marées. En las elecciones parlamentarias estos habían obtenido el 3,5% de los votos y tres escaños. Al final fue una irresponsabilidad de von Marées la que precipitó la cadena de acontecimientos que hundieron a la derecha y terminaron para siempre con las opciones presidenciales de los partidos liberal y conservador.

Ocurrió el 5 de septiembre de 1938, faltando menos de dos meses para la elección presidencial. El día anterior se había celebrado en Santiago una multitudinaria concentración ibañista que enardeció a von Marées y le impulsó a acelerar un golpe de Estado en gestación que debía instalar en la presidencia a Ibáñez sin el incierto y engorroso trámite de las elecciones. Ese día, a mediodía, una treintena de estudiantes ocupó por la fuerza la casa central de la Universidad de Chile y otro grupo más nutrido se apoderó de la sede de la Caja del Seguro Obrero, que por su altura dominaba el palacio presidencial. Como ocurrió siempre con los grupos que en Chile han llamado a la revolución armada, estas fuerzas de asalto nazi tenían menos armas de lo que pretendían y ningún entrenamiento militar. Tampoco andaban sobradas de perspicacia política,

pues creían que Ibáñez disponía de respaldos militares de los que en realidad carecía, y esperaban la llegada de estas fuerzas para dar el asalto definitivo a La Moneda. Pero solo llegaron fuerzas militares y de carabineros con órdenes de liquidar la asonada.

En pocas horas se entregaron los universitarios, que fueron conducidos al edificio del Seguro Obrero para que los allí atrincherados pudieran constatar el fracaso del golpe. Una vez agrupados, y sin mediar aviso, fueron abatidos en las escaleras del edificio con fuego de ametralladoras y rematados a sable y bayoneta. Solo hubo cuatro supervivientes, disimulados entre los cadáveres de sus camaradas. Murieron más de 60 jóvenes de clase media y alta y el gobierno no pudo sostener su versión de que los nacistas se habían matado entre ellos. A diferencia de lo que sucedería con las masacres perpetradas por la dictadura de los años 70, esta descarada patraña no tuvo recorrido porque había prensa independiente y seria. Periodistas como Fernando Murillo y Julio Lanzarotti lograron entrar en el edificio, redactar sus crónicas y burlar la censura.

La Cámara de Diputados designó de inmediato una comisión investigadora presidida por Salvador Allende. Diputado novato, era en cambio un patólogo experimentado y su primera medida fue constituirse en la morgue. Su informe, dice Jorquera, "fue determinante en la decisión parlamentaria que condenó al gobierno".

Nunca se supo quién ordenó "¡Mátenlos a todos!", pero el presidente Alessandri tenía su despacho a cincuenta metros del lugar de los hechos y era evidente su responsabilidad política. Entre los rumores que propició el pacto de silencio de las autoridades, tal vez el más inquietante sea el referido por Arturo Olavarría, uno de los políticos más avezados de la época, colaborador y admirador de Alessandri. Cuenta Olavarría que el presidente solía consultar a dos brujos, un sastre de señoras y un cura, que al parecer nunca le fallaban en sus augurios y que le tenían pronosticado el derrocamiento en su segunda presidencia, como le sucediera en la primera. Y se

pregunta si no habría influido “el vaticinio de los magos en el ánimo de don Arturo para reprimir en la forma despiadada en que lo hizo ese intento revolucionario”.

Parece de realismo mágico latinoamericano, salvo que se ha sabido de famosos presidentes de Francia y de Estados Unidos, al menos, que no desdeñaban las advertencias de sus adivinos de cámara, al modo de los emperadores romanos. En esta materia Allende tenía la ventaja de su adhesión a una espiritualidad reglada, el racionalismo masónico, y su único arrebatado conocido era la estrella misteriosa que, decía, iluminaba su tránsito por este mundo.

La matanza del Seguro Obrero no fue la única del gobierno de Alessandri. En el durísimo invierno de 1934 se produjo en el Alto Bío-Bío una sublevación de mapuches expulsados de sus tierras y que sobrevivían apenas en los faldeos de la cordillera. Fueron hostigados durante semanas por carabineros al mando del mismo general que después dirigió el ataque al edificio del Seguro Obrero, hasta que los acorralaron en la hacienda Ranquil, y allí perecieron bajo las balas entre 200 y 500 indígenas, hombres, mujeres y niños, gentes, como siempre, sin nombre. La prensa que se atrevió a dar noticia de la masacre fue amordazada y la emoción de la opinión pública fue breve y distante: las revueltas populares se solucionaban, “por supuesto”, a balazos. Y en la historiografía conservadora se repiten hasta nuestros días las excusas de siempre: “confuso incidente”.

En el edificio del Seguro Obrero, en cambio, todos los muertos tenían nombre, su edad estaba en torno a los 22 años, sus familias eran de clase media, y fueron asesinados en el centro de Santiago. El horror de su muerte hizo olvidar el desvarío ideológico que los había arrastrado al despropósito y hundió la campaña presidencial del presunto sucesor de Alessandri.

Desde la cárcel, Ibáñez renunció a su candidatura y tanto él como von Marées llamaron a votar por el Frente Popular. No fue el único descalabro para la derecha. Los jóvenes católicos del partido con-

servador, sin ir tan lejos como los anteriores en la petición del voto, negaron su apoyo a Gustavo Ross y provocaron así un quiebre que sería definitivo, y que poco tiempo después terminaría de *uropeizar* el cuadro político con la irrupción de la Democracia Cristiana.

Pedro Aguirre Cerda ganó la elección presidencial del 25 de octubre de 1938 por mayoría absoluta, pero con una diferencia de solo 4.000 votos sobre Gustavo Ross. Una insidia que en Chile se repite hasta nuestros días es que ganó gracias a los votos del partido nazi, olvidando las condiciones en que el Frente Popular tuvo que enfrentarse a una maquinaria electoral muy rodada. Joven testigo de la época, Luis Corvalán ha defendido la amplitud del triunfo con argumentos irrefutables (*De lo vivido y lo peleado. Memorias*, 1997). Los resultados “reflejaron muy pálidamente la voluntad del pueblo, pues el sistema electoral permitía las más groseras deformaciones de los verdaderos sentimientos ciudadanos. Abundaban las dobles inscripciones, votaban los muertos de la derecha, se robaban las urnas, se compraba y vendía votos”. Y cita el caso de los miles de obreros que trabajaban en la construcción del nuevo Barrio Cívico, a los que se impidió votar mediante un procedimiento tan habitual que hasta tenía nombre, la encerrona. El método era expeditivo: se encerraba a los votantes díscolos en sus lugares de trabajo hasta el cierre de las urnas.

En la victoria del Frente Popular fue decisiva, por tanto, la presencia de militantes bien organizados de los nuevos partidos obreros y su deseo de medirse con la derecha en los lugares de votación y con la ley en la mano. El Partido Socialista movilizó a sus universitarios y los envió como apoderados a las comunas rurales. Aniceto Rodríguez, dirigente de la Federación de Estudiantes, fue asignado a un feudo conservador donde la izquierda nunca había sacado más de 20 votos y su vigilancia tuvo premio: Pedro Aguirre Cerda obtuvo allí 300 sufragios campesinos que de otro modo hubieran engrosado la votación de la derecha.

Sin un respaldo muy superior a la diferencia de 4.000 votos no se explicaría la tranquilidad con que el país asumió el cambio de gobierno, facilitada sin duda por la personalidad del presidente electo (“un hombre bondadoso”, lo definía décadas después el presidente Allende). La experiencia de los frentes populares europeos era inquietante. En Francia, el Frente Popular se había diluido en querellas intestinas al cabo de dos años, y en España se ahogaba en sangre. Si ya fue extraordinario que en estas alarmantes circunstancias tanto el gobierno como las fuerzas armadas reconocieran de inmediato la victoria de Pedro Aguirre Cerda, más aún lo sería la adhesión de una Iglesia Católica volcada en el otro bando en la guerra de España.

El artífice de esta política eclesiástica fue José María Caro (1886-1958), obispo entonces de La Serena y muy pronto arzobispo de Santiago. Teólogo de la Universidad Gregoriana de Roma, se había dado a conocer con un libro delirante contra los masones y los judíos (*El misterio de la masonería. Descorriendo el velo*, 1924, reimpresso en 1951; en fecha reciente ha sido transcrito en internet por algún esforzado extremista que solicita por toda remuneración tres avemarías). Se decía que en una de sus diócesis había mandado poner en todas las iglesias el siguiente letrero: “Se prohíbe la entrada a los perros y a los masones”. Pero en 1938 estaba ya harto de los conservadores y denunciaba “las ganancias que se hacen a costa de la miseria, los harapos y el hambre de algunos”. Y añadía: “Es inmoral creer que el hombre, que fue hecho a imagen y semejanza de Dios, pueda considerarse por los patrones como si se tratara de un animal de trabajo, una máquina o una herramienta”.

Monseñor Caro se apresuró a escribir a los fieles instándolos a la obediencia a las autoridades, “representantes de Dios”. Ya no le importaba que esas autoridades fueran, en la cúspide, de obediencia masónica. Su audacia le aseguró un lugar eminente en la historia nacional, pues inauguró un largo período de acercamiento de

sectores dominantes de la Iglesia al mundo popular y este acercamiento marcaría de forma profunda al país durante el resto del siglo. Si otros dignatarios del catolicismo internacional están bien instalados en el callejero de las comunas ricas, José María Caro tiene a su nombre uno de los grandes barrios obreros de Chile y pertenece al santoral apócrifo de la izquierda. Dos décadas después de su muerte podían leerse sobre su tumba inscripciones como esta: “Cardenal Caro, haz lo posible para que no maten a más compañeros – Gonzalo y Marina 30-IV-75”.

Fue creado cardenal por Pío XII y alcanzó a participar en el cónclave que eligió a Juan XXIII. Allende lo mencionó a menudo para calmar la desconfianza del mundo conservador católico, porque fueron los gobiernos laicos del Frente Popular los que impulsaron ante el Vaticano su encumbramiento. En los funerales de Pedro Aguirre Cerda, consumido de tuberculosis en pleno mandato presidencial, monseñor Caro ofició en calidad de arzobispo metropolitano y en su sermón proclamó para quien quisiera oírle:

—Nunca en la historia de Chile la Iglesia había gozado de más libertad.

Esta cita tendría efectos determinantes para el renacimiento del catolicismo político. Figura en una carta que el futuro presidente Eduardo Frei Montalva, por entonces ministro del segundo presidente radical, dirigió en 1945 al futuro Pablo IV, por entonces jefe de la diplomacia vaticana, para hacerse perdonar sus coqueteos electorales con el Partido Comunista y su participación en un gobierno laico y de izquierda. Leer la carta de Frei es asistir en directo a la ruptura de la juventud católica con el Partido Conservador y al afianzamiento político del progresismo católico en Chile (Carlos González Cruchaga, *Historia de una polémica*, 1997).

La llegada al gobierno del Frente Popular puso a prueba la Constitución de 1925 y las instituciones superaron la prueba sin mayores sobresaltos. Una sublevación militar inspirada de nuevo

por Ibáñez (y protagonizada por el general Ariosto: el ariostazo) fue frustrada por la presencia de miles de ciudadanos que rodearon el palacio presidencial alertados por la radio. Los radicales dirigieron el país, al frente de coaliciones de geometría variable, a lo largo de tres presidencias y más de 14 años.

Salvador Allende irrumpió en la Cámara de Diputados a los 28 años, formando parte de una fogosa brigada de 17 correligionarios que muchos consideran como la mejor bancada socialista de todos los tiempos. Llegó ya en posesión de las armas que no dejaría de afilar en casi cuatro décadas de parlamentario: contactos, redes, tenacidad, audacia, ironía, oratoria, y con una idea muy clara de quiénes eran sus amigos, quiénes sus adversarios y quiénes sus enemigos.

El primero de los adversarios era amigo de la infancia: Edmundo Fuenzalida, dirigente del Partido Liberal y presidente de la Cámara. Se conocían de Tacna, y en la más pura tradición nacional se trataban por sus sobrenombres de toda la vida: Patato y Chicho. Allende vio su primera oportunidad de llamar la atención y marcar territorio, siguiendo otra tradición muy arraigada en la política nacional que consistía en singularizarse de algún modo en las grandes ceremonias republicanas, como la apertura de las cámaras o la transmisión del mando presidencial.

Su idea era insólita y a contracorriente, pues como observó Carlos Jorquera, lo último que le apetece a un diputado electo es retrasar el ansiado juramento. En suma, Allende pedía al Patato que autorizara a la bancada socialista a no jurar el cargo en el mismo acto que los otros diputados, y que como presidente les tomara el juramento al día siguiente, exigiendo además que en lugar de "jurar" se les dejara "prometer", fórmula que a los socialistas les parecía más laica. Así se hizo. Allende había estudiado el reglamento de

la Cámara y sabía que el presidente no podía oponer precepto alguno a esta primera exhibición en sede parlamentaria de su legendaria muñeca política.

Solo dos meses después, en julio de 1937, subía a la tribuna para responder en nombre del PS al proyecto de ley de medicina preventiva del gobierno de Alessandri. Era ministro de Salubridad y autor del proyecto el doctor Eduardo Cruz Coke, su antiguo profesor de la Escuela de Medicina, y Allende inició su largo parlamento con el recurso más viejo de la disputa dialéctica, el elogio del contrincante ("un hombre que deja impresas ciertas huellas que el tiempo no borra"). Y a continuación leyó un texto de Paul Valéry con el que Cruz Coke inculcaba a sus alumnos la virtud de la tenacidad. Allende se estrena así muy literario y con excelente cadencia:

—En una playa lejana existía una choza; en ella dormía una enferma de quien cuidaba una madre loca. La enferma pedía a la madre que le trajera un poco de sol, y la madre salía, diariamente, con su carretilla, y esta se llenaba de sol; pero, al volver a la casa y al traspasar el umbral, las sombras ocupaban la carretilla. Un día esta madre rogó con tanta fe y con tanto entusiasmo que se hizo el milagro y llegó la carretilla con sol hasta la cama de la enferma.

El remate de Allende, a diferencia del propuesto por su ilustre profesor, no tenía que ver con la ciencia, sino con la sociedad:

—He rememorado esto porque pienso que Chile es una sola y gran choza, en la cual solo hay un enfermo: todo el pueblo de Chile.

Las causas de la enfermedad, puesto que "estamos en la era de la enfermedad social y de la medicina social", eran claras: los bajos salarios, la desnutrición, la vivienda insalubre. Allende lee los desoladores datos de un estudio encargado por la Liga de Naciones a dos expertos europeos como resumen de un gran juicio político de alcance histórico:

—[Dragoni y Bernet] han escrito de forma documentada y científica el epitafio que, corridos los años, habrá que poner a la obra de 110 años de gobierno de la oligarquía chilena.

Allende, que en política era capaz de pactar con el diablo, no perdonó jamás la altanería de esta casta, “su desdén por las clases medias y el proletariado”. El discurso más memorable de sus dos años de diputado, en junio de 1939, comienza con un ajuste de cuentas en toda regla.

Esta vez el recurso dialéctico consiste en desnudar con sus propias palabras a estos descendientes de colonos o de emigrantes que, citando a Alberto Edwards, “hoy, después de dos o tres generaciones de figuración histórica, presumirán acaso de venir de las estrellas o de los reyes godos”. Al diputado Julio Pereira, que proclama la generosidad de la oligarquía afirmando que se ha desprendido voluntariamente de “grandes prerrogativas” para dar derechos, cultura y progreso a los obreros, le replica:

—¿Qué es eso de prerrogativas? ¿Cuáles son? ¿De dónde han emanado? ¿Son de derecho divino? ¿Las han adquirido?

Y a partir de ahí deja de improvisar y lee las fichas que traía preparadas:

—El señor Ross, el candidato de sus señorías, decía en una entrevista del año 35: “No hay en el pueblo ansias de elevar su propio vivir. Somos fatalistas. Todo lo más una mayor prodigalidad en la cantina, en el bar, en la taberna. Y poco más. Hay una experiencia notable hecha en los pueblos del norte de África, de raza hermana de los del sur de España que colonizaron nuestras Américas. No se logró con aumentos de salarios un mayor trabajo ni un mejor *standard* de vida. Todo se iba en flojera proporcional al mejor salario y en vicios usuales. Entonces los gobiernos acudieron al látigo: fuertes impuestos, salarios mínimos, necesidades a la vista. El remedio estaría en poder gastar mil millones de pesos en una tupida inmigración blanca. Se habla de la escuela. Palabras, sermones, ideas. Poco adentran en la vida”.

Llama enseguida como testigo de cargo a don Ladislao Errázuriz Lazcano. “Padre de un joven y ágil diputado liberal, más joven que ágil”, bromea el orador; podría haber dicho que representaba a una interminable dinastía oligárquica en la que Isabel Allende enumera de memoria “tres presidentes, treinta y tantos senadores y no sé cuantos diputados, además de varios jefes de la Iglesia”:

—[Este señor] se expresaba de esta forma el 8 de octubre del año 38 en un discurso que pronunciara en el Club de Septiembre: “El proletariado está listo para devorar a su propia prole, en su furia enceguedada. No es el tigre, el chacal o la hiena que respeta a sus congéneres. Es el ser monstruoso que escapara a la imaginación de Dante para hacer más tétrico su Infierno, y que soporta nuestro siglo como la peor de sus pruebas”.

Las palabras de Errázuriz no dejaban de ser un homenaje involuntario y teatral a una clase obrera emergente y en condiciones de competir con la derecha, y sobre todo un testimonio del profundo cambio operado en el sistema político y social desde el momento en que se le incorporaron los nuevos actores, las clases medias y las clases populares. Y la mejor medida del cambio está dada por otra cita de Alberto Edwards, también traída a colación por Allende, cuando el escritor evoca los tiempos en que la sociedad aristocrática de Santiago y los jefes militares de las guarniciones de la Frontera eran los únicos elementos políticos capaces de cierta acción y “el resto del país era materia inerte, ganado humano”.

El largo discurso, interrumpido y protestado desde los escaños de la derecha (“no traigo un discurso leído; estoy hilvanando ideas y por eso le ruego me permita continuar mis observaciones”), es una defensa de los primeros cinco meses de gobierno del Frente Popular y una apología de la acción pacífica de las milicias socialistas, avalada por testimonios escritos de jefes militares y hasta de un franciscano del convento de Parral, agradecidos por su ayuda en las ciudades destruídas por el terremoto de Chillán. Es además el pri-

mer discurso importante en el que Allende se despoja de la capa de médico e interviene como político puro. Como tal, levanta acta de la ruptura histórica que significa la llegada de la izquierda al gobierno y se dirige a las bancadas conservadora y liberal con esta sentencia prematura:

—Sus señorías comprenden que ha terminado para ustedes el poder político; comprenden que lentamente será desmontada la máquina económica que durante tantos años han manejado, y que con la conciencia evidentemente democrática que se ha creado en el país sus señorías no podrán volver a usufructuar en beneficio personal ni del poder, ni del trabajo ajeno (...). Mediten en ello y percátense definitivamente de que nada podrán contra la voluntad soberana de un pueblo que marcha hacia su liberación.

Su optimismo histórico era ilimitado. La frase que cierra su parlamento de 1939 está de algún modo, y habría podido estarlo de forma literal, en el discurso con que se despidió el 11 de septiembre de 1973. Allende cambió muy poco entre los 30 años de edad y los 65.

A los 31 era ministro. Poco antes había sido elegido subsecretario general del PS, y con Grove y Schnake formaba la trinidad dirigente que dentro del partido aseguraba el respaldo al Frente Popular y a su gobierno frente a las dudas de muchos militantes y de no pocos miembros del comité central.

En cuanto al propio Allende, la ambivalencia de los socialistas estaba alimentada por la ambigüedad del personaje público. Era un parlamentario aplicado, se ajustaba sin vacilar a la línea del partido (en sus discursos reproducía a la letra la declaración de principios), asistía a todas las reuniones (a veces el tren de Valparaíso le impedía llegar puntual a las de Santiago), vestía si era necesario el uniforme de las milicias. Pero basta contemplar una fotografía de la época en

que se exhibe hablando por teléfono con aire satisfecho, cabello claro, lentes de oro, traje de tres piezas como de anuncio de sastrería inglesa, para entender el desconcierto de una militancia proletaria, universitaria y de clase media. No podían saber que este dechado de elegancia, que como todos los parlamentarios de la brigada socialista entregaba al partido una parte de su sueldo, gastaba en vestuario lo que ahorraba en vivienda, pues en Valparaíso vivía con su madre y en Santiago seguía compartiendo domicilio con Carlos Briones.

Seguía tejiendo su red. Podía valerse hasta de sus penurias, y así enredó a Manuel Mandujano, miembro influyente del Comité Central del PS que después reconoció haber tenido parte en su ascenso a ministro. A la segunda reunión en la que coincidieron Allende debió oír algo que le interesó o le gustó, porque enseguida se le acercó y le dijo:

—Oye, ando muy desplatado. Tú, que tienes casa, ¿por qué no me invitas a almorzar?

—No sé lo que habrá de almuerzo, si te arriesgas a la suerte de la olla, vamos... Estaba recién casado y mi mujer solo sabía cocinar una tortilla de zanahorias. Y a Chicho le quedó gustando, y cada vez que andaba sin plata me decía: "Oye, me comería una tortillita de zanahorias...". Y así no me quedó otra que hacernos amigos.

En alguna ocasión utilizó a Carlos Briones como intermediario. Hernán Santa Cruz no podía saber que Allende lo observaba desde un restaurante cuando Briones cruzó la calle y le dijo:

—Don Hernán, quiero que conozca a un político joven, de gran porvenir. Está tomándose un café conmigo...

Santa Cruz, auditor militar antes de dedicarse al servicio diplomático, era un personaje ya asentado en la vida santiaguina, casado y con hijos, y sin afinidades particulares con los ocupantes de la vivienda donde, en palabras nerudianas de Briones, flotaban muchos poemas de amor y ninguna canción desesperada. Pero en po-

co tiempo se convirtió en colaborador indispensable, vecino, testigo de matrimonio y compadre (fueron padrinos cruzados de dos hijas).

—Nos veíamos a diario, salíamos con nuestras familias respectivas, nuestros hijos eran amigos... En todos esos años lo consideré mi mejor amigo.

Solo los separaba la escasa afición de Allende a la literatura, que pronto quedaría compensada por el interés de su esposa Tencha. Santa Cruz sería fijo en el círculo de intelectuales en el que ella se sentía cómoda, mucho más que en el círculo político: los “amigos de Tencha”, como los llamaban con alguna ironía los colaboradores políticos de Allende, fueron una pequeña institución duradera que ha mantenido su vigencia hasta el siglo XXI.

Con la captación de Ramón Huidobro, en cambio, Allende persistió en su costumbre de buscarse cómplices más jóvenes. Lo hizo toda su vida: cumplía años, mantenía las amistades antiguas, pero hasta el último día buscó y encontró nuevas complicidades y cercanías con gentes menores de 30 años. El método era siempre el mismo, a juzgar por el relato que hizo Huidobro en 2003.

Allende sale del despacho del presidente Aguirre Cerda y observa en la antesala a dos jóvenes aprendices de diplomáticos que trabajan en palacio:

—¿Qué hacen? Dejen eso y vámonos a tomar un trago.

Eran las siete de la tarde y los llevó a un café.

—Allí estuvimos hasta las dos de la mañana. Era un seductor, de hombres y de mujeres. Yo tenía 22 años.

La relación entraría después en cauces no previstos, cuando el primo Tomás Allende desapareció sin aviso de la vida de su mujer, Francisca Llona, y Ramón Huidobro se convirtió en su amante y padrastro de sus tres hijos. Es una historia muy contada porque uno de los tres hijos era la futura periodista y novelista Isabel Allende, que fue sobrina del presidente más por Ramón Huidobro que por los vínculos de la sangre:

—No volví a ver a mi abuela paterna ni a nadie de mi familia, excepto Salvador Allende, quien se mantuvo cerca de nosotros por un firme sentimiento de lealtad.

Y evoca paseos de domingo al cerro San Cristóbal con Salvador y Tencha Allende, sus tres hijas y sus perros, provistos de canastos con comida y chales de lana (*Paula*, 1994).

Como Hernán Santa Cruz, Ramón Huidobro fue para Allende una antena diplomática que aportaba información, contactos y consejos. El golpe de 1973 lo encontró sirviendo al amigo en la embajada de Buenos Aires, donde los presidentes de Chile necesitan siempre a una persona de la máxima confianza. Al igual que Santa Cruz, no compartía la ideología de Allende. Eran ambos cercanos a la Democracia Cristiana y asumieron responsabilidades de primer plano en el gobierno de Eduardo Frei. Así era Chile, y así era Allende: Santa Cruz afirma que sus diferencias políticas no interfirieron jamás en su amistad y en sus trabajos comunes:

—Nunca ni siquiera me pidió que votara por él.

Pero también cuenta que cuando Allende supo que iba a votar por otro se le humedecieron los ojos.

El 24 de enero de 1939, con el Frente Popular apenas instalado en el gobierno, un terremoto de grado 7,8 en la escala de Richter reventó las ciudades de Chillán y Concepción y las regiones circundantes. Golpeó a las 23.30 horas, con la población dentro de las casas, entre cuyos escombros perecieron 30.000 personas.

En Santiago, el remezón sacó a la gente a las calles. El diputado Allende abandonó despavorido una reunión de masones en el Club de la República. Hortensia Bussi, Tencha, salió evacuada del cine Santa Lucía y los dos chocaron en la confusión de la calle. Unos amigos comunes los presentaron y los llevaron a un café de la calle Tenderini, frente al Teatro Municipal. Poco después estaban so-

los en el local inundado, escuchando por la radio las noticias de la devastación.

Tencha era también de Valparaíso, de padre italiano, marino, práctico del puerto, y madre chilena. Estudiaba Historia y Geografía en el Pedagógico de la Universidad de Chile y además seguía cursos de bibliotecaria. No contrajo el izquierdismo por vía matrimonial: el Pedagógico era una de las principales incubadoras de militantes progresistas.

De aquella primera conversación solo ha contado la discusión sobre la masonería, la incompreensión de ella, los motivos familiares, sentimentales, que le dio él. Eran muy diferentes, pero tenían en común un carácter fuerte y orgulloso y una gran independencia personal. Él podía compensar su rigor con liviandades de estudiante, ella era reservada, estudiosa, seria y exigente. Lo que había en él de intuición y de audacia lo había en ella de ponderación y de refinamiento cultural.

Ella le reprochaba, incluso en público, que no leyera. Allende era una especie de lector de segunda mano, que absorbía lecturas de otros a través de la conversación, y por eso Volodia Teitelboim decía de él que era un "ladrón intelectual". Era a menudo como aquel estudiante francés al que un profesor interrogaba sobre el libro *Tristes trópicos* de Claude Lévi-Strauss:

—Pero bueno, ¿ha leído usted el libro o no? —y el chico respondía:

—*Pas personnellement.*

En cambio doña Tencha era una lectora de amplio radio y de buen juicio perentorio. Todavía en 2007, con 90 años presuntos, aunque nunca reconocidos, reprendía a las amigas que no habían sabido apreciar la última novela de Vargas Llosa (*Travesuras de la niña mala*, 2006) argumentando que era imprescindible para entender toda la obra anterior del escritor.

En 1939 acumulaban situaciones atípicas. A su edad, Allende debía estar casado según las pautas de su clase y de su época, y

tampoco estaba bien visto que Tencha Bussi se fuera a vivir a las primeras de cambio con un personaje que empezaba a ser conocido, pero que seguía sin tener domicilio fijo. El hecho es que al poco de conocerse, y sin mediar ceremonia oficial, Tencha se mudó a la vivienda que Allende compartía con Briones.

Para atisbar el secreto de esta pareja indestructible hubo que esperar a la publicación del libro de recuerdos del Negro Jorquera (*El Chicho Allende*, 1990) y asistir a la insólita escena que refiere desde las primeras páginas.

En 1972, en pleno naufragio del matrimonio del Negro, Allende se preocupaba de prodigarle atenciones porque sabía que lo estaba pasando mal ("se creía con derecho a intervenir en las interioridades de las parejas más cercanas a él, era el peaje que había que pagar para transitar indemne por los atajos de su intimidad"). Un día en que Jorquera estaba aún peor que de costumbre, Allende lo convocó al despacho presidencial, lo sacó a la antesala y sin otro preámbulo le espetó:

—He tratado de ser contigo como un hermano mayor, Negro, lo mismo que con el Perro [Olivares], con José [Tohá], con Osvaldo [Puccio], con todos ustedes... ¡Por eso es que me duele tanto que te esté pasando lo mismo que me ha pasado a mí! Porque veo lo que te sucede ahora y me veo a mí mismo: como un tonto, como un cobarde, como un maricón... Porque jamás he sido capaz de decirle a Tencha que ella es la única mujer a la que amo realmente.

Terminaron llorando juntos, abrazados. Es un final creíble porque en lo tocante a los sentimientos Allende tenía la lágrima fácil.

Rafael Agustín Gumucio ha dejado un retrato de la familia, en una correspondencia con el escritor Carlos Droguett:

—Las relaciones de Allende con su familia eran de extraordinaria ternura, casi me atrevería a decir que su espíritu de familia era exagerado y el amor a su madre y la chochera con sus hijas, en especial con la Tati, y con su hermana Laura, no tenía límites. Sería de

mal gusto que invadiera las relaciones íntimas de Allende con su esposa Tencha, sin embargo no cabe duda que en esa pareja existió un amor profundo. Tampoco le importaba que su estilo de adolescente romántico hacia las mujeres fuera objeto de comentarios malévolos.

Un biógrafo más osado diría que Tencha lo intimidaba. Si llegó a verla desde el Oriente Eterno, donde tendría que estar a tenor de sus creencias, habrá sido el menos sorprendido por la transformación de la discreta doña Tencha en la activa, profesional y resuelta primera dama de la resistencia a la dictadura.

No sorprendió, en todo caso, a Eric Hobsbawm, considerado por muchos de sus pares como el más grande historiador del siglo xx. En sus memorias (*Interesting Times*, 2002) cuenta que conoció a Hortensia Allende en Inglaterra por mediación del académico chileno Claudio Véliz y que la guió en una visita a Cambridge. La encontró "claramente muy inteligente además de hermosa", y en su primer viaje a Chile, donde además de tener intereses profesionales vivía una rama de la familia de su padre, ella lo invitó a almorzar. Esta vez el juicio es aún más contundente: "Llegué a la conclusión de que su apagado marido Salvador era el miembro menos notable de la pareja". Solo el 11 de septiembre de 1973 se dio cuenta de que había subestimado la valentía y el honor de un presidente que murió defendiendo su cargo, pero entretanto había dejado a doña Tencha este valioso e inesperado homenaje.

Cuando se casaron, Allende era ministro y el decoro de la función exigía a todas luces registro civil y vivienda independiente. Aunque no tan independiente. En el edificio al que se mudaron, en la calle Victoria Subercaseaux 181, funcionó durante años algo parecido a lo que en los años 60 se hubiera llamado una comuna, a la que los arrendatarios accedían por cooptación estricta.

Había al menos tres círculos. El político comprendía, además del propio Allende, a otros socialistas como Briones y Mandujano. El de los escritores, a Vicente Huidobro, que encontró allí el único barrio parecido a su París, Benjamín Subercaseaux ("escribiendo en anchas planas como helechos su *Loca Geografía*"), Carlos Vattier, Pedro de la Barra, Fernando Alegría. El tercero era el de los refugiados de las tiranías militares que asolaban América Latina, entre ellos el venezolano Rómulo Betancourt y el peruano del APRA Luis Alberto Sánchez. Con acceso natural a los tres círculos figuraba Hernán Santa Cruz. Tencha, profesora de liceo y bibliotecaria de la Dirección General de Estadísticas, cultivaba a los escritores, y Allende, sin moverse de su casa, recibía de primera mano su formación en política latinoamericana.

Por eso, para el primer viaje al extranjero que pudo hacer como ministro eligió Perú, donde el perseguido Haya de la Torre seguía siendo el ideólogo y el faro de una tercera vía latinoamericana ("¡Ni Washington ni Moscú!") que inspiraba a los socialistas chilenos.

Con Betancourt, discípulo de Haya de la Torre, estableció una amistad cimentada en combates de boxeo casi diarios, entrenados ambos por un pintoresco personaje apodado el Chicharra, al que Allende protegería en su vejez desamparada mediante un empleo inventado en el palacio de La Moneda. Fueron afinidades políticas que no resistieron la prueba de la historia, ya que los socialistas chilenos acabaron rompiendo con el APRA y con la Acción Democrática venezolana por su debilidad ante el imperialismo americano. De su viaje a Venezuela para asistir a la toma de posesión del presidente Betancourt, a finales de 1958, Allende recordaría sobre todo que le habían sobrado algunos dólares y que había comprado un viaje a Cuba intrigado por los acontecimientos. Fidel había entrado en La Habana el 8 de enero, Allende llegó a la isla el día 20. Pero fue un poco injusto con Betancourt. Bajo su mandato se creó la Corporación Venezolana del Petróleo (CVP) y se constituyó la Organización

de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), entidades que han dado más de un disgusto a los norteamericanos.

Allende tuvo mucha nostalgia de esta casa, donde nacieron Carmen Paz (1941), Beatriz (1943) e Isabel (1945). Además de las conspiraciones latinoamericanas, llegaban hasta allí los ecos de la tragedia española y después los refugiados republicanos enviados por el cónsul Pablo Neruda en el buque Winnipeg, y durante cinco largos años las noticias de los horrores de la segunda guerra mundial y la euforia de las victorias aliadas. La casa estaba en el mejor lugar de Santiago, al pie del cerro Santa Lucía, era vecina de las universidades, de los teatros, de la Biblioteca Nacional, del Museo de Bellas Artes, del Parque Forestal, a distancia de paseo del Congreso, de La Moneda y de los ministerios. En el invierno en que vivió allí el autor de esta biografía era un caserón sombrío y húmedo, tres décadas más viejo y, como diría Neruda, sin memoria de tantas fiestas, risas y conversaciones difuntas.

Hernán Santa Cruz hizo de Allende un retrato oral que corresponde a esa época:

—Era un buen atleta, siempre fue increíblemente trabajador, no dormía más de 4 horas al día, ni se acostaba antes de las 2 de la mañana, jugaba al ajedrez y antes de las 7 estaba llamando por teléfono a todo el mundo.

Capítulo 6

El camino propio

Los 14 años de Frente Popular y de gobiernos radicales fueron buenos para Chile y pésimos para el Partido Socialista. Allende llegó al gobierno como un esprinter, a los 31 años, pero en la década de los 40 tuvo que reinventarse en corredor de fondo. Los vaivenes de su carrera acompañan la inestabilidad política e institucional de su partido: dos años diputado, dos años ministro, otros dos secretario general del PS, hasta encontrar en el Senado un acomodo que le confería una dimensión distinta, mientras el partido se desgarraba y él mismo se diseñaba con paciencia sobrevenida un camino propio.

Los años 40 del siglo xx son en Chile los años del desarrollo hacia adentro. La crítica neoliberal he hecho tanto hincapié en el “hacia adentro” (la política económica proteccionista y de sustitución de importaciones) que ha estado muy mal visto acordarse del desarrollo. Y sin embargo, Chile conoció en los años 40 una aceleración solo comparable con la registrada medio siglo antes, bajo la presidencia de José Manuel Balmaceda. Y con mayor mérito para los gobiernos radicales, porque en las últimas décadas del siglo xix Chile contó con las rentas del salitre, y ahora, en cambio, estaba regalando las rentas y los beneficios del cobre.

El resorte del crecimiento fue en parte idéntico, la inversión pública en infraestructuras. En el siglo XIX fueron los 8.000 kilómetros de los ferrocarriles del Estado, que vertebraron la nación en un sentido mucho más literal que en la célebre metáfora de Ortega y Gasset, puesto que Chile es por su geografía puro dorso sin extremidades. Sin el subsidio estatal que el ferrocarril aportaba a la agricultura y a las explotaciones mineras no se explica la prosperidad del Chile del Centenario (1910) ni el origen de las grandes fortunas que con tanta autocomplacencia y tanta pompa lo celebraron.

En estos años 40 la sociedad era ya más compleja, el sistema político más abierto y los métodos de gobierno más sofisticados. El país cosechó entonces los frutos de un sistema educativo, en particular en su nivel universitario, que surtió a la administración pública de profesionales abundantes en número y en capacidad. Cuando el sistema político se hundió en el desorden de los años 20, con la oligarquía desorientada y el proletariado esbozando apenas las primeras organizaciones que le permitieran competir en la arena de la lucha de clases, fue la administración pública la que sostuvo con su legalismo, su probidad y su competencia la armazón del Estado.

Es cierto que, como cuenta Max Weber hablando de Suiza (*La política como vocación*, 1919), también aquí “los partidos se reparten pacíficamente los cargos en proporción a sus respectivos votos” y que, como en todas las democracias de la época, “los partidos, cada vez más, son vistos por sus seguidores como un medio para lograr el fin de procurarse un cargo”. No dejaba de ser un avance sobre la época anterior, cuando los cargos se repartían por castas. Y además en Chile no se llegó nunca a la “administración de aficionados basada en el spoils system” característica de Estados Unidos, que permitía cambiar a cientos de miles de funcionarios, hasta los carteros, según el resultado de cada elección presidencial. En las profesiones jurídicas, en las finanzas y en las fuerzas armadas, Chile contó muy pronto con el “funcionariado moderno” de Weber,

“un conjunto de trabajadores intelectuales altamente especializados mediante una larga preparación y con un honor estamental muy desarrollado, cuyo valor supremo es la integridad”.

La llegada del Frente Popular hace sonar en la función pública la hora de los ingenieros de la Universidad de Chile. Habían empezado a hacerse cargo de la gestión de la economía en el gobierno de Carlos Ibáñez, a finales de los años 20, y ya en 1931 crearon un Consejo de Economía Nacional que apenas tuvo continuidad o influencia, pero que indicó un camino, y en particular a su secretario general, que no fue otro sino Pedro Aguirre Cerda. “La incorporación de este grupo de profesionales, dice el colectivo de autores de la *Historia del siglo XX chileno* (2001), significó la estructuración de un concepto de Estado moderno, centrado en la gestión administrativa y tecnocrática”.

Su gran obra, y del Frente Popular, fue la CORFO, la Corporación de Fomento de la Producción. La caída de Ibáñez, la inestabilidad posterior, y más tarde la indiferencia de un ministro de Hacienda monetarista y autoritario (valga la redundancia) como fue Gustavo Ross, frustraron la iniciativa plasmada en el Consejo de Economía Nacional, pero no ahogaron el concepto. Imposible saber si Pedro Aguirre Cerda hubiera obtenido el acuerdo de un parlamento controlado por la oposición de derecha sin el azar trágico del gran terremoto de enero de 1938, cuando llevaba apenas un mes en el sillón de la presidencia. Lo cierto es que la conmoción nacional, la movilización popular en auxilio de las zonas devastadas y de los damnificados, la urgencia de la reconstrucción del hábitat y del aparato productivo, ayudaron al gobierno a sacar adelante su proyecto, que fue sancionado por las cámaras en apenas tres meses, cumpliéndose de paso una ley no escrita según la cual los proyectos más ambiciosos suelen ser los de tramitación más fácil y más rápida, sobre todo en los inicios de un gobierno. Así fue también cuando Allende nacionalizó el cobre.

Lo que el gobierno no logró redondear en las cámaras parlamentarias fue la financiación de la CORFO. Si bien la derecha alcanzó a comprender la urgencia de medidas de reconstrucción y fomento, una vez más puso de manifiesto el límite de su patriotismo: el pago de impuestos. Consintió a cambio un leve pellizco del 10% a los beneficios de las empresas norteamericanas del cobre, muy lejos de las rentas que sus antepasados habían impuesto a las empresas británicas y chilenas del salitre. La CORFO nació así dependiente del crédito exterior. Su oficina de Nueva York demostró gran eficacia en el bombeo de recursos financieros, gracias a la calidad de los proyectos de inversión que recibía de Santiago y a la nunca desmentida habilidad de la diplomacia nacional para captar préstamos y ayudas del extranjero. Valga un ejemplo: el Banco Mundial fue creado en Bretton Woods en 1945 y en 1947 concedió su primer crédito, a Francia; con medio mundo arruinado por la guerra, el segundo se lo dio a Chile. Al cabo, el Estado chileno pagaría varias veces la CORFO y el desarrollo de los años 40: en pérdida de ingresos tributarios interiores, en cesión de las rentas y beneficios del cobre a Estados Unidos, y en devolución de capitales y abono de intereses a sus acreedores extranjeros.

La Corporación de Fomento de la Producción no fue un Estado dentro del Estado porque estuvo siempre sometida al control del gobierno y del parlamento, pero le faltó muy poco. Fue, en todo caso, su motor más potente y su rostro más visible. Su presencia sobre el territorio nacional fue solo comparable a la de la policía de Carabineros y a la de la red educativa, y la huella física de sus realizaciones, masiva para la época, sigue bien impresa hasta nuestros días.

Actuaba en tres planos. En primer lugar, como órgano de planificación y dirección de la economía. Se alimentaba de estudios e investigaciones con los que fijaba los datos estadísticos y medía el potencial de cada uno de los rubros productivos, y a partir de esos estudios engendraba planes de acción sectoriales.

En segundo lugar, era un instrumento dinamizador del sector privado, al que facilitaba asesoramiento técnico, crédito y protección, pero además, y tal vez lo más importante, una orientación precisa sobre las necesidades de la nación y la dirección del desarrollo. Sólo los políticos muy apegados al dogma se quejaban de su intervencionismo, porque los empresarios estaban demasiado escalados por las grandes crisis del capitalismo desbridado.

En tercer lugar, la CORFO fue la matriz de las grandes empresas nacionales. Son los años en los que, como escribe Alfredo Jocelyn-Holt (*El Chile perplejo*, 1998), "Chile se llenó de siglas": ENDESA (electricidad), CAP (siderurgia), ENAP (petróleo), IANSA (agroindustria), LAN (transporte aéreo), que prendieron en la imaginación popular y engendraron una especie de patriotismo industrial, y le valieron a la CORFO, y de paso al Estado, prestigio y credibilidad.

Es útil remitirse de nuevo a Jocelyn-Holt porque es de los pocos autores que en tiempo reciente se atreven a reivindicar este legado. Las grandes empresas de la CORFO, dice, fueron la escuela que formó a "una sólida capa técnica y gerencial de altísimo nivel profesional". Además, estas empresas "se constituyeron en sinónimo de empleo, servicios y productos, en suma, progreso inédito para un creciente número de chilenos, cuyas repercusiones benéficas aun hoy en día, más de cuarenta años después, se dejan sentir, aunque —confesémosnos— algo más que olvido nos enmudece a la hora de reconocerlo".

¿Algo más que olvido? Seguro. En Chile hay varias generaciones acomplejadas y atemorizadas por un sermón neocon y neolib que no ha cesado ni un solo minuto desde el día en que una dictadura adelantada a su tiempo decretó el pensamiento único so pena de desaparición física, o civil, o académica.

No hay motivos para este ocultamiento. Entre otras cosas porque el Frente Popular se adelantó también a su tiempo al dotarse de un instrumento de desarrollo similar a los que cinco o diez años des-

pués iban a darse regímenes tan dispares como la República Italiana, la España de Franco o la Francia de De Gaulle y de Jean Monnet, y más tarde aún todos los países asiáticos a los que el mundo admira por sus espectaculares saltos de crecimiento en las últimas décadas del siglo xx, como Japón, Taiwán, Corea del Sur, Singapur, China.

Todos estos países no hacían sino repetir el modelo que valió en su día la prosperidad de los países más desarrollados, y que estos han querido prohibir a los atrasados. En 1830 los Estados Unidos alzaron ante a la competencia exterior aranceles industriales del 40%, los más elevados del mundo, y así los mantuvieron hasta la segunda guerra mundial, una vez asegurada una supremacía manufacturera casi absoluta. Gran Bretaña mantuvo durante décadas aranceles del 40 y el 50% para impedir las importaciones industriales de competidores como los Países Bajos. Y durante todo el siglo xix, mientras asentaban su dominio económico sobre el resto del mundo, actuales paladines de los derechos de propiedad industrial como Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y los Países Bajos autorizaban por ley que empresas nacionales, como Philips, que copió las bombillas eléctricas que hicieron su fortuna, patentaran inventos extranjeros. “Los países ricos han reescrito gradualmente, aunque muchas veces de manera inconsciente, sus propias historias para hacerlas más coherentes con la forma en que se ven en nuestros días, y no como en realidad fueron.” (Ha-Joon Chang, *Bad Samaritans: The Myth of Free Trade and the Secret History of Capitalism*, 2007).

Entre 1940 y 1945, en plena guerra mundial, sin acceso al mercado exterior ni a la inversión extranjera, el PNB creció en Chile a razón del 5,3% anual (una tasa que ya no se superaría hasta el primer año del gobierno de Salvador Allende), compensando con creces el crecimiento demográfico, ya que el producto por persona acompañó a tasas del 3,5%. En todo el ciclo (1940-1953), el sector industrial creció a tasas anuales del 7,5%. “Cadencia excepcional”, como reseña Aníbal Pinto en su obra clásica *Chile, un caso de desa-*

rrollo frustrado (1959), el mayor crecimiento en lo que iba de siglo. “Aunque la proporción de recursos públicos destinados a montar o estimular actividades como la de la industria siderúrgica, la generación de energía eléctrica o la explosión petrolera, fue relativamente pequeña en el globo de la inversión, su incidencia económica ha sido casi revolucionaria, porque creó ‘puntos de apoyo’ fundamentales para el desarrollo futuro”.

La frustración del desarrollo se explica en parte por la apatía de los dos gobiernos anodinos que sucedieron a los gobiernos radicales, pero también por carencias propias que explican, a su vez, la creciente desafección de uno de los pilares iniciales de la coalición, el Partido Socialista.

Allende pertenecía al otro colectivo de profesionales que, al tiempo que los ingenieros establecían desde el Estado un orden económico, abanderaban un nuevo orden social. Ignoraban sin duda que Max Weber había excluido a los médicos de la política, en la que según él solo tenían capacidad para actuar con independencia los rentistas y, con reservas, los abogados. *Los Anales de la Universidad de Chile* (nº 12, octubre de 2000) han publicado un llamativo recuento de médicos con vocación política: en medio siglo, tres candidatos a la presidencia de la República, tres vicepresidentes, cinco ministros del Interior, 17 ministros de Salud, decenas de parlamentarios en cada período legislativo y en algún momento hasta cinco senadores de 45. Y además un presidente en 1973 (y una presidenta en 2006).

En Chile fueron los médicos, como Ramón Allende Padín, los primeros que en el siglo xix se interesaron por lo que, para evitar el vocabulario de la lucha de clases, se empezó a destapar bajo un eufemismo, “la cuestión social”. Los médicos y también los escritores, unos por la proximidad a la gente y a su miseria, y los segundos porque el naturalismo de la novela de influencia francesa e inglesa

era un poderoso revelador de las dramáticas condiciones de vida de los obreros y de los pobres.

Fueron los médicos los que, en gobiernos de derecha, redactaron las leyes sociales que a partir de 1918, año en que se promulgó el Código Sanitario, configuraron a lo largo de las siguientes décadas una ambiciosa legislación social: Seguro Obligatorio de Enfermedad y Vejez (1924), Accidentes del Trabajo (1924), Medicina Preventiva (1938), Madre y Niño (1938). Y médicos también los que en los gobiernos de centroizquierda mejoraron y extendieron esta legislación y la implementaron mediante la creación de grandes instituciones públicas. La principal de ellas fue el Servicio Nacional de Salud, cuya autoría nadie niega a Salvador Allende, sucesivamente ministro, senador y presidente del Colegio Médico. Por más que en este punto también haya algo más que olvido, un ocultamiento que en 2008 ha empezado a remediar la Universidad de Chile al dar el nombre de Salvador Allende a su Escuela de Salud Pública.

Estamos todavía en los años en que Allende no sabe, o no ha decidido, si va a ser otro médico metido en política, o si va a ser un político con cultura, instinto, hábitos y metáforas de médico ("el Chile popular está enfermo de atraso y de miseria y es preciso sanarlo con el Gobierno actuando como doctor de cabecera"). Abona la primera hipótesis el hecho de que llegara a Santiago con un libro en la maleta y que durante sus primeros años en la capital reservara para ese libro la ayuda de sus colaboradores más íntimos.

Por un lado, el libro debía compensar quizás la frustración de una tesis de grado redactada en las precarias condiciones que ya se han descrito; por otro, una publicación pionera en un campo virgen como era la medicina social podía elevar a su autor a la altura de profesores y políticos de gran prestigio como Sótero del Río y sobre todo como el ministro Eduardo Cruz Coke, conservador de hondas convicciones católicas que unía a su vasta cultura y

a su formación en París, Berlín y Cambridge una sincera preocupación por la "cuestión social". Por coincidencia, era también natural de Valparaíso.

El libro se titula *La realidad médico-social de Chile* y fue publicado en 1939. Un subtítulo entre paréntesis (Síntesis) parece indicar el sacrificio de una parte de la información recopilada para no alargar sus 220 páginas de apretada tipografía. Iniciado años atrás, antes incluso de que su autor fuera diputado, aparece ahora firmado por el "Dr. Salvador Allende G., ministro de Salubridad". Recibió el premio Van Buren que otorgaba la Asociación Médica de Chile, sin que sea posible discernir a la distancia si porque era ministro o a pesar de serlo, y durante años fue obra de referencia en los estudios de salud pública, en Chile y en otros países de América Latina.

Construido como está a base de la reproducción e interpretación de áridos cuadros estadísticos, sorprende que se abra en su primera página con una impactante fotografía firmada por Grabherr, en la que una madre muy joven sentada contra un muro abraza a un niño dormido, mientras apresura el paso un peatón del que solo se ven los zapatos bien lustrados y el vuelo de un buen abrigo. Esta provocación tan poco académica se completa con un pie de foto en el que Allende resume ya 30 años de futuros discursos y anticipa la emblemática medida de su presidencia, la distribución de medio litro de leche diario a todos los niños pobres de Chile:

—Por cada veinte partos, nace un niño muerto. La mortinatalidad nuestra equivale al 50,5% de los nacidos vivos; por cada mil nacidos vivos, mueren doscientos cincuenta. Por cada diez nacidos vivos muere uno antes del primer mes de vida; y la cuarta parte, antes del primer año; y casi la mitad antes de cumplir nueve años. Cuatrocientos mil niños no concurren anualmente a ninguna Escuela, lo que representa el 42% de la población en edad escolar. Tenemos setecientos mil jóvenes analfabetos. El 27,9% de los nacidos vivos son hijos ilegítimos, cifra esta la más alta entre los países civi-

lizados. **Chile tiene la más alta mortalidad infantil del Mundo** [negrita del original].

Casi por azar, como puede ocurrir en investigaciones largas como la que sustenta la presente biografía, y redactado ya el capítulo en cursó, se descubre que esta imagen y estas líneas perdidas en un libro poco leído tuvieron un atento espectador y lector insospechado, el jesuita Alberto Hurtado, san Alberto Hurtado desde su canonización en 2005. En 1941 utiliza los datos de Allende en un libro de denuncia (*¿Es Chile un país católico?*, publicado, por cierto, dos años antes que *La France, pays de mission?*, de Godin y Daniel, gran hito del catolicismo social en Europa). En 1947 lo cita de nuevo, en una carta a la curia romana de la Compañía de Jesús, y de nuevo sin nombrar a Allende sino por su cargo (“un ministro de Salud Pública”), no fuera a agravar por sus tratos con masones su reputación de díscolo. En 1957, fundada ya la gran obra de su vida, el Hogar de Cristo, la fuerza de aquella imagen lo perseguía todavía, tanto que decidió multiplicarla. Llamó a un joven fotógrafo, Sergio Larraín, y le pidió que retratara a los niños abandonados de la ciudad de Santiago. Son las extraordinarias fotografías de los niños del Mapocho, con las que Hurtado buscó remecer la conciencia de los católicos. (Las derivaciones siguen y son irresistibles: las fotos de los niños del Mapocho lanzaron la carrera internacional de Sergio Larraín, autor de la fotografía que inspiró el relato de Cortázar que inspiró a Antonioni la película *Blow-up*. Roberto Bolaño, tan parco en elogios, escribió: “Larraín fotografía un coche detenido y ese coche parece ir a más de cien kilómetros por hora”.)

En la introducción a su libro, Allende abre una panorámica sobre el estado de la economía nacional antes de cerrar el foco sobre la situación sanitaria. Y ahí tropezamos con un Salvador Allende que, demostrando que la moderación política que llevaba en los genes regulaba también su visión de la economía, se insurge contra

el nacionalismo ingenuo y se muestra a sus anchas en una globalización que aún no estaba bautizada:

—El desarrollo de nuestra economía nacional está enmarcado dentro de las posibilidades que ofrece el mercado mundial (...). La nacionalización de las fuentes productivas para satisfacer el puro sentimiento nacionalista, nada resuelve ni añade ventaja económica; es menester hacerlo con vistas al juego de la competencia y del mercado mundial (...). Por mucho que se modifique la estructura interna de nuestra economía, el verdadero aumento de sus dimensiones está vinculado, sin duda, a la economía internacional.

Allende trabajó el libro con Carlos Briones, que aportaba su vocación por las políticas sociales y su inteligencia; Hernán Santa Cruz, que añadía pausa y experiencia; y Hortensia Bussi, que acopiaba documentación desde la biblioteca del Servicio Nacional de Estadísticas. De ella provienen sin duda datos tan precisos como la producción anual de leche necesaria para asegurar una buena nutrición de la población según la norma de la Liga de las Naciones (1.192.891.750 litros; la ganadería nacional producía solo la quinta parte, 227.762.000 litros); o cuánto tiempo tenía que trabajar un obrero para pagar una docena de huevos (55 minutos en Estados Unidos, 2 horas 30 minutos en Francia y 6 horas en Chile); o la “Estadística de las mujeres que ejercen el comercio sexual (Santiago y Provincias), año 1938”, con una minuciosa colección de datos de morbilidad y con informaciones tan precisas como el número de atenciones médicas a estas profesionales en Talca (26.126), el número de trabajadoras que en esta ciudad cambiaron de residencia (seis) y el número de las que dejaron el oficio (una).

El contenido del libro era predecible, puesto que Allende lo había anticipado en los debates de la Cámara de Diputados y, en cierta medida, en su tesis de graduación y en sus comunicaciones a la Asociación Médica. También era típica la desinhibición del lenguaje, por ejemplo su precursora denuncia del “imperialismo farmacéutico”, o el recurso a figuras de estilo más tecnocráticas, como su

defensa del “capital humano”, expresión que puede parecer muy moderna pero que ya usaba Balmaceda.

Lo que no estaba previsto es que un libro destinado a reforzar el perfil profesional y político de su autor se convirtiera en el manifiesto y la herramienta de trabajo de un ministro. La denominación completa de la cartera que Allende asume en octubre de 1939 es “Salubridad, Previsión y Asistencia Social”. Al igual que el ministerio del Trabajo, era otra de las iniciativas de la República Socialista que sobrevivieron a su rápida extinción, y su enunciado convenía a la perfección al concepto de salud que Allende sostenía, un todo social en el que el salario, la alimentación, la vivienda, la educación, la higiene y la prevención eran mucho más determinantes que la multiplicación de los actos curativos.

Allende fue ministro porque al cabo de un año de gobierno del Frente Popular los militantes del PS seguían dudando del interés de la presencia del partido en el gabinete y de la capacidad de influencia de los tres ministros socialistas. La respuesta de la dirección del partido, muy cuestionada desde su izquierda, fue una huída hacia adelante que consistió en implicarse de forma directa en las tareas de gobierno mediante el compromiso de Óscar Schnake (ministro de Fomento) y de la estrella en ascenso que era el diputado Allende.

El nombramiento suponía un sacrificio, porque la Constitución impedía la acumulación de mandatos en el parlamento y en el ejecutivo, y en Chile los políticos de vocación siempre han preferido pelear voto a voto un escaño propio que aceptar un ministerio expuesto a los azares de la voluntad del príncipe o de su corte. Y eso fue lo que le ocurrió a Allende, pues apenas había transcurrido un año de su nombramiento cuando el Partido Socialista se retiró del Frente Popular, de modo que su segundo y último año en el gabinete solo se explica por la inconsistencia de las decisiones partidarias y por el aprecio con el que el presidente de la República distinguía al más joven de sus ministros.

Durante esos dos años Allende dirigió el ministerio con ayuda del mismo equipo con el que había redactado el libro. Un equipo en el que solo Carlos Briones fue incorporado al funcionariado del ministerio, y en el que tanto Hernán Santa Cruz como Hortensia Bussi servían al ministro en su tiempo libre y sin compensación económica.

Este será otro comportamiento invariable de Allende. Siempre se rodeó de colaboradores de absoluta confianza, sin remuneración y sin cargo y al margen de las estructuras partidarias o administrativas. Osvaldo Puccio, que pronto aparecerá en estas páginas como su brazo derecho en tres campañas presidenciales, solo en 1970 tuvo un despacho oficial, en las oficinas de la presidencia, en un cargo inconcreto y perdiendo mucho dinero.

Diana Veneros, la historiadora que más y mejor ha reseñado al Allende médico, destaca de su paso por el ministerio “el ataque frontal contra las enfermedades venéreas, verdadera plaga para los chilenos”, una amplia legislación sobre la madre y el niño que anticipa en muchos aspectos proposiciones de Naciones Unidas, la distribución de desayuno y almuerzo gratuitos en las escuelas a los niños más necesitados, y el impulso a la investigación y a la producción de medicamentos (Instituto Bacteriológico, Laboratorio Chile).

Las iniciativas de Allende se inscriben casi siempre en la continuidad del desarrollo de un sistema de protección social iniciado por los dos gobiernos de Arturo Alessandri, y cuyo perfeccionamiento seguía dependiendo de los votos de la derecha. Lo que el ministro aporta, además de la “impetuosa actividad” que le reconocerá la izquierda socialista (sus reformas “debían ser apoyadas por los revolucionarios porque atendían problemas importantes para el conjunto del pueblo”), es una visión integral de la salud pública y, como anotará Carlos Briones, un diseño participativo que asociaba a los trabajadores al control de los mecanismos previsionales:

—Salvador fue en esto también un precursor, se jugó por establecer el control de los beneficiarios sobre las responsabilidades sociales del Estado.

Sus dos proyectos emblemáticos encallaron, sin embargo, en las arenas del debate parlamentario: el Colegio Médico de Chile y el Servicio Nacional de Salud. Los dos saldrán adelante pocos años más tarde. Allende fue de algún modo su padre y su madre. Lo que sembró como ministro lo llevó a término como presidente de la comisión de Salud, Higiene y Seguridad del Senado y como presidente del Colegio. Al igual que el Estatuto del Médico Funcionario, del que también fue autor, estas leyes fueron aprobadas antes de que terminara el tercero y último de los gobiernos de coalición encabezados por los radicales.

Los tres instrumentos eran complementarios. El Colegio Médico (1938) era mucho más que una entidad gremial, pues nacía como una institución pública con responsabilidades técnicas en la gestación de los proyectos del gobierno o del Congreso, en las materias de su competencia. El Estatuto del Médico Funcionario (1951), resistido por gran parte de la profesión, aseguraba la presencia estable del personal sanitario en el sistema público. Y el Servicio Nacional de Salud (SNS, 1952) unificaba y racionalizaba los mecanismos de atención sanitaria que habían ido conquistando por separado los sindicatos y aseguraba una atención médica de calidad a todos los asalariados.

En 1960, refiere Diana Veneros, un experto inglés de la Organización Mundial de la Salud (OMS) alabó “el genio del grupo médico chileno que impulsó la creación del SNS, adelantándose en muchos años a su época”. Como buen inglés, el experto sabía que el sistema establecido en su país, de nombre idéntico (National Health Service, NHS) era anterior (1946), y su hipérbole pudo estar motivada por el natural deseo de agrandar a sus anfitriones. Pero es indudable que los médicos chilenos, y Allende de forma eminente,

conocían los debates de la época y se movían a su compás. El Estado social (salud y pensiones) se despliega en Europa en los mismos años 40: germina en la unidad nacional de la guerra contra el fascismo y se materializa en leyes, instituciones y presupuestos apenas terminada la contienda. Confluyeron por una vez las tradiciones de solidaridad de la izquierda con un patriotismo inclusivo de la derecha, espoleadas por la desconfianza en el capitalismo tras la gran crisis de 1929 y por el miedo al comunismo soviético.

Hernán Santa Cruz, que acompañó a Allende en la redacción de sus proyectos de mayor calado, hizo después una brillante carrera en los organismos internacionales del sistema de las Naciones Unidas. Como embajador de Chile, participó en la redacción de la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948), y fue él quien logró incluir de forma expresa en la Declaración el derecho a la seguridad social y a la salud (J. A. Viera-Gallo, *La Nación*, 18.12.2008). Su juicio al cabo de los años, teñido de amistad, es también de experto:

—Salvador fue el primero que supo consolidar el concepto de seguridad social, no solamente en Chile, sino también en América Latina.

Aníbal Pinto establecerá en su obra clásica de 1959 el balance de este período con una metáfora que hará fortuna para expresar la contradicción del Chile modernizado en los años 40 por ingenieros y médicos bajo el paraguas de tres presidentes radicales. Un ser deforme, con una cabeza desarrollada (instituciones, organización política, relaciones sociales), pero “plantado sobre un cuerpo, si no raquítico, por lo menos de una edad que no le corresponde”.

En realidad ese envidiable cerebro tenía un hemisferio que paralizaba al resto del cuerpo. El Frente Popular y los gobiernos radicales, como ha sido norma en la historia de Chile, carecían de mayo-

ría parlamentaria, cohabitaban con un parlamento controlado por la oposición de derecha. Aníbal Pinto describe con su agudeza acostumbrada "la proverbial flexibilidad de esta oligarquía, sin registros cerrados, pero no por eso menos consciente de quiénes pertenecen o han sido admitidos en sus filas; que en lugar de presentar batalla franca, por lo general aparenta ceder, como arena movediza, pero para atrapar o podar a los enemigos y disminuir, por lo menos, las pérdidas que quieren infligirle". En efecto, la oligarquía aprobaba en el parlamento la legislación de fomento y la legislación social, porque llevaba en los genes un sentido de Estado heredado de sus antepasados del siglo XIX, pero no estaba dispuesta a respaldar esas reformas con impuestos. Pinto lo dice con uno de esos eufemismos que hacen tan pintoresco el lenguaje de los economistas: "Una de las debilidades fundamentales de la política desarrollada ha residido en su incapacidad para extraer de la población y, como es lógico, con preferencia de aquellos sectores que tienen 'excedentes de renta' en relación al ingreso medio del país, una cuota de recursos suficiente para acelerar el crecimiento y crear una base más sólida y eficiente para el sistema productivo".

Aquellos antepasados del siglo XIX compensaban al menos su irreductible objeción de conciencia al pago de impuestos con un patriotismo que, en lo tocante a los recursos naturales, llenaba las arcas del Estado con las rentas de la minería del salitre. Ahora se había retrocedido a un modelo de explotación colonial, en el que otras empresas mineras, esta vez norteamericanas, explotaban a su antojo los recursos, el cobre en primer lugar, y era el gobierno de los Estados Unidos el que fijaba en exclusivo beneficio de sus industrias precios que durante muchos años fueron hasta un 50% inferiores a los del mercado mundial. Los yacimientos se vaciaban sin que se llenaran las arcas públicas, y ni siquiera las privadas. ¿Qué había cambiado? La oligarquía jugaba sin complejos sus cartas parlamentarias, pero, por si acaso, cuidaba al amigo americano y se asegura-

ba su protección ante el empuje de la clase media radical y del proletariado socialista y comunista.

En el sector agrícola, fuente material, electoral y simbólica de su dominio, la oligarquía no se contentó con su cerco de arenas movedizas, sino que erigió un muro infranqueable. A cambio del apoyo legislativo en materia industrial y social, pidió y obtuvo la prohibición de la sindicalización campesina e impuso el inmovilismo rural. El resultado fue que en una economía en crecimiento, y sin que hubiera una explosión demográfica, los agricultores de siempre no fueron capaces de alimentar a la nación, y en 1942 un país que había sido gran exportador de productos agrícolas se convertía por primera vez en importador de alimentos.

Eran las luces y las sombras de un sistema político caracterizado por un "empate de fuerzas" en el que ni la vieja oligarquía ni la emergente clase obrera son capaces, en otra brillante metáfora de Pinto, de "fijar la rueda de la fortuna", ni en solitario ni en alianza con el centro que agrupa a las nuevas clases profesionales. Consecuencia del empate será, entre otras, una inflación que se resistirá en adelante a todos los ajustes políticos, y que fue uno de los instrumentos de los que se valió la oligarquía para sostener sus rentas ("una burla tremenda para los que viven de sueldos y salarios", decía Allende).

Son muchos los que, siguiendo a Pinto, hacen un balance crítico del Frente Popular y de los gobiernos radicales. Los autores de la *Historia del siglo XX chileno* retienen, en cambio, que gracias al empate de fuerzas, "alcanzamos a tener una excepcional década de estabilidad política, con libertades públicas y mejoras sociales, fruto de un inexpugnable realismo". No se dice tanto, pero conviene decirlo, que fue en este período cuando cesaron las grandes matanzas obreras y campesinas que ensombrecen y avergüenzan la historia de Chile. La valoración que hace Allende en 1943 es, como acostumbraba, histórica y política. La elección de Pedro Aguirre Cerda es un hito:

—El 25 de octubre de 1938 es para el pueblo de Chile y para sus masas obreras un acontecimiento político que quiebra el rumbo de nuestra vida nacional. Significa el desplazamiento de los viejos sectores tradicionalistas, que mantuvieron el Gobierno por más de 120 años, y el triunfo de los grupos democráticos y populares que, unidos en torno a un maestro y un estadista, conquistaron el poder político.

Era cierto. Ni el Partido Conservador ni el Partido Liberal volverían a ser capaces de levantar una candidatura presidencial creíble, ni juntos ni separados, aunque su agonía se prolongó todavía varias décadas. Pero Allende no logró que sus compañeros de partido hicieran suyo este sentimiento de triunfo. Los políticos radicales fueron maestros consumados en el arte de sortear las trampas de las arenas movedizas. Los comunistas se contentaban con sacar la cabeza del pantano, ver reconocidos sus derechos ciudadanos y entrar en las instituciones. A los socialistas, en cambio, el juego de compromisos, transacciones, malos arreglos y pactos subterráneos se les atragantaba. Si estaban en el Frente era para poner fuera de juego a la oligarquía, nacionalizar el cobre y hacer la reforma agraria.

Así lo exigían, y en primer lugar a aquellos dirigentes que ocupaban puestos de gobierno, los mismos que habían entrado a empujones en el Frente Popular, y que estaban impacientes por recuperar la pureza de las esencias doctrinarias. Muchos de ellos tenían sello trotskista y seguían muy de cerca la actualidad internacional, de modo que su anticomunismo halló un motivo adicional en el pacto de Stalin con Hitler en vísperas de la guerra mundial. A mediados de 1940 provocaron una escisión (algunos eran veteranos de la primera ruptura del PC y habían pertenecido a la Izquierda Comunista) y crearon el Partido Socialista de los Trabajadores (PST), donde no lograron dominar por mucho tiempo su irrefrenable tendencia al fraccionalismo. Algunos de sus inspiradores volvieron a la ruidosa grey socialista (Alejandro Chelén, Ramón Sepúlveda); otros,

buscando el amparo de una mayor disciplina doctrinal y partidaria, darían lustre político e intelectual al partido comunista (César Godoy Urrutia, Orlando Millas).

Otros dirigentes, y entre ellos uno tan importante como Óscar Schnake, eran partidarios de expulsar del Frente Popular al Partido Comunista, en contra de la opinión de Pedro Aguirre Cerda. Desde las bases, la juventud del partido exigía a su vez el abandono de una alianza que solo contribuía a reforzar el sistema capitalista. Y así fue como a finales de 1941, al cabo de solo dos años de gobierno, el Partido Socialista se retiró del Frente, iniciando así una loca carrera hacia la irrelevancia política. La permanencia en el gobierno de sus tres ministros, a pesar de la ruptura, eran una prueba de falta de autoridad y de incoherencia estratégica, no muy distintas de las que en los años 30 habían llevado a la ruina a los comunistas.

Y todo esto en momentos en que los votantes plebiscitaban al Frente Popular y la demanda de partido socialista era más fuerte que nunca. En las elecciones parlamentarias de 1941 los radicales subieron tres puntos (22%) y los socialistas ocho puntos (19,50%), subida solo empañada por los casi ocho puntos que subía también el Partido Comunista, bien instalado por primera vez en el tablero electoral con un 12%. Pero los dirigentes y los militantes socialistas estaban atrapados en una espiral suicida.

La muerte del presidente Pedro Aguirre Cerda, el 25 de noviembre de 1942, cuando aún le quedaban dos años de mandato, obligó a la dirección socialista a intentar una nueva pirueta estratégica. La ruptura con el Frente Popular se convertía de repente en un error que era urgente remediar para afrontar con éxito una elección presidencial anticipada. El Partido Socialista, que acababa de renunciar a una coalición de claro acento izquierdista, se vio arrastrado ahora a un nuevo conglomerado, la Alianza Democrática, en el que la balanza basculaba con no menos claridad hacia la derecha. El candidato, Juan Antonio Ríos, era masón y provinciano como Pe-

dro Aguirre Cerda, pero pertenecía a la clase de los "terratridentes del sur" radicales, a los que apenas separaba de la derecha más tradicional el recuerdo de las querellas religiosas del siglo XIX y su apego al racionalismo laicista. En la Alianza Democrática confluían además la disidencia socialcristiana del partido conservador (la Falange) y los liberales de Arturo Alessandri, alarmados estos últimos por la candidatura del incansable Ibáñez. En plena guerra mundial, el PC, por su parte, aplaudía la llegada de nuevos contingentes al campo antifascista y aún le parecía poco pacto, pues ambicionaba una "unión nacional" sin límites por el lado de la derecha.

Al frente de esta amplia coalición, y con el caudal de simpatía y popularidad de Pedro Aguirre Cerda intactos, Juan Antonio Ríos ganó las elecciones con el 56% de los votos emitidos. Los partidarios de Ibáñez tampoco esta vez se resignaron, y dos años más tarde volvieron a intentar un golpe militar inocuo y sin sentido. En el Partido Socialista las disensiones subieron de tono, y una dirección tan falta de autoridad como autoritaria no halló mejor forma de escarmiento que expulsar a todo el comité central de la Federación de la Juventud Socialista, sanción que descorazonó para siempre a un dirigente tan prometedor como Carlos Briones.

Allende fue víctima colateral de este desbarajuste partidario. A las elecciones de 1941 no pudo concurrir por su condición de ministro, con lo que a la muerte de Pedro Aguirre Cerda se encontró fuera del gobierno y del parlamento. Recibió como premio de consuelo un puesto en el directorio de la Caja del Seguro Obrero, volviendo así a la precariedad económica y a la insignificancia política.

Le quedaban sus compromisos masónicos. Desde su traslado a Santiago se había incorporado a la logia Hiram 65, la logia de Eugenio Matte y también de Justiniano Sotomayor, el político radical que más había empujado a su partido a la alianza con los partidos obreros. Esta logia ya había tenido problemas con la orden por su pretensión de admitir mujeres. En 1931 se había distingui-

do en la lucha contra la semidictadura de Ibáñez, en la que pereció el "aprendiz" Aníbal Pinto Riesco, condiscípulo de Allende en la Escuela de Medicina. Sus miembros merecen además un lugar en los libros de récords como autores de la excusa más grandiosa para eludir los deberes de cualquier organización: se decía de sus miembros que habían llegado a tal perfección espiritual que no necesitaban reunirse en el templo, ya que sus almas se juntaban los domingos por la mañana en lo más alto de la cordillera de los Andes, a los pies de la estatua del Cristo Redentor que bendice el límite entre Chile y Argentina.

En los años 40 la logia tenía para Allende un interés mucho menos esotérico. Agrupaba a profesionales inscritos en el PS y a destacados militares: según Juan Gonzalo Rocha, "dos generales de Ejército, un almirante, un general de Carabineros, varios coroneles y profesionales civiles que prestaban servicio en las instituciones castrenses". No es necesario buscar más para saber de dónde sacaba Allende munición para sus ataques al gobierno de Alessandri por la muy precaria dotación de las fuerzas armadas (la derecha chilena siempre ha sido más aficionada a cantar la glorias militares que a sufragarlas). De dónde sacó, por ejemplo, el detalle asesino que denunció en el Congreso cuando aún era diputado:

—Hay unidades en las cuales la tropa ha debido desfilar sin calcetines.

No se equivocó de logia. En 1965, cuando era un candidato presidencial derrotado y un político con un futuro espeso, escribió a la logia una carta de despedida muy crítica. Sus hermanos no le fallaron y le rechazaron la renuncia. El 12 de septiembre de 1973 tuvieron la valentía de citarse para rendir un homenaje fúnebre al presidente. En 1974 la logia tuvo el honor de ser suspendida de sus derechos masónicos por el Gran Consejo de la Gran Logia de Chile, a petición de la dictadura civil y militar, por haber formulado "posiciones críticas frente a la actual situación político-gubernamental e

intentado que otras logias adoptaran también posiciones contrarias frente a lo que ocurre en el país”.

En 1943, con 35 años, cesante del parlamento y del gobierno y necesitado de dar salida a su energía, Allende tomó la arriesgada decisión de pelear la jefatura del partido. En una de esas contradicciones que tanto habían de repetirse en sucesivos congresos socialistas, el celebrado en la ciudad de Rancagua en agosto de ese año decidió, por un lado, retirarse del gobierno de Juan Antonio Ríos, y por otro eligió secretario general a Allende, que era como la encarnación del pactismo político.

Para él fue además un triunfo amargo en términos personales, ya que desplazaba del cargo a Marmaduke Grove, con quien le unían lazos personales y una concepción similar de la política de alianzas. Junto a otros dirigentes partidarios de seguir en el gobierno, Grove no tardó en montar tienda aparte con el nombre de Partido Socialista Auténtico.

A pesar de sus atuendos burgueses y de sus posiciones políticas siempre templadas, la militancia valoraba en Allende sus discursos rompedores y sus gestos inconformistas, que sintonizaban bien con el estado de ánimo del partido. A sus ataques a la derecha en la Cámara de Diputados, en su época de ministro añadió provocaciones muy celebradas, como su famosa exposición de la vivienda. Tomando a la letra la denominación de su ministerio de Salubridad, Allende consideraba que la vivienda insalubre era una de las más graves lacras sociales y un gran escollo sanitario. En su libro había escrito que el déficit habitacional se cifraba en “300 mil viviendas higiénicas” según estimaciones de la Asociación de Arquitectos. La tercera parte de la población vivía en casas malsanas, y el terremoto de Chillán agravaba la miseria en las regiones devastadas. Allende encontró una fórmula de impacto para que nadie

podiera seguir cerrando los ojos. Arrastró al ministerio de Fomento, a la Municipalidad de Santiago y a las cajas de previsión, y con su ayuda montó en el centro de la capital la Primera Exposición Nacional de la Vivienda. Hizo construir réplicas de las chabolas miserables en las que se hacinaban los más pobres, y en contraposición una cuadrilla de seis obreros construyó en una semana una vivienda digna y equipada, demostrando que era posible solucionar el problema habitacional en un plazo razonable y sin arruinar al país. La provocación estaba en el lugar elegido para instalar la exposición: en plena Alameda y justo en frente del Club de la Unión, el suntuoso palacio donde los herederos de las grandes fortunas patrias jugaban a ser ingleses.

Este gusto por la provocación, que a lo largo de su vida no le granjeó aplausos unánimes, lo trasladó como secretario general al interior del PS. Porque provocación fue que, a la cabeza de un partido que había roto con el Frente Popular, organizara en el quinto aniversario de la elección del presidente Aguirre un acto multitudinario de homenaje al Frente en el que se reservó el papel de orador único:

—Los socialistas, con viril emoción, recordamos hoy el triunfo de octubre de 1938 y recordamos a Pedro Aguirre Cerda, el ciudadano modesto, aristócrata del espíritu, que supo adentrarse en la conciencia de los hombres de esta tierra...

El equilibrio era difícil. En el Congreso de Rancagua, y poco después en un congreso extraordinario celebrado en Valparaíso, Allende había logrado articular una transacción que invertía los términos del anterior acuerdo partidario aún caliente. No hacía tanto que el PS se había retirado del Frente Popular, pero dejando a sus tres ministros en el gobierno. Ahora se retiraba del gobierno, pero ratificaba su compromiso con la Alianza Democrática. Si la decisión anterior convenía a los intereses personales de Allende, que salvó su cargo ministerial, la de ahora tenía mayor calado estratégi-

co y se correspondía mejor con su instinto y su vocación de político de pactos. En su discurso conmemorativo, Allende mantiene un estudiado equilibrio entre sus críticas al gobierno y su defensa de la coalición que lo respalda.

En este punto tampoco cambiará. Frente a un partido que desconfía de los comunistas y de los radicales, Allende saluda la disolución de la III Internacional (el Komintern comunista), pero sin compartir las ilusiones de los que veían en el horizonte la fusión de los partidos socialista y comunista, avisando de que “las etapas históricas no se maduran artificialmente”, y promoviendo en cambio la unidad sindical en la Confederación de Trabajadores de Chile. Pero acto seguido recalca que el acercamiento entre los partidos obreros jamás debía ser pretexto para “luchar contra el Partido Radical, que sabemos lo que ha significado en la historia de Chile”, aunque sin renunciar a combatir al “grupo retardatario que milita en sus filas, que no quiere comprender que la democracia política ya poco significa y que hay que avanzar hacia la democracia económica, hacia la democracia social”.

Equilibrio dentro del partido y equilibrio hacia afuera, porque Allende empieza a ocupar un sitio propio en el espacio progresista, el lugar del fiel de la balanza. Si a la derecha radical le dice que la democracia política es poco, a la izquierda socialista y a los comunistas les advierte que lo es casi todo:

—Los socialistas sabemos que, por desgracia, no son muchos los países del mundo que tienen gobiernos democráticos; comprendemos los socialistas que es básico y elemental defender la democracia, no como instrumento, sino como armazón o estructura de nuestra vida nacional.

Un año después, en el teatro Caupolicán, en el que será su discurso más importante como secretario general, y además el primero en que se extiende sobre la política internacional, se repetirá de manera más concreta, más expresiva:

—Sabe la izquierda que es necesario distinguir entre gobernantes transitorios y el régimen perdurable que debe defender. Los demócratas ingleses tuvieron a Chamberlain; tiene a Churchill. La democracia de Estados Unidos tuvo a Hoover; tiene a Roosevelt. Y ha sido precisamente la mantención integral del régimen democrático lo que ha permitido a esos países encontrar el rumbo en momentos de ansiedad y de incertidumbre.

Su argumento tenía además un componente de orgullo nacional que buscaba inculcar a sus oyentes:

—Chile es una isla democrática en medio de la vorágine dictatorial de América y del mundo.

El algún momento, en 1943, Allende pensó que la guerra mundial podía ser una revolución, y tal vez no solo geopolítica, sino también socialdemócrata. Léidos sus discursos en esta primera década del siglo XXI, resulta casi inquietante que hace 70 años definió como resortes mayores de esa mutación “el nuevo status que se anuncia ya para la India” y “el resurgimiento de una China unida y madura”, cuando ni la India era todavía independiente, ni China había resuelto su crisis de régimen. No hace falta atribuirle dotes adivinatorias, porque Allende tenía vuelo histórico reconocido y, por lo visto, sabía leer un mapamundi.

En 1944, con la victoria aliada ya próxima, comprendió que para la posguerra se configuraba un mundo dividido en bloques, y que a América Latina le estaba reservado un papel subalterno de los Estados Unidos. No se resignaba. Reconoció elementos positivos en la Carta del Atlántico proclamada por Roosevelt, pero advirtió que era compatible con el apoyo norteamericano a las peores dictaduras del continente, y esgrimió como alternativa una Carta de América. De la política mundial en tiempos de guerra se quedó con el papel que “las democracias beligerantes” dieron al Estado, centralizador de la economía, de la producción y de la organización del trabajo, y con la vía que parecía abrirse a una democracia econó-

mica y una democracia social. Terminada la guerra mundial, decía, Chile iba a seguir su propia guerra, “no contra adversarios exteriores, sino contra centenarios enemigos internos”: el hambre, la miseria, la inseguridad social, la cesantía, “el miedo a vivir”. Durante las tres décadas siguientes la historia parecerá darle la razón, al menos en Europa, donde la primacía del Estado y de las políticas sociales abrieron una era de prosperidad sin precedentes.

Allende dirigió el PS durante 17 meses. Su ambición era máxima: convertirlo en “una fuerza capaz de transmitir emoción, de contagiar energías a la nación entera”. Las dificultades eran de igual magnitud. A los pocos meses de su elección, presentó al congreso extraordinario de Valparaíso un informe que deja una cruda imagen del estado del partido.

Fustiga, en primer lugar, la falta de preparación teórica, que “hace que casi la totalidad de los militantes no separen lo que es la doctrina, de la táctica o de la línea política”, y que explica el dogmatismo y la severidad con que se juzgan los actos de un gobierno de coalición:

—Triunfamos, aparentemente, en forma muy prematura, sin la preparación necesaria y la madurez suficiente para actuar en un régimen de colaboración.

Habla enseguida de indisciplina a todos los niveles de la dirección (nacional, regional, seccional), de relajación moral, de caciquismo, de chaqueteo, de aventurerismo:

—Muchos camaradas se imaginan ya ser las huestes del Partido, presurosos, escalando las murallas de La Moneda para tomarse el Poder e instaurar la dictadura del PS. ¡Oh prodigio de la inconsciencia y de la irresponsabilidad!

Y remata su informe al congreso extraordinario con una despedida insólita, mitad reto, mitad resignación: “Ustedes dirán, camaradas congresales”. Le respondieron a la primera oportunidad, en el congreso de Concepción (1944), elevando a la más alta dirección

a Raúl Ampuero. Fue esta dirección la que rompió todos los pactos y para las elecciones presidenciales de 1946 presentó la candidatura de Bernardo Ibáñez, líder sindical hasta entonces respetado, candidatura que todavía en 1995 saludaba en sus memorias Aniceto Rodríguez como un gesto de “ratificación de una conducta vigorosa de independencia política”. No lo entendieron así los 90.000 votantes socialistas de 1941, puesto que dejaron al candidato con 12.000 votos sobre medio millón de votantes, en los límites de un simple margen de error estadístico.

Esté período abrió entre las figuras socialistas de la época heridas que no cicatrizaron nunca. Aniceto Rodríguez, que no fue de los antiallengistas más airados, ha sido capaz de relatar en sus memorias esta etapa de la historia del partido sin mencionar siquiera el paso de Allende por la secretaría general.

Una cercanía que Allende sí pudo recomponer fue la de Marmaduke Crove, al que visitaba en sus últimos días en una mediagua del Hospital Militar, muerto de frío y “¡pobre, pobre..., pobre como una rata!” (Carlos Briones). La preferencia de Allende por las mujeres y los jóvenes está muy documentada; solo Diana Veneros da cuenta de sus atenciones con los ancianos, y no solo con los más próximos como su madre y la Mama Rosa. Carmen Lazo le contó que en la campaña de 1952, en las giras con el viejo Elías Laferte, Allende le compraba sombreros y guantes nuevos y hasta lo arropaba en la cama; y para no incomodar al austero dirigente comunista, la Negra Lazo recuerda que se pasaban a escondidas la petaca de whisky que Allende solía llevar en el bolsillo de la chaqueta.

Dentro del Partido Socialista Allende ya no encontraría nunca el terreno de afectos, de sentido de familia que tanto apreciaron en sus partidos los comunistas y los demócratacristianos. Desde el congreso de Concepción huyó como de la peste de las peleas internas. Pero a pesar de la hostilidad de gran parte de la cúpula y de la perplejidad que suscitaba en los militantes, contó siempre con el fer-

vor del electorado socialista, que muy pronto lo va a llevar al Senado de la República. Fue allí donde trazó el camino personal que lo llevaría a la presidencia.

Capítulo 7 La isla democrática

En 1945, Salvador Allende, 37 años, casado, tres hijas, ex diputado, ex ministro, ex secretario general del Partido Socialista, sabe que, por tercera vez en su vida, no ha conseguido llegar a Santiago. No acabó de llegar como alumno del Instituto Nacional ni como estudiante de medicina, y ahora no lo consigue como político. Para llegar a la capital necesitará ser presidente de la República. Llegaría a pie, al cabo de 25 años de caminatas extremas desde los remotos confines del sur y del norte del país, al cabo de cuatro campañas senatoriales y otras tantas campañas presidenciales. Para empezar, en 1945, se convirtió en el senador más austral del planeta.

La circunscripción por la que se presentó, más extensa que muchos países, comprendía las provincias de Valdivia, Osorno, Llanquihue, Chiloé, Aysén y Magallanes. En línea recta, una línea que entonces no existía ni en la imaginación de los aviadores más osados, entre Santiago y Punta Arenas hay 3.000 kilómetros. Pero Allende sabía lo que hacía. En las primeras provincias tenía pocos votos que arrancar a los latifundistas y a sus cohechos, y su campaña sería tan breve como improductiva. Sabía, sin embargo, que al sur de Pun-

ta Arenas, en la Tierra del Fuego, había un proletariado nutrido de oleadas de inmigrantes europeos extraviados por las estancias, los mataderos, los frigoríficos y los puertos de la Patagonia chilena, y que ese proletariado de grandes espacios, refractario a los rigores de interior del encuadramiento comunista, votaba por los candidatos del PS. Y no se limitaban a votar. Los costosos viajes de la campaña de Allende se pagaron gracias a las colectas organizadas por estos obreros del fin del mundo.

No tardó mucho en fijar su imagen de la provincia, combinando, como solía, el trazo grueso con el trazo fino:

—Magallanes vive bajo el imperio y el dominio de cuatro o cinco grandes firmas que controlan la tierra, la industria, el comercio, el ganado y los hombres.

Y a continuación, la mirada corta:

—A pesar de los millones de kilos [de lana] que produce la provincia anualmente, el 90% de los hogares de la gente modesta de Magallanes, el hospital y las colonias escolares tienen colchones de paja o de pasto seco.

Testigo improbable de esta campaña del verano del 45 fue un joven santiaguino de 18 años, de viaje en Punta Arenas, que aún no acompañaba a Allende pero que escuchó sus discursos pegado a la radio. 40 años más tarde, exiliado en Berlín, Osvaldo Puccio todavía recordaba el impacto de las descripciones que hacía Allende de la vida de los puesteros, los obreros más sacrificados de unas estancias ovejeras que podían extenderse por 25.000 hectáreas. Estos pastores de la Patagonia pasaban el otoño y el invierno sin otra compañía que sus rebaños (sus piños), y si enfermaban y morían podía ocurrir que nadie lo advirtiera hasta el año siguiente. Los dueños vivían en Punta Arenas, en Buenos Aires o en Europa, y algunos ni siquiera conocían sus haciendas. Un puestero, decía Allende, daba su vida por lo que gastaba el propietario en cinco o seis botellas de whisky. “Estaba metido seis, siete y ocho meses en el campo, aban-

donado y botado, para permitirle al dueño de la estancia ir una noche al Moulin Rouge”.

Algunas ráfagas de sus discursos han pasado de la tradición oral a los libros. Osvaldo Puccio podía declamar pasajes enteros en los que Allende, intoxicado, como les ha pasado a tantos escritores chilenos, por la espectacular toponimia de Magallanes, enardecía a sus oyentes:

—Compañeros de Laguna Blanca, ¡a las urnas! Compañeros de Entreviento, obreros de Bahía Catalina, ¡a las urnas, trabajadores de Gente Grande, de Río Tranquilo, de Fortuna, de Río de Oro, Vicuña de Tres Cerrillos y Penitente! ¡A las urnas trabajadores de Pantano, de Punta Catalina, de Tres Pasos, de Puerto Consuelo! ¡A las urnas, puesteros de Porfiada, de Bahía de Angostura y de San Gregorio!

A las urnas, no a las armas. Era el límite de su verbo revolucionario y no lo traspasó nunca.

En 1971, Allende regresó una vez más a Magallanes, ahora con séquito de presidente. Como seguía sabiendo los nombres de todas las estancias, los declamó uno a uno para dar las gracias “a los que un día creyeron en mí y me posibilitaron económicamente llegar a esta provincia, ganar mi campaña, me posibilitaron ser senador y hoy Presidente”. Agradeció con hechos: grandes cooperativas en las antiguas haciendas, caminos y refugios para los puesteros, salarios aumentados en un 50%, y hasta helicópteros para la atención sanitaria. Habían sido muchos años de impaciencia y de urnas.

Tal vez sea un poco pronto para hablar en este relato de Osvaldo Puccio, pero ya que ha irrumpido, y mientras Allende se instala en el Senado, no parece inoportuno decir de una vez quién era.

Era biznieto de un masón italiano, compañero de combates y fatigas de Garibaldi en Italia y al que siguió en su aventura sudamericana. Se afincó en Valparaíso, donde hizo fortuna y fundó la loggia “L'Étoile du Pacifique”, famosa, entre otras cosas, porque décadas más tarde los hermanos seguían celebrando sus ritos en un francés

olvidado. El abuelo era miembro del Partido Radical, pero a diferencia de la mayoría de sus correligionarios estuvo al lado del presidente Balmaceda. El padre era militar, pionero de la aviación en Chile, ayudante y cómplice de Marmaduke Grove en los movimientos castrenses de los años 30, progresista, partidario del Frente Popular.

La iniciación política del joven Puccio es de novela por escenario, momento y circunstancias. Osvaldo padre fue nombrado agregado aéreo en Berlín, donde el Frente Popular chileno mantenía embajada a pesar de las protestas de, entre otros, Salvador Allende. Osvaldo hijo llegó a Berlín en 1941, con 14 años, cuando la capital alemana aún hervía con la euforia de las grandes victorias nazis. Su padre se percató enseguida de lo mucho que lo impresionaban “las fanfarrias, los hermosos uniformes, los grandes desfiles” de las juventudes hitlerianas. Don Osvaldo descubrió en algún cajón de la embajada una edición alemana de *El Capital de Marx* y lo obligó a leerlo. No entendía nada, pero la edición comprendía también el Manifiesto Comunista:

—Este lo entendí. Si no, no estaría hoy en el exilio.

Esto se lo dijo Osvaldo Puccio a Katherina Wolf, con quien por suerte alcanzó a redactar sus memorias (*Un cuarto de siglo con Allende*, 1985) y publicarlas, en alemán, poco antes de morir en Berlín Este. La periodista Wolf tampoco andaba muy lejos de la novela contemporánea. Era sobrina de Markus Wolf, el legendario jefe del espionaje comunista alemán que, al parecer, inspiró a John Le Carré el personaje de Karla, el maestro de espías.

La forma en que Puccio cayó en la red de Allende se ajusta al ritual gastronómico que ya había enredado a Mandujano, el de la tortilla de zanahorias. Esta vez fue una bolsa de ranas. Puccio acababa de comprarle la última a un vendedor ambulante en la feria de Algarrobo cuando apareció Allende, a quien en el acto acometió un deseo súbito e irrefrenable de comer ancas de rana. Puccio tuvo el reflejo de adelantarse y ofrecerle las ranas a cambio de una entrevista en el Senado.

La oficina de Allende era tan mala que prefería recibir en la sala de lectura. Aclaró muy pronto la duda de Puccio, el motivo de su visita:

—Quiero ser presidente de este país para cambiarlo.

Y añadió una reflexión que la intelectualidad de izquierda desdén en la vorágine mental de los años 60 y 70:

—La verdad es que Chile no es un país subdesarrollado, sino un país sobreexplotado.

¿De qué hablaba Allende durante hora y media cuando quería seducir a un joven prometedor de 25 años? De lo mismo que hablaba en sus discursos: de Balmaceda y su lucha contra el capital extranjero, de Arturo Alessandri y sus reformas, de la pujanza del movimiento obrero, de la unidad de los partidos progresistas, de la reforma agraria, de asuntos de masones. Además le preguntó mucho sobre la guerra en Berlín y quiso saber, dados sus antecedentes familiares, por qué no había seguido la carrera militar.

Allende terminó la conversación sin hacerle ninguna oferta. Pero le pidió un favor: que al día siguiente acompañara a un anciano a las oficinas del Seguro Obrero y le ayudara a resolver un asunto de jubilación. Andando el tiempo, Puccio descubrió que era el método de Allende en la distancia corta: “No era hombre que llegara a acuerdos con nadie. Cuando conocía a una persona que, según su parecer, merecía confianza, le daba una misión que, por mínima que fuera, era una forma de nombrarle caballero”.

Y caballero fue Osvaldo Puccio durante un cuarto de siglo, aunque las crónicas se empeñen en atribuirle el grado de escudero. Fuera de este nombramiento, nunca esperó ni pidió otra recompensa en el mundo de la política, porque se las valía solo y porque, como dejó dicho a sus hijos, en esto tenía las ideas muy claras:

—Para ser puta mal pagada, prefiero ser mujer honrada.

Uno de los que no se equivocaron con él fue Aristóteles Berlen-dis, Gran Maestre de la Gran Logia de Chile. En una ocasión, molesto porque le estaba agitando las logias a favor de Allende, le dijo:

—Tú eres uno de los peligrosos, porque eres de esa gente que nunca llega a ser padre prior, pero que maneja el convento.

Llegar al Senado era la máxima aspiración de un político si se exceptúa la presidencia de la República. Además era paso obligado: en los tiempos de Allende todos los presidentes fueron senadores antes.

El Senado era una institución poderosa y exclusiva, cuyos miembros no tardaban en adquirir y darse aire y prestancia de senadores romanos. Había nacido en 1812, con siete senadores que esbozaron en precario el primer parlamento republicano. Aunque fue barrido por la reconquista española, alcanzó a promulgar leyes que alumbraban un horizonte libre e ilustrado: libertad de prensa, creación del Instituto Nacional y de la Biblioteca Nacional. En 1828 fue ampliado a 16 miembros, dos por provincia, y se introdujo el sistema de renovación por mitades que subsiste hasta nuestros días. Entre 1833 y 1925 contó con 20 miembros y quedó consagrada otra de sus tradiciones invariables, los mandatos largos, de ocho años.

El Senado de Allende es el de la Constitución de 1925, el de los 45 senadores elegidos en nueve agrupaciones a razón de cinco senadores por agrupación. El cargo era las más de las veces la cima de una carrera política, ya que el régimen separaba a rajatabla los poderes del Estado, y por tanto era incompatible con cualquier otra función pública.

Fue una institución que creó escuela y estilo. Su composición y su funcionamiento son la matriz de una cultura política sin la que no se explica la solidez y el arraigo de la democracia en Chile.

Su carácter venía predeterminado por el modo de acceso. La elección de cinco candidatos por agrupación propiciaba un pluralismo extremo. El quinto y último puesto podía resolverse con un puñado de votos, y por ahí se colaron en la alta política los primeros senadores socialistas, comunistas y demócrata cristianos, dando vi-

sibilidad y abriendo espacio a sus partidos cuando aún estaban en fase embrionaria. Y, de paso, anclándolos en el sistema para cuando se hacían grandes. Este pluralismo a ultranza tenía otra consecuencia de gran calado: hacía imposible la conformación de mayorías estables, para desesperación de los sucesivos presidentes de la República, atrapados siempre en una tupida red de transacciones, compromisos y arreglos articulados por senadores con mucha experiencia y de colmillo muy retorcido. Con este Senado, la política, arte y oficio de la negociación, lo era en Chile mucho más que en otras partes.

El otro rasgo determinante era la estabilidad. Con su mandato de ocho años, frente a los seis del presidente de la República y los cuatro de los diputados, los senadores tenían tiempo sobrado para verlas venir, para hacerse un nombre y componer la figura, para trabajarse la reelección o para arriesgar la aventura presidencial sin temor al vacío de la derrota. La renovación por mitades, cada cuatro años, reforzaba la sensación de permanencia: cuando llegaban los nuevos tenían que acompasar su impaciencia al tranco de los veteranos. Y además nunca eran tan nuevos, si atendemos a la elevada probabilidad de reelección de los senadores. En el tiempo de Allende los hubo que no se levantaron del sillón entre 1934 y 1969. Era tan estable que mirado de lejos parecía que los senadores eran siempre los mismos.

Al exterior, a una opinión pública servida por una prensa diaria y semanal todavía pluralista, por excelentes cronistas parlamentarios y por mordaces escritores y dibujantes satíricos, transcendían sobre todo los enconzonos de unos egos sobredimensionados y los enredos de combinaciones a veces inverosímiles. De puertas adentro, en cambio, el Senado reproducía comportamientos propios de la "república veneciana" descrita por Alberto Edwards. Las amistades personales y la confianza entre adversarios por otra parte irreconciliables son una de las claves olvidadas de un largo perío-

do de avances políticos y sociales en el país “pobretón y amigable” que muchas décadas después todavía alimentaba la nostalgia de la escritora Isabel Allende. Porque los senadores solían ser también gente austera y difícil de corromper, los ricos por tradición y los pobres por fidelidad a sus convicciones.

En el Senado había arraigado además una insólita costumbre republicana sin equivalente en el mundo y que resume su carácter de cámara consensual y civilizada. Se trata del pareo, que sigue vigente en el Senado del siglo XXI. Cada senador se empareja con otro de signo político contrario, mediante un acuerdo que se registra conforme al reglamento interior, y en virtud del cual, cuando uno de los dos está ausente, el otro no vota. No hay votaciones a traición, ni espectáculos degradantes de senadores acarreados a votar en ambulancia. Solo una decisión formal de la bancada de un senador puede romper el pareo, y esto solo ocurre en casos excepcionales.

Durante la primera legislatura de Allende se produjo uno de estos casos, que ilustra el funcionamiento del sistema. Fue además un caso célebre porque su protagonista era Pablo Neruda, elegido, como Allende, en 1945.

El senador Neruda era objeto de una acusación grotesca de antipatriotismo, en medio de una algarada anticomunista orquestada desde Washington y que terminaría con su desafuero y su exilio. Pero todavía era senador, y Arturo Alessandri, que se había reciclado en presidente del Senado, propuso una sesión especial que le permitiera hacer su defensa política. La votación ofendió tanto al senador como al presidente: “9 votos por la afirmativa, 9 por la negativa, y 2 pareos”. Uno de los dos pareos era del propio Neruda, que llevaba meses sin participar en las votaciones porque su pareja, por supuesto de derecha, se encontraba de viaje en el extranjero. En la votación de desempate la bancada comunista autorizó a Neruda a romper el pareo porque no se trataba de una cuestión legislativa si-

no de la libertad de palabra en la cámara. Y así fue como el diario de sesiones pudo recoger el “Yo acuso” de Pablo Neruda: (“... esta sensación que hace que el perseguido sienta aun en los momentos del tormento la infinita superioridad que lo distingue de su perseguidor, esta sensación de estar luchando por la buena causa...”).

El intercambio de buenos modales parlamentarios se repetía con la misma naturalidad en los trabajos de las comisiones. Dado el reducido número de senadores, las comisiones solían estar integradas por cuatro o cinco miembros. Para no entorpecer o interrumpir los trabajos, los senadores delegaban el voto cuando tenían que ausentarse, de modo que cualquiera de los presentes podía votar dos veces, una por su propia posición y otra por la de su adversario. Eran parte de las tradiciones republicanas derogadas a bombazos el 11 de septiembre de 1973. Esta, al menos, estaba tan arraigada que fue recuperada al cabo de 17 años sin mayor debate.

Allende se encontró en el Senado con caras conocidas y con otras que lo irían siendo, entre finas cortesías y dentelladas feroces. Lo menos grato fue sin duda encontrarse con otros tres senadores socialistas “disgregados en tiendas diferentes”. Novatos como él llegaron en 1945 Pablo Neruda, como se ha visto, pero también Gabriel González Videla, que un año más tarde sería presidente de la República y que acabó como verdugo transitorio y víctima perpetua del terrible poeta.

Marmaduke Grove era senador desde 1933, y Elías Lafertte desde 1937. Perdedores y todo, el haber sido candidatos a la presidencia les añadía un plus de respetabilidad. El jurista liberal Fernando Alessandri, hijo del León, iba a serlo en breve, también desafortunado.

Más reciente, de 1941, era Eduardo Cruz Coke, el profesor de Allende en la Escuela de Medicina y en adelante colega y amigo, perdedor también de la elección presidencial de 1946.

A la mitad de este primer mandato de Allende, en 1949, llegaron a la cámara alta, además de Raúl Rettig, su condiscípulo del li-

ceo de Valdivia, el viejo Carlos Ibáñez y el joven Eduardo Frei. A mitad del segundo desembarcó Jorge Alessandri, en breve escala hacia el palacio de La Moneda. Allende tuvo así la oportunidad de observar y medir muy de cerca a sus tres adversarios y predecesores en la carrera hacia la presidencia.

Queda para el final de este recuento la estampa todavía imponente del viejo león sentado en la testera. Arturo Alessandri, dos veces presidente de la República, cerraba su carrera política como presidente del Senado, no sin pasar por el mal trago de un sorteo, porque la votación preceptiva terminó en empate. Murió en el cargo en 1950, a los 82 años, de una muerte como de presidente de Francia, pues cayó fulminado en el ejercicio temerario de la única pasión que podía distraerlo de la erótica del poder y de la política.

Alessandri era el decano donde Allende era el benjamín, y no se privó de amargarle sus primeros pasos. Cuando Allende se envalentonaba en los debates, don Arturo, que lo tenía a sus pies en el primer escaño, lo provocaba en voz baja y mirando para otro lado:

—Cállate, Chicho, no digas huevadas.

Pero esto quedaba entre los dos. Cuando de verdad quería sacar de sus casillas al joven senador, que aunque novicio era muy poco partidario de “ser mirado en menos”, tenía un recurso infalible:

—Pero si yo al Chicho lo quiero mucho... ¡Cómo no voy a quererlo si lo tuve en mis rodillas!

Era cierto. Allende le guardaba afecto y callaba. Tampoco se cobró las bromas a costa de su hijo senador Fernando Alessandri, porque admiraba en él a un gran jurista. Pero en cuanto tuvo enfrente a otro hijo al que respetaba menos, a Jorge Alessandri, no perdonó. Fue con motivo de la aprobación del Estatuto del Médico Funcionario, pactado por el Senado y el gobierno y objetado por Jorge Alessandri en su calidad de ministro de Hacienda. Allende, coautor del proyecto, no necesitó simular indignación ante una actitud que calificó de “extraña, curiosa, paradójica, desconcertan-

te, peregrina, descortés, inaceptable e inadmisibles, insolente y contraria a la más elemental responsabilidad de un gobernante”. El escándalo fue enorme porque muchos entendieron que Allende no se limitaba a enrostrar una actitud, sino que la aprovechaba para retratar al personaje. Al día siguiente seguía sin lamentar una salida de tono sin duda muy calculada:

—No estoy arrepentido ni doy explicaciones. Mantengo lo que dije. Espero que la lección verbal que ayer recibió el ministro de Hacienda, de algo le sirva.

Por mucho menos se batieron en duelo Allende y Rettig algunos meses más tarde.

A finales de 1945, el segundo presidente radical, Juan Antonio Ríos, regresó enfermo de un viaje a los Estados Unidos, se metió en cama y ya no se levantó más. Un cáncer lo venció a mediados del año siguiente. Le quedaban dos años de mandato, los mismos que le habían faltado a Pedro Aguirre Cerda. Sin apenas tiempo para acomodarse en el escaño, Allende se encontró en un Senado agitado por una campaña electoral no prevista, en la que se aprestaban a medir fuerzas tres ilustres colegas, Gabriel González Videla, Fernando Alessandri y Eduardo Cruz Coke.

Ganó el radical González Videla, el que fuera gran articulador del Frente Popular dentro de su partido, pero su victoria acusó el desgaste de la fórmula: su 40% suponía una pérdida de más de 15 puntos respecto de la votación de cuatro años antes, y fue por tanto el único presidente de la era radical cuya elección tuvo que pasar por el filtro del Congreso Pleno, segunda vuelta electoral prevista por la Constitución de 1925 cuando ningún candidato superaba en votación directa el 50% de los sufragios. La participación registró además una de sus cotas más bajas: 75%, frente al 88% que había sancionado en 1938 la primera victoria de la coalición pro-

gresista, participación que ya no se superaría hasta las elecciones presidenciales de la democracia recobrada (1989, 1993 y 1999). El frente electoral progresista se movilizó menos, en parte porque la derecha se presentó dividida y por tanto sin opciones, y sobre todo porque el frente estaba trizado: los socialistas negaron el apoyo a González Videla, y al pobre candidato que presentaron no lo votaron ni los suyos.

Se llegó así a una especie de apoteosis del pactismo político chileno, ya que, en ausencia del PS, el presidente González Videla formó gobierno con su propio Partido Radical, con el Partido Liberal y con el Partido Comunista, al que entregó tres ministerios. Era una formación a la que solo se había atrevido algunos estadistas como el general De Gaulle, en la Francia de la inmediata posguerra.

Pero la guerra y las uniones nacionales antifascistas empezaban a estar muy lejos. Los Estados Unidos y Gran Bretaña, espantados por las ganancias territoriales de la URSS y por el prestigio obtenido por los comunistas en las resistencias europeas, se disponían a cambiar su política de alianzas por una política de contención y a erigir contra la influencia soviética una cortina de hierro. La euforia impedía a los partidos comunistas percibir lo que se les venía encima. Fallaron donde tantas veces fallan los partidos de izquierda cuando tocan poder: en el manejo del difícil equilibrio entre acción de gobierno y presión popular. En Chile entraron en una dinámica agresiva contra los socialistas, en los sindicatos y en las calles, con resultados tan odiosos como el asesinato de dos obreros afiliados al PS en la ciudad de Lota, donde los sindicatos mineros del PC disfrutaban de una hegemonía casi absoluta. Allende saltó como un resorte en el Senado para condenar esta cadena de agresiones y exigir responsabilidad al comité central del PC. Las divergencias estratégicas y la rivalidad política entre PC y PS rompieron, además del frente electoral, la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCH), que quedó escindida en dos bloques hostiles.

Las elecciones municipales, celebradas poco después de las presidenciales, asustaron. El PC duplicó la votación del PS y, con el 16,5% (un respaldo que no volvería a repetir hasta los años 70), y se puso por delante incluso del histórico Partido Liberal, erigiéndose en tercera fuerza política. Las alarmas saltaron en todo el sistema, y donde más se escucharon fue en Washington.

La respuesta fue doble. En primer lugar, se apeló sin perder un minuto a la inveterada costumbre de organizar grupos civiles armados contra cualquier amenaza que viniera de los de abajo. Esta vez, con variantes inéditas. La Alianza Chilena Anticomunista (ACHA) no fue creada por la derecha tradicional, sino por radicales y socialistas asociados a náufragos de los movimientos nacionalistas criollos, ante la mirada satisfecha de la primera CIA. Llegó a contar con seis "regimientos", exhibió armamento, asaltó sindicatos y sedes comunistas y solo se disolvió cuando, a poco andar, el anticomunismo pasó a ser política de gobierno y los comunistas se convirtieron en presa fácil para las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado.

A su vez, el gobierno se apresuró a expulsar a los ministros comunistas y a armar el dispositivo jurídico que ponía fuera de la ley a los 30.000 comunistas chilenos: legisladores, alcaldes, sindicalistas, militantes y simpatizantes. El presidente González Videla había dicho que no habría "fuerza humana ni divina" capaz de apartarlo de su alianza con los comunistas, por lo que nunca se supo en qué lugar del orden cósmico situaba la fuerza que desde la capital de los Estados Unidos lo obligó a romper sus juramentos.

Era un vuelco que no podía sorprender al senador Allende, porque antes de que terminara la guerra mundial ya había advertido el diseño angloamericano de una política de bloques y anticipado el papel subalterno que en el reparto se adjudicaba a América Latina. Las esperanzas que había puesto en la Política de Buena Vecindad de Roosevelt se habían esfumado hacía tiempo, eran solo canciones para tiempos de guerra. El cordón sanitario establecido

por el presidente Truman en torno a América Latina era mucho más riguroso que el impuesto a las democracias europeas, a las que no se exigió que proscribieran a los partidos comunistas y rompieran con la URSS, diferencia que Allende vio enseguida y denunció en el Senado. Los pactos de asistencia “mutua” que los Estados Unidos urdieron con los Estados latinoamericanos, bajo pena de sanciones económicas y peores, tuvieron un crudo contenido militar, sin la compensación de alguna variante del Plan Marshall como pudo soñar González Videla. Muy al contrario, porque los norteamericanos se disponían a cobrarse en América Latina lo que aportaban a Europa.

Allende tampoco compró el envoltorio democrático de unos pactos que amparaban y reforzaban a las peores dictaduras militares del continente. Lo que no pareció registrar fue el alcance de esta primera intervención abierta y brutal de los Estados Unidos en la política chilena. Es la primera manifestación notoria de un singular problema de Allende en su percepción de los Estados Unidos, como si en su visión hubiera para este país inevitable un ángulo muerto. De una visita que realizó como ministro de Salubridad en 1941 regresó con dos observaciones que comentaba con asombro: los políticos y sindicalistas que conoció no se interesaban por lo que ocurría en el extranjero, ni siquiera por la guerra en Europa; y los senadores con los que pudo conversar eran muy ignorantes. Nunca se ocupó de la política norteamericana, ni mostró interés por visitar y conocer el país, del que solo retenía su pernicioso dominio sobre las economías y los recursos de los países de América Latina. Ni siquiera emitió nunca grandes críticas, como si tampoco participara del sentimiento antiyanqui de la izquierda. Tampoco tuvo nunca quien le abriera los ojos (tal vez Orlando Letelier, ya en los años de gobierno), porque era un tipo de ceguera común a los socialistas. Uno tan culto como Eugenio González, rector de la Universidad de Chile, se permitió rechazar una invitación al “gran país del norte”

porque no se le ocurría nada que pudiera llamarle la atención, salvo quizás ver la tumba de Buffalo Bill.

Allende vivió y murió convencido de que Chile era una isla democrática capaz de sobrevivir a las presiones políticas externas, incluso norteamericanas. En este punto era al mismo tiempo más marxista y más moderno que sus contemporáneos. Donde los demás veían al departamento de Estado, al Pentágono y a la CIA, él veía más bien un entramado transnacional de corporaciones y monopolios, “expresión superior, concentrada, del régimen capitalista”, que coartaba las posibilidades de progreso de las economías de los países pequeños.

Por el momento, lo inmediato era tomar posición en el Senado ante el proyecto de Ley de Defensa Permanente de la Democracia presentado por el gobierno para dar cobertura jurídica a la persecución desatada contra los comunistas, borrando sus nombres de los registros electorales y privándolos de derechos civiles. Era una prueba delicada para él, porque debía contar con los sentimientos de los hostigados militantes socialistas, muy tentados por esta oportunidad de vengarse y quitarse de encima a un competidor en ascenso. Durante su mandato de secretario general del PS él mismo había rechazado la oferta de fusionarse en un partido obrero único, y en carta al secretario general del PC había marcado la línea divisoria entre las dos formaciones (“socialismo y libertad, para nosotros, son dos conceptos que marchan paralelos”). Ahora, con los socialistas divididos en el Senado, en la Cámara de Diputados y en la cúpula del partido, le tocaba a él defender la posición oficial, contraria al proyecto del gobierno.

Pero cuando sube a la tribuna, el 18 de junio de 1948, Allende no se limita a defender esa posición, sino que construye uno de sus grandes discursos autobiográficos, junto con el que pronuncia en 1970 antes sus hermanos masones y el de 1972 ante los estudiantes de la Universidad de Guadalajara, México. Superiores los

tres, por cierto, al diálogo que mantiene con Régis Debray siendo ya presidente, al que suelen darse honores de autobiografía canónica pero que presenta las limitaciones de un relato entrecortado y a la defensiva. Es revelador que en esta sesión que sabe histórica sienta la necesidad de evocar con insistencia y sin venir muy a cuento la figura de su abuelo Ramón Allende.

En un debate que disimulaba con disfraces ideológicos grandes dosis de oportunismo, Allende parte con una afirmación rotunda:

—Los socialistas somos marxistas sin atenuación. Nosotros creemos en el materialismo, que es una filosofía que, como fuerza moderna, da impulso a la humanidad y ha sido la fuerza generadora de los acontecimientos sociales, científicos y políticos en los últimos tiempos.

Para llegar a Marx, Allende se remonta a Demócrito y a Heráclito y emprende por la historia del pensamiento occidental un largo recorrido jalonado por una veintena de nombres ilustres: Bacon, Descartes, Locke, Diderot y D'Alembert, Feuerbach... Para estos menesteres contaba con la ayuda impagable de su amigo Miguel Labarca ("¡Dame ideas, Miguelito, dame ideas!"), que le escribía pautas y le conversaba los cien gramos de filosofía que le bastaban para cocinar discursos con envidia doctrinal. Pero había pensamiento propio. Con mayor o menor hondura doctrinal o fortuna crítica, lo que hace Allende es añadir e incorporar el marxismo a una tradición milenaria que un médico y un masón podían asumir con naturalidad, sin las rupturas que la conversión al marxismo suponía para aquellos que venían de la opresión pura y simple o de la cultura conservadora y del mundo católico. En la tradición que Allende encarna, el marxismo aparece como una evolución que deja atrás a otras versiones más toscas del viejo materialismo: "El materialismo dialéctico, dice, llega en su momento oportuno a colocar el aspecto humano y flexible frente a un materialismo dogmático y anticientífico". Es fácil encontrar planteamientos más sofisticados

en la profusa literatura marxista, pero pocos tan claros y contundentes como el siguiente, con el que Allende fija en 1948, a los 40 años redondos, su identidad ideológica:

—La doctrina socialista no es un conjunto de dogmas estáticos, sino una doctrina viva, esencialmente dinámica. El socialismo no formula principios absolutos, de absoluta validez universal, ni se afirma tampoco en un concepto metafísico, y por lo mismo intemporal, de la naturaleza humana; parte de una consideración realista del hombre concreto, sujeto a necesidades siempre cambiantes y portador de valores siempre relativos, del hombre histórico y social que crea las condiciones de su propia vida, y va siendo, a la vez, condicionado por ellas en el proceso de la existencia. No hay instituciones definitivas ni valores eternos.

Allende era menos inocente en el plano doctrinal de lo que él mismo simulaba. Tenía una buena biblioteca, y 25 años de Senado dan para muchas lecturas. Esquivaba los debates de fondo con los intelectuales porque no se atrevía a medirse con ellos en un terreno que les cedía como propio, pero poseía un conocimiento real de sus clásicos, y cuando tenía que definir posiciones lo hacía con seguridad, y hasta con elocuencia si la ocasión lo merecía. Aquí deslindaba terreno con la derecha y con los comunistas, a los que dejaba clara la diferencia entre su marxismo de evolución y el marxismo de ruptura.

No está en la tribuna para hacer la defensa del PC, que no le incumbe. Pero presente el peligro de callar ante este tipo de persecuciones, porque sabe muy bien que las próximas víctimas pueden estar en las filas de los que más aplauden ahora ("bien pudiera mañana esta ley, no solo englobar al Partido Comunista, sino también a otras fuerzas, entre las que estamos nosotros"). Como es su costumbre en coyunturas que considera críticas, pide atención para la dimensión histórica del debate, y para ello se remonta a un episodio similar de la historia republicana, 1868, cuando un Partido Liberal

dominador estuvo a punto de poner fuera de la ley al naciente Partido Conservador por intransigente, intolerante, sectario y sumiso al Papa de Roma, acusaciones simétricas a las que ahora servían a derecha e izquierda para condenar a los comunistas. La ley, dice, “barrena las bases fundamentales” de la democracia nacional, es “una bomba atómica caída en medio de nuestra convivencia social, asentada en largos años de una efectiva tradición democrática”. Allende ha girado el foco 180 grados, ya no está posado sobre la abrumada bancada comunista, sino abierto sobre el conjunto de una cámara a la que exige respeto a los principios y tradiciones de la República.

Sabe que los partidos se han dividido, que los senadores están incómodos y que son pocos los dispuestos a votar la ley por anti-comunismo de fondo o porque confíen en su eficacia como instrumento de pacificación social. Se dirige una a una a las bancadas del Senado y designa con nombre y apellido a los senadores de cada partido que resisten las consignas del gobierno y se disponen a votar en conciencia. Convierte el proceso a los comunistas en un juicio a todo el cuerpo político y al ánimo claudicante de la mayoría. La ley no va a frenar al Partido Comunista, que sabe desenvolverse en la clandestinidad, y en cambio envilece a las instituciones:

—El proceso político evidencia atonía de los partidos, falta de responsabilidad y de decisión para asumir el papel que les corresponde en una democracia. Tengo miedo por el destino de Chile, porque hay apatía, indiferencia, cobardía moral, falta de inquietud y de fortaleza espiritual, y esta ley, a mi juicio, culmina con este proceso de desintegración. Ella es una lápida que se colocará sobre nuestra conciencia democrática. ¡Hay que terminar con esta etapa gris que estamos viviendo!

La ley fue aprobada según los dictados del gobierno, pero fueron los comunistas los que le pusieron el título con el que ha pasado a la Historia: la Ley Maldita. Era un engendro legislativo que se ridiculizaba desde la primera frase de su artículo primero: “Se prohí-

be la existencia del Partido Comunista”. A esta entrada en materia tan metafísica seguían notables aberraciones jurídicas. Ser comunista era circunstancia agravante de la comisión de delitos comunes. Prueba de la pertenencia al Partido Comunista podía ser, por ejemplo, haber sido ministro comunista del mismo gobierno que patrocinaba la ley. El respaldo político de la ley era tan indiferente que parece redactada a desgana y sin que nadie se hubiera preocupado de taparle las vergüenzas.

A los comunistas les añadió mística, literatura, audiencia. La estampa del senador Pablo Neruda huyendo a caballo a través de los Andes, después de escribir y publicar en la clandestinidad su Canto General, acabó de convertir al PC en el partido de los poetas, en un país que parece tener en la poesía uno de sus grandes recursos naturales. Muchos comunistas acabaron en campos de concentración que convirtieron en escuelas de cuadros, o relegados a las islas, pero gozaron de complicidades que les permitieron seguir presentes en la legalidad política bajo apariencias apenas disimuladas. En la fuga de Neruda, por ejemplo, cooperaron el presidente del Senado y un ministro del gobierno.

La etapa gris iba a durar mucho más de lo que Allende imaginaba. Para ser exactos, duró 16 años, dos presidencias y media, el tiempo que hizo falta para recomponer el sistema de partidos y volver a generar escenarios políticos viables.

Fue el final inmerecido de un Frente Popular cuyo éxito en las políticas públicas terminó malogrado a causa de la implosión de los dos partidos fundamentales, el radical y el socialista, y de la exclusión del tercer socio fundador, el Partido Comunista. Los dos partidos de derecha hacía tiempo que tenían poco que ofrecer a sus electorados tradicionales, cansinos y declinantes (“no hay tampoco en sus filas ni un motivo grande, ni una idea clara”). Solo en el más

reaccionario, el Partido Conservador, advertía Allende, no sin envidia, nuevos signos de vida gracias a la polémica aparición de una corriente socialcristiana (“esta lucha de posiciones diferentes revela que en el seno del conservantismo hay inquietud espiritual e intelectual. Esto, lógicamente, nos interesa a todos porque va a trascender a la vida política chilena”).

El diagnóstico político de Allende era idéntico al que inspiraría en adelante el comportamiento errático de los electores: “partidos sin vida, grises, opacos, sin luchas internas, cuyo gran anhelo es el presupuesto nacional”. Cuando se leen las tablas de resultados electorales, en los años 50 se observa la misma tendencia que en los peores momentos de la crisis de los años 30. En un país muy politizado, y con un sistema de partidos estable en ciclo largo, el más votado será el partido “otros”, es decir, la suma de agrupaciones de fortuna, personalistas, con resultados que en algún momento, como en las elecciones parlamentarias de 1953, llegaron a superar el 40%.

El color ratonero que sumía a Allende en este estado de melancolía no teñía solo la política, era el de toda la ciudad oficial, evocada por Alfredo Jocelyn-Holt en una página inolvidable: “ocho manzanas grises, oficinescas, con escupideras y ceniceros llenos de aserrín y puchos, estufas a parafina, notarías y más notarías, ajeteo a eso de las 12, señores de abrigo y sombrero en las esquinas debajo de algún farol, hileras enteras de archivos ‘Torre’, papel secante...”. Allende se aburría.

Además del poco caso que se le hacía en el partido, sufría el inconveniente de representar a una circunscripción remota en la que era imposible asegurar una presencia ordinaria y establecer complicidades políticas y personales. Su práctica masónica era rutinaria e incómoda, porque las logias tenían una vida tan plana como los partidos. Carmen Paz, su hija mayor, arrastraba desde el nacimiento problemas de salud que exigían una atención constante, y

doña Tencha padecía una tuberculosis que la mantenía largos períodos en cama y que obligó a la familia a cambiar el festivo e insalubre domicilio del centro por una vivienda unifamiliar en el barrio alto, adquirida gracias a las facilidades que tanto favorecieron a la clase media profesional de la época: con un crédito concedido a doña Tencha por la caja de funcionarios del Estado. Pero la tuberculosis era todavía una enfermedad de difícil tratamiento y muy invalidante en el plano social y familiar, pues obligaba a aislar a los enfermos para proteger del contagio a los más próximos.

Doña Tencha tenía sus libros. Allende ensayó un capítulo de existencia burguesa. Fue en esta época cuando compró la casa de la playa de Algarrobo y el automóvil con que viajar a la costa los fines de semana. Por ahí empezaron algunos problemas.

El primero fue el yate. De la casa y el auto había poco que decir, de modo que, en el primer episodio de una obra de demolición de imagen que con el tiempo sería sistemática en la prensa de derecha, le inventaron un yate. Allende respondió con teatralidad característica: remolcó su bote de remos hasta Santiago y lo varó frente al palacio de La Moneda para quien quisiera verlo. De momento los ataques eran inocentes en comparación con lo que vendría. El rumor de que tenía mil bares tenía poca tracción. Era verdad que, con varios socios, había importado de Estados Unidos la idea de los milk bars para ganar algún dinero y de paso combatir el alcoholismo.

Su empecinamiento en meterse en empresas, pensando siempre en futuras campañas presidenciales, fue tan tenaz como estéril casi siempre, a pesar de la paciencia con que lo secundaron, o lo asociaron, empresarios a los que estaba unido por lazos familiares, como su cuñado Gastón Pascal, o por vínculos de amistad. Cristián Casanova, a quien veremos en alguna página más adelante, tuvo el dudoso honor de dirigir una de estas empresas allendistas, una fábrica de harina de pescado levantada en Iquique, en pleno boom

de esta industria en la costa del Pacífico. Ocurrió que tras una brillante inauguración a la que no faltaron el obispo, el intendente y las autoridades militares, y durante la cual causó admiración la llegada del pescado desde dos barcos a través de una cinta transportadora subterránea, el Niño ahuyentó la materia prima y obligó a cerrar la fábrica. Las únicas aventuras empresariales viables fueron las que gestionó Osvaldo Puccio en los años 60. La principal, Comercial Arauco, tuvo existencia pública y pacífica.

Por eso es tan ridículo que, a medida que se acercaba el centenario de su nacimiento, reapareciera con escándalo fingido la figura del Allende empresario. El primero en agitarla fue un viejo conocido, Víctor Farías. Más adelante se sumó *El Mercurio*, periódico al que el fantasma de Allende no dejará dormir en paz hasta el fin de los días del papel impreso, y que en vano persiste en querer ahuyentarlo con exorcismos cada vez más inanes. En abril de 2008, dos periodistas de la casa “descubrieron” en el Archivo Nacional la “cara empresarial” del “ex mandatario”, faceta que, según ellas, “no se condice con su discurso crítico contra los empresarios acumuladores de capital”. A las periodistas, intoxicadas por medio siglo de falsificaciones, se les puede perdonar el arrebató, pero el diario sabe que ni han hecho ningún descubrimiento, ni encontrarán en los archivos la menor declaración de Allende contra los empresarios.

Eran, de todos modos, ocupaciones anecdóticas. Allende canalizó su energía hacia los espacios que mejor dominaba, la salud pública y la profesión médica, y cuando en este terreno logró lo que quería dio un giro brusco, peleó y ganó la vicepresidencia del Senado y anunció que quería ser presidente de la República. Lo que podía quedar de aburrimiento lo resolvió batiéndose en un duelo que fue la comidilla de Santiago y que añadió desconcierto a su notoriedad.

Durante dos años, de 1950 a 1952, el antiguo ministro del Salubridad fue sin disputa el personaje más influyente de su gremio.

A su cargo de presidente de la Comisión de Salud, Higiene y Seguridad Social del Senado sumó durante esos dos años la presidencia del Colegio Médico, creado con su impulso un año antes. Dentro del propio Colegio presidió también el departamento de salud pública. En el Senado presentó un proyecto de ley que daba al Estado el monopolio de la importación de antibióticos, pues en Chile, como en muchos otros países, estos medicamentos milagrosos estaban siendo objeto de contrabando y acaparamiento. En este punto, su interés por el desarrollo de la industria farmacéutica nacional tenía la vertiente íntima de la enfermedad de su esposa. Pero sus dos proyectos estelares, que volvían a poner sobre la mesa antiguas iniciativas suyas, fueron el Estatuto del Médico Funcionario, y el Servicio Nacional de Salud (SNS).

Para lograr la aprobación de estas leyes podía contar, en la derecha, con el apoyo de conservadores con sensibilidad social como el doctor Cruz Coke, y en el centro y la izquierda con los últimos rescoldos de la herencia modernizadora del Frente Popular. Faltaba convencer a una clase médica aferrada a la práctica privada y a la salud de pago, y de ahí su asalto a la presidencia de la orden. Apenas elegido convocó una convención extraordinaria en la que obtuvo el respaldo a sus proyectos, y con él un poderoso instrumento de presión sobre la clase política.

El Estatuto del Médico Funcionario fue aprobado en diciembre de 1951, y el Servicio Nacional de Salud fue creado por ley un año más tarde. Llegado a sus fines, renunció a la presidencia del Colegio, aunque siguió vigilando de cerca a sus criaturas: retuvo la presidencia del departamento de salud pública y se procuró un asiento en el directorio del SNS, desde donde protegió la autonomía y los presupuestos de la institución. Para no dejar ningún cabo suelto ocupó además un puesto de representación del Estado en el directorio del Laboratorio Chile. Con sus colegas de profesión mantendría en adelante relaciones tan estrechas como encontradas, porque entre los

médicos dominaban las posiciones o muy progresistas o muy conservadoras. En 1970, cuando fue elegido presidente de la República, el primero que lo conseguía donde tantos otros médicos habían fracasado, un reflejo de autocomplacencia gremial le valió la primera "Condecoración de la Orden Médica de Chile". Pero en agosto de 1973, el mismo Colegio Médico que él había gestado durante más de una década y llevado a las aguas bautismales se dejó instrumentalizar y le exigió que renunciara a la presidencia en aras del patriotismo y la paz. Fue un gravísimo error de pronóstico. Los resultados del patriotismo y de la paz auspiciados por los golpistas inspiradores de aquella declaración son, por desgracia, de universal conocimiento.

El duelo se celebró al amanecer del 6 de agosto de 1952 en una parcela precordillerana de Macul Alto, después de una noche en vela en la que los contendientes, sus padrinos, sus testigos y tres periodistas burlaran el cerco de la policía, que tenía órdenes de impedir a toda costa un acto ilegal y peligroso que podía ridiculizar a toda la clase política. La mancha de honor era nimia: en una sesión del Senado, Allende llamó a Raúl Rettig "gestor" (era abogado) y Rettig le llamó "matasanos". En las memorias que escribió con Margarita Serrano, Rettig alardea de un motivo más romántico, los favores de una bella dama. Pero Carlos Jorquera, el único reportero que acompañó de principio a fin el episodio sin despegarse un palmo de sus protagonistas, lo niega. Jorquera presenció cómo los amigos se fueron contagiando con los duelistas ("les dio un ataque de caballerosidad repentina") y desataron una dinámica que nadie pudo parar, ni siquiera el presidente del Senado.

Nunca se sabrá cuál fue el impacto de este episodio en la construcción de la imagen pública de Allende, si quedó impreso como una prueba de hombría o como un ramalazo de frivolidad. Es seguro que no ayudó a disipar la desconfianza que provocaba en buena

parte de la izquierda y también que, a fuerza de mirarse en la historia, él mismo parecía vivir a ratos en el siglo XIX. Como en política no se le escapaba nada, sabía que ni a Arturo Alessandri ni a Juan Antonio Ríos, únicos duelistas de los que había memoria, les había impedido este desatino alcanzar más tarde la presidencia de la República. Limitados así los daños, y con Rettig en figura de perfecto compinche por su sentido del humor y por la amistad que los unía, Allende pudo dar rienda suelta en este montaje teatral a su temperamento exhibicionista y a su talento para la puesta en escena, un talento que alcanzó la genialidad en la obra maestra que escenificó en el palacio presidencial el 11 de septiembre de 1973.

La bala de Allende, buen tirador, se perdió en el aire. La de Rettig, menos experto, pasó más cerca del blanco. Salvados así el honor y la vida, no tardaron en reanudar complicidades, y a poco andar Rettig le ayudó a acarrear los votos radicales que dieron a Allende la vicepresidencia del Senado. En 1970 el presidente lo nombró embajador en Brasil. En 1990, a la caída de la dictadura, Rettig presidió la Comisión Nacional Verdad y Reconciliación, que serviría de modelo a otras en lugares tan distantes como Sudáfrica o Corea del Sur. Falleció en el año 2000, nonagenario, reclamando en vano a alguien que no le fallara como Allende y lo matara de un tiro.

Lo que dejó de bueno el lance fue periodismo. La revista *The Clinic* rescató en 2006 la doble página que entonces publicó el semanario *Vea* para burlarse de la falta de colorido de los políticos de ahora. Pero el mejor reportaje es el que incluye Jorquera en veinte largas páginas de su libro de recuerdos *El Chicho Allende*, retrato en movimiento de una época, una ciudad y unos personajes de otro siglo.

Carlos Jorquera, el Negro Jorquera, es otra figura imprescindible del entorno de Allende. Durante la etapa presidencial se resignó a secundarlo en La Moneda como jefe de prensa, pero nunca fue un operador político, valoraba por encima de todo su independen-

cia asilvestrada de periodista de calle. Pertenece a la segunda ola de amigos, más jóvenes que los de la calle Victoria Subercaseaux, junto con otro periodista, este de escritorio y más reposado, Augusto Olivares, el Perro Olivares. Eran de los pocos que lo trataban de tú y le llamaban Chicho. Allende formó con ellos un trío muchas veces disparatado porque rivalizaban en ingenio, y fueron los que más cerca estuvieron de su intimidad en los momentos buenos y en los malos.

El 11 de septiembre, en La Moneda, el Perro Olivares no soportó el fracaso y se pegó un tiro. Jorquera, incapaz de perdonar una broma o un chiste, los multiplicó durante toda la mañana ("sería el colmo que hicieran blanco en un negro"). No lo fusilaron porque lo apartó de un grupo de desdichados un espía con escrúpulos. El dibujante y escritor Guillermo Tejeda le dedica una viñeta melancólica en *Allende, la señora Lucía y yo* (2002): "Cualquiera que paseara, como yo, por la plaza Ñuñoa al caer la tarde, podía divisarlo sentado ante aquella mesa de café, inmóvil, con aspecto de gran visir abriendo las páginas de *La Segunda*. Pese a su expresión distante al pasar las páginas, le palpitaban involuntariamente las aletas de la nariz ante la proximidad de la noticia vespertina, porque el Negro, jubilado y todo, escéptico ante la historia, muerto ya para los acontecimientos de cada día, seguiría siendo siempre un sabueso de pura raza, un periodista nato, un viejo tercio de las noches santiaguinas de los años cincuenta, olorosas a bar y a linotipia".

Muerto y todo, al tiempo de escribir estas líneas, el Negro Jorquera todavía se levanta de su mesa de café, como un resorte, cuando se le pregunta por Allende. Y se ríe cuando recuerda que en la madrugada del duelo, fue el encargado de anunciar a los comunistas que estaban a punto de quedarse sin candidato para la elección presidencial de 1952.

Capítulo 8

Los métodos de Allende

A la pregunta "desde cuándo Allende se vio presidente", la respuesta es "desde siempre". Lo hemos conocido con la banda presidencial terciada sobre el pecho en las sátiras universitarias. Después, el espejo tiene que haberle devuelto una imagen mucho más confusa. La retirada forzosa a Valparaíso, los tropiezos en el inicio de su carrera de médico, la desconfianza de sus compañeros socialistas, la soledad política, la pobreza de medios económicos, ensombrecían el reflejo. Lo iluminaban, en cambio, las elecciones ganadas con solvencia en el Puerto y en Magallanes, la notoriedad obtenida como ministro más joven de un gobierno bien valorado, sus buenas notas como parlamentario, la facilidad y la soltura con que podía moverse por todo el espacio político, las lealtades personales que suscitaba.

A principios de la década de los 50 y bien instalado él en la cuarentena, Allende poseía los resortes personales que hacían viable una carrera presidencial: experiencia de gobierno, posiciones propias, ideas contrastadas, fortaleza física, capacidad de trabajo, ambición, tesón. Reunía además dos características que no suelen darse juntas, el orgullo y la vanidad, muy útiles para quien se expone a este permanente y microscópico escrutinio público: el orgullo para

menospreciar los ataques, la vanidad para disfrutar de los halagos. Su lado más liviano, esa capacidad que tenía de reírse de sí mismo en compañía de los íntimos y a veces incluso en público, era una buena protección ante los fracasos, que iban a ser muchos y algunos muy duros.

En 1952 alzó por primera vez la mano. Podía parecer una excentricidad porque nunca había estado tan solo, pero no lo era. Fue el primer socialista de su generación que proclamó sus ambiciones, y ninguno pudo recuperarle la distancia que les ganó a todos en la salida.

A decir verdad, en 1952 el Partido Socialista estaba tan maltrecho que ni siquiera fue capaz de avanzar un precandidato. Enemistado con los radicales y con los comunistas, su política de alianzas se reducía a un acuerdo precario con pequeños partidos de centroizquierda, cuyo éxito más trascendente fue la elección del "falangista" Eduardo Frei por la agrupación senatorial de Atacama y Coquimbo gracias a los 1.786 votos que el candidato socialista le añadió a los 2.222 votos propios. En el plano interno, el debate de la Ley Maldita había roto el partido: la fracción anticomunista se retiró en bloque y se llevó la marca, de forma que el grupo mayoritario, con Raúl Ampuero en la secretaría general y Allende en el comité central, perdió el nombre y tuvo que registrarse y operar durante una década como Partido Socialista Popular (PSP). Mientras tanto, el anciano Marmaduke Grove seguía a la cabeza del Partido Socialista Auténtico y creaba el Frente Nacional Democrático, que a partir de la promulgación de la Ley Maldita (3 de septiembre de 1948) dio cobertura legal a las actividades clandestinas del Partido Comunista.

Llegado el momento de definir candidaturas para la elección presidencial de 1952, el PSP tomó la decisión disparatada de apoyar la candidatura del ex general y ex presidente Carlos Ibáñez del Campo. En el debate interno, Allende chocó con Ampuero y acabó

de certificar así un distanciamiento político agravado por una fuerte animosidad personal. Chocó asimismo con Clodomiro Almeyda, uno de los socialistas más respetados, con el que nunca tuvo una relación personal pero que acabaría siendo puntal de su gobierno. Chocó, por último, con Carlos Altamirano, del que fue muy amigo a falta de verdadera sintonía política, y que terminó por amargarle la presidencia. Si en algún momento pensó en ofrecerse como alternativa, algo más que probable a la vista de su comportamiento inmediato, debió darse cuenta de que sus compañeros no estaban dispuestos a darle la menor oportunidad. Así que se limitó a dejar constancia de su protesta y puso fin a su participación en el debate con un portazo. El coste era asumible porque en aquellas circunstancias salir del PSP no suponía abandonar la familia socialista.

Su resistencia a Ibáñez tenía motivaciones personales, además de las políticas. Es muy posible que, como Arturo Alessandri, también Ibáñez lo hubiera tenido en sus rodillas en la época de Tacna, pero Allende se había estrenado en política como dirigente del movimiento estudiantil que acabó con su presidencia en 1931 y recordaba muy bien sus modos autoritarios y violentos. Su comportamiento en las dos décadas que siguieron no se lo hicieron más simpático. En 1943 lo llamó "ex presidente de netas aristas fascistas" y "recadero de la ambición de la derecha".

Las aristas eran agudas y cortantes. Entre otras fechorías, se atribuye a Ibáñez el origen del abominable castigo del fondeo de opositores en el mar, que con tanta saña multiplicó la atroz dictadura de los años 70. En sus mejores tiempos fue otro candidato al título de Mussolini chileno, pero carecía de algunas dotes indispensables para encarnar esa figura, las mismas que le sobraban a su gran rival Arturo Alessandri. "Nunca la elocuencia o la locuacidad fueron sus peores defectos", escribió Volodia Teitelboim (*Un muchacho del siglo xx*, 2006). Más tarde, al calor de sus repetidos exilios en Buenos Aires, amenazó con convertirse en el Perón chileno, lo que

no arreglaba las cosas para Allende, que tenía una opinión muy negativa del militar argentino.

En suma, era otro militar que le había tomado el gusto a la política, que estaba decidido a volver a la presidencia como había vuelto Alessandri y que combinaba para lograrlo, por emplear el lenguaje de los años 70, la vía armada y la vía pacífica. Ningún presidente se libró de una asonada militar organizada por él o improvisada en su nombre. En las elecciones de 1938 se presentó con el apoyo del partido nazi y tuvo que retirar su candidatura tras el fracaso de la insurrección protagonizada por estos aliados y ahogada en sangre en el edificio del Seguro Obrero. En las de 1942 perdió de nuevo, pero esta vez en representación de los partidos de la derecha tradicional. En 1946 no se presentó. Para entonces ya se había plegado al sistema político que denostaba: dejó crecer a su alrededor un conglomerado heterogéneo, el Partido Agrario Laborista, y en 1949 accedió al Senado y se dispuso a rehacerse una virginidad democrática y preparar desde allí el siguiente asalto a La Moneda.

Como no hablaba, operaba en el imaginario colectivo a la manera de una pantalla sobre la que cada cual podía proyectar sus aspiraciones o sus desconciertos. Las explicaciones que más tarde han dado los dirigentes socialistas que lo apoyaron no ayudan a visualizar del todo lo que ellos proyectaron, y sus justificaciones a posteriori suenan tan huecas como esta de Oscar Waiss: "El Partido Socialista Popular chileno le ha enseñado a los partidos revolucionarios del continente que se puede marchar junto a las fuerzas heterogéneas del nacionalismo informe sin confundirse con ellas y que este camino es más fecundo y promisor que la pedante repetición de principios fríos".

Era, es cierto, una época en que países como Argentina y Brasil, que hasta el final de la segunda guerra mundial formaban parte del elitista club de las naciones prósperas y se postulaban como los "países del futuro", estaban sumidos sin saberlo en la espiral del

subdesarrollo al que los condenaba el nuevo orden. El desencanto generó grandes movimientos de "nacionalismo informe" y facilitó la emergencia de caudillos sin ideología como Perón y Getúlio Vargas, que durante algún tiempo cabalgaron la frustración de las masas. En Chile el sistema político era más sofisticado, pero la atonía de los partidos, como había advertido Allende, ofrecía pocas alternativas. Aún así, es un enigma cómo un partido socialista con grandes ambiciones pudo fiar su destino a un candidato que se dejaba llamar "el general de la esperanza" y cuyo programa electoral cabía en un emblema de campaña tan rústico y tan poco original como una escoba ("¡Ibáñez al poder, la escoba a barrer"!).

Extraviado el PS en una aventura electoral que a él le repugnaba, Allende salió a la intemperie con muy poco tiempo para tomar las decisiones que sellaron su destino. Aislado, sin partido, la única manera de hacerse presente y pesar en el escenario político era investirse del manto de candidato a la presidencia de la República, y eso fue lo que hizo.

Su primer movimiento fue a la vez un desafío al PSP y una reafirmación de su anclaje socialista. Utilizó un vehículo averiado, el grupo anticomunista que había roto el PS con motivo de la votación de la Ley Maldita llevándose consigo, con la complicidad del gobierno, la marca "Partido Socialista de Chile". Tres años después de la ruptura, su vida era tan lánguida que la llegada de Allende equivalía a una refundación. Además de la marca, Allende recuperaba amigos como Manuel Mandujano y Carmen Lazo e incorporaba a uno nuevo, José Tohá, presidente de la Federación de Estudiantes de Chile, al que perseguiría en vano para yerno antes de convertirlo en el más querido de sus ministros.

El segundo movimiento fue mucho más arriesgado: unió a su nuevo y escuálido partido con el Partido Comunista en un pacto

presidencial, el Frente del Pueblo. Y de esta forma empezó a reconstruir desde abajo la coalición que había llevado al gobierno al Frente Popular en 1938 y que lo llevaría a él a La Moneda en 1970.

En 1952 era un pacto tan asimétrico como mutuamente necesario, entre un partido ilegal sin candidato y un candidato huérfano. Por el lado de Allende, el cálculo era transparente: incluso clandestino, el PC tenía implantación nacional y capacidad para sustentar una campaña electoral en todo el territorio. Para los comunistas era una apuesta incierta y a la baja. Partidarios de grandes alianzas populares y nacionales, se ponían en manos de un político sin aparato.

A las diferencias doctrinales de fondo, que Allende había fundamentado en sus discursos de senador a lo largo de toda la década anterior, había que sumar otras incompatibilidades. El origen y los modales burgueses de Allende no eran obstáculo para un partido obrero en militantes y en cuadros, pero con audiencia y simpatías en las clases altas ilustradas. Más difícil de asumir era la ligereza con que era capaz de arriesgar la reputación y la vida en un duelo, en plena campaña electoral, o su irrefrenable tendencia a tontear con las militantes más atractivas de un partido todavía famoso por su puritanismo.

Había, con todo, una corriente de confianza más profunda. Allende, muy crítico con el comunismo soviético, nunca tuvo dudas de la sinceridad democrática de los comunistas chilenos y fue desde los años 30 partidario de la unidad de acción de comunistas y socialistas. El PC, partido de memoria larga, nunca olvidó la posición de Allende en el debate de la Ley Maldita, su visita a los presos del campo de concentración de Pisagua, el que diera la cara por el PC cuando este más lo necesitaba, y, sobre todo, valoró su trayectoria política rectilínea. De hecho, desde la fundación del Frente Popular hasta el golpe civil y militar de 1973, Allende y los comunistas compartieron una misma estrategia y una misma política de alianzas.

Cuando chocaron, como ocurrió al principio del mandato de González Videla, fue por errores y agresiones de los comunistas. Tan graves, por cierto, que durante algún tiempo Allende pensó que el futuro pasaba por una alianza entre los socialistas y el catolicismo social que más tarde iba a fraguar en la Democracia Cristiana.

Pero Allende y los comunistas unieron sus destinos en 1952 y fue para siempre. Los comunistas tuvieron con él una paciencia a veces inexplicable, a no ser que se acepte que el PC chileno era más autónomo y menos dogmático de lo que se creía, pues le perdonaron posiciones y gestos que no se perdonaban en esta estricta y celosa familia. En 1948, Allende se había solidarizado con Tito contra Stalin. En 1956 protestó contra el aplastamiento de la insurrección popular en Hungría por el ejército soviético. En 1968 condenó desde la tribuna del Senado, con la solemnidad añadida de su cargo de presidente, la represión de la primavera de Praga (“cada pueblo, sea socialista o no lo sea, debe resolver sus propios problemas”). En los años 60 multiplicó las expresiones de solidaridad con la revolución cubana, mientras el PC chileno desconfiaba del PC cubano y menospreciaba las últimas aventuras continentales del Che Guevara. Ya en la presidencia, Allende resistió fuerte presiones internas y externas y dejó que se exhibiera la película *La confesión*, de Costa Gavras, y, mucho más grave, que Quimantú, editorial de titularidad estatal, publicara la Historia de la revolución rusa del heresiarca Leon Trotsky. El autor de esta biografía, presente en ambas decisiones, vio llorar al representante comunista al término de la reunión en la que el comité ideológico de la editorial aprobó la publicación de este grandioso fresco histórico, herético para los comunistas de obediencia moscovita.

Allende, por su parte, prescindió de la dimensión internacional de su pacto con los comunistas, en una nueva demostración de la particular mancha ciega que le impedía ver las muecas de desaprobación en Washington y en otras capitales occidentales. Chile y su

política interior se bastaban a sí mismos, y aquí, aunque clandestinos, nadie dudaba de que los comunistas eran parte del *establishment* político. De hecho, hasta el rapto de la democracia en 1973, en Chile no hubo partido político importante, de izquierda o de derecha, que no pactara alguna vez, en elecciones y en el Parlamento, con el Partido Comunista. Tanto es así que la brutal campaña contra Allende y su gobierno que sirvió de preparación al golpe de Estado tuvo que improvisar otro chivo expiatorio, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR).

Llama la atención, sin embargo, que esta relación de lealtad mutua total, tan estrecha y prolongada, entre Allende y el PC transcurriera sin derivaciones afectivas, sobre todo del lado de Allende, seductor compulsivo que hizo amigos en todo el arco político. No tuvo amigos comunistas. Jaime Gazmuri, que en el comité político de la Unidad Popular era de lejos el más joven, pudo observar durante tres años a los dirigentes de los otros partidos, que eran ya actores históricos de la escena nacional. Cuando se le pregunta por las relaciones de Allende con los comunistas (*El sol y la bruma*, 2000), responde sin dudarle y con la precisión que acostumbra:

—Les tenía distancia.

Era poco típico de Allende. Si se le pregunta a Gazmuri por Allende, la respuesta es mucho más representativa del sentimiento que llegaba a suscitar entre sus aliados políticos: “Yo lo quería mucho”.

En las elecciones presidenciales de 1952 Allende obtuvo 52.000 votos, algo más del 5% de los sufragios emitidos y ocho veces menos que el general Ibáñez. A lo largo de casi un año, recorrió el país de norte a sur, muchas veces al volante de su automóvil, incansable, acompañado y recibido las más de las veces solo por dirigentes y militantes comunistas, cuyo fervor ahuyentaba a no pocos electores que los sabían ilegales y perseguidos. Viajes extenuantes, auditorios escasos, penuria de medios: fue la gira de un circo pobre. A Carmen Lazo, que en sus memorias evoca esta campaña entre ínti-

mos con una nostalgia poco disimulada, le regaló los *Versos del capitán de Neruda* para que los fuera leyendo en voz alta en los trayectos.

Años más tarde, Allende describía así el significado político de su primera campaña presidencial:

—La alianza con los comunistas no perseguía la victoria electoral por cuanto el Partido Comunista se hallaba entonces en la clandestinidad. Pero yo perseguía un objetivo más importante: la creación de un verdadero instrumento de liberación de la clase obrera y de Chile.

En condiciones nada propicias, había ganado una primera manga. Acababa de granjearse para siempre la lealtad y el respaldo del Partido Comunista. Ahora solo le quedaba reconquistar para el proyecto a sus compañeros socialistas.

La tarea resultó más fácil de lo previsto porque la escoba del general Ibáñez era demasiado tosca y endeble como herramienta de gobierno. Los socialistas del PSP no tardaron en salir huyendo del aviso pero en que se habían metido.

Apenas terminada la campaña presidencial, Allende resolvió por la vía rápida su compromiso más inmediato. Habían pasado ocho años que se le debieron hacer interminables, y en 1953 concluía su primer mandato senatorial. Actuó sobre seguro, presentándose por las provincias de Tarapacá y Antofagasta, donde la reciente campaña presidencial y el arraigo del PC le daban ventaja. Después de caminar con los socialistas desde el extremo sur helado, emprendía con los comunistas una caminata desde el extremo norte desértico. Este, al menos, le era familiar desde niño. Por el PSP competía en la misma circunscripción su enemigo íntimo Raúl Ampuero, quien en vano intentó hundirlo con una descarada campaña anticomunista. Ambos ganaron sus escaños. Allende mantenía la

tribuna nacional que necesitaba. Su primer triunfo iba a ser muy rápido, aprovechando la primera gran derrota de Ibáñez.

Fue una derrota con nombre propio: María de la Cruz. Se había distinguido en la pelea por los derechos civiles y políticos de las mujeres, iniciada a principios de siglo por un puñado de sufragistas y que culminó en 1949 con la aprobación de la ley que les reconoció el derecho a participar en las elecciones generales. Se había preparado para ese momento fundando, en 1946, el Partido Femenino de Chile. Era una periodista que había intuido antes que nadie que la radio era el más caliente de los medios de masas y lo utilizaba con una oratoria vehemente y agresiva.

En la campaña electoral de Ibáñez, María de la Cruz suplió la estolidez del candidato con sus arengas desbordadas y por un momento pareció que podía aspirar al balcón de una Evita chilena. Elegido el general y vacante su senaduría por Santiago, doña María de la Cruz arrasó en la elección complementaria y llegó a la cámara como primera senadora en la historia de la República. Pero en el Senado se encontró con un auditorio mucho menos impresionable. Transcurridos apenas seis meses, y para demostrar a Ibáñez lo poco que barría su escoba, fue inhabilitada por sus colegas senadores por 21 votos contra 16, a pesar de que la comisión investigadora que vio las acusaciones en su contra (un viaje a Bolivia, un posible contrabando) había rechazado los cargos. Hubo en este episodio algo más que una sospecha de machismo.

Allende se abstuvo en la votación porque consideró muy peligroso que el Senado, por simple mayoría, pudiera torcer de esta manera la voluntad de los electores. Pero la nueva elección complementaria convocada para cubrir la vacante le brindó la oportunidad de articular un frente que iba a poner fin al triunfalismo del conglomerado ibañista y, de paso, golpear a la dirección socialista de Raúl Ampuero.

El PSP y los efímeros partidos surgidos al ardor del populismo (los "otros" de las series históricas electorales) habían confirmado

su victoria en las presidenciales con un nuevo triunfo en las parlamentarias de 1953. Allende comprendió que era la sacudida que necesitaban los amodorrados partidos tradicionales y se las ingenió para agruparlos en una hipercoalición que dejó boquiabiertos a sus colaboradores más cercanos, empezando por Osvaldo Puccio.

Como su partido socialista de circunstancias no era una amenaza para nadie, logró que los partidos Liberal, Conservador y Radical lo autorizaran a nombrar candidato. Solo le pusieron una condición: que fuera un socialista católico y no marxista. Si no lo tenía a mano lo encontró enseguida: un buen profesor de Derecho de la Universidad de Chile, Luis Quinteros Tricot, desconocido en las lides políticas. Votaron por él desde los comunistas que no habían sido despojados de sus derechos cívicos hasta los conservadores más reaccionarios, y Quinteros Tricot tuvo su mandato senatorial de ocho años tras derrotar a los candidatos ibañistas, tan crecidos entonces que perdieron sus votos por dispersarlos entre varios candidatos.

Poco después fue convocada otra elección complementaria, ahora a la Cámara de Diputados, y de nuevo por Santiago. El partido que no amenazaba a los grandes fue esta vez la Falange Nacional, y el candidato un joven Rafael Agustín Gumucio. Con los votos de la misma coalición improbable que había elegido a Quinteros Tricot, Gumucio fue diputado en pugna con Clodomiro Almeyda. Allende tuvo la satisfacción perversa de ayudar a un demócrata cristiano a derrotar a un conspicuo dirigente del PSP, en una elección de trascendencia mayor, pues anunciaba la emergencia de un gran partido y de una gran personalidad política.

Puccio seguía protestando. Temía que las alianzas urdidas por Allende desconcertaran a su electorado natural y pensaba que era preferible concurrir con candidatos propios; perder, pero "haciendo claridad política". Allende, famoso por sus silencios ("lo que piensa Allende solo lo sabe Allende", dijo un día García Márquez), no pudo negarle una explicación, quizás para ahorrarse otras semejantes

en el futuro. Quería golpear a Ibáñez para recuperar a sus ilusos votantes de izquierda y demostrar a los socialistas del PSP que la aventura populista no tenía futuro en Chile.

Nunca como en estos momentos se aprecia hasta qué punto Allende se había instalado ya en la contradicción que define su tragedia y su gloria: abanderado de la causa de la emancipación del pueblo, y paladín del *establishment* político y del orden institucional. Cada persona tiene sus contradicciones; los grandes personajes son aquellos que son capaces de manejar contradicciones extremas.

A estas alturas, en carrera ya hacia la presidencia de la República, también estaban muy definidos sus métodos. Jugaba con todo el mundo, pero siempre con las cartas muy pegadas al pecho.

La audacia, la tenacidad y el trabajo eran como marca de fábrica. Destacan en el retrato que le hizo Eugenio Lira Massi (*La cueva del Senado y los 45 senadores*, 1968):

—Mientras otros piensan y calculan, él se lanza de piquero [de cabeza]. Sus adversarios todavía se están poniendo de acuerdo, cuando ya Allende ha tomado desayuno con Fulano, ha almorzado con Perengano, ha tomado once [merendado] con el último que le faltaba y a las cuatro de la tarde, cuando se produce la votación, todos están cuadrados.

Su arma más eficaz, y la más temida por sus adversarios cuando la esgrimía en política, eran sus artes de seductor. Eduardo Labarca (*Salvador Allende, biografía sentimental*, 2007) ha escrito, a lo largo de 400 apretadas páginas, la crónica minuciosa y enciclopédica de sus conquistas femeninas. Labarca conoció bien a Allende, porque era hijo de su gran amigo y colaborador Miguel Labarca, y porque él mismo, periodista estrella del PC en los años 70, acompañó en muchos viajes al candidato y al presidente y ha tenido acceso a su entorno familiar y a sus ramificaciones más íntimas. Su la-

boriosa investigación, digna de mejor causa, documenta de forma exhaustiva lo que ya habían apuntado, cada uno en su registro, Lira Massi y García Márquez.

Lira Massi lo satiriza en la sala de maquillaje de un estudio de televisión:

—"Gracias, compañera maquilladora, usted me ha dejado muy bien y créame que es un agrado que una mujer hermosa le toque a uno la cara". Siempre amable con las damas y con inquietudes de galán. Un poco antiguo quizás, pero eso es cuestión de estilo.

García Márquez no dice otra cosa:

—Amaba la vida, amaba las flores y los perros y era de una galantería un poco a la antigua, con esquelas perfumadas y encuentros furtivos.

En suma, y limitándose a referencias literarias de la época, el retrato sentimental de Allende sigue siendo más de Corín Tellado que de Henry Miller. Una explicación clásica de su éxito con las damas es la que aventura Max Marambio (*Las armas de ayer*, 2007), más cercano que nadie durante los tres años de la presidencia, puesto que fue el jefe de su guardia personal:

—Allende era un hombre muy atractivo y todos los grandes políticos, como las estrellas de rock, también tienen admiradoras extremas.

Pero es una explicación misógina, cuya versión más descarada es la que se atribuye al presidente francés Edgar Faure ("mientras fui ministro hubo alguna que se me resistió, pero como presidente, ninguna"). En el caso de Allende pierde eficacia porque en su elenco no figuran groupies sobreexcitadas sino mujeres hechas y derechas, porque su carrera de seductor empezó antes que su carrera política y porque era demasiado vanidoso como para anteponer la erótica del poder a un encanto personal del que siempre se sintió muy seguro. No se comportaba como los conquistadores inmaduros: en este terreno no admitió jamás ni comentarios, ni insinuaciones, ni bromas.

(Érica Vexler: —¿A su juicio debe existir una igualdad completa y absoluta entre el hombre y la mujer?

Allende: —Una igualdad completa y absoluta, con una diferencia completa y absoluta.)

Una página vibrante de Eduardo Labarca ofrece uno de los mejores retratos literarios que se hayan hecho de Salvador Allende, retrato que coincide de forma casi mágica con la estatua impaciente, siempre rodeada de multitudes, que se le erigió a un costado del palacio de La Moneda. Será la cita más larga de este libro: “Salvador Allende Gossens estará en todas las etapas de su vida acompañado, a veces a la distancia, cuando comience el día llamando a sus amigas y a sus colaboradores a las 7 de la mañana. Acompañado siempre, el político Salvador Allende... Al dirigirse en su día a la Cámara de Diputados, a su despacho de ministro o de presidente del Colegio Médico, al Senado con algún colaborador en el automóvil o traqueteando a su lado... Acompañado por un amigo en la calle, acompañado al almuerzo por Tencha y sus hijas y uno o varios invitados cada día. Siempre acompañado. Acompañado en los pasillos del Parlamento y en el quehacer colectivo de la sala de sesiones. Acompañado en sus viajes, acompañado en las vacaciones de la mañana a la noche. Caminando acompañado por las tardes al término de la jornada y yendo luego en compañía de Tencha a una cena, al cine, al teatro. Acompañado por sus perros Chagual o AK al pasear por la playa o dar la vuelta a la manzana (...). Oyendo y hablando siempre. Preguntando, conversando, percibiendo en la voz ajena los sentimientos de la calle, la vibración del alma popular, el ánimo del país, el pulso del mundo (...). Esa necesidad de compañía, ese sentido gregario y colectivo, esa naturalidad para evolucionar entre la gente y emerger como el número uno atraerán siempre hacia él a las mujeres y harán de Salvador Allende el líder nato de un curso del liceo de Valdivia, de una escuela universitaria en Santiago, de un puñado de chilenos deseosos de cambiar el país, de un partido, un movimiento, una generación, un pueblo”.

La máquina de demolición que intentó destruirlo, no solo en vida sino también después de muerto, le inventó una leyenda de bebedor que en Chile sigue pegada a su imagen a pesar de que, acompañado siempre, nunca, jamás nadie lo vio achispado del whisky o del vino con los que disfrutaba. En cambio, no se usó en su contra esta otra inclinación cierta y conocida, sin duda porque, como escribió alguna vez Roberto Bolaño, en esta materia la izquierda chilena y la derecha chilena pensaban exactamente lo mismo.

A su poder de seducción los hombres se resistían tan poco, o incluso menos, que las mujeres. Son incontables los amigos de Allende, y muchos los que declaran haberlo tenido por mejor amigo, pasando por alto sus silencios enconados y su parquedad en el reconocimiento. Hay, en un testimonio estremecedor de Osvaldo Puccio, un gesto, uno solo. En un momento de la batalla de La Moneda, Allende dejó de disparar y lo empujó debajo de una mesa para decirle que saliera a hablar con los generales y les pidiera que dejaran de bombardear las poblaciones:

—Después me despidió: “Osvaldo, vaya tranquilo y sereno. Vaya con absoluta confianza”. Y me acarició la mano.

Con sus amigos era bromista, conversador, pero poco efusivo y muy celoso de su intimidad. Tenía, en cambio, una tendencia irresistible a hurgar en la intimidad ajena y a inmiscuirse en los asuntos de los demás. Era la asimetría del médico acostumbrado a averiguarlo todo de su paciente sin revelar nada por su parte. Hemos visto en un capítulo anterior un recuerdo de Carlos Jorquera en el que por un instante se le fisura la coraza. Pero es más típico un episodio cuyo protagonista involuntario es otra de sus grandes debilidades, José Tohá.

A sus 37 años, Tohá, era una luminaria socialista y dirigía el diario vespertino *La Última Hora*, pero tenía un problema: su madre, doña Brunilda, era una viuda catalana imperiosa, que no estaba dispuesta a compartirlo con una nuera, ni siquiera con Moy, diez

años más joven que José, de familia francesa de Chillán y muy bella. Allende notaba que Tohá estaba aporreado, y cuando supo el motivo no lo dudó:

—No te preocupes, yo voy a hablar con tu mamá.

Y a la mañana siguiente se invitó a tomar café y trató de minar la resistencia de doña Brunilda con dos argumentos él que debió considerar irrefutables:

—Si yo tuviera 25 años menos, yo me caso con Moy. Y yo hubiera casado a cualquiera de mis hijas con José.

De médico conservó siempre comportamientos que le granjeaban la gratitud de sus involuntarios y sorprendidos pacientes. Las más de las veces eran reflejos espontáneos, como el que refiere Luis Corvalán, emocionado por un gesto que no esperaba. En el curso de una importante reunión de los partidos del FRAP, a Corvalán, secretario general del PC, le avisan de que su hija menor ha tenido un accidente doméstico y ha sido trasladada al hospital en estado grave. Allende suspende la reunión, acompaña al padre al hospital, pide una bata y no se separa de la niña hasta estar seguro de que ha superado la crisis.

En otras ocasiones la voluntad de seducir mediante el acto médico era evidente. Podía, por ejemplo, desconcertar al amigo en apuros fingiendo negarle una recomendación para un especialista, y a continuación concertar la cita él mismo y acompañarlo a la consulta. Y más de una vez utilizó su oficio para recuperar una posición de superioridad en circunstancias para él humillantes. En Moscú, donde Breznev le dio una lección política que no necesitaba, y en cambio le negó los millones de dólares con los que pensaba poder salvar un momento difícil de su gobierno, Allende puso fin a la reunión diagnosticando una fuerte gripe al líder soviético y recetándole reposo.

En la mañana del golpe se superó a sí mismo, en este punto como en otros, hablando con uno de los militares traidores. El gene-

ral Baeza llamaba para intimar la rendición del presidente y Puccio le pasó el teléfono:

—Le preguntó al general cómo estaba su señora y el general contestó que su señora estaba bien y que le agradecía la preocupación. Después Allende le inquirió cómo estaba su corazón porque había sufrido un infarto hacía poco tiempo. Le aconsejó cuidarse mucho y evitar cualquier inquietud.

De alguna manera, el general reunió ánimos para transmitir el mensaje del jefe de los golpistas. Lo que no se sabe es si los tuvo para trasladarle la respuesta de Allende:

—Dígale que no sea maricón y que venga a buscarme personalmente.

Con los hombres tenía un juego que convirtió en rito y que era otra forma de apoderarse de su intimidad: entraba en sus casas, a veces sin invitación, y se apoderaba de sus objetos. Podían ser adornos o pequeñas obras de arte que luego exhibía en su salón como trofeos y mencionando siempre el nombre de su propietario legítimo, pues de eso se trataba; o una botella de whisky escocés, bebida mítica en el Chile "pobretón y amigable", que corría a compartir con Jorquera y Olivares a las dos de la mañana. Pero el botín predilecto de sus "expropiaciones", como las llamaba, eran las prendas de vestir, haciendo alarde de la condición de pije que se le atribuía: chaquetas, sombreros, corbatas. Siendo presidente era capaz de organizar un operativo con sus escoltas para robar una chaqueta a un periodista extranjero o para llevarse una alfombra de la casa de un millonario con el que tenía una relación de simpatía superficial y de odio sordo. En una ocasión recibió en La Moneda al embajador británico, que traía un asunto importante (las Malvinas) y al que, por tanto, sentó a conversar en el camastro de la "salita del Doctor", donde creía estar a salvo de micrófonos y escuchas. Patricia Espejo todavía recuerda el pasmo de las secretarias cuando vieron salir al señor embajador con el empaque propio de su nación y de su rango, pero sin corbata.

De todas las sátiras que le valieron estas aficiones, la genial es la de Nicanor Parra en este artefacto cruel y divertido de 1971:

—¡Presidente! El país está que naufraga y usted poniéndose chaquetitas.

—¿Chaquetitas? ¡Toca! Son de gamusa legítima.

En la escena política, estas cualidades de Allende: audacia, constancia, imaginación, malicia, lucen en todo su esplendor en el espectáculo por episodios con el que se hizo designar candidato presidencial para la elección de 1958.

Llegó hasta ahí manejándose con la cabeza fría en el caos del sexenio de Ibáñez. Para la dictadura más o menos legal que su público le reclamaba, el general de la esperanza, a sus 75 años, no tenía ya ni medios ni ganas. Del dictador en potencia solo quedaba el gusto por las decisiones arbitrarias y el capricho como forma de exhibición del mando. El primer año de gobierno los socialistas del PSP y los nacionalistas del Partido Agrario Laborista todavía alcanzaron a construir país. Crearon el Banco del Estado, proyecto socialista desde los tiempos del Frente Popular para acabar con el acaparamiento del crédito, y el Departamento del Cobre, con el que Chile ponía por primera vez la mano en lo que desde hacía décadas era su principal recurso económico. Ministro de Trabajo, a Clodomiro Almeyda le dio tiempo para amparar la reunificación del movimiento sindical antes de que el PSP repitiera el comportamiento de los socialistas con el Frente Popular y con los gobiernos radicales y retirara el apoyo a Ibáñez.

A partir de ahí, Ibáñez y sus colaboradores, siempre ocasionales porque le divertía cambiar ministros, lo intentaron todo y siempre tan a desgana como en vano: dos autogolpes, un proyecto de gabinete con el PSP y los sindicatos, otro con Eduardo Frei como hombre fuerte (iniciativa cuya paternidad se atribuye por el socialis-

ta Carlos Altamirano). El desgobierno hizo que se desbocara la inflación (superior al 80% en 1955) y entonces apareció como salvador, por la derecha, el propietario de *El Mercurio*, que se fue a Estados Unidos y contrató para el gobierno un gabinete privado que, esta vez sí, iba a poner orden en la economía. La misión Klein-Saks (1955) se instaló en Santiago con un programa idéntico al impuesto en las últimas décadas del siglo a los países dependiente, con los resultados conocidos, por el Fondo Monetario Internacional: congelación de sueldos, restricción del crédito, menos Estado. Y, como siempre que se aplican políticas de este signo, más Estado para los trabajadores organizados, otra vez amenazados por la Ley de Defensa Permanente de la Democracia y por la reapertura del campo de concentración de Pisagua. Los partidos tradicionales de la derecha respaldaron esta política económica, pero su entusiasmo se acabó en el instante en que llegaron al parlamento las primeras propuestas de subidas de impuestos y también abandonaron al presidente.

Por la izquierda el paisaje se fue recomponiendo a la misma velocidad con que se descomponía el populismo. En 1953, socialistas y comunistas cedieron al empuje de un sindicalista católico y anarquista, Clotario Blest, austero y místico como un fraile capuchino, y votaron bajo este mando neutral la unidad de todos los sindicatos del país en una poderosa Central Única de Trabajadores (CUT). En 1954 el Partido Socialista Popular pidió su ingreso en el Frente del Pueblo, la coalición PC-Allende. En 1956 se formalizó esta alianza en el Frente de Acción Popular (FRAP), gestado y presidido por Allende. En 1957, por fin, se celebra el congreso de unidad socialista en el que se fusionan el PP y el PS, partido este tan exiguo que se puede hablar sin abuso de una fusión entre el PSP y Allende, que presidió el congreso. En adelante los socialistas pudieron reconocerse de nuevo en el Partido Socialista de Chile y sabiendo que la carta presidencial de la izquierda estaba en sus filas.

A lo que no podía aspirar Allende era a dirigir el partido, los resquemores eran demasiado grandes. Tampoco a imponer una línea política. Su candidato a la secretaría general era Eugenio González, autor de una elaborada propuesta socialdemócrata que nunca encontró eco en las filas del partido; frustrado, dejó la política activa y retornó a una carrera académica que pronto lo llevaría al rectorado de la Universidad de Chile. Lo más que logró Allende fue que el congreso desalojara a Raúl Ampuero y apostara por un secretario general menos marcado por los enfrentamientos internos, el joven senador Salomón Corbalán. El desencuentro era antiguo y definitivo, como en las peores rencillas de familia, y fue malo para Allende y para el partido, que se le quedó chico. Lo vio muy bien el periodista reaccionario que escribió:

—Allende es un pino plantado en un macetero.

Pero en vísperas de su segunda campaña electoral eso ya no era tan cierto, las raíces del pino se extendían por un terreno mucho más amplio. Para ensancharlo aún más imaginó un método trabajoso y en apariencia caótico que estrenó en la Convención del Pueblo de 1957 y del que ya no se apartaría.

La convención fue suya desde el principio: la idea, las fechas, el guión, el drama, el desenlace. El comité central del PS aprobó con dificultades su candidatura, pero recordándole que la estrategia del partido era el Frente de Trabajadores y que no admitía alianzas con partidos burgueses. El apoyo del PC se daba por descontado, pero los comunistas seguían siendo favorables a una alianza lo más amplia posible, que incluyera a los radicales y a los "falangistas". Por coincidencia, al tiempo que se formaba el FRAP, en 1956, el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, además de publicar y condenar los crímenes de Stalin, había proclamado la coexistencia pacífica con el mundo capitalista y admitido por primera vez la posibilidad de una "vía pacífica" al socialismo, con lo que daba cobertura a la línea política que venían aplicando los comunistas chilenos.

Allende, que quería ganar las elecciones, estaba de acuerdo con los comunistas, primero porque esa era su concepción y su práctica de la política, y luego porque sabía que en Chile, donde hasta los niños discuten de política, las elecciones se ganaban por márgenes que podían ser muy estrechos. Cerrado por el PS el camino hacia el centro, la obsesión de Allende era buscar una ampliación de su espacio electoral por otros medios.

Seguro, pues, de su designación como candidato de los partidos obreros reunidos en el FRAP, Allende se dispuso a escenificar su proclamación oficial desde en una plataforma mucho más ancha, una convención que debía celebrarse un año antes de las elecciones, a la que concurrían otros candidatos, y en la que estuvieran representados, además de los partidos, organizaciones cívicas y populares de todo tipo, desde comités de intelectuales y de mujeres hasta grupos folclóricos y clubes deportivos. Por un lado, era una forma de reconocer y explotar la riqueza del tupido tejido asociativo que caracterizaba a la sociedad civil chilena. Por otro, era la forma de comenzar una campaña electoral con públicos variados y en escenarios inéditos, y pasar así del circo pobre de 1952 al gran espectáculo de masas que era en Chile, antes de la televisión, una campaña presidencial ganadora. Esta vez Allende competía para vencer y tenía la intuición de que era posible.

En tercer lugar, Allende conocía las ambiciones de algunos precandidatos que, a falta de arrastre electoral masivo, podían aportar algunos votos y, si la convención les daba un baño de masas y no salían demasiado descontentos, recursos económicos para una campaña larga, costosa e imposible de financiar con las cuotas de los militantes. Guillermo del Pedregal era un economista de prestigio, progresista, con experiencia de gobierno. Humberto Mewes, presidente de cierto Partido del Trabajo, había sido un exigente Contralor de la República y había abandonado el gobierno de González Videla por repugnancia jurídica hacia la Ley Maldita. Mamerto

Figueroa, alcalde de Santiago, poseía una gran fortuna que distribuía a los necesitados con generosidad cristiana, y a falta de mejor opción se consideraba socialista. El senador radical Rudecindo Ortega venía también de la oposición centrista a la Ley Maldita. Alejandro Serañ era nada menos que gran maestro de la masonería. Por último, y más sorprendente, aparecía Francisco Cuevas Mackenna, católico de izquierda, presidente de la muy oligárquica Sociedad Nacional de Minería, cuya confianza en alcanzar la presidencia le costó una fuerte contribución económica a la campaña.

Allende tenía en mente una convención con 2.000 delegados venidos de todo el país que elegirían al candidato después de debatir el programa. Para redactarlo organizó un equipo en torno a Max Nolf, joven economista chileno que trabajaba para las Naciones Unidas en el principal laboratorio de ideas de la época, la Comisión Económica para América Latina (CEPAL). El equipo contaba con una dirección política de primera fila (Salomón Corbalán, Volodia Teitelboim, Rudecindo Ortega: socialista, comunista y radical) y estaba integrado por otros economistas jóvenes como Jaime Barrios, José Cademártori, Pedro Vuskovic, Gonzalo Martner. Empezaron a trabajar sobre un documento elaborado por Clodomiro Almeyda para el FRAP, y a la convención llegaron con una propuesta de programa de gobierno cuyos principios (reforma agraria, nacionalización del cobre, control del sistema financiero, ampliación del "área social" de la economía) iban a gozar de un fuerte respaldo nacional hasta el golpe de 1973.

Meses después, ya en campaña, una Convención de Profesionales y Técnicos presidida por Cuevas Mackenna formuló las medidas de aplicación. "Por primera vez en la historia de Chile, dice Max Nolf, se delineó un programa de gobierno basado en el estudio de la realidad nacional en el que participaron los más amplios sectores de trabajadores, intelectuales, artistas, mujeres, representantes de la pequeña y mediana empresa y de la juventud. Se demostró así que

los planteamientos de las fuerzas de izquierda no eran demagógicos ni irreales". El modelo era transparente: veinte años más tarde, Allende y su gente retomaban el camino del Frente Popular de Pedro Aguirre Cerda, ahora con los partidos obreros y de izquierda al mando de las operaciones.

El guión de la convención estaba muy escrito y Osvaldo Puccio aseguraba la regiduría. Durante dos días, 15 y 16 de septiembre de 1957, diez comisiones discutieron y perfilaron el programa. El 17 se elegía al candidato. En sucesivas votaciones se eliminaría cada vez al precandidato menos votado y hasta el orden de eliminación estaba pautado, en un crescendo de tensión que debía culminar con la proclamación de Allende, pero todo se torció desde la primera votación. Allende debía quedar tercero, pero solo obedecieron las instrucciones de votar contra él los militantes más disciplinados y ganó con algo más de la mitad de los votos emitidos, lo que para él suponía una **catástrofe**. Subió a la tribuna, dijo que su objetivo era la unidad, que **en este punto** estaba dispuesto a llegar hasta las últimas consecuencias y renunció a su candidatura, convirtiendo la pieza de escritorio **en un drama real**. Solo cedió cuando logró que se lo exigiera el secretario general de su partido y se lo rogaran los otros cinco **candidatos**. Cuando volvió al recinto de la convención, los delegados ya lo **habían proclamado a mano alzada** y con solo dos votos en contra.

La campaña del 58 fue la mejor de Allende, la más agradecida, la **más romántica**, la que más quiso y creyó ganar. Tenía 50 años **pletóricos** y durante 12 meses recorrió cada rincón del país en **jornadas** que empezaban a las siete de la mañana y terminaban a **medianoche**. Tenía enfrente a dos candidatos fuertes y mejor financiados, **pero** no tenía que competir, como le sucedería más adelante, con **una campaña de terror** que lo demonizara y lo obligara a jugar **siempre a la contra**.

En plena campaña se produjeron dos avances democráticos que lo favorecían. Con la ayuda inestimable de Rafael Agustín Gumucio, reunió a los partidos de izquierda y de centro en un Frente de Saneamiento Democrático que arrancó al viejo presidente Ibáñez la derogación de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia y una reforma de la ley electoral. Un PC legal y eufórico añadía dinamismo al Frente Popular. La reforma electoral estableció la obligatoriedad del voto y la cédula de votación única, impresa por el gobierno, rompiendo así el resorte del viejo mecanismo del cohecho.

Fue, con diferencia, una campaña más relajada que las dos tensas campañas de 1964 y 1970. La cercanía física del candidato, el ingenio popular agudizado por el vino tinto de los festejos electorales y la chispa del propio Allende dieron lugar a una colección interminable de anécdotas. En el comando de Allende cada uno tenía sus favoritas. A Puccio le hizo mucha gracia un campesino que en el ardor de su discurso dijo que no descansaría hasta ver al compañero Allende en el tálamo de la presidencia (Allende cortó las carcajadas y agradeció muy serio estas palabras). Su futuro ministro Jaime Suárez refería un brindis de Allende al término de un almuerzo en la comuna de San Pablo, provincia de Osorno, donde necesitaba los votos que solía acarrear el gran terrateniente de la zona, un cacique radical llamado Edmundo Vázquez Becker:

—¡Y una de mis primeras medidas como presidente será cambiar el nombre de San Pablo por el de San Edmundo!

Risas, abrazos, votos asegurados y otro amigo "para toda la vida". De los tropiezos, fue muy celebrado el caso de un documental que se filmó sin sonido directo, por lo que Allende tuvo que simular un discurso que aprovechó para darse el gusto de invertir las reglas y cubrir de improperios escatológicos al escaso auditorio, sin perder en ningún momento el gesto y la compostura. La sincronización de la imagen con un discurso grabado con anterioridad no

pareció mala hasta que llegó al comando una carta indignada, protestando por el lenguaje de carretero de un senador, además médico y de buena familia, que aspiraba a ser presidente. Venía firmada por la directora de un colegio de sordomudos de Valparaíso. Habían visto la película y le habían leído los labios.

Fue, por último, su campaña más imaginativa. Durante 20 días, el Tren de la Victoria, arrastrado por una vieja locomotora a carbón rescatada del desguace, llevó al candidato entre Santiago y Puerto Montt, ida y vuelta, con 136 paradas y 148 discursos. El gran cineasta holandés Joris Ivens, que había viajado a Chile para filmar Valparaíso, quedó fascinado por esta epopeya ferroviaria en blanco y negro, de otra época (*El Tren de la Victoria*, documental, 1964), a pesar de que la conoció en una versión posterior y menos entusiasta.

Si por arriba la campaña contribuyó a la legalización del PC y a la reforma de la ley electoral, por abajo favoreció una acción de enorme trascendencia, la primera "toma de terrenos" realizada por familias sin vivienda en la periferia de Santiago. Allende participó en ella contra la opinión general de que manchaba su reputación y su imagen de presidenciable.

Una noche de finales de octubre de 1957, miles de personas organizadas por el PC convergen en autobuses, camiones y carretas y ocupan unos terrenos baldíos, distribuyéndose las familias de acuerdo con planos repartidos de antemano. Nació así la Población La Victoria (llegó a tener 35.000 habitantes), escenario de futuras gestas del Chile popular y modelo de una forma de intervención ciudadana que cambió el paisaje urbano, social y jurídico del país. Eran tiempos de incontenible migración campesina hacia los centros urbanos, y en especial a la capital. Amparados como estaban los pobladores por parlamentarios que impedían la actuación de la fuerza pública, el Estado toleró estos atentados sistemáticos contra el derecho de propiedad, y durante una década rigió un pacto no escrito por el que los pobladores "aportaban" el terreno y

la organización social, y los poderes públicos, sensibles a la fuerte presión de las juntas de vecinos y de la opinión pública, aportaban a regañadientes saneamiento, escuelas, policlínicos, transporte, seguridad, alumbrado. Fue una movilización social y popular que acabó por desbordar a la izquierda, carente de esquemas doctrinales y orgánicos para un movimiento que no era obrero en el sentido clásico y que presentaba a menudo comportamientos más propios de un lumpenproletariado, y cuya forma de organización, las juntas de vecinos, competía con el entramado tradicional de partidos y sindicatos. Hizo, en cambio, la fortuna de un partido nuevo y con menos complejos, la Democracia Cristiana, que supo descubrir y explotar en las poblaciones un enorme yacimiento de votos. Más tarde, cuando la extrema izquierda lo extendió a la toma de predios agrícolas y de fábricas, este modelo de intervención contribuiría a la ruina del gobierno de la Unidad Popular.

En una de esas poblaciones, la Colo-Colo, Allende, abrumado ante las cifras de mortalidad infantil por diarrea, se esforzaba por explicar a la gente que el problema se resolvía lavando los utensilios de cocina con agua hervida. Pero el agua había que ir a buscarla lejos y las mujeres estaban desnutridas y exhaustas. Fue entonces cuando pronunció una frase que, de haberla incorporado al discurso que pronunció ante la Asamblea de las Naciones Unidas en 1972, lo habría consagrado como profeta y pionero de una de las grandes causas del siglo XXI:

—El mundo se separa en dos tipos de seres, los que tienen agua potable y los que no la tienen.

Allende perdió estas elecciones por 30.000 votos. Triunfó Jorge Alessandri con el 31,2% de los votos emitidos. Le siguieron Allende con el 28,5%, Eduardo Frei con el 20,5, y el radical Luis Bossay con el 15,4. En quinto lugar apareció un sacerdote dos veces renegado (primero de la Iglesia, luego del FRAP, que lo había hecho elegir diputado): el cura de Catapilco, cuya campaña izquierdista fue finan-

ciada por la derecha y que obtuvo 41.000 votos. Todo el mundo entendió que se los había “robado” a Allende.

La aritmética de los resultados admitía otra lectura, de manejo más complicado para Allende y sus partidarios. Era la segunda elección presidencial en la que votaban las mujeres, que en la primera habían contribuido en masa a la victoria de Ibáñez. Su derecho al voto había sido promovido por la izquierda (el propio Allende fue coautor de la iniciativa legislativa en el Senado), y como en casi todas las democracias de ese tiempo se estrenaron en las urnas reforzando a los partidos conservadores. En las mesas de mujeres Allende fue tercero por detrás de Alessandri y de Frei y perdió 50.000 votos que no pudo compensar con su clara victoria en las mesas de hombres.

Allende frenó cualquier conato de rebelión de un electorado frustrado y muy alterado por el goteo de noticias de fraudes. Por su secretario Ozren Agnic sabemos ahora que también frenó en seco a un general que lo fue a ver de parte del presidente saliente, Ibáñez, para ofrecerle que se tomara el gobierno:

—¿Han perdido ustedes la razón? El señor Ibáñez sigue siendo el mismo golpista inmoral de 1924. No tenemos nada más que hablar.

Y se apresuró a reconocer el triunfo de Alessandri, el cual, en virtud de la tradición republicana que mandaba elegir al candidato más votado, fue ratificado sin problemas por el Congreso Pleno.

Poco tiempo después, en una reunión con políticos de izquierda de América Central y de Venezuela, Allende exhibió sus propios cálculos:

—No perdí por 30.000 votos, perdí por 30 millones de pesos. Si hubiera tenido ese dinero sería hoy presidente de Chile.

Se echaron las manos a la cabeza: “¡Si usted nos hubiera dicho algo!” Para estos amigos de la zona del dólar la cantidad era irrisoria. Poco podían imaginar los reunidos que Allende iba a ser aplastado y sumergido muy pronto por una avalancha, por un diluvio de dólares.

En Chile aún quedan viejos políticos, no todos de izquierda, que piensan que la elección de 1958 era la elección de Allende y que la historia del país pudo haber sido diferente y mejor si hubiera ganado entonces. Pero le tocó esperar otros 12 años y hacer frente, entre tanto, al reto imprevisible de no una, sino dos revoluciones, la de Eduardo Frei y la de Fidel Castro. Precisamente Allende, para quien la revolución era casi una palabra malsonante.

Capítulo 9

Entre dos revoluciones

La revolución que encumbró a Eduardo Frei Montalva y lo propulsó a una competición a muerte (literalmente a muerte) con Allende no fue tanto la bulliciosa y efímera "revolución en libertad" de su victoriosa campaña electoral de 1964, sino más bien la revolución silenciosa y profunda que incubó de forma poco predecible en el seno de la Iglesia Católica chilena. Esta institución oligárquica y reaccionaria, sumisa a un Partido Conservador situado en el extremo derecho del arco parlamentario, irrumpió en los años 60 del siglo xx como una fuerza política, social y popular moderna, rompedora, ilustrada, con capacidad para jugar a sus anchas en todos los espacios del tablero: en la derecha, en la izquierda y en el centro.

Si hubiera que definir el momento en que se produjo la inflexión, y teniendo en cuenta que se trata de una organización que no se mueve con brusquedades, habría que remontarse a la fundación de la Universidad Católica de Chile, en 1888. La Iglesia mantenía por entonces una influencia inmovilista, rutinaria y heredada. La Constitución de 1833 le había restituido el rango colonial de religión de Estado, pero había perdido, y parecía que sin remedio, la

batalla de las ideas. La Universidad de Chile, clave de bóveda de un potente sistema educativo público y gratuito, era laica y laicista. La Universidad Católica se convirtió a su vez en la cúspide de un sistema elitista y de pago, integrado en el segundo nivel por el Instituto de Humanidades (réplica del prestigioso Instituto Nacional) y por grados colegios religiosos alternativos a los liceos públicos. Nació así una red educativa de matriz conservadora, pero que evitó encerrar a los católicos en un gueto doctrinal. La Universidad Católica salió a competir con la Universidad de Chile y para ello tuvo que hacerse tan universidad como católica y ofrecer a la sociedad garantías de rigor académico y de seriedad científica.

Si, en segundo lugar, hubiera que nombrar el motor del cambio, bastará con referirse a la Compañía de Jesús. En Chile los jesuitas se fueron configurando desde principios del siglo xx como un grupo compacto, de altísimo nivel social, intelectual y profesional, bien articulado con los centros europeos que renovaron el pensamiento católico, y fueron ellos los que dieron dirección y continuidad a una evolución desigual y dispersa.

Todo esto no hubiera sido suficiente sin un factor que en este preciso contexto reclama el calificativo de milagroso, a no ser que haya sido fruto de un conjunto de circunstancias y del más extraordinario azar. La Iglesia Católica tiene la suerte de que, aun en los momentos de mayor extravío, siempre hay alguien que lee el Evangelio y se lo acaba tomando en serio. Lo cierto es que a partir de los años 30 aparecen en Chile personalidades católicas de envergadura e influencia excepcionales. Ya se ha mencionado en estas páginas al cardenal Caro, por el lado de la jerarquía, y, por la base, al sindicalista Clotario Blest. Será preciso citar al jesuita Fernando Silva Solar, al padre Óscar Larson, al obispo Manuel Larraín, y sobre todo a un santo canonizado, el jesuita Alberto Hurtado, y a uno de los grandes talentos de la política de esa época, el cardenal Raúl Silva Henríquez.

En pos de ellos, cientos de sacerdotes, religiosos y monjas dejaron atrás las sacristías y los claustros y entraron en contacto con el mundo popular, arrastrando además a miles de jóvenes de las clases acomodadas que, por primera vez, se atrevieron a mirar a la cara la miseria de los pobladores y de los campesinos. Había, en origen, una voluntad de contrarrestar el auge del comunismo y del socialismo y la pérdida de influencia de la Iglesia en la clase obrera, pero también un aliento de generosidad sincera, un impulso casi festivo de solidaridad interclasista.

En la izquierda nadie midió mejor que Allende la fuerza de esta ola. La vio venir de lejos, cuando apenas agitaba las aguas estancadas del conservadurismo. Se interesó por el nuevo pensamiento social católico sin equivocarse de fuente, pues utilizó como referencia el mismo documento seminal de la Iglesia belga que usaban los jesuitas, el *Código Social de Malinas*, publicado en 1920 por el cardenal Mercier. En el debate sobre la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, en 1948, siguió con especial atención el discurso del senador Cruz Coke, el primer político conservador que abrazó la ideología socialcristiana y se opuso en su virtud a proscribir a los comunistas, y reconoció que ese discurso reflejaba "una posición definitiva y absoluta". Su intuición política, pronto avalada por los hechos, le dijo que la intransigencia conservadora y la nueva doctrina no cabían en un mismo partido, y se apresuró a saludar la incorporación de los socialcristianos a las luchas sociales:

—Sus palabras son un apoyo a los hombres que, desde estos bancos, hemos estado gritando, constante y permanentemente, la tragedia tremenda que viven en Chile y en muchas partes del mundo los hombres que solo disponen, para subsistir, de sus brazos o de su inteligencia, vale decir, la inmensa mayoría de la humanidad, que aquí, como en el resto del mundo, vive de un sueldo o de un salario.

Desde entonces nunca dejó de seguir la evolución de este mundo y de intentar atraer al catolicismo progresista. Por cálculo

electoral, en las coaliciones que armó para sus campañas presidenciales buscó siempre la presencia de personalidades y grupos cercanos a la Iglesia y procuró granjearse, si no la benevolencia, al menos la neutralidad de la jerarquía. Al inicio de la campaña de 1958 visitó al cardenal Caro, y en la campaña de 1964 el doctor Cruz Coke le abrió las puertas del cardenal Silva Henríquez, al que hizo una declaración que ambos recordarían muchas veces:

—A la Iglesia no la tocaré ni con el pétalo de una rosa.

Si el cálculo era claro, había también una curiosidad de fondo, y con el tiempo una admiración no disimulada por el “aggiornamento” del catolicismo bajo el papa Juan XXIII y el Concilio Vaticano II. Allende intentó sin éxito, pero de manera expresa, contagiar de este espíritu renovador a sus hermanos masones. En cambio nunca alentó el deslizamiento de los católicos más progresistas hacia el marxismo: con los marxistas que había, le dijo un día al cardenal, era más que suficiente.

Escondía, por último, un sentimiento más íntimo, ligado a la devoción que sentía por su madre. Conservó siempre en su casa un crucifijo que heredó de ella, y otro se lo regaló siendo ya presidente al almirante en jefe de la Armada, Raúl Montero, tan fiel católico como leal al gobierno constitucional. No tuvo necesidad de fingir en un par de momentos del vivo cruce de preguntas y respuestas que mantuvo en 1964 con la periodista Érica Vexler:

—¿Cuáles son las reformas que más admira en la historia de la humanidad?

—Las provocadas por el cristianismo primitivo y por el socialismo.

Y seguro que sorprendió a algún teólogo con su impecable contestación a la última pregunta de la entrevistadora:

—Si tuviera que explicarle a su nieto qué es Dios, ¿qué le diría?

—Que no tiene ningún parecido con ninguna persona real.

Alguna justicia hubo, por tanto, en que en los trances finales de su vida fuera el cardenal Silva Henríquez quien le administra-

ra los últimos auxilios, aunque no fueran auxilios sacramentales, sino políticos.

Allende buscaba desde finales de los años 40, cuando la guerra fría ya dominaba y envenenaba las relaciones internacionales, una escapatoria al capitalismo imperialista y al comunismo soviético, alguna salida a “esta disyuntiva en que se debate el mundo, en esta hora tremenda de grandes opciones”. Como todos los grandes políticos de su tiempo que alguna vez intentaron sustraerse a esta tenaza, persiguió con ahínco una tercera vía y admitió en el Senado que podía tener dos carriles: el cristianismo social (“cuya orientación económica no alcanzo a comprender en toda su amplitud”, dejó caer con ironía) y el socialismo (“cuya orientación económica nadie desconoce”). Pensó también que estos dos caminos podían llegar a confluir, como de hecho se unirían a menudo en alianzas electorales y en acuerdos parlamentarios. Pero él esperaba sin duda entenderse con un partido socialcristiano inspirado y dirigido por personalidades del establishment político y social, como el doctor Cruz Coke, y en cambio se dio de bruces con la Democracia Cristiana de Eduardo Frei.

El Partido Demócrata Cristiano fue el invitado sorpresa de la política chilena. Acabó de nacer en 1957 tras una larga gestación y con menos del 10% de los votos, pero en una década febril les robó el aire a todos los demás partidos: superó el 15% en 1961, el 22% en 1963 (elecciones municipales) y culminó con el 42% en 1965, después de que su candidato presidencial rompiera todos los techos en las presidenciales de 1964 con el 56%. Su declive no fue menos rápido: en 1969 y 1970 ya estaba por debajo del 30%. Luego se fracturó entre partidarios y detractores del golpe de Estado y de la dictadura, y por último se resignó a ocupar un sitio normal en un régimen político normal, obligado como los demás a ganarse el

pan de cada día en la ingrata labor de las negociaciones, los pactos, las alianzas.

Se hizo grande gracias a un grupo de fundadores unidos por fuertes vínculos generacionales y espirituales, bajo el empuje de una Iglesia politizada y con el arrastre de un líder indiscutido, y naufragó cuando se rompió la confianza entre sus dirigentes históricos, la Iglesia volvió a sus misiones espirituales asustada por la virulencia de la confrontación política en su propio seno, y al líder se le acabó el carisma.

Eduardo Frei Montalva distaba mucho de ser el candidato natural a encabezar una revolución, papel que Estados Unidos, el Vaticano y varios países europeos le atribuyeron como alternativa continental a Fidel Castro y para frenar a Allende. En realidad, ni siquiera fue candidato temprano al liderazgo de su partido. Mientras compañeros de generación como Bernardo Leighton, Ignacio Palma, Rafael Agustín Gumucio, Radomiro Tomic se fogueaban en sus primeras refriegas políticas al lado de los estudiantes de izquierda, él seguía con su misa diaria y su militancia apolítica en la Acción Católica. Leighton, por ejemplo, encabezó a los estudiantes de la Universidad Católica que se unieron a los laicos, Allende entre ellos, que ocuparon la Universidad de Chile y precipitaron la caída del gobierno semidictatorial de Ibáñez. Frei, entre tanto, atendía a sus estudios de Derecho en la Católica, convertido, según Leighton, en "perfecto instrumento" del rector, monseñor Carlos Casanueva. Durante todo ese tiempo se lo vio más en congresos eucarísticos que en asambleas políticas.

Le gustaba escribir en periódicos y revistas, y monseñor Casanueva le consiguió su primer empleo: director de un diario de la ciudad de Iquique, filial de una cadena de prensa de la que sería nombrado gerente a su regreso a Santiago. Siguió, pues, de lejos la creación, en 1936, de la Falange Nacional y la revuelta de los jóvenes del Partido Conservador. La Falange nació como grupo de

choque de la juventud conservadora, emulando a las milicias nazis y socialistas, pero operó enseguida como fracción progresista al margen de las estructuras formales y en 1948 rompió con el viejo Partido Conservador y se constituyó como formación política autónoma. Sus fundadores se esforzaron después en negar, contra toda evidencia, que su nombre y su ambición inicial de superar la dicotomía izquierda-derecha se inspiraran en la Falange Española de José Antonio Primo de Rivera, cuando podrían haber hecho valer la rapidez con que se desembarazaron del espíritu miliciano y prefascista tan presente en gran parte del catolicismo de la época. De ese origen molesto y repudiado les quedó la costumbre de tratarse de "camaradas".

El despegue de la carrera política de Frei fue lento y laborioso. Mientras Leighton y Tomic, por ejemplo, llegaban antes de cumplir los 30 años al gobierno y al Parlamento, él fracasó en tres candidaturas sucesivas a la Cámara de Diputados, en 1937, 1941 y 1945. Mientras Allende, poco mayor que él, había sido diputado y ministro y ya era senador, hasta 1941 no logró ganar la presidencia de la Falange, y bajo su mandato los futuros demócratacristianos, ya sin la cobertura del Partido Conservador, perdieron votos y en las elecciones parlamentarias de 1945 quedaron reducidos a un 2,6%. Sin embargo se fue labrando una imagen de persona seria y fiable, magnificada por su prestancia y por su porte y también por un acompañamiento periodístico que no le fallaría nunca. En pleno descalabro electoral, ese mismo año de 1945 el presidente Ríos lo nombró ministro de Obras Públicas en agradecimiento del apoyo recibido de la Falange en la campaña presidencial.

Fue en esa fase cuando firmó su destino. No por sus realizaciones como ministro, pues su paso fue breve, sino porque su nombramiento desencadenó una violenta tormenta eclesial que supo capear mejor que nadie y de la que salió convertido en la mejor apuesta del catolicismo progresista y del Vaticano. En efecto, el

apoyo electoral a Ríos y la incorporación a su gobierno eran cualquier cosa menos anodinos: era un gobierno de masones apoyado por el Partido Comunista. No menos masónica y mucho más comunista fue la coalición encabezada por González Videla al año siguiente, en 1946, y la Falange no dudó en prestarle sus votos en el Congreso Pleno que lo eligió presidente. La gota que colmó el vaso fue el rumor, fundado, de que los falangistas tenían acuerdos de apoyos cruzados con socialistas y comunistas para asegurar la elección de algunos diputados.

El primer trueno estalló en noviembre de 1947. Un obispo auxiliar de Santiago, responsable de la Acción Católica y por tanto jefe espiritual de la Falange, llamó a los falangistas "enemigos de Cristo". Aunque no lo nombraba, Frei era la diana principal de este brutal ataque. Los falangistas pidieron el amparo del episcopado mediante una carta que los obispos consideraron desafiante y poco respetuosa, por lo que su Comisión Permanente cerró filas con el auxiliar de Santiago. En esas condiciones, Frei convenció a la Falange de que antes que romper con la jerarquía eclesiástica era preferible convocar un congreso extraordinario y disolver el partido, y de esta forma convirtió en un asunto mayor un enfrentamiento que hubiera podido resolverse en detrimento suyo.

Siempre cauteloso, Frei esquivó la polémica en la prensa y dejó que monseñor Manuel Larraín se ocupara del caso. Lo solucionó en menos de una semana. Para no romper la unidad de la jerarquía suscribió la carta de apoyo al obispo asesor de la Acción Católica; a continuación logró que la Falange retirara las expresiones ofensivas de su protesta contra esa carta; y por último, cubierto de forma discreta por el cardenal Caro, escribió una carta pública al jefe de la Falange de su diócesis de Talca explicando que los obispos no habían querido condenar a ese partido. Fue un procedimiento alambicado y entre iniciados, pero fue suficiente para conjurar la amenaza de disolución.

Nunca fue más evidente la simbiosis entre la nueva Iglesia y el nuevo partido. Monseñor Larraín consiguió de un plumazo salvar a la Falange y frustrar una operación política de gran envergadura, pues se trataba de reforzar la atadura exclusiva de la Iglesia al Partido Conservador. Sería poco apropiado decir que odiaba a los conservadores, porque su vocación se lo impedía, pero no les guardaba ningún aprecio. Cuando tuvo que defender ante el Vaticano alguna de sus actuaciones subversivas, como la creación de sindicatos campesinos y el apoyo a sus huelgas, se disculpó diciendo que no tenía "afección política, sino pastoral". Pero su juicio sobre la oligarquía política, religiosa y social a la que él mismo pertenecía era uno de los más terribles jamás escritos:

—Solo desea que le defiendan su propiedad. Que el cerco sea de cruces o de bayonetas poco le importa.

Y de hecho fue él el que rompió el cerco y dio la bendición a la reforma agraria, cuando cedió las tierras propiedad de su diócesis a los campesinos que las trabajaban.

La correspondencia publicada 50 años después de estos hechos por su sucesor en Talca, monseñor Carlos González, muestra hasta qué punto la articulación Iglesia-Falange tiene como eje a Eduardo Frei. Con él, Larraín utiliza al mismo tiempo un ascendiente afectivo ("lo he querido como un hijo"), un ascendiente jerárquico cuando le exige "disciplina y sumisión a la autoridad", y, por último, un ascendiente pastoral cuando le pide "más espíritu sobrenatural, más humildad, más sumisión". Es muy dudoso que hubiera querido o podido utilizar semejante lenguaje con cualquier otro de los fundadores de la Democracia Cristiana.

Esta predilección por Frei entre el clero más abierto le abrió además las puertas del Vaticano. El lobby progresista chileno había logrado convencer a la curia romana del riesgo que suponía la identificación exclusiva con el Partido Conservador en pleno auge de los movimientos obreros y populares. Manejaban a los nuncios,

y desde 1934 habían obtenido del cardenal Pacelli, futuro Pío XII, una carta que invitaba a la Iglesia chilena a desmarcarse de la política de partido y abrazar, en italiano, la grande politica. Y de este modo, mientras los conservadores preparaban el asalto a la Falange Nacional, Frei ya estaba en contacto personal con la curia, y nada menos que con el hombre fuerte de la diplomacia romana y futuro papa, monseñor Juan Bautista Montini. En 1945, cuando aceptó el ministerio del presidente Ríos, alguien debe haberle aconsejado que se explicara ante Montini: “Comprendo la necesidad de que V.I. tenga antecedentes míos y por ello paso a dárselos: soy actualmente Ministro de Estado del Gobierno de Chile...”. Le expone que “el país va progresiva y firmemente hacia lo que llamaríamos la izquierda”, que “la inmensa masa del proletariado está sindicalizado”, y que el campesinado no podrá seguir bajo un régimen en el que “no difiere de un siervo medieval”, y en conclusión lo pone en guardia contra aquellos que pudieran crear “alguna dificultad” a la Falange porque ello “acarrearía perturbadoras consecuencias para las ideas católicas y para el país”.

Era la época en que el Vaticano jugaba a fondo la carta de la democracia cristiana en Italia y en otros países de Europa, y a Montini estos mensajes venidos del fin del mundo le abrían una oportunidad única en el otro continente católico, en América Latina. Sin el firme y sostenido apoyo vaticano no se explica la extraordinaria amplitud del apoyo internacional a la Iglesia chilena y a su gran viraje social, y a través de ella a la Democracia Cristiana y a Frei. Los nombramientos de obispos empezaron a recaer de forma sistemática en sacerdotes cultos, trabajadores y cercanos a la gente. De los Estados Unidos y de Europa arribaron centenares de religiosos y religiosas jóvenes que fueron enviados al campo y a los barrios más pobres de las ciudades, al punto de que en los años 60 había en Santiago más sacerdotes y religiosos extranjeros que chilenos. Las transferencias de recursos económicos fueron enormes: entre 1960

y 1964, según publican los autores de la *Historia del siglo xx chileno*, afluyeron así 34 millones de dólares, cuando pocos años antes el cardenal Caro vivía con 50 dólares mensuales.

La confianza que Frei generaba en la jerarquía eclesiástica hasta sus niveles más altos le permitió, por otra parte, sortear la peligrosa acusación de filocomunismo que en plena guerra fría levantaron la derecha y el clero más conservador contra él y contra su partido, acusación que en aquella época y en América Latina bastaba para poner en riesgo de muerte a reformistas mucho más tibios que los socialcristianos chilenos. Los falangistas no dudaban, puesto que lo decía el Papa, de que el comunismo era “intrínsecamente perverso”, pero los comunistas con los que se codeaban a diario en la Universidad, en el Parlamento, en los sindicatos y en los barrios no les parecían la encarnación de la maldad. En la correspondencia publicada por monseñor González hay extractos de una carta de Bernardo Leighton en la que responde a un corresponsal no identificado según el cual el PC chileno “busca preferentemente servir los intereses de Rusia”:

—Para mí, no. El conocimiento personal y directo durante largos años de innumerables comunistas, ubicados en las más variadas situaciones y oportunidades, me lleva a una conclusión diferente.

De paso, con el realismo y la malicia que eran sus marcas de fábrica, Leighton recuerda a su crítico que los comunistas no son los únicos que mantienen relaciones con hombres, partidos y países extranjeros.

A Frei, que entre los fundadores de la Democracia Cristiana era el más cercano a la derecha, el sambenito de filocomunista lo irritó siempre, y en los últimos años de su presidencia se le hizo insoponible, sobre todo cuando la extrema derecha católica lo llamó “el Kerenski chileno” en un panfleto que circuló por toda América Latina. En una carta a su admirada Gabriela Mistral escribió esta frase de contundencia poco acostumbrada:

—Aquí el que no cree que Franco es el salvador del mundo es comunista.

Frei se convirtió en alternativa latinoamericana al comunismo porque la Iglesia, su partido y él mismo estuvieron dispuestos a plantarle batalla en su terreno, dentro de las reglas del juego democrático, y desde posiciones progresistas. Nadie más se atrevió a hacer eso en su tiempo. Frei era anticomunista de libro, pero con los comunistas chilenos de carne y hueso mantuvo relaciones de respeto mutuo, patentes en los elogios que en más de una ocasión cruzó con Luis Corvalán, secretario general del PC. En los años 80, cuando decidió encabezar la oposición a la dictadura, recibió de buen grado a una delegación clandestina del PC y protagonizó en el teatro *Caupolicán una reunión multitudinaria con ruidosa presencia comunista*, en un acto que puede haberle costado la vida. En cambio fue antiallendista más allá de cualquier límite razonable.

En 1949, como se ha dicho en otro capítulo, ganó su primera elección senatorial gracias a la alianza de la Falange con el Partido Socialista Popular, y a partir de ahí su carrera fue imparable. En 1951 la Falange lo proclamó por primera vez precandidato a la presidencia. No tenía base suficiente para correr solo como Allende, pero al menos los falangistas tuvieron el acierto de no dejarse seducir por el populismo de Ibáñez y apoyaron al candidato del Partido Radical. En 1954 Ibáñez quiso aprovechar la popularidad del joven senador y le ofreció a título personal, no de partido, encabezar un gobierno técnico; Frei aceptó, pero Ibáñez le retiró la invitación en otro de sus giros incontrolados. No importó: la oferta no hacía sino consolidar su imagen de político de primera fila y con futuro.

En 1955 los partidos demócrata cristianos de todo el mundo celebraron en Santiago su II Congreso Internacional con el fin nada disimulado de dar solemnidad a su respaldo a la Falange y potenciar la figura de Frei, que presidió el congreso: fue el empujón definitivo para la unificación de los movimientos socialcristianos en el Partido Demócrata Cristiano de Chile, con los falangistas al mando. En 1957 Frei corrió solo por primera vez y renovó su mandato de

senador, pero esta vez por Santiago y con la primera mayoría individual, a un año de las elecciones presidenciales. Mientras Allende armaba su propia candidatura en la Asamblea del Pueblo, Frei buscó sin éxito el apoyo de los partidos Conservador y Liberal y concurrió en solitario. En la meta final de la elección de 1958, Allende, segundo, todavía lo vio por el retrovisor, pero venía ya lanzado a una velocidad que lo haría inalcanzable seis años más tarde.

La otra revolución, la cubana, acabó por encerrar a Allende en dilemas que llegó a sortear con maestría, pero que no logró resolver. Por un lado, la revolución cubana dio visibilidad mundial, medios y urgencia a la alternativa de Frei. Por otro lado, instaló en buena parte de la izquierda expectativas que no eran las de él y un lenguaje cuyos códigos no manejaba.

En 1958 Allende y el Frente Popular estaban ocupados en la campaña electoral y no prestaron atención a lo que estaba pasando en Cuba. Para una izquierda tan clásica como la chilena, una aventura guerrillera en el Caribe, jaleada por la misma prensa norteamericana que pocos años antes había aplaudido el derrocamiento del presidente democrático de Guatemala, tenía un interés más que dudoso. De hecho, los únicos que capitalizaron un poco la simpatía popular por los barbudos de Fidel fueron los democristianos, que tenían contactos con un grupo de dirigentes estudiantiles de la Universidad de La Habana exilados en Santiago. Allende, sin embargo, debió tener informaciones más precisas en Caracas, porque en febrero de 1959, tras asistir a la toma de posesión de su amigo Rómulo Betancourt, siguió viaje a la isla y fue sin duda el primer político latinoamericano importante que vivió en persona los días inaugurales de la revolución triunfante.

Lo primero que vio desde la ventana del hotel lo dejó perplejo: un desfile de 200 policías de la ciudad de Miami, con el alcalde

al frente y con gran acompañamiento de banda de música. Su contacto era un político también tradicional, Carlos Rafael Rodríguez, dirigente del Partido Socialista Popular (comunista), quien a pesar de su militancia y de su edad se había unido a la guerrilla y había combatido en la Sierra Maestra. Fue Rodríguez quien alertó al Che Guevara y propició el encuentro entre dos hombres que en pocos años serían, por tomar prestada una expresión de Pablo Neruda, los “cadáveres inmortales” del siglo xx latinoamericano.

El Che recibió a Allende en su cuartel de la fortaleza colonial de La Cabaña, tendido en un catre y en pleno ataque de asma. Eran médicos ambos, y jugadores de ajedrez, pero ahí se terminaban las semejanzas. En el camastro, semidesnudo, el guerrillero nómada, y enfrente, con traje claro y corbata, el senador bien asentado. Los separaban, además, 20 años de edad. Guevara había pasado por Chile en la primera etapa del famoso viaje de los *Diarios de motocicleta*. Sus notas de viaje no revelan ningún interés por la política o los políticos chilenos, pero la presencia del senador le reavivó la memoria, lo suficiente al menos para ponerlo en aprietos. Allende recordaba así sus primeras palabras:

—Mire, Allende, yo sé perfectamente quién es usted. Yo le oí en la campaña presidencial del 52 dos discursos, uno muy bueno y otro muy malo.

Y a continuación se quejó de que había tratado de hablar con él y que lo había esperado en vano durante horas.

El resto de la conversación no ha trascendido, porque fue breve o porque había poco que contar. Allende iba a utilizar una y otra vez este encuentro con el Che para blindarse por su izquierda, y más aún después de que, al año siguiente, el Che le regalara su libro *Guerra de guerrillas* con esta dedicatoria: “A Salvador Allende, que por otros medios trata de obtener lo mismo”. La esgrimió una y otra vez ante la izquierda militarista como prueba de que el guerrillero heroico avalaba su opción por la vía electoral. Es cierto

que las dedicatorias del Che solían tener un tono muy distinto (a su compañero de viaje Alberto Granado: “Para que tengas esperanzas de no acabar tus días sin sentir el olor a pólvora y el grito de guerra de los pueblos”), y de todos modos, si llegó a discrepar del uso que le dio Allende no lo dijo, o no tuvo tiempo de decirlo.

Guevara le facilitó una entrevista con Raúl Castro y este, a su vez, lo condujo hasta Fidel.

—Lo recuerdo como si fuera hoy, diría Allende años después. Estaba en un consejo de gabinete. Me hizo entrar y yo presencié parte de la reunión.

Debe haber sido uno de los primeros consejos de ministros presididos por Fidel, que había sido nombrado jefe de gobierno el 6 de febrero. A partir de ese momento, disuelto ya un primer gobierno integrado por formaciones y personalidades de toda la oposición a la dictadura, Fidel, Raúl y el Che tomaron el mando. Allende pudo darse cuenta de que la revolución iba en serio: se acabaron los desfiles de la policía de Miami y empezaba la reforma agraria, y con ella el primer desafío frontal a los intereses norteamericanos en Cuba.

Allende regresó del viaje pensando en Guatemala tanto como en Cuba. Tan solo cinco años antes, el gobierno de los Estados Unidos había derrocado al presidente Jacobo Árbenz por haber osado decretar una reforma agraria que amenazaba a las plantaciones esclavistas de la compañía bananera United Fruit. Allende había seguido de cerca estos hechos porque tenía amistad con el predecesor de Árbenz, el doctor Juan José Arévalo, quien no solo había sido el primer presidente del país elegido en votación democrática, sino que había completado sin tropiezos la totalidad de su mandato. En el Senado había pronunciado un discurso de homenaje al gobierno de Árbenz, en el que ridiculizó el pretexto de la invasión con palabras de Arévalo (“¡Guatemala, gobierno comunista! ¡Un país con un 70% de analfabetos, con un 70% de descalzos, con un 70% de palúdicos! ¡Ese es el drama de mi patria, Allende!”). En otra oportu-

nidad, también en el Senado, insistió en que el derrocamiento de Árbenz había sido un "atracó internacional" a Guatemala, país desdichado que en ese tiempo supo darse una oportunidad y que durante generaciones no volvería a tener un gobierno decente.

Los temores de Allende empezaron a disiparse al cabo de su segundo y su tercer viaje a la isla. Cinco meses después del primer encuentro acudió invitado a los actos del 26 de julio y vio desfilar por las calles de La Habana a medio millón de guajiros:

—Cuando golpeaban los machetes, forma que tienen los campesinos de expresar adhesión a las palabras de Fidel, yo sentía el anuncio de lo que estos sonidos sembraban en América: la reforma agraria.

Y al año siguiente presenció desde la tribuna de honor una concentración de 700.000 personas en la fiesta del primero de mayo:

—Esta vez vi a un pueblo organizado, consciente, no a una masa humana reunida espontáneamente, como la de los campesinos de la vez anterior.

Allende dejó de pensar en Guatemala. Hablaba en el Senado para asociarse a un nuevo 26 de julio castrista, el de 1960, y recordó haber asistido a actos de masas en Moscú y haber visto también a otras 700.000 personas en Pekín, en el quinto aniversario de la revolución china; nada comparable, en proporción a los habitantes, a lo que había visto en La Habana. Quiso entender que el proceso cubano era viable, que era una revolución latinoamericana cuyo referente histórico estaba en el propio continente: la revolución mexicana. Nadie hablaba todavía de revolución socialista, ni los cubanos ni la CIA, que se había declarado incapaz de definir la ideología de Fidel Castro ("un enigma").

Los que no dejaron de pensar en Guatemala fueron Fidel Castro y el Che Guevara. Sobre todo el Che, que vivía en aquel país en la época del atraco norteamericano. Se protegieron, en primer lugar, explotando a fondo la inmensa popularidad de Fidel Castro en los Es-

tados Unidos y en Europa y ganando la batalla de la imagen. En segundo lugar, depuraron las fuerzas armadas de la dictadura y formaron un ejército que, como se veía enseguida, debía ser capaz de hacer frente a una invasión contrarrevolucionaria. Y en tercer lugar, tuvieron suerte: en abril de 1961, cuando la CIA ordena el desembarco en Bahía Cochinos, los Estados Unidos tienen un nuevo presidente, J.F. Kennedy, que no está al corriente de los planes, que no ha tenido tiempo de definir su política cubana, y que niega el apoyo aéreo, condenando la operación al fracaso. El resto, como suele decirse, es historia: Cuba se abrigó bajo el paraguas nuclear de la URSS, se integró en el mercado común de los países socialistas, estableció un régimen de partido único comunista, y contra toda probabilidad Fidel Castro y su revolución sobrevivieron al bloqueo norteamericano, al hundimiento de la URSS y a diez presidentes de los Estados Unidos.

De los diez, Kennedy fue el único que esbozó para América Latina una política que no lo fiara todo a las intervenciones militares y a la defensa ciega de los intereses de las multinacionales. Sin renunciar a la "acción encubierta" (propaganda, sabotaje, terrorismo) ni a la "acción ejecutiva" (asesinato político) de las agencias de espionaje, Kennedy apostó por una estrategia de desarrollo basada en la reforma agraria, la educación, la construcción de infraestructuras y la creación de un espacio comercial latinoamericano. La Alianza para el Progreso, formalizada en Punta del Este solo cuatro meses después del fiasco de la invasión de Cuba, debía ser el marco jurídico y económico de las reformas, y mientras tanto los jóvenes voluntarios del Cuerpo de Paz cambiarían con su altruismo y su simpatía la pésima imagen del yanqui prepotente, un poco a la manera de los GI en la posguerra europea. Por un momento, la coincidencia excepcional de gobiernos democráticos y reformistas en Venezuela, Colombia, Perú, Uruguay, Argentina y Brasil pareció dar viabilidad a esa estrategia. En Chile el gobierno de Kennedy descubrió bases sólidas para una acción de gran envergadura y decidió con-

vertir al país en el escaparate de la Alianza. Era el cliente perfecto: una democracia estable, una administración pública capacitada para diseñar y llevar a cabo grandes proyectos de inversión y de reforma, una sociedad civil viva y diversificada, un gran partido reformista como la Democracia Cristiana, y un político, Eduardo Frei, al que la prensa norteamericana empezó a llamar "el hombre necesario" y "la última esperanza"; como acicate, contaba además con el Partido Comunista más poderoso del continente.

La Alianza para el Progreso de Kennedy fue tan efímera y tan inconsistente como la política de Buena Vecindad de Roosevelt, pero desde principios de los años 60, mientras Chile perdía otro sexenio presidencial bajo un gobierno claudicante, la imagen nacional e internacional de Eduardo Frei crecía como alternativa a Fidel Castro. Y en esta pugna, jaleada por un coro mediático mundial alimentado por los dólares de la CIA, Allende quedaba desenfocado, como un político antiguo y provinciano.

Para Allende la dificultad era extrema. Aunque conocía bien a Frei y recelaba de su entereza y de sus convicciones últimas, conocía también a los demás dirigentes de la Democracia Cristiana y los sabía comprometidos con dos causas por las que él peleaba desde hacía 30 años: la reforma agraria y la nacionalización del cobre. Y aunque simpatizaba con la revolución cubana, rechazaba para Chile la vía castrista y esto le creaba dificultades en su propio partido y en los nuevos contingentes que se incorporaban a la izquierda. En pleno acceso de fiebre revolucionaria, entre el "todo tiene que cambiar" de Frei y el "patria o muerte" de Fidel Castro, el remedio del doctor Allende parecía una receta vieja y gastada, la misma desde los años 40:

—La revolución no tiene el contenido habitual y pequeño con que suele emplearse esta palabra. No es revolucionario el que, por la fuerza, logra transitoriamente mandar. En cambio, puede ser revolucionario el gobernante que, llegando legalmente al poder,

transforma el sentido social, la convivencia social, las bases económicas del país. Ese es el sentido que nosotros damos al concepto de revolución: transformación profunda y creadora.

En esta etapa tenía al menos la tranquilidad de que, tras la excelente campaña de 1958, nadie le disputaba el liderazgo de la izquierda. El buen entendimiento personal con Salomón Corbalán, secretario general del PS, protegía su flanco más expuesto.

Era, sin embargo, un líder sin aparato, pues el Frente de Acción Popular que él presidía no tenía existencia orgánica más que en las campañas electorales. Su infraestructura se reducía a la de su oficina del Senado, donde Miguel Labarca bastante tenía con llevar la agenda, atender a las visitas, resolver los problemas que a diario traían los votantes, responder a las cartas y preparar los trabajos legislativos. El FRAP lo dirigía con ayuda de cuatro jóvenes socialistas o comunistas que lo secundaban con devoción total y desinteresada. El primero, por supuesto, Osvaldo Puccio. El más joven, y el único remunerado, era Ozren Agnic, que se incorporó al grupo siendo estudiante de primer año de economía y después fue secretario de Allende en el Senado hasta 1965; en 2008, en vísperas del centenario del nacimiento de Allende, publicó un libro de memorias, *Allende, el hombre y el político*. El tercero era el futuro historiador Gonzalo Piwonka, que por encargo de Allende fue al parecer uno de los primeros chilenos que recibieron entrenamiento paramilitar en Cuba. El cuarto era Cristián Casanova, cuya vida es la mejor novela no escrita del Chile de esa época. Era como un barón de Münchhausen de la aristocracia santiaguina, con la diferencia de que sus historias inverosímiles eran todas verdaderas. Tenía el don de fascinar e irritar a Allende al mismo tiempo, como hizo más tarde con Graham Green y con François Mitterrand (y, más modestamente, con el autor de este libro). De los cuatro era con mucho el más foguea-

do. Comunista por libre, tenía entrenamiento formal de espía y había pasado la guerra mundial en Madrid rodeado de marquesas, jugando al tenis con los oficiales de la embajada alemana y seduciendo con fines bélicos y en aras de la causa a sus esposas y amantes. Era además un escritor fácil y ameno, al que no hubo forma de persuadir de que escribiera sus memorias.

Este es el grupo que pasó a la historia íntima del allendismo con el nombre de *los Focas*, por una broma escatológica de Allende, y fue lo más parecido que tuvo a un equipo propio hasta que fue presidente de la República. Osvaldo Puccio Huidobro los recuerda comiendo de pie alrededor de la tabla de planchar, un día en que las deudas electorales de su padre se habían llevado por delante, embargado, el resto del mobiliario doméstico.

Allende poseía, además de sus extensas y firmes raíces en el electorado, una tupida red de relaciones políticas y sociales, hasta el punto de que podía recibir ayudas, incluso económicas, de amigos que ni siquiera votaban por él, pero era consciente de la debilidad que suponía presidir una coalición sin tener el control de ninguno de los partidos que la componían. La campaña de 1958 le hizo concebir la ambición de crear una militancia FRAP, y por tanto allendista, con la esperanza apenas disimulada de fusionar en ella a los partidos comunista y socialista.

Ideó para ello un instrumento, el Instituto Popular, que diera continuidad al buen trabajo de los equipos profesionales que habían redactado el programa de 1958. Además de seguir elaborando propuestas de gobierno, debía prestar asesoría técnica a los parlamentarios del FRAP y albergar una escuela de formación de cuadros. El Instituto abrió sus puertas en 1959 en un local alquilado y amueblado por los Focas, bajo la presidencia de Max Nolff y la doble vicepresidencia de Clodomiro Almeyda y de Puccio, y con un consejo directivo integrado por jóvenes profesionales de los dos grandes partidos del FRAP y algunos independientes.

En ese *think tank* allendista el único que cobraba era el **conserje**, pero aún así el Partido Socialista lo vio como una amenaza. Salomón Corbalán se opuso a la militancia FRAP con el argumento de que en tres meses estaría controlada por los comunistas, a lo que Allende replicó airado que si el PS estaba mal organizado y se sentía acomplejado ante los comunistas, el secretario general debía "tener los cojones suficientes como para darse cuenta de que no sirve para el cargo". Y eso que consideraba a Corbalán como de lo mejor que había en el partido.

Perdida esta enésima batalla interna, y con el Instituto condenado a languidecer y a cerrar a medio plazo, Allende encontró la oportunidad de dar un nuevo golpe de autoridad en las elecciones parlamentarias de 1961, en las que debía renovar su mandato senatorial. Dado que su perfil de senador era ya de ámbito nacional, y por tanto no limitado a ninguna circunscripción en particular, decidió elegir él mismo, y lo hizo exhibiendo su superioridad sobre el resto de los candidatos socialistas en liza y perdonándoles la vida. Dijo que no quería repetir candidatura por Tarapacá y Antofagasta porque esta vez los comunistas llevaban candidato propio y si él se presentaba dejaría fuera del Senado a Raúl Ampuero. Tampoco podía presentarse por O'Higgins y Colchagua, porque el damnificado sería Salomón Corbalán. En Magallanes, que lo había elegido en 1945, era una lástima perder a un buen senador como Aniceto Rodríguez. Quedaba la circunscripción de Linares, Talca y Maule, pero esa era intocable porque el FRAP tenía el compromiso de votar a Rafael Tarud, viejo zorro cuyo apoyo necesitaba Allende para mayores empresas. Concluido este repaso, "exigió" ser candidato por Valparaíso y Aconcagua, donde el médico comunista Jaime Barros tenía la reelección asegurada y donde era imposible que el FRAP obtuviera dos escaños.

Puccio no daba crédito a lo que oía. A la salida de la reunión, ya en el auto, se encaró con Allende:

—Doctor, no sé si el que está loco soy yo o usted. Usted no tiene ninguna posibilidad de salir por Valparaíso y Aconcagua.

—Osvaldo, ya le he dicho tantas veces que usted no entiende nada de política. Lo lógico y natural es que pierda. Pero si gana, nadie me puede negar el derecho a ser el candidato presidencial en 1964. O sea, a apretarnos los pantalones y a trabajar como enanos.

Ganó, claro está. Además arrimó votos para reelegir a Jaime Barros y el FRAP mejoró en todo el país la votación obtenida en las elecciones presidenciales. Enfrente, la situación se invertía. Con el 15% de los votos en el conjunto de la nación, el Partido Demócrata Cristiano pesaba la mitad que el FRAP y quedaba muy por debajo de los resultados cosechados por Frei tres años antes. Calculado en votos, se confirmaba una vez más que Frei valía él solo mucho más que todo el partido, lo que no dejaría de tener grandes consecuencias, no todas buenas.

La campaña de Allende para las presidenciales del 64 empezó a todos los efectos con un gesto que desconcertó a Puccio: lo citó en su casa, lo hizo pasar al despacho y se puso la capa de médico. Era su forma de dar solemnidad a la petición de que dejara su empleo (era jefe de ventas de la marca de automóviles americanos Studebaker) y se dedicara a tiempo completo a la campaña. Le dijo que lo pensara, pero apenas salió del despacho, el otro Allende, el manipulador, el impaciente, llamó a Myriam Huidobro de Puccio y se invitó a cenar con ellos esa misma noche. El matrimonio hizo cuentas y doña Myriam decidió que ajustando gastos podía administrar la casa durante un año con los ahorros. Puccio aceptó el encargo con la condición de no cobrar sueldo.

El despliegue de campaña del FRAP estaba ya muy rodado en elecciones presidenciales, parlamentarias y municipales. Los partidos de la coalición aportaban una base electoral firme, en torno al

30%; Allende miraba de reojo el 22% del Partido Radical y su nutrida bancada parlamentaria, pero el PS le tenía vetado cualquier acercamiento. El candidato, y la propia campaña, tenían que aportar otros diez puntos para ganar la primera mayoría. Para gobernar se necesitarían después pactos que parecían asequibles dado que, al cabo de seis años de gobierno intrascendente, existía en el país un alto grado de consenso sobre la necesidad de reformas profundas.

Esta vez no había precandidaturas que compitieran con Allende y que aportaran votos. Era imprescindible, por tanto, crear organizaciones de apoyo que abrieran espacios a los que no tenían acceso los partidos y organizaciones de la izquierda, y dar un máximo de visibilidad a esas organizaciones. Era el trabajo esencial de Allende y de sus redes personales.

El primero de estos "frentes de masas", como se decía en el lenguaje de la época, era el Movimiento Católico Allendista, del que se esperaba que hiciera alguna mella en el voto católico progresista monopolizado por la Democracia Cristiana. Aunque era una causa desesperada, Allende se cobró una pieza mayor con la adhesión de su viejo profesor y colega el doctor Eduardo Cruz Coke, pionero del movimiento socialcristiano desplazado por Frei, en quien, como dice con exquisito eufemismo su biógrafo Cristián Gazmuri (*Eduardo Frei Montalva y su época*, 2000), "no apreciaba las virtudes de un auténtico estadista". Para los militares en retiro, vehículo habitual de llegada a los militares en activo, estaban el Frente Cívico Militar y el Baluarte del Pueblo, encabezado este último por un viejo conocido de los tiempos de Marmaduke Grove, el aviador Arturo Merino Benítez (el mismo que da nombre al aeropuerto internacional de Santiago por decisión del presidente Allende). Los frentes de independientes y de profesionales y técnicos aportaban personalidades de prestigio además de estudios y programas sectoriales y, como se esperaba, futuros ministros y cuadros de gobierno.

En ausencia del imposible pacto con el Partido Radical, cobraba especial importancia el auxilio de la masonería, tarea a la que se abocó Allende multiplicando las visitas a las logias y las gestiones del insustituible Puccio, tan masón él mismo que siendo niño, como oía que se trataban de hermanos con su padre, a todos los masones los llamaba tíos (y tan atrevido que en una ocasión dejó plantado al Serenísimo Gran Maestro diciéndole que lo encontraba alteradísimo). Puccio calculaba que en Chile había unos 4.000 masones; pues bien, en una cena logró reunir a 400 para escuchar a Allende, provocando de paso tal alarma en la derecha que la jerarquía de la orden se vio obligada a declarar que la masonería no tenía candidato. También servía: eso quería decir que no estaba amarrada al candidato del Partido Radical. Más allá de su número, su influencia política, social y económica aún era grande, cosa que tampoco ignoraba Frei: aunque de forma mucho más discreta, también buscó apoyos en esta hermandad que tanto espantaba a los católicos.

El talón de Aquiles de la izquierda era el voto de las mujeres, que había impedido seis años antes la victoria de Allende. Para combatir el doble efecto combinado del conservadurismo ancestral y del nuevo catolicismo, el FRAP creó el Comité Independiente de Mujeres Allendistas. Allende se daba cuenta de que el entusiasmo de sus partidarias, entre las que se contaban las profesionales más liberadas y feministas, las grandes actrices de teatro y las menos famosas de cabarets y revistas de mala reputación (por no hablar de la adhesión no publicada de las "compañeras de la noche"), podía espantar más votos de los que atraía, y fue entonces cuando acudió por primera vez a su hermana Laura en busca de una imagen más convencional. Laura Allende era una burguesa que no tenía el menor interés por la política y que hasta la fecha solo había llamado la atención por sus vestidos y por su belleza, pero la campaña la transfiguró. Al contacto de la miseria y del calor de las mujeres de las poblaciones se convirtió en una activista a menudo extrema y más tar-

de, con una altísima votación individual, en una diputada aguerrida que siempre se las arregló para estar en primera línea de todos los conflictos sociales.

El último frente, y la gran anécdota de la campaña, se abrió con la irrupción de Spiro California, el rey de los gitanos, con una oferta para Allende. Explicó que en Chile había 10.000 gitanos, que los hombres se dedicaban a fabricar utensilios de cocina de cobre y las mujeres a leer la suerte a los viandantes. El gitano California, que acababa de inventar por su cuenta lo que mucho más tarde se llamaría la propaganda viral, proponía el siguiente trato: las mujeres anunciarían a sus clientes el gran porvenir que les aguardaba gracias a la próxima elección de un presidente que tenía todos los rasgos de Allende, y este se comprometía a ceder a los gitanos los recortes del cobre. A Puccio no le pareció mal, y con algunos compañeros comprobó en la calle que Spiro California estaba cumpliendo su parte del trato. Lo que no se esperaba es que apareciera seis años más tarde en La Moneda para reclamar el cumplimiento de la otra parte, y menos aún que, como le reprochó indignado el ministro de Minería, los recortes del cobre valieran 15 millones de dólares.

Las perspectivas eran buenas para Allende. En 1963 las elecciones municipales fueron un ensayo que confirmó el ascenso electoral del FRAP y la fortaleza del Partido Radical, junto con un importante trasvase de votos de la derecha tradicional (conservadores y liberales) a la Democracia Cristiana. En 1964, a seis meses de las elecciones, las perspectivas de un gran triunfo allendista ya no eran solo buenas, eran demasiado buenas.

En los regímenes en los que las vacantes parlamentarias se cubren mediante elecciones parciales, como ocurría en Chile, estas votaciones pueden tener un impacto mayor y son más difíciles de manipular que las encuestas. En 1964 las fuerzas en liza se encontraban ya en formación perfecta y, a lo que parecía, estable. En realidad, frente al empuje del FRAP y a la cabalgada en solitario de la

Democracia Cristiana, la derecha oponía una alianza oportunista y endeble, el Frente Democrático. El Partido Liberal y el Partido Conservador, que en 1958 se habían escondido con éxito detrás de la candidatura "apolítica" e "independiente" y del apellido de Jorge Alessandri, no encontraron ahora ningún candidato plausible y tentaron a los radicales: la suma de los últimos resultados de los tres partidos, 46%, prometía una primera mayoría holgada a su candidato, el senador Julio Durán. Pero falleció el diputado socialista por Curicó, el doctor Óscar Naranjo, y su sucesión se convirtió en un ensayo general con todo de la elección presidencial.

El drama se agrandó por un error de cálculo de Julio Durán y del Frente Democrático. Convencidos de su supremacía de siempre en una circunscripción muy rural, hicieron de la elección un plebiscito, pero los derrotó el doctor Óscar Naranjo hijo, quedando en tercer lugar el candidato de Frei. El naranjazo puso patas arriba la campaña electoral. La derecha vio que perdía con Durán y lo dejó caer. Los dos partidos tradicionales se retiraron de la contienda. Ese día empezó otra campaña. La percepción de la izquierda se resume en una frase que algunos atribuyen a Allende y otros al diputado electo:

—Hemos ganado un diputado, pero hemos perdido un presidente.

Seis meses después, el 4 de septiembre de 1964, el descalabro fue total: Frei llegó al 56% y Allende se quedó en el 39%, con casi dos millones y medio de votantes y una participación del 87% de los inscritos y del 62% de la población en edad de votar. La votación femenina de Frei duplicó la de Allende.

Allende sabía desde hacía meses que tenía la elección perdida. Se lo dijo a Puccio, en un desahogo muy poco característico, al término de una gran concentración del FRAP en Santiago. Tan grande, pensó Allende, que en la derecha ningún elector dudaría ya en apoyar a Frei. Eran días sombríos para él porque se moría su madre,

y necesitó reunir fuerzas y orgullo para levantar la moral de su confidente:

—Osvaldo, las batallas no se dan para ganarlas siempre. Pero hay que darlas.

Fue una pugna en condiciones muy desiguales. Allende tuvo que hacer frente no a una campaña, sino a dos. Por un lado, a una campaña mesiánica que exaltó a Frei como fundador de una "patria joven" y caudillo de una "revolución en libertad". Por otro, a una campaña que lo diabolizó a él y que sembró un temor duradero en gran parte de la población. Allende, que en política lo había visto todo, podía entender la primera, porque había presenciado antes el desbordamiento de fervor popular en torno a Arturo Alessandri en 1932 y al general Ibáñez 20 años después. Más dura sería la caída. En cambio, no pudo perdonar la campaña del terror, de la que hizo responsable a Frei, y tuvo razón, porque de aquella campaña vino el viento de pánico que enloqueció a muchos chilenos entre septiembre y noviembre de 1970, y el terror de verdad de septiembre de 1973.

Pocas semanas después del desastre de la derecha en Curicó, Frei había dejado de ser el político dubitativo y tímido que desesperaba a sus compañeros de partido y aparecía investido del carisma de Kennedy, de la elocuencia de Martin Luther King, de la bondad de Juan XXIII y hasta del descaro de los Beatles. Fue llevado en andas, nunca mejor dicho, por un partido entregado, por una Iglesia que ponía en él todas sus complacencias (más los 34 millones de dólares de los últimos cuatro años), por las mujeres, que lo abrazaron como el marido perfecto y el yerno ideal, y por una juventud a la que se halagó en aquellos años como si ser joven fuera un valor moral.

¿Qué necesidad tenía, además, de los 4 millones de dólares de la CIA contabilizados y auditados años después por el Senado de los Estados Unidos? ¿Para qué quería, si contaba con el entusiasmo ge-

nuino de miles de voluntarios, la ayuda mercenaria de unas pocas docenas de periodistas y publicistas pagados con ese dinero? Según el informe del comité de investigación presidido por el senador Franck Church (*Covert Action in Chile 1963-1973*, 1975), una parte de esos fondos sirvió para financiar algo más de la mitad de la campaña electoral de Frei. El resto era todavía una suma cuantiosa para un país de ocho millones de habitantes y menos de 500 dólares de renta per cápita anual, aun descontando las mermas que sin duda enriquecieron a más de un intermediario, porque no son operaciones en las que se extiendan recibos. Esos fondos fueron utilizados para orquestar lo que el informe Church describe como “una masiva campaña de terror con fuerte presencia de tanques soviéticos y pelotones de fusilamiento cubanos, especialmente dirigida a las mujeres”, con mensajes tan poco sutiles como bien calibrados. Una cuña emitida cientos de veces por las radios compradas reproducía el sonido de una ametralladora y los gritos desgarradores de una madre a la que los comunistas le mataban a un hijo. Allende era una mezcla de Stalin y Fidel Castro.

Pero esto era solo para asustar a las señoras. En Washington había temores mucho más fundados. Por ejemplo, en 1961 Allende había presentado en el Senado un proyecto de ley de nacionalización del cobre. No era el primero, pero este contenía una disposición tan lógica como ruinosa para las compañías norteamericanas: se las expropiaba pagando el valor que ellas mismas declaraban a la Hacienda chilena.

El propio informe del Senado se pregunta qué necesidad tenía el gobierno de los Estados Unidos de asegurarle a Frei una mayoría absoluta cuando le hubiera bastado con la primera mayoría. Algún miembro del comité Church debía tener un conocimiento sutil de la política chilena, porque la abultada votación de Frei tuvo, en efecto, consecuencias desastrosas: un partido que en 1963 había festejado como histórico un resultado del 22%, se creyó de la

noche a la mañana mayoría absoluta y se dispuso a formar, por primera vez en Chile, un gobierno de partido único.

Allende quedó muy tocado por este tercer fracaso en su carrera hacia la presidencia de la República. Una tarde llegó a la casa de Max Nollf y permaneció largas horas sentado, en silencio, preguntándose de vez en cuando en voz alta:

—Y ahora, ¿qué hago?

Lo salvó, como tantas otras veces, la ironía que era capaz de volver contra sí mismo, porque Allende llevaba dentro su propio bufón, que lo defendía de la autocomplacencia como del hundimiento. En los buenos momentos extendía el brazo a sus amigos, o incluso a extraños, y los invitaba:

—Toca, toca, porque esta carne es bronce para la Historia.

Tras el fracaso de 1964, con la estatua menos erguida, sin percatarse de que fue durante esa campaña cuando la posteridad empezó a hacerle guiños (una carta de Bertrand Russell, una partitura de Shostakovich, un dibujo de Picasso), imaginó este epitafio que corrió de boca en boca:

Aquí yace Salvador Allende, futuro presidente de Chile.

Capítulo 10

La reinención de Allende

El 3 de noviembre de 1964 se produjeron en Chile no uno, sino dos hechos históricos. Ante el Congreso Pleno, Eduardo Frei se terció la banda tricolor de los presidentes de Chile. Y terminado el acto, Jorge Alessandri se retiró con discreción y caminó a pie las pocas cuadras que lo separaban de su casa. Lo aplaudieron algunos paseantes, acostumbrados a verlo salir de La Moneda cada mediodía a la hora del almuerzo y mezclarse con los peatones ante los semáforos.

Con esta estampa de dignidad cívica se cerraba para siempre la historia centenaria de la derecha republicana chilena, que había sido capaz de defender sus intereses sin renunciar a un alto sentido del Estado, apegada a un orden que defendió con saña, pero también a una ley que abrió cauces a la expresión de las mayorías. Por haber encarnado a su manera estos valores nacionales, historiadores de la nueva derecha antidemocrática han llegado a decir que Jorge Alessandri era socialista.

No lo era, pero estaba muy lejos de la derecha rupestre que vendría después. Durante el gobierno de Jorge Alessandri, por ejemplo, Chile aprovechó la celebración del Campeonato Mundial

de Fútbol de 1962 para estrenar la televisión bajo un régimen original y único, que hizo honor a la tradición ilustrada de la derecha liberal del siglo XIX. Había dos modelos, el oligopolio comercial vigente en Estados Unidos y el monopolio estatal de los países europeos. El gobierno y los legisladores imaginaron otro: adjudicaron dos canales, uno a la Universidad de Chile (canal 9) y otro a la Universidad Católica (canal 13), abriendo así para el nuevo medio una excepción cultural *avant la lettre* y ensanchando de paso la enorme huella social y cultural de las dos universidades en el paisaje de la nación. Las emisoras se financiaban con publicidad, pero se entendió que las universidades eran garantía de independencia frente al poder político y a los grandes anunciantes. Y la contrastada matriz ideológica de las dos instituciones, laica y de izquierda una, católica y de derecha la otra, debía ser garantía de pluralismo y de competencia en el nuevo espacio comunicacional.

Frente al nuevo mandatario eufórico y al nuevo ciudadano de a pie, Allende exhibía el rostro sombrío del perdedor. Ahora, por cierto, con la mueca añadida de un rencor imposible de ocultar. A Frei, que se comportaba como si los graves excesos de su campaña no tuvieran nada que ver con él, aún le quedaban ganas de bromear, como cuando eran jóvenes colegas en el Senado y padres de familia numerosa en los fines de semana y los veranos de Algarrobo. Algún tiempo después, a punto de comenzar un mensaje presidencial al Congreso Pleno, con Allende al lado porque no tenía otro remedio (era presidente del Senado), Frei lo tentó:

—Ríete, Chicho.

Allende, que era incapaz de resistirse a un desafío verbal, le contestó cuando terminó el discurso, señalando el sombrero de copa del presidente:

—Déjame el colero que lo voy a necesitar.

Frei le respondió que no se hiciera ilusiones. Seis años después cambiaron las tornas y sería Allende, elegido presidente, el que con

bromas repetidas intentaría en vano levantar el ánimo de un Frei desquiciado. Pero en aquel momento Frei tenía razón: Allende era un político amortizado.

La brújula política, sin embargo, no la perdía ni siquiera hundido. Lo demostró en una entrevista que concedió al periodista Luis Hernández Parker para el semanario *Ercilla* y publicada el 4 de noviembre, el mismo día en que Frei estrenaba su mandato. Su juicio anticipa en seis años un buen resumen de lo que iba a ser la presidencia de su adversario:

—Como chileno y hombre de izquierda, hago sinceros votos porque Frei pueda cumplirle al pueblo; pero así como tiene hondos compromisos con él, también los tiene, y tremendos, con los enemigos históricos del pueblo. Por eso su gobierno será una carrera de obstáculos y un sexenio de entrecruzadas presiones.

Se sobrepuso también al rencor, aunque en lo personal tuviera más y mayores razones que su compañero el senador socialista Aniceto Rodríguez. Este se apresuró a anunciar que el PS negaría "el pan y la sal" al gobierno de Frei, amenaza que ha quedado en la historia como prueba de la intransigencia del PS, pero que ni se cumplió en el Parlamento ni comprometía a Allende. A diferencia de una izquierda para la que Frei y la Democracia Cristiana eran "más de lo mismo", "la otra cara de la derecha", Allende mantenía una valoración mucho menos tosca, y en esa misma entrevista limitar a *Ercilla* se tomó la molestia de recordarle, al periodista y a sus compañeros de partido, que Frei no era Ibáñez ni la DC una reedición del populismo, que no eran "improvisados ni espontáneos", que venían "caminando desde antes de que la Falange Nacional se separara del Partido Conservador", y que su mérito era haber marcado "pautas a su propia Iglesia". Los conocía desde la Universidad, había asistido a la larga gestación del partido en el Parlamen-

to y en la calle, era amigo de muchos de sus dirigentes, sabía que eran "otra cosa":

—Frei no es un solitario, ni un independiente. Es un militante. Y milita en un partido con raíces mundiales.

Y por tanto, anunciaba, "Frei hará un gobierno diferente a cuantos existieron en Chile hasta ahora", un gobierno de "un estilo nuevo" y en un contexto inédito de hegemonía de las fuerzas populares:

—Frei, por muchos y secretos que sean sus compromisos con el gran capital financiero, tendrá que tomar en cuenta al pueblo. Al que votó por nosotros y al que votó por él. La suma de esas voluntades multitudinarias es muchísimo mayor que la de los intereses confidenciales que lo rodean.

De ahí la necesidad de hacer también un tipo diferente de oposición:

—Le deseo éxito. Nosotros desde la oposición estimularemos todas sus iniciativas de real bienestar popular. Pero sabemos cuán difícil le será cumplir con los trabajadores y cuán fácil cumplir a los poderosos.

Por eso Allende se hizo a un lado y evitó el choque frontal con el gobierno durante todo el sexenio de la Democracia Cristiana. Debió seguir con extrema curiosidad el curso de una acción de gobierno novedosa y seria, pero que para él, que tenía el modelo socialista en la cabeza, carecía de referencias "científicas" y adolecía, como ya le había dicho a Cruz Coke en los años 40, de una grave falta de doctrina económica.

No se alteró ni siquiera cuando vio al gobierno empecinado en una negociación descabellada con las compañías norteamericanas del cobre, que engañaron a Frei (pero no a todos sus técnicos, ni al conjunto de su partido) y lo arrastraron a una "chilenización" ruinosa. Contra otro gobierno habría arremetido con estrépito. En cambio, su intervención en el Senado fue una súplica a la bancada de la DC, donde sabía que muchos estaban de acuerdo con él:

—Señores senadores, la historia avanza, estamos viviendo una época distinta. Si sus señorías son gobierno es porque un hálito ha soplado en esta Patria. No pierdan esta oportunidad. No se entreguen.

El error era tan grave y tan manifiesto que dejó de lado sus resquemores y se dirigió a Frei con una emoción muy poco política, que sorprende más cuando se sabe que durante todo el sexenio evitó al presidente tanto en público como en privado:

—Y desde aquí, con respeto pero con energía, a mi amigo de ayer y a mi adversario de tantas horas, con quien disenti y compartí opiniones en este mismo recinto, al hombre que llegó al solio de los presidentes de Chile que yo quería alcanzar por mandato del pueblo (...), le digo que la Patria espera una vida distinta.

Allende tenía motivos sobrados para esta actitud contemporizadora y a la expectativa. El país se había zafado de dos presidencias sin ambiciones y el hálito que soplabla en la Patria se parecía mucho al que había impulsado las grandes reformas de los años 40. Había en la sociedad, revigorizada por organizaciones políticas, sociales y culturales que recuperaban el pulso, un consenso muy amplio, no solo en la necesidad de cambios, sino también en la dirección de esos cambios: reforma agraria, incorporación de nuevos actores (mujeres, campesinos, jóvenes) al proceso democrático. De forma un tanto retorcida, Allende reconocía que la fuerte apuesta anticomunista que el gran capital exterior había hecho por Frei y la DC les daba un margen de maniobra que se negaba, a fuerza de golpes militares e invasiones, a otros países de América Latina:

—Las fuerzas monopolistas tuvieron que elegir y tendrán que tolerarle a Frei algunas liviandades y aventuras a favor del pueblo.

Por otra parte, Allende conocía demasiado bien al país político como para dejarse impresionar por el mesianismo freísta, que había interiorizado su propia propaganda hasta el punto de anunciar, apenas llegado al gobierno, un régimen de 30 años. Para per-

petuarse, además de la hegemonía social que la izquierda no le cedía, el partido único tenía que conquistar la mayoría parlamentaria, y eso, con la Constitución de 1925, era imposible.

Pero es que además, aunque no lo pareciera por la magnitud de su triunfo electoral y por el culto a la personalidad que lo exaltaba, Frei estaba en el gobierno con la fecha de caducidad, 1970, estampada en la frente: hacía cien años que Chile había decretado que ningún presidente de la República podría ser reelegido al término de su mandato.

“Yo he procurado operar siempre a partir de una conjugación de fuerzas”, había dicho Allende durante la campaña electoral para marcar distancias con Frei, “quien se desenvuelve exclusivamente dentro de su partido”. Allende albergaba todavía, además de la ambición, la esperanza de repetir candidatura y alcanzar la presidencia de la República. Con Osvaldo Puccio seguía montando empresas azarosas para acopiar recursos. Pero era muy consciente de que, llegado a ese punto, cualquier “conjugación de fuerzas” tendría que incluir de algún modo a la Democracia Cristiana. Si ya era absurdo un gobierno de partido único, no lo hubiera sido menos una oposición de izquierda cerril y destemplada.

Para esperar y ver, para situarse por encima del fragor de la batalla política diaria sin dejar de mover los hilos, en Chile no había mejor sitio que la presidencia del Senado.

En el Partido Socialista, en cambio, estaba todo visto: el resultado de 1964 demostraba que la vía electoral era un callejón sin salida. Allende, decían, había llevado a la clase obrera chilena a estrellarse contra un muro.

Como sucedía siempre en las vísperas electorales, en la presidencial de 1964 las posiciones extremistas tuvieron que ceder ante el espíritu competitivo de las bases y su afición irrefrenable a las

contienda electorales. Eran los únicos períodos en los que Allende podía expresar en la revista del partido (*Arauco*, enero de 1964), sin temor a ser vilipendiado por sus compañeros, su apego al excepcionalismo chileno (la “isla democrática” de sus primeros discursos en el Senado) y su convicción de que en Chile la revolución se haría sin cambiar “los hábitos cívicos que imperan” y respetando los “cauces legales”. Tanto es así que el XX Congreso del partido, celebrado en Concepción en febrero de 1964, asumió por un momento esta línea que, sin desmarcarse del lenguaje de una época en la que hasta la prensa de derecha intentó adornar el gobierno de Jorge Alessandri con el título de revolucionario (la “revolución de los gerentes”), era de un reformismo total e inequívoco: “Enfrentamos las elecciones porque existen condiciones favorables para ganarlas y porque ganándolas, ellas deben abrir una nueva etapa en el desarrollo de la revolución chilena”. A este párrafo, algún miembro del comité central añadió, en un alarde de realismo que tanto se echaría de menos en años sucesivos, la siguiente apostilla: “Además, porque objetivamente no existe otra opción”.

Para mayor claridad, el congreso expulsó a los jefes de una fracción “revolucionaria”, a los que Raúl Ampuero, secretario general, acusó de haber caído “bajo el embrujo romántico de las acciones guerrilleras en otros escenarios o la demagogia irresponsable de algunos aventureros”.

Tras la derrota electoral, el mismo comité central no tardó ni dos meses en hacerse la autocrítica y declarar que la derrota echaba por tierra las formas y el espíritu de las acciones tradicionales de la izquierda. Y así se llegó, en una deriva imparable, a los congresos de Linares (1965) y de Chillán (1967).

Sobre el Congreso de Linares, celebrado en junio de 1965, pesó como una losa una nueva derrota en las elecciones parlamentarias del mes de marzo, en las que la Democracia Cristiana obtuvo más del 43% de los votos y el Partido Socialista se estancó en el

10%, por debajo también de los comunistas (12,5%). Ante el desaliento general, se encomendó la redacción del voto político del congreso al más doctrinario, más anticomunista y más antiallengista de los dirigentes, el subsecretario general Adonis Sepúlveda, último abanderado del trotskismo en Chile y promotor de un golpe de mano ideológico en la cúpula del partido. Sepúlveda impregnó las resoluciones del congreso del vocabulario de la revolución rusa (parlamentarismo burgués, vía insurreccional, pueblo armado, vanguardia revolucionaria) e imprimió al partido una nueva identidad, la identidad leninista, desconocida en la historia partidaria y del todo ajena, antes y después de Linares, a la cultura política de los socialistas chilenos.

En la ciudad de Chillán, dos años más tarde, el golpe de mano ideológico fue consumado mediante un atropello a los estatutos del partido. El PS, que entre otras cosas aportaba a la izquierda algunos aires saludables del viejo espíritu anarquista y libertario, apelaba ahora a los rigores del centralismo democrático comunista, y en virtud de esta investidura autoritaria declaraba caduca "la vía pacífica que pregona el Partido Comunista" e invocaba la violencia revolucionaria, "inevitable y legítima", como "única vía" hacia el poder.

Carlos Altamirano, antiguo ibañista, y un jovencísimo Rolando Calderón, futuro vicepresidente de la CUT, futuro ministro de Agricultura en el gobierno de la Unidad Popular, y al cabo fervienteallengista, se distinguieron en el Congreso de Chillán en defensa de esta línea. Lo que no pudo encontrar el congreso fue un líder capaz de encarnarla y asumir las consecuencias, y de este modo la partitura revolucionaria fue entregada a un intérprete, el senador Aniceto Rodríguez, quien al decir de Eugenio Lira Massi que tenía más pinta de cargador de pianos que de pianista, y a quien le tocó cargar con la dirección del partido durante cuatro años cruciales.

Entre ambos congresos, la dirección del PS sufrió dos graves amputaciones. La más dolorosa fue la muerte, en accidente de au-

tomóvil, de Salomón Corbalán, con quien Allende había trenzado una fructífera complicidad en la campaña electoral de 1958, y que había presidido con reconocido talento y acierto las comisiones parlamentarias unidas que tramitaron la ley de Reforma Agraria del gobierno de Frei. Casi al mismo tiempo, la pulsión cainita tan frecuente en las formaciones políticas se llevó por delante a otra de las grandes figuras del partido, el reciente secretario general Raúl Ampuero, expulsado junto con un puñado de parlamentarios so pretexto de diferencias ideológicas difíciles de discernir sin sumergirse en las intrincadas disputas de la escolástica marxista de aquella época. Una época en la que, parafraseando un dicho de Winston Churchill a propósito de los vaivenes de la Historia en los Balcanes, el Partido Socialista de Chile y las nuevas izquierdas producían más ideología de la que podían consumir.

Lira Massi dedicó a los socialistas de esos años este retrato colectivo:

—A los socialistas les aprietan los zapatos o alguien les pisó un pie y todavía se lo tienen aplastado. De otra manera no se explica que sean tan gritones (...). Cuando uno los escucha queda convencido de que harán la revolución en cinco minutos más, que saldrán a quebrar vidrios y al primer paco [carabenero] que pillen le van a quebrar los huesos. Diez minutos más tarde los encontrará en un café vociferando contra el orden establecido y sosteniendo que las condiciones ya están maduras. Sus aliados comunistas son los que más sufren. En las concentraciones los socialistas gritan tanto que los comunistas, callados por naturaleza, tienen que gritar también para que no se crea que ellos no son revolucionarios.

En medio de este griterío, Allende quedó malparado. En el Congreso de Chillán dio la que sería su última pelea interna y no logró los votos necesarios para formar parte del comité central. La bofetada fue tremenda: su discurso fue interrumpido por el griterío y tuvo que abandonar la tribuna entre abucheos. Esta vez, me-

nos impaciente que en 1950, y conocedor del precario destino de las disidencias socialistas, se tragó el sapo y no devolvió el carné de militante. Era ya presidente del Senado, el más alto cargo institucional jamás alcanzado por un socialista. Aquí también tocaba esperar y ver y seguir moviendo los hilos hasta que la fiebre volviera a apoderarse del cuerpo electoral y el partido se resignara a aceptar, una vez más, que objetivamente no existía más opción que la que él mismo proponía y representaba.

La forma en que Allende se reinventó y se puso en condiciones de alcanzar la presidencia de la República es su obra maestra política. Sobre todo cuando se advierte que el resultado de su reinención, en un período en el que todo tenía que cambiar, fue reeditar, 30 años después, la coalición de socialistas, comunistas y radicales que en 1939 había dado la victoria a Pedro Aguirre Cerda.

Otras veces había empezado desde abajo, pero nunca tanto. Si hasta él mismo se entretenía firmándose epitafios, no es extraño que los demás, amigos y enemigos, lo vieran dos metros bajo tierra. Siempre había parecido más joven de lo que era, pero ahora, como advirtió Lira Massi con un punto de tristeza, los años se le venían encima. "Los atajó bastante tiempo, pero parece que los años no soportaron más, hablaron entre ellos, se pusieron de acuerdo y se dejaron caer en patota". Durante una temporada se cortó los bigotes, según Lira Massi porque tuvieron la insolencia de ponerse blancos, pero fue peor, porque "se consiguió una cara de vieja que no tiene nada de marxista ni leninista". Por desgracia para él, esa, o casi, es la cara con que lo descubrió la irreverente juventud chilena de los años 60.

Si el ingenio y el afecto de Lira Massi atemperaban la crueldad del retrato, no hubo paliativos para el tratamiento de aburrido y de antiguo que le dispensó alguien tan poco festivo como todo un

secretario general del Partido Comunista. Sucedió, además, en un momento tan tardío como las vísperas de la campaña de 1970, en plena discusión de la candidatura presidencial de la izquierda, y no sin cierta solemnidad, pues Corvalán lo invitó ex profeso a comer en su casa para decirle "fraternal y francamente" que "en el último tiempo se repetía en sus discursos", que "daba muestras de estagnación" y que "el movimiento popular había crecido más que él".

"Allende, continúa Corvalán, era una personalidad fuerte y quisquillosa, que no admitía fácilmente una observación", y reaccionó como tal: respondió, en suma, que si no les gustaba se buscaran a otro candidato. La aclaración del secretario general fue tranquilizadora en el plano político ("estas observaciones y opiniones no están dirigidas a bloquear su candidatura"), pero en lo personal agravaba la afrenta ("están inspiradas en el propósito de ayudarlo a superarse"). Por fortuna para Allende, este severo *coaching* comunista solo trascendió con la publicación de las memorias de Corvalán en 1997.

A esas alturas, sin embargo, Allende ya había sacado los dos pies de la tumba del 64 y estaba en disposición de ponerse a caminar de nuevo con su gran zancada de siempre, un paso con su pie izquierdista, un paso con su pie institucional.

Lo más difícil fue recuperar sus credenciales de izquierda, desbordado como estaba por su partido, por movimientos sociales que, en efecto, crecían tanto como decía Corvalán, por vanguardias juveniles que, rendidas al "embrujo romántico" de las guerrillas del Tercer Mundo, huían de los partidos obreros tradicionales; desbordado incluso por aquella parte de la Democracia Cristiana que combatía al capitalismo con un discurso más fresco, menos predecible y pautado. Allende lo consiguió con unos cuantos gestos osados, con el cultivo de nuevas relaciones y amistades y con la ayuda

inapreciable de sus amigos cubanos, en esos años en los que el sello de garantía revolucionaria se estampillaba en La Habana.

En este terreno se movió siempre con mayor agilidad e intuición que sus compañeros y rivales. El giro revolucionario del Partido Socialista era más deudor del bolchevismo clásico que de la herejía cubana. Sobre todo, era poco creíble dada la historia y la variada composición del PS, por lo que no tardó en ser sobrepasado desde sus propias filas por una formación más desenvuelta y más compacta, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Aunque en sus comienzos eran más Mao que Castro, los jóvenes dirigentes del MIR parecían llamados, aunque solo fuera por motivos generacionales, a administrar en Chile el inmenso prestigio de la revolución cubana. Pero el viejo Allende se les había adelantado.

No fue solo por el azar que lo había llevado a La Habana en febrero de 1959, pisando los talones a los guerrilleros de Sierra Maestra, ni siquiera por la relación personal que desde entonces pudo anudar con Fidel Castro. La revolución cubana era también gobierno, y uno de sus problemas más graves era el aislamiento internacional, que era total en América Latina y que por tanto multiplicaba el valor de políticos bien instalados como Allende y de partidos con peso real en su país, como el Partido Socialista y el Partido Comunista chilenos. En esos primeros años de desenfreno, la revolución cubana daba entrenamiento guerrillero a todo el que lo pidiera (socialistas, miristas, cristianos de izquierda), pero el gobierno cubano privilegiaba las relaciones políticas con la izquierda creíble.

Así, en enero de 1966, entre los dos congresos revolucionarios del PS, fue Allende el que encabezó la delegación socialista a la primera (y última) Conferencia Tricontinental de La Habana, que reunió a 500 delegados de 70 países con la ambición declarada de dar una dirección mundial a los movimientos revolucionarios de Asia, África y América Latina. Los representantes del Partido Comunista impidieron que la delegación chilena suscribiera la declaración

final de la conferencia, demasiado alejada de las consignas de coexistencia pacífica promulgadas por los soviéticos, pero Allende se alzó con la presidencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), creada en el curso de la conferencia y cuya paternidad se atribuía, y regresó a Santiago denostado por la prensa de la derecha y del gobierno (es decir, por la práctica totalidad de la prensa), pero afianzado como referente internacional de la izquierda chilena. El hecho de que ni la OLAS ni su sección chilena jamás llegaran a tener existencia real (el comité chileno se reunió una sola vez, y se limitó a elegir presidente a Aniceto Rodríguez) no aplacó las iras de la derecha, pero la campaña desatada contra Allende no hacía sino devolverle una imprescindible credibilidad revolucionaria. Baste pensar lo peligrosa que hubiera sido para él una presidencia de la OLAS en manos de cualquiera de sus adversarios de extrema izquierda.

Con este posicionamiento, Allende calculaba, pero no fingía. Su solidaridad con los insurgentes de América Latina y de otros continentes era real y estaba por encima de diferencias políticas o estratégicas. Si pensó, como los comunistas chilenos y bolivianos, que la aventura del Che en Bolivia no tenía ningún sentido, se guardó su opinión y no dudó en poner su cargo y su persona a disposición de los compañeros del Che que lograron sobrevivir a la cacería.

Ocurrió en febrero de 1968 y fue un suceso que tuvo en vilo a la opinión pública de medio mundo. Tres guerrilleros cubanos en fuga lograron alcanzar a pie la frontera chilena. Los perseguían las fuerzas bolivianas y la CIA y los buscaban por el desierto los carabineros y el Ejército de Chile. Alertados desde La Habana, salieron en su auxilio emisarios del Partido Comunista y guerrilleros de una fracción clandestina del Partido Socialista, junto con decenas de periodistas. Los encontró al cabo de diez días un reportero de *El Mercurio*. Se entregaron en el primer puesto de Carabineros, pidieron asilo político, y fueron trasladados en un avión militar a Santiago,

donde los esperaba, a pie de pista, el presidente del Senado Salvador Allende.

Frei no quería ni podía extraditarlos a Bolivia, pero no le era cómodo darles el obligado asilo político. Fidel Castro estaba de acuerdo, los quería en La Habana como héroes y cuanto antes mejor. Para devolver a los guerrilleros a Cuba sin peligro de que fueran interceptados por la CIA o por alguna dictadura militar latinoamericana, Allende tuvo una idea. O, más bien, recuperó una idea olvidada, de 40 años atrás, la que había permitido a su pariente Marmaduke Grove fugarse de la Isla de Pascua. Allende embarcó con los guerrilleros en un vuelo regular a la Isla de Pascua y a Tahití, donde los entregó al embajador de Cuba en Francia y a las autoridades francesas. A su regreso a Santiago se encontró con una furiosa campaña en su contra, a pesar de que todo el mundo sabía que la operación no se había realizado sin el consentimiento expreso de Frei y de De Gaulle, y decidió hacerle frente con el más célebre de sus desplantes teatrales: a la primera oportunidad, el Pije Allende cambió el terno burgués por una prenda exótica en Santiago y presidió una sesión del Senado en guayabera.

Cuando un político no tiene prensa propia o favorable, como le ocurría a Allende, la única forma de mantener la atención de la opinión pública y dar la réplica es hacer ruido, dar espectáculo, exhibir ingenio. En esto era un maestro. En medio de sus propias bromas, de la falsa indignación de la derecha y de la perplejidad de la izquierda, Allende acababa de ganarse la gratitud definitiva de Fidel Castro.

No tuvo que dar tantos rodeos para acercarse a la nueva y pujante generación de extrema izquierda. La tenía en casa. Beatriz Allende, Tati, médica como su padre, había heredado la mitad recia y fuerte del carácter paterno, sin rastro de la otra mitad ligera y seductora. Era tan dura que después del fracaso dijo que la izquierda chilena tenía un déficit de odio de clase. En política era una militan-

te más de la revolución cubana, con acceso al Che y a Fidel Castro por ser hija de quien era, y había recibido incluso la escueta formación paramilitar que por entonces se consideraba suficiente para enfrentarse al imperialismo. Aunque estudió medicina en la Universidad de Concepción junto a los más destacados dirigentes del MIR, Tati nunca abandonó como ellos el Partido Socialista y entró en una doble militancia: junto con otros jóvenes socialistas creó en Chile una red de apoyo a la guerrilla del Che y se incorporó al Ejército de Liberación Nacional de Bolivia (ELN) fundado por el comandante. Beatriz y los jóvenes elenos acabarían constituyendo uno de los círculos más próximos al presidente Allende, al que prestaron servicios tan oscuros como imprescindibles. Por ejemplo, salvarle la vida.

Andrés Pascal Allende, uno de los líderes miristas más conocidos, no le caía mucho mas lejos. Era hijo de su hermana Laura y de Gastón Pascal, empresario y socio en algunas aventuras empresariales. A diferencia de los elenos, los miristas buscaban un espacio propio en la revolución chilena, y en los últimos años del gobierno de Frei improvisaron algún asalto a establecimientos comerciales y bancarios en busca de financiación y de notoriedad. Un episodio narrado por Osvaldo Puccio refleja muy bien el modus vivendi de esta insurgencia casera.

En algún momento del año 1968, Gastón Pascal llama a Puccio y le pide por favor que hospede durante unos días a Andrés, buscado por la policía como toda la directiva del MIR. Puccio no solo accede con naturalidad, sino que al día siguiente no se le ocurre nada mejor que invitar a comer a Allende sin decirle que se iba a encontrar con su sobrino. Tras la comida, Allende se encerró con toda la familia y les recriminó una iniciativa que podía implicarlo a él de manera muy directa. "Fue muy duro con nosotros", dice Puccio, tan duro que al día siguiente se sintió obligado a enviar una gran caja de bombones a la dueña de casa. Lo que no hizo fue pedirles que movieran a Andrés Pascal. Fue mucho más práctico, como recuerda Puccio:

—Esa tarde, Allende planteó que era indispensable que el MIR suspendiera los asaltos a bancos, porque eso nos creaba muchos problemas. Que era mi obligación convencer a los compañeros. Empecé largas conversaciones con los compañeros del MIR, primero con Andrés Pascal, después con Miguel Enríquez y los otros. Con Andrés hablé muy largo, para intentar convencerlo de que Allende tenía razón.

Esta presión doméstica tuvo resultados políticos casi inmediatos. El MIR no abandonó su estridente discurso militarista, y la derecha lo explotó hasta la náusea, como hizo con las resoluciones de los congresos socialistas, para alimentar el pánico en sus propias filas. El hecho, sin embargo, es que ni durante la campaña electoral de 1970 ni durante el gobierno de Allende es posible reseñar cualquier acción armada atribuible al Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Muchos años después, Max Marambio (*Las armas de ayer*, 2007), que dejó el MIR para dirigir la escolta personal del presidente Allende, confirma que el MIR nunca dispuso de un arsenal digno de ese nombre, ni de fuentes de aprovisionamiento, hasta después del golpe de Estado, cuando él mismo les entregó el armamento abandonado por los cubanos en el precipitado cierre de su embajada.

Mirista era también el hijo mayor de Puccio, Osvaldo Puccio Huidobro, y para Allende era como otro sobrino muy cercano. El día del golpe se coló en La Moneda acompañando a su padre. Allende intentó echarlo, y cuando se negó lo felicitó y le dio un abrazo.

Allende quiso mucho a estos jóvenes revolucionarios. Tati era una de sus grandes debilidades, y también la más estricta vigilante de su consecuencia política. El MIR le complicó mucho la presidencia, entre otras cosas porque provocaba en las juventudes socialistas una emulación que favorecía el griterío extremista, pero sentía afecto por su líder carismático, Miguel Enríquez. A pesar de sus diferencias políticas, nunca dudó de que peleaban en el mismo bando y por tanto nunca desesperó de atraerlos a su campo, como en definitiva atrajo a los elenos del PS y a la mitad útil del MAPU.

Tati Allende se suicidó en La Habana en 1977, a los 34 años. Miguel Enríquez murió antes, en 1974, a los 30 años, en combate desigual con las fuerzas armadas de la dictadura. Allende lloraba sin control y sin disimulo en los entierros de allegados o colaboradores jóvenes, como el hijo de Jaime Suárez o el secretario general del MAPU, Rodrigo Ambrosio. No es difícil imaginar lo que hubiera sufrido con estas otras muertes, tantas y tan a destiempo.

Su sintonía con la juventud de los años 60 no fue más allá. Nunca conectó ni pretendió conectar con las expresiones no políticas del inconformismo juvenil. Inútil mencionar el nuevo canon indumentario y capilar, cuando ni siquiera era capaz de apreciar las nuevas formas de la música popular, el rock, el pop, la canción protesta. En una visita oficial a Buenos Aires no supo recordar un solo título cuando quisieron dedicarle un tango, el colmo para un hombre de su edad y además nativo de Valparaíso. Los jóvenes de entonces lo miraban como lo vió Guillermo Tejeda, que se lo encontró en una exposición de pintura:

—Muy compuesto y atildado, con terno gris a rayitas muy finas, recto el espinazo, brillantes los zapatos, planchadísimo el pañuelo de puntas blancas asomando por el bolsillo frontal de la chaqueta (...), un funcionario de éxito, un político parlamentario, un negociador, un hombre relacionado y conocedor palmo a palmo de la geografía nacional, un producto, en fin, de la república laica chilena que vivió toda la vida metido en una compleja red de masones, socialistas, sindicalistas, médicos, gente de provincias...

La pintura le gustaba, en casa tenía buenos cuadros regalados por amigos artistas para ayudarlo a financiar las campañas electorales y de los que no quiso desprenderse. En vísperas de su cuarta campaña presidencial, sin embargo, su afición a la pintura tenía un poderoso aliciente nuevo. Miria Contreras Bell, *la Payita*, era de ese mundo, dirigía una galería de arte. Vecina reciente de Allende, sus casas se comunicaban por los jardines de atrás; Allende y su espo-

sa, buenos nadadores, eran bienvenidos en la piscina de los Ropert-Contreras. A poco andar, Allende se acostumbró a utilizar la casa de su vecina para reuniones políticas discretas, o para entrar y salir inadvertido de la suya, y a la Payita, a su vez, su disponibilidad y su talento de organizadora la hicieron imprescindible en la casa de los Allende, luego en el círculo más íntimo del comando de campaña, más tarde en la secretaría privada del presidente en La Moneda, formando con Tati Allende un dúo de hierro en un ala del palacio opuesta al ala donde doña Tencha tenía su despacho y su comedor de primera dama. Por último, ya separada de su marido, fue la anfitriona del presidente, de su guardia personal, de sus amigos y colaboradores más íntimos y de sus perros, en la casona cordillerana que poseía y donde Allende se recluía los fines de semana.

Miria Contreras fue una persona importante en la reinención de Allende. El 11 de septiembre del golpe se escondió cuando el presidente ordenó la evacuación de las mujeres y salió solo en el último momento, con los últimos defensores de La Moneda. Un soldado le arrebató el Acta de la Independencia de Chile que Allende le había ordenado salvar de las llamas, documento que fue robado o destruido por la soldadesca. El cadáver de su hijo Enrique, estudiante de 20 años, detenido cuando intentaba entrar con ella en La Moneda, apareció al día siguiente en el cauce del río Mapocho. Era una mujer inteligente, vivaz y bella, cuya elegancia alcanzó a iluminar el documental de Patricio Guzmán (*Allende*, 2004) poco antes de morir en Santiago, después del exilio.

El otro pie de Allende, el institucional, pisaba las mullidas alfombras del Senado con la seguridad del que está y se siente en casa. En 1965 los cronistas políticos lo votaron mejor parlamentario, sin duda para compensarlo de su reciente derrota, pues en las cámaras había tenido años mejores. Pero en diciembre de 1966, al término

del segundo año del gobierno de Frei, llegó a lo que pudo haber sido la cima de su carrera política, la presidencia de la cámara alta. Así lo vio Eugenio Lira Massi:

—Dio la gran pelea de su vida hasta conseguirse la presidencia del Senado. Todo estaba en contra suya pero se las arregló, nadie sabe cómo, para llegar a la testera con una solemnidad que ya se la quisiera el papa de Roma para asomarse a la plaza de San Pedro.

El cómo era menos misterioso de lo que exageraba el periodista. En realidad se las arregló con sus recursos de siempre, su intuición para los vientos cambiantes de la política y su rapidez en la maniobra.

Y el viento cambiaba, como solía suceder en la política chilena, por el lado de sus viejos amigos radicales, que en las elecciones parlamentarias de 1965 descubrieron que habían perdido el centro político y con él su condición histórica de partido imprescindible. Cuatro años antes habían elegido 40 diputados, el doble que la Democracia Cristiana; ahora tenían 20, y la DC cuatro veces más que ellos, y en el Senado resultados similares, 3 contra 11. La única manera de parar a la DC era buscar el amparo del FRAP de Allende y formar con socialistas y comunistas una mayoría en el Senado. Para Allende era una oportunidad única. Siempre había querido al Partido Radical en su "conjugación de fuerzas" y siempre se lo habían impedido sus compañeros socialistas. Esta vez, dijeran lo que dijeran el comité central y las resoluciones de los congresos, la bancada socialista del Senado no iba a dejar pasar la ocasión ni privarse del gusto de infligir una sonora derrota a los falangistas.

Solo faltaba decidir el candidato, y ahí Allende tiró de método. En otra página de esta biografía se habló de sus habilidades de casamentero, que con toda lógica le valieron el grado de padrino en el matrimonio de José Tohá y Moy Morales Etchevers, que se celebró en la casa de un viejo cacique del Partido Radical. Cuenta Moy de Tohá que Allende se equivocó de fecha y llamó a la puerta de la

casa un día antes, que para no perder la visita aceptó un whisky y mantuvo una larga conversación con el dueño de casa, y que esa conversación fue determinante para que los radicales apoyaran su candidatura a la presidencia del Senado. La dulce Moy, que evoca el episodio 40 años más tarde, aún piensa que Allende equivocó la fecha de veras.

Sobre Allende se han vertido en Chile toneladas de basura suficientes para enterrar para siempre a un personaje sin su grandeza histórica, pero nadie, ningún testigo, ningún panfletista, ningún historiador ha podido poner una sola tacha a su desempeño como presidente del Senado, donde vistió la dignidad del cargo incluso en guayabera, honró la imparcialidad de su función y aseguró la gobernabilidad de la República. Su enemigo declarado Andrés Zaldívar, demócrata cristiano, ministro de Hacienda de Frei en 1967 y ministro del Interior de Michele Bachelet en 2006, hizo público con ocasión del centenario del nacimiento de Allende un recuerdo en el que reviven con gran nitidez el político y el médico, el hombre (“Cien miradas”, diario *La Nación*, junio de 2008).

El ministro Zaldívar, 30 años, defendía en el Senado un proyecto de ley de reajuste de salarios que ya se había llevado por delante a dos ministros de Hacienda. En plena sesión recibe un aviso urgente: su esposa había sido ingresada de urgencia en una clínica porque tenía un parto prematuro con riesgo de vida:

—No sabía qué hacer, porque la sesión estaba en pleno desarrollo. Allende, que supo lo que me ocurría, tomó la iniciativa y les dijo a los senadores que el ministro tenía un problema familiar muy delicado y pidió que se suspendiera la sesión hasta que superara el problema.

El ministro superó el problema y también, en definitiva, el trámite parlamentario de su ley de reajuste. Lo que no superó fue el impacto que le produjo, como a tantos otros en situaciones similares, un gesto que en Allende era natural. A tantos años de distancia

reconoce que “me dejó muy comprometido en el sentido humano”, “me complicó en lo personal”, y concluye:

—Siempre recuerdo este hecho por el *fair play* democrático que regía en el país. Aunque uno estuviera distanciado de la otra parte, siempre había capacidad de entendimiento. Eso se rompió después. No había ese entendimiento en el Parlamento, ya no nos mirábamos como pares, sino como enemigos.

El entendimiento, como se sabe, no se rompió solo. Y cuando se rompió, Allende no era presidente del Senado.

Entretanto, mientras Allende se reinventaba para volver a ser el mismo, el país cambiaba. No tanto como prometiera la campaña electoral de Frei (“Todo tiene que cambiar”), pero cambiaba mucho y bien. El gobierno de la Democracia Cristiana despertó y espabiló al país.

A su mayor éxito se le ha hecho poca justicia, tal vez porque acabó de arrinconar a la derecha y desnudó las carencias de la izquierda. Bajo el gobierno de Frei, la democracia chilena alcanzó, si no toda la profundidad que reclamaba, al menos su plena extensión, ya que se abrió a la participación de los campesinos, de los pobladores, de las mujeres, cuyos votos serían cada vez más determinantes, y de los jóvenes, que pudieron votar a los 18 años.

El empuje, como en todas las políticas progresistas de la Democracia Cristiana, venía de la Iglesia, que aportó doctrina, medios materiales, mano de obra y conocimiento del terreno. La DC nunca tuvo mucha ideología, pero tuvo mucha sociología. Neruda tenía una fórmula. En una reunión del comité central del Partido Comunista, ante la perplejidad de sus camaradas que no acertaban a explicarse la alta votación de la DC, se levantó y les dijo que se debía a que “en muchos asuntos, la Democracia Cristiana está más cerca de la tierra que del cielo”. En efecto, el fervor misionero del nue-

vo catolicismo chileno tenía el respaldo de un sólido aparato científico.

Su promotor fue el jesuita belga Roger Vekemans, creador en 1959 de la Escuela de Sociología de la Universidad Católica, y más tarde del Centro de Investigaciones Socioculturales/Centro Bellarmino (CISOC) y del Centro para el Desarrollo Social de América Latina (DESAL). Cabe añadir, también de matriz jesuita, el Instituto Latinoamericano de Estudios Sociales (ILADES) y la potente redacción de la revista *Mensaje*. De la Conferencia Episcopal dependían una Oficina de Sociología Religiosa y una Oficina Técnica de Planificación.

Fue en las instituciones de Vekemans donde se diseñó la política de "promoción popular" aplicada por el gobierno de Frei en las barriadas periféricas de las grandes ciudades. Al concepto de clase propio del marxismo y de los partidos obreros, se oponía ahora el concepto de marginalidad, que describía de manera más eficaz, incluso en términos geográficos, la situación de una inmensa población urbana sin empleo, o con empleo precario en lo que más tarde se llamaría la economía informal, y por tanto fuera del perímetro de influencia de los sindicatos y de los partidos obreros. Los instrumentos de activación de este gran conglomerado social eran otros: juntas de vecinos, centros de madres, cooperativas de autoconstrucción de viviendas, centros deportivos, talleres artesanos, con las iglesias y parroquias al fondo. A su llegada al gobierno, la Democracia Cristiana les dio personalidad legal y asignó cuantiosos recursos públicos a su dotación material y a su despliegue por todo el territorio, de forma que según estimaciones no implausibles, en el sexenio de Frei se crearon en Chile hasta 20.000 organismos populares de este tipo.

Por un momento pudo parecer que esta espectacular cobertura aseguraba a la Democracia Cristiana una enorme clientela cautiva, y en el Parlamento la izquierda dudó mucho antes de dar curso a la

legislación que proponía el gobierno. Pero no fue así, como se comprobaría desde la segunda mitad del mandato de Frei. La explosión de la demanda social superó con mucho la capacidad y la voluntad de oferta del gobierno. Y muy pronto se vio que ni los nuevos sujetos políticos ni la Iglesia más comprometida con su emancipación estaban dispuestos a subordinarse a los intereses de la DC.

Sucedió otro tanto con la reforma agraria, donde la Democracia Cristiana pudo reclamar sin exageración su título revolucionario. Los economistas del partido habían teorizado desde hacía tiempo la necesidad de cambiar una estructura agotada que lastraba el desarrollo del país, y por una vez estaba de acuerdo no solo la izquierda, que la reclamaba desde sus orígenes, sino también la Administración de los Estados Unidos, gracias a que en Chile no tenían en el sector los intereses que sí tenían, por ejemplo, en Guatemala. A su vez, los estrategas de la DC sabían que la izquierda tenía escasa llegada entre los obreros del campo, desde que en los años 40 consintiera a los radicales la hibernación de la sindicalización campesina. Pero nada de eso hubiera bastado sin el decidido impulso de la Iglesia. Impulso desequilibrante, porque la reforma agraria de Frei fue una confrontación brutal entre católicos progresistas y católicos conservadores.

Esta confrontación tuvo incluso un capítulo teológico. La doctrina católica de la función social de la propiedad dejaba de ser un enunciado inocuo desde el momento en que la Iglesia de Chile lo aplicaba de forma muy concreta a la propiedad de la tierra. Un joven universitario, Jaime Guzmán Errázuriz, levantó entonces la tesis menos ortodoxa de la primacía radical de la propiedad privada, que él declaraba principio del derecho natural indispensable para la formación de una sociedad cristiana, en artículos publicados en la revista de un exótico movimiento fundamentalista franco-brasileño (*Familia, Tradición y Propiedad*). El gobierno de Frei lograría dar rango constitucional a la doctrina de la función social mediante una re-

forma de la Constitución de 1925. Nadie imaginó entonces hasta dónde iba a llegar la aparente extravagancia de Guzmán.

A diferencia de Allende y de los partidos del FRAP, cuyos llamamientos a la reforma agraria eran estériles en ausencia de mayorías parlamentarias, la Iglesia disponía de bazas nada retóricas, ya que era uno de los grandes terratenientes de Chile. Monseñor Larraín en Talca, y el cardenal Silva Henríquez en Santiago, iniciaron la reforma agraria por su cuenta en 1962 con el traspaso de más de 1.500 hectáreas a las familias campesinas que trabajaban las haciendas. Era mucho más que un gesto testimonial y de fidelidad al Evangelio, era el lanzamiento calculado de un proceso de emancipación campesina, como lo prueba que la Iglesia creara al mismo tiempo dos organismos de formación, planificación y asesoramiento, el Instituto de Educación Rural (IER) y el Instituto de Promoción Agraria (IPR). Monseñor Manuel Larraín Errázuriz, con sus grandes apellidos agropecuarios, apoyaba desde hacía tiempo la creación de sindicatos campesinos en su diócesis y había desafiado al conjunto de la clase terrateniente al bendecir las primeras huelgas de los obreros del campo.

De este modo, cuando Frei llegó a la presidencia la Democracia Cristiana tenía un modelo listo para usar. Por abajo, dio un fuerte impulso a la sindicalización campesina: testimoniales al inicio del mandato, los sindicatos agrarios tenían al final 100.000 afiliados. Por arriba, dos poderosos organismos del Estado, la Corporación de la Reforma Agraria (CORA) y el Instituto de Desarrollo Agropecuario (INDAP), expropiaban los fundos con arreglo a la ley, asentaban a los campesinos y les facilitaban formación y asistencia técnica.

Del mundo católico procedía, en particular, Jacques Chonchol, el ingeniero agrónomo que personifica esta reforma agraria. La impulsó durante el gobierno de Frei desde la jefatura del INDAP y la culminó como ministro de Agricultura del gobierno de Allende. Se había formado en la Universidad de Chile y en París, donde fre-

cuentó el instituto Economía y Humanismo fundado por un dominico francés, el padre Leuret, y conocía de primera mano la experiencia de la reforma agraria cubana, en la que había participado en calidad de experto de las Naciones Unidas. Partidario de una reforma agraria "rápida, drástica y masiva", chocó con Frei a mitad de mandato y fue uno de los fundadores del Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), escisión que frenó la dinámica ganadora de la Democracia Cristiana, desmoralizó al partido y allanó el camino a la Unidad Popular y al triunfo de Allende.

"Durante los gobiernos de la DC y de la UP, resume Alfredo Jocelyn-Holt, en menos de diez años, se expropió un total de 5.000 propiedades, correspondiente a 10 millones de hectáreas, equivalentes al 60% de la propiedad cultivada del país". Y añade:

—Como lo dijera hasta la saciedad la clase terrateniente en su momento, y nadie le hizo caso, el agro no es solo propiedad, es "modo de vida", implica una cosmovisión, una historia para atrás, significa poder electoral, poder social-señorial, preeminencia patricia en un mundo que aspira a la igualdad. Y eso, para bien o para mal, simplemente murió; para ser más exacto, lo liquidaron.

Frei, que hasta su llegada al gobierno había prestado escasa atención a la cuestión agraria, se ganó con esta reforma el odio duradero de este sector de la derecha, aunque no fue a él, sino a su sucesor y a los dirigentes campesinos a quienes cobraron la terrible factura.

Si a la promoción popular y a la reforma agraria se añade un gasto social más que duplicado en salud, educación y vivienda, el respaldo de todo el mundo occidental concretado en ilimitadas facilidades de crédito, una política exterior independiente y digna, coronado todo ello por la inmensa popularidad personal del presidente Frei, el fracaso político de la Democracia Cristiana asombra por su rapidez y profundidad. Felipe González, que usó la expresión pa-

ra despertar a su propio partido, hubiera dicho que la DC murió de éxito.

Contribuyó a este grandioso fracaso la magnitud de la victoria de Frei en 1964, el espejismo de una mayoría absoluta ganada con votos prestados a muy corto plazo. En ausencia de coalición, y por tanto de pluralismo interpartidario, la fractura política se trasladó al interior del partido, donde no tardaron en manifestarse tendencias de izquierda, de centro y de derecha tan diferenciadas como las que pugnaban en el Parlamento con colores propios.

Acentuó el desorden la elección parlamentaria de 1965, en la que el partido obtuvo 83 de los 147 diputados de la Cámara. Había entre ellos un fuerte contingente de parlamentarios de aluvión, con poca cultura de partido y con la inevitable cuota de oportunistas e infiltrados, deudores todos del tirón electoral de Eduardo Frei, y muchos de ellos sin ideología ni arraigo, y sin otro horizonte que la lealtad perruna al presidente. La distancia con la dirección del partido, donde predominaban los viejos falangistas de convicción, intachables en su vida personal, acostumbrados al debate de ideas, se fue haciendo abismal, lo mismo que la distancia entre la sede del partido y el palacio de gobierno. No fue ningún representante de la izquierda, sino un presidente de la DC, el senador Renán Fuentealba, quien denunció sin rodeos el "culto de la personalidad" fomentado por el entorno político y mediático de Frei. Los candidatos de Frei a la presidencia del partido eran derrotados una y otra vez, incluso por candidatos de la franja más izquierdista, como el senador Rafael Agustín Gumucio, quien a la postre, como Chonchol, se hastió del freísmo y participó en la fundación del MAPU.

Los golpes más hirientes vinieron, sin embargo, de la Iglesia y de la juventud de la DC, cerrándose así un círculo inaugurado 30 años antes por el clero progresista y por los jóvenes de la Acción Católica. En la Iglesia, comprobadas las limitaciones de la teoría de la marginalidad o del humanismo cristiano, los jesuitas de la

revista *Mensaje* publicaron, por ejemplo, que el análisis marxista y los cambios estructurales que reclama "no podían ser desdeñados a priori", mientras los sacerdotes, seminaristas y monjas más cercanos al mundo popular abrazaban el marxismo sin tantas cautelas. A su vez, los estudiantes de la Universidad Católica tomaban y ocupaban los edificios de la institución (y con ellos el canal 13 de televisión, el más importante del país) y exigían, y obtenían al cabo, la sustitución del rector, un obispo reaccionario nombrado por el Vaticano, por un laico progresista, el arquitecto Fernando Castillo Velasco, y ganaban sobre todo la participación democrática de profesores y estudiantes en los órganos rectores de la Universidad. Estos movimientos confluyen y culminan de algún modo en agosto de 1968, cuando dos centenares de jóvenes y un puñado de religiosos toman durante horas la catedral de Santiago en protesta por la visita de Pablo VI a Colombia, la primera de un papa a América Latina. El impacto de esta espectacular acción y de su lema ("Por una Iglesia joven y al servicio del pueblo") fue profundo en Chile y en el mundo, porque arruinaba la construcción mediática de la revolución católica chilena.

Con este cuadro cada vez más complicado para el partido único en el gobierno llegaron las elecciones parlamentarias de 1969, en las que la Democracia Cristiana todavía obtuvo más del 30% de los votos y 56 diputados, resultado espléndido pero con sabor a derrota. El gobierno, renqueante desde la mitad de su mandato, entró en una fase de desorientación terminal. La pérdida de control del aparato del Estado tuvo consecuencias tan dramáticas para la imagen y la autoestima de la DC como la masacre de Pampa Irigoín, donde los carabineros interpretaron a la antigua, o a su antojo, las instrucciones del gobierno y mataron a ocho pobladores para poner fin a una toma de terrenos. Y en octubre de 1969 el gobierno de Frei sufrió la afrenta suprema: una asonada militar, ante la cual se vio obligado a reclamar el auxilio de los sindicatos y de los par-

tidos de la oposición y la intervención personal de Allende como presidente del FRAP. Fue en esa ocasión cuando, al frente de una delegación parlamentaria, Allende pisó por primera vez en todo el mandato de Frei los salones de La Moneda, para expresar el apoyo absoluto de las cámaras legislativas al presidente de la República. Poco quedaba de las pretensiones hegemónicas de la Democracia Cristiana y volvía a sonar la hora de la política.

Era la hora de Allende. Iba a heredar la presidencia de un país endeudado, con sus recursos naturales en manos de compañías extranjeras, con inflación, con millones de personas forzadas a vivir en condiciones de explotación y de miseria. Pero heredaba también una historia republicana de la que era parte eminente y una democracia en marcha. En 1972, cuando subió a la tribuna de la Asamblea General de las Naciones Unidas para pronunciar un discurso memorable, e irrumpió con el famoso pasaje que empieza "Vengo de Chile, un país pequeño...", no hacía propaganda de su gobierno, sino que rendía homenaje a las generaciones que habían cuidado su isla democrática.

—Vengo de Chile, un país pequeño pero donde hoy cualquier ciudadano es libre de expresarse como mejor prefiera, de irrestricta tolerancia cultural, religiosa e ideológica, donde la discriminación racial no tiene cabida. Un país con una clase obrera unida en una sola organización sindical, donde el sufragio universal y secreto es el vehículo de definición de un régimen multipartidista, con un Parlamento de actividad ininterrumpida desde su creación hace 160 años, donde los Tribunales de Justicia son independientes del Ejecutivo, que desde 1833 solo una vez ha cambiado la Carta Constitucional, sin que esta prácticamente jamás haya dejado de ser aplicada. Un país de diez millones de habitantes que en una generación ha dado dos premios Nobel de Literatura...

Capítulo 11

Las tres victorias de Allende

En el auditorio universal que ovacionó a Allende en las Naciones Unidas, los países que podían exhibir una historia democrática tan dilatada y estable como la suya se contaban con los dedos de dos manos. Ninguno estaba expuesto a un desajuste tan profundo. La democracia echaba raíces en países ricos; los pobres estaban condenados al dominio extranjero y a las múltiples variantes locales de la dictadura. Chile era una anomalía, una democracia avanzada, con una sociedad activa y exigente, en una economía atrasada. Parecía tener, en suma, más instituciones y más aspiraciones de las que podía costear.

El fracaso de la Democracia Cristiana, que ambicionó establecer un régimen duradero de libertad con desarrollo social, tensionó esta contradicción chilena. Los impacientes veían dos salidas, y las dos sacrificaban la democracia: revolución o golpe de Estado. Allende, por su parte, sabía que la revolución de izquierda era imposible en Chile y consideraba que no era necesaria. En cuanto al golpe de Estado derechista, prefería creer en la fortaleza de las instituciones democráticas.

En la calle la agitación era grande, magnificada a la vez por quienes querían ver en ella la subida del fermento revolucionario y

por los que preferían denunciar un desorden intolerable. Un político veterano, formado como Allende en medio de las huelgas, las masacres y el desfile de presidentes de los años 20, no podía olvidar que el país había conocido crisis políticas y sociales más graves y las había superado con más Constitución, más elecciones, más sindicatos, más desarrollo económico y social, más democracia.

Allende pensaba que el país podía colmar la brecha entre democracia y pobreza si recuperaba el control de sus recursos naturales y avanzaba hacia una fase superior, la misma que en los años 40 reclamaba en sus primeras intervenciones parlamentarias: una democracia económica. Era un diseño poco elaborado, pero resumía bastante bien algún capítulo de la vulgata marxista así como el programa socialdemócrata más clásico. Fue en todo caso, con anterioridad a la elaboración del programa de gobierno y a su gran discurso ideológico de mayo de 1971, el diseño que logró imponer al conjunto de la izquierda desde el momento en que todos los partidos se pusieron de acuerdo en que el "porfiadísimo compañero", como lo saludó Pablo Neruda, era el candidato inevitable, a defecto de ser el candidato deseado.

La mecánica de la candidatura estaba bien rodada. La echó a andar en 1969 con la renovación de su mandato senatorial y repitiendo movimientos. Al igual que en 1961, buscó un triunfo convincente para demostrar que todavía podía ganar elecciones y que conservaba todo su ascendiente sobre los votantes socialistas. Una vez más, eligió con cuidado circunscripción y adversario. Después de Tarapacá y Valparaíso, decidió regresar al extremo sur, a la agrupación formada por las provincias de Chiloé, Aysén y Magallanes, y "dar una lección" a su enemigo íntimo Raúl Ampuero, quien además de ser nativo de Chiloé había arrastrado a su Partido Socialista Popular a buena parte de los dirigentes y cargos electos socialistas de la zo-

na. Ganó Allende, como acostumbraba: solo en la ciudad de Punta Arenas obtuvo el doble de votos que Ampuero en el total de las tres provincias. También como siempre, los rigores de la campaña y el contacto con la gente lo renovaron. Mientras sus colaboradores terminaban extenuados, él recuperaba autoestima y energía. Eran su vida: Osvaldo Puccio asegura que le era más fácil explicar una cosa a diez mil personas que a una sola.

Tras la elección tocaba dejar la presidencia del Senado y volver a la condición de senador raso. Antes de que empezaran las primeras escaramuzas de la elección presidencial de 1970 se quitó de en medio, haciendo un viaje sin prisas a Corea del Norte, Vietnam y Cuba. No contaba con la imprudencia de algunos amigos bienintencionados, que se apresuraron a proclamar su candidatura presidencial con un pésimo manejo de los tiempos, ya que lo único que consiguieron fue que el Partido Socialista organizara de inmediato un acto de proclamación de Aniceto Rodríguez. Allende, que seguía y administraba esta secuencia desde La Habana, envió un cable a la reunión en el que renunciaba a su candidatura y decía que no era momento de nombres. Era una argucia tan antigua como las disputas de los partidos políticos: cuando un dirigente sabe que tiene perdida una votación interna apela a la superación del debate de personas y a la discusión de ideas y programas. Allende ya lo había hecho en la precampaña de 1959, y más allá del movimiento táctico destinado a bloquear a un contrincante, buscaba lo mismo que entonces: evitar aparecer como el candidato de sus amigos en espera de poder liderar una más amplia "conjugación de fuerzas".

El FRAP había desaparecido en la práctica, aventado por el huracán demócrata cristiano de 1964. Para Allende no era una pérdida, sino más bien una oportunidad, pues siempre ambicionó encabezar una coalición más abierta y con acceso al electorado de centro. En los primeros escaños imaginó para la nueva coalición un nombre que rompía con el vocabulario de la izquierda y se

adentraba sin complejos en el imaginario más rancio de la derecha; el Frente de la Patria. Nadie le hizo caso y no insistió. Lo curioso es que el nombre con que empezó a fraguarse la alianza vencedora de 1970, la Unidad Popular (UP), había nacido en los debates internos de la Democracia Cristiana.

En la Unidad Popular estaba, por fin, el Partido Radical, para satisfacción de Allende y de los comunistas. Maltrecho, pero en la alianza. Esta vez el Partido Socialista no puso objeciones, y no porque hubiera abandonado su estrategia del Frente de Trabajadores, sino más bien porque su línea política era ya tan extrema que la elección presidencial aparecía como una distracción, una frivolidad sin consecuencias. También se invitó a la mesa el MAPU, que traía gran parte de la organización y de los votos campesinos de la Democracia Cristiana; si no aportó además voto católico en grado significativo, como hubiera deseado Allende, llegó con una inusitada mezcla de juventud y rigor, a imagen de su fundador y secretario general Rodrigo Ambrosio. Cabría añadir la Alianza Popular Independiente (API), tapadera de las ambiciones presidenciales del senador Rafael Tarud, quien aportaba por otra parte sus contactos con la numerosa y rica colonia árabe; Chile, como apuntó con malicia Eric Hobsbawm al término de su primera visita, era el único país donde los árabes eran más ricos que los judíos.

Fue en sus comienzos una alianza sin fervor, sin participación de las bases, con desconfianzas serias entre sus componentes y con escasa fe en las posibilidades de victoria. Durante meses se perdió en estériles reuniones de dirigentes y barajó candidaturas poco convincentes: Tarud, el radical Alberto Baltra, Jacques Chonchol. Los comunistas levantaron la candidatura de Pablo Neruda, excelente operación de imagen, pero signo inequívoco de que renunciaban a la postulación. Los últimos en pronunciarse fueron los socialistas; por fin el comité central designó candidato a Salvador Allende en una votación humillante en la que las abstenciones fueron más que

los votos a favor (13 contra 12), y pensando muchos de sus miembros lo mismo que, según Max Marambio, pensaba el MIR: el fracaso electoral daría mayor vigencia a las tesis revolucionarias. A finales de 1969 la Unidad Popular firmaba un pacto de gobierno en el que marcaba un territorio aún inexistente: "No elegiremos un monarca, sino un mandatario del pueblo". Allende no era todavía el candidato de la UP, pero si el aviso no le estaba destinado lo parecía.

Esta larga incubación de la candidatura la pasó en silencio, puesto que no pertenecía ni al comité central del PS ni al comité de la UP, y en sus apariciones públicas tenía que extremar la prudencia. En privado, sin embargo, se movía con la astucia y el humor desarmante de siempre. Jaime Gazmuri ha contado su reunión con el MAPU, partido que no creía en su idoneidad revolucionaria ni en sus posibilidades de victoria. Los recibió en su casa de la calle Guardia Vieja y les mostró una a una las fotos que tenía enmarcadas en su despacho con personalidades mundiales, deteniéndose en una reciente con Ho Chi Minh. Y sin esperar a entrar en materia se dirigió a su amigo y colega el senador Rafael Agustín Gumucio, que empezaba a emerger como una figura de compromiso ante el atasco de la candidatura unitaria:

—Qué suerte tienes, Rafael, que ya no tienes que preocuparte de estas miserias.

El problema de la Unidad Popular era que, a pesar del crecimiento del movimiento popular, no aparecían liderazgos nuevos. Los había en el MAPU, como se comprobaría en el futuro, pero eran demasiado jóvenes y demasiado nuevos en la familia. Y de esta forma, la candidatura de Allende, que se acordó en fecha tan tardía como enero de 1970, fue resuelta entre cuatro paredes, y fue un nombramiento resignado y falto de calor, sin la vibración de las grandes asambleas multitudinarias de las proclamaciones anteriores. El anuncio público lo improvisó Luis Corvalán en una concentración convocada el 22 de enero con otros fines, y sus palabras re-

flejaron con rara perfección el tenor cardenalicio y secreto de las interminables deliberaciones:

—Trabajadores de Santiago, pueblo de la capital, queridos camaradas: salió humo blanco. ¡Ya hay candidato único! Es Salvador Allende.

Era verano, el país estaba de vacaciones, había poco entusiasmo en los partidos cuyos precandidatos habían sido descartados, la campaña empezaba tarde y echaba a andar solo gracias a la disciplina y el entusiasmo programado de los comunistas.

A la intensidad de la confrontación tampoco ayudó el elenco de contendientes. Por el lado de la Democracia Cristiana corría el senador Radomiro Tomic, orador brillante y sempiterno favorito del partido, pero con poca llegada fuera de él. Se había perdido los años buenos del gobierno de Frei en la embajada de Washington, adonde había sido enviado para no hacer sombra al presidente. Guardián de la pureza del mensaje demócrata cristiano, impermeable a los halagos de la derecha, sus propuestas de gobierno eran tan similares a las de su amigo Allende que durante meses propuso a la DC ir a las elecciones presidenciales en alianza con los partidos obreros. Luis Corvalán debe haberse arrepentido muchas veces de su exabrupto inicial (“con Tomic ni a misa”), tan poco coherente con la línea del Partido Comunista. La junta nacional de la DC, de todos modos, prefirió mantener una candidatura propia, la de Tomic, por un estrecho margen: 233 votos contra 215. El hecho es que los dos candidatos, Tomic y Allende, partieron entre dudas muy similares de sus partidos respectivos y sin motivos programáticos o personales para sustentar un enfrentamiento agresivo.

Durante la campaña se reunieron en casa de Osvaldo Puccio en no menos de cinco ocasiones. Ninguno de los dos se fiaba de la derecha, por lo que pactaron apoyarse mutuamente a la hora de

resolver en el Congreso Pleno una elección que no iba a producir ninguna mayoría absoluta. En una de esas reuniones Allende preguntó a Tomic si de verdad quería ser presidente de la República, y ante su desconcierto le explicó que un presidente tenía que ir siempre muy elegante, muy bien vestido. Tomic siguió sin comprender hasta que Allende le hizo reparar en su atuendo:

—Un hombre solo está bien vestido si no usa cinturón café con zapatos negros, o al revés.

Si estos dos candidatos estaban fragilizados por sus propios partidos, más sorprendente era la apuesta de la derecha. Durante el gobierno de Frei los restos de los partidos Conservador y Liberal se habían agrupado en una nueva formación, el Partido Nacional, cuyas ideas y comportamientos tenían muy poco que ver con las tradiciones de los viejos partidos. Era una nueva derecha pura y dura, dirigida por huérfanos del partido nazi de los años 30, que no dudaba en importar a Chile terminología y conceptos copiados al pie de la letra del discurso fascista de la España de Franco. Sus “Fundamentos doctrinarios y programáticos” (1966) llamaban a “restablecer la unidad nacional”, invocando “el recio estilo que forjó el alma de la chilenidad”, y anunciaban la instauración de una nueva democracia, la “democracia orgánica”, nombre con el que los ideólogos franquistas aspiraban a perpetuar la dictadura del “generalísimo”. Con estas ideas, y tras alguna exhibición notoria de sus instintos antidemocráticos, como una conspiración con militares que obligó a Frei a hacer detener a sus dirigentes, en 1969 lograron el 20% de los votos en las elecciones parlamentarias. Muy poco para correr con sus colores, demasiado chillones, en la elección presidencial, por lo que recurrieron al expediente de Jorge Alessandri.

El menos perjudicado por esta confrontación a tres bandas fue Allende, que con 62 años cumplidos dejaba de ser el candidato del pasado. Tomic era de su generación y Alessandri 12 años mayor que él. Este protagonizó por su edad el momento mediático de la

campaña, con una aparición en televisión en la que por su propia tozudez o por negligencia de sus consejeros pareció más viejo e incoherente de lo que era; tanto que Allende y Tomic tuvieron que prohibir a sus comandos de campaña que se sirvieran de este incidente como combustible electoral.

Allende, por lo demás, había logrado asumir su nueva imagen y su nuevo estatus familiar, como demostró en este chispazo de su entrevista con Érica Vexler:

—Si tuviera que explicarle a un niño de seis años quién es Salvador Allende, ¿qué le diría?

—Que es el abuelito de un niño de cinco años.

Así, en un país rejuvenecido y donde pronto iban a votar por primera vez los mayores de 18 años, todas las opciones parecían remitir más al pasado que al presente.

Ni siquiera la campaña del terror tuvo la virulencia de 1964. Al menos hacia afuera, porque hacia el interior de las filas de la derecha, entre su electorado más ingenuo y de psicología más frágil tuvo una efectividad mortífera, como se comprobaría después del 4 de septiembre de 1970 y más aún tras el golpe de 1973. En muchas casas de los barrios burgueses se repartió un "Formulario de empadronamiento popular de bienes y viviendas", en el que un imaginario organismo de reforma urbana de la Unidad Popular preguntaba, entre otras enormidades, si los dueños de casa estaban dispuestos a recibir en calidad de moradores permanentes a familias sin vivienda, y que en caso contrario exigía se expusieran las razones que lo impedían. La psicología de masas ha explicado cómo el miedo es la pasión más fácil de crear, más fácil aún, al menos en aquel tiempo, en las destinatarias de la campaña del terror, las mujeres; y no cabe la menor duda de que este pánico inoculado en 1964 y 1970 explica en gran parte la aprobación o la indiferencia de una parte de la población ante los grandes crímenes de la dictadura. Hacia afuera, la grosería de la campaña sorpren-

día menos. La utilización de la Virgen del Carmen como icono anti-allendista fue censurada por el cardenal de Santiago, y la operación entera fue desenmascarada por unos jóvenes comunistas que penetraron una noche en la agencia de publicidad de la campaña de Alessandri y fotocopiaron cheques, letras, facturas y otros documentos que probaban la implicación de empresas y medios nacionales y extranjeros y la participación de la CIA.

También fue menor, por rutinaria, la intervención de los Estados Unidos. Nixon consideraba la focalización sobre Chile y el entusiasmo por la DC como una excentricidad de los odiados hermanos Kennedy. La inversión alumbrada por el comité Church fue de un millón de dólares y no fue asignada en prioridad a la campaña de Alessandri, sino a sabotear la campaña de Allende y a ensuciar su imagen. Con una pequeña parte de esos fondos, dice el informe Church, empleados de *El Mercurio* generaban uno o más editoriales diarios, dictados por la CIA, que se publicaban en el periódico y en sus títulos regionales, se leían en las emisoras de radio subvencionadas y se repercutían en toda América Latina. Otra técnica consistía en colocar artículos en la prensa internacional para reproducirlos en Chile, sabiendo que en un país tan pequeño y distante la opinión pública siente gran curiosidad por lo que se dice de él en el extranjero.

Lo más novedoso de la cuarta candidatura presidencial de Allende es que esta vez disponía de recursos económicos propios gracias a las habilidades comerciales de Puccio y a sus negocios de importación y exportación con Polonia, Cuba y otros países del bloque socialista. Allende quedó traumatizado por la pobreza a la que atribuyó su fracaso de 1958 y desde entonces no dejó pasar ninguna oportunidad de aprovechar sus contactos políticos en el exterior para allegar recursos. Al Che Guevara, por ejemplo, logró exasperarlo en la época en que era el patrón de la economía cubana. El único recado conocido del Che a Allende no tiene nada que ver

con la lucha antiimperialista, sino con un negocio que un emisario de Allende llevó hasta el despacho que tenía el Che en el Banco Central:

—Dígale a Allende que si quiere plata que me la pida, pero que deje de joderme con las exportaciones de ajos.

A la URSS no tenía acceso, de modo que para esta campaña de 1970 sugirió al Partido Comunista chileno que solicitara una contribución al Partido Comunista soviético. La respuesta fue tan “terrible e impresentable”, en palabras de Luis Corvalán, que el PC chileno hizo una aportación extraordinaria de 100.000 dólares haciéndola pasar por ayuda soviética. La anécdota sería difícil de creer si no viera firmada por Corvalán, autor años más tarde de una transferencia aún más insólita: cuando la URSS le concedió el Premio Lenin, donó los 25.000 dólares con que estaba dotado a la Vicaría de la Solidaridad del cardenal Silva Henríquez. Es casi seguro que Allende seguía ignorando aquel engaño cuando en 1972 emprendió su penoso viaje oficial a la Unión Soviética.

El otro recurso propio de Allende era el técnico. Apenas designado candidato reagrupó a los economistas y profesionales de las dos campañas anteriores, menos jóvenes pero más experimentados tras sus carreras en universidades, organismos y gobiernos nacionales y extranjeros. La única incorporación nueva fue el politólogo español Joan Garcés, quien en adelante se ocuparía de trabajar la forma de sus discursos leídos y se convertiría por tanto en uno de sus colaboradores más cercanos. Estos equipos multidisciplinarios y multipartidarios, presididos por Pedro Vuskovic, fueron los que redactaron los programas de gobierno, menos izquierdistas que los de 1964 porque la coalición se había extendido más al centro, pero no menos ambiciosos, como demuestra el famoso documento de las “40 medidas”.

Lo que apenas se supo es que en esta campaña flaqueó el recurso fundamental de Allende, la fortaleza de atleta que escondía

bajo sus trajes de fina raya diplomática. Un día del mes de julio, caminando por el centro de Santiago, le faltó el aire, se apoyó en un kiosco de prensa, disimuló ante los paseantes que lo saludaban, se recetó algo en una farmacia y corrió a casa a cuidar una gripe declarada que en realidad era un accidente cardíaco. Pocos días después grababa, vigilado por su cardiólogo pero sin otro sobresalto, una importante entrevista televisiva de más de una hora.

Iniciada de forma tardía y vacilante, la cuarta campaña presidencial de Allende fue cobrando fuerza gracias a la poderosa inercia organizativa de la izquierda, que en pocos meses logró constituir hasta 14.000 comités de base de la Unidad Popular. Sin que nadie hubiera sido capaz de programarlo, la campaña empezó a vibrar con una espectacular banda sonora: el himno Venceremos, de Sergio Ortega, las canciones de grupos como Quilapayún o Inti Illimani y de cantautores como Víctor Jara y Ángel e Isabel Parra, músicas que nadie podía imaginar entonces que llegarían a trascender fronteras y generaciones, lo mismo que el lema de campaña. Este fue esbozado por Ortega, Puccio y el propio Allende dentro de un coche, camino de un acto electoral, como un grito popular contra el sectarismo de los partidos. Al bajarse del auto pidieron a un grupo que recitara en coro “El pueblo unido nunca puede ser vencido”; al cabo de unos minutos, dirigidos por Ortega, encontraron la cadencia justa: “El pueblo / unido / jamás será vencido”.

Fueron los destellos de una campaña electoral áspera y gris que la derecha creyó ganada hasta el último minuto. Allende ni siquiera pudo votar el día 4 de septiembre de 1970, pues estaba empadronado en Magallanes. Los resultados eran tan estrechos que el recuento se prolongó más de lo habitual en un sistema electoral ágil y eficiente como el chileno. Cerca de la medianoche se confirmó que Allende ganaba la primera mayoría y la celebró con un discurso desde el balcón de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, donde había obtenido su primer triunfo electoral siendo

estudiante, aclamado por una concentración menos que multitudinaria y más sorprendida que eufórica. El resultado era también gris: Allende, 36,27%, Alessandri, 34,89%, Tomic, 27, 81%. Fue la primera e insuficiente victoria de Allende.

Pero eso fue el 4 de septiembre. Nadie que lo haya vivido podrá olvidar el silencio en que amaneció Santiago el sábado 5, las miradas sin palabras entre los madrugadores que se agolpaban ante los kioscos de periódicos (“GANÓ ALLENDE”). Era el mismo silencio que se apoderaba del país cuando la tierra dejaba de temblar después de un gran terremoto.

El silencio lo rompió Tomic. A primera hora de la mañana se dirigió al domicilio de Allende para fotografiarse con él y reconocer su triunfo ante la prensa, cumpliendo así su parte del acuerdo de apoyo mutuo pactado en las reuniones secretas. Fue la señal de partida de un gran juego que duró dos largos meses, hasta la toma de posesión de Allende el 3 de noviembre. El día clave era el 24 de octubre, fecha en la que el Congreso Pleno debía votar la investidura del presidente en ausencia de mayoría absoluta.

Las posiciones de partida estaban bien definidas. La tradición mandaba que el Congreso Pleno respaldara al candidato que hubiera obtenido la primera mayoría. Jorge Alessandri había insistido en este punto durante toda la campaña, porque sus asesores y sus encuestadores, nacionales y extranjeros, lo tenían convencido de que llegaba en primera posición y porque temía que las fuerzas abanderadas por Allende y Tomic rompieran la tradición y le hurtaran la presidencia. Tomic aseguraba los votos de la Democracia Cristiana, o eso parecía.

Por el lado de la Unidad Popular, la necesidad de apelar al apoyo de la Democracia Cristiana no amenazaba la cohesión interna. Se entendía que no requería pactos ni cesiones políticas, pues se trataba del reconocimiento de un derecho ganado en las urnas y

protegido por una tradición republicana invariable: en 1958 Jorge Alessandri había ganado con una primera mayoría aún más exigua que la de Allende sin que nadie le disputara su mejor derecho. Por lo demás, en la partida que se empezaba a jugar la UP no tenía más cartas que la victoria electoral, y esa carta ya estaba sobre la mesa. La movilización popular solo hubiera añadido tensión a un proceso en el que la UP solo tenía que demostrar la serenidad, el control y la prudencia exigibles de una coalición de gobierno. A pesar de la tibieza inicial y de la diversidad de orientaciones y proyectos en su seno, desde el 4 de septiembre estaba sometida al liderazgo indiscutido de Allende, y Allende, en la madrugada de la victoria, había despedido a los manifestantes diciéndoles:

—Ustedes se van a retirar a sus casas sin que haya asomo de provocación y sin dejarse provocar.

Por el lado de la Democracia Cristiana, Tomic había dejado las cosas claras, y más aún las juventudes del partido, que celebraban el triunfo de Allende en la calle al lado de los jóvenes de la Unidad Popular. Todo se torció de inmediato, sin embargo, por el lado del gobierno, porque Frei, a requerimiento directo de Allende, se negó a reconocerle la victoria, abriendo así un abismo de incertidumbre que estuvo a punto de englutir al país. La falta de definición inmediata, la ausencia de acuerdo expreso entre Tomic y Frei, trasladaron todo el peso de una crisis política grave al interior de la Democracia Cristiana y pusieron a las fuerzas armadas en el foco de una crisis de régimen.

El día 6, sin dejar que terminara el fin de semana, el comando de la candidatura de Alessandri vio la rendija y, desmintiendo al candidato, dio el primer titular de la nueva situación: “El proceso electoral no ha terminado”.

El lunes 7 Frei recibió a Allende en La Moneda. Allende todavía creyó que el fuerte malestar del presidente era una afección pasajera y que podía levantar su ánimo sombrío con bromas de vie-

jos amigos. Apenas se saludaron corrió a sentarse en el sillón de O'Higgins:

—¿Cómo me veo?

Y como el presidente no le rió la gracia, atemperó:

—No te preocupes, Flaco, en el 76 te lo devuelvo.

Aunque no estaba para bromas, el comportamiento de Frei debió tranquilizar a Allende, pues el presidente le anunció la creación de un dispositivo de coordinación para el traspaso del gobierno, encabezado por el ministro de Zaldívar, y le pidió el nombre de su representante. Allende adelantó el nombre del jefe de su equipo económico, Pedro Vuskovic. Solo entonces, Zaldívar adujo que no parecía correcto dejar fuera a la derecha antes de que se pronunciara el Congreso Pleno y acordaron pedir un tercer nombre a Alessandri. El resultado práctico fue que nunca hubo equipo de transición, pero en cambio pareció claro que Frei no tenía ninguna duda intelectual o política de quién iba a ser su sucesor.

Sucede que su silencio público y sus comentarios privados, su lenguaje corporal de líder humillado y abrumado, alimentaron la confusión entre sus colaboradores y partidarios más cercanos y alentaron las esperanzas de los implicados en las múltiples conspiraciones en curso.

En los recuerdos de los protagonistas de aquellos días aparece una y otra vez un personaje múltiple, casi siempre anónimo, pero constante: alguien que llama a la puerta de noche para anunciar o proponer un plan, recabar un apoyo, esparcir un rumor, dar o pedir una información interesada. En la noche del 5 de septiembre el ministro de Defensa de Frei, Sergio Ossa, acude a la casa del general Carlos Prats, católico en un ejército en el que abundaban los masones, y al que los demócrata cristianos creían tener motivos para considerar de los suyos. Venía a expresar su alarma por la amenaza que suponía para el país la llegada de un "régimen marxista". La respuesta de Prats fue que la responsabilidad histórica estaba so-

lo en manos de la DC y que esta no debía "endosar a las Fuerzas armadas un papel que compete exclusivamente a los políticos".

El martes 8, el presidente Frei reúne al alto mando militar. Les cuenta su entrevista del día anterior con Allende y asegura que le había "expresado francamente que su acceso al poder era caer inevitablemente en el marxismo"; explica, además, que empezaba a producirse una crisis financiera, cambiaria y productiva. El general Schneider, comandante en jefe del Ejército, se inmutó tan poco como Prats: respondió al presidente que "la solución política debe buscarla a la brevedad el Partido Demócrata Cristiano, con el objeto de devolver la confianza al país".

Ese mismo día, en el entorno de Alessandri germina una idea descabellada para la cultura política chilena, pero que entusiasmó en Washington, donde le pusieron nombre de jugada de ajedrez (el "gambito Frei") o de dibujo enrevesado (esquema "Rube Goldberg"): la Democracia Cristiana vota en el Congreso Pleno por Alessandri, el cual asume el cargo para renunciar de inmediato y convocar nuevas elecciones, a las que concurriría Frei, seguro de vencer de nuevo a Allende en un cara a cara sin candidato de derecha.

El día 9, el embajador Korry creía ya disponer de elementos suficientes para cablear a Washington: "El futuro de Chile será decidido por un solo hombre: Frei. Creo que está jugando sus cartas con extraordinaria astucia". El embajador se equivocaba, como solía. Frei jugaba una sola carta, pero la jugaba con repugnancia y se le notaba. El encargado por la derecha de hacerle el ofrecimiento del "gambito" fue un senador de impecables credenciales democráticas, Francisco Bulnes. Despacharon la idea en pocos minutos, y es lícito pensar, tratándose de políticos tan veteranos, que no sin algún rubor.

La exhibición más imprudente de la ambigüedad pública del gobierno, y uno de los momentos más peligrosos de todo el mes de septiembre, fue el sorpresivo discurso a la nación pronunciado

el día 16 por el ministro Zaldívar por orden del presidente. Se titulaba "El cambio de situación de la economía derivado del acto electoral" (en claro: de la elección de Allende) y pintaba un cuadro espeluznante de corridas bancarias, sequía de capitales y hundimiento de la producción y el comercio, todo ello por problemas "completamente ajenos a la economía misma" y con riesgo de "paralización del país a corto plazo". La Unidad Popular acusó al gobierno de crear el pánico y sabotear la economía con fines políticos. Los votantes de derecha, pero no solo ellos, pudieron pensar que si la mera elección provocaba ese caos, qué no haría un gobierno de Allende. La realidad era muy distinta. Andrés Zaldívar ha pasado cuatro décadas explicando de forma convincente cómo él mismo y sus economistas, entre ellos Sergio Bitar, futuro ministro de Allende, hicieron frente al descalabro desde el principio y lograron en pocos días calmar la situación y enderezar la economía. Ocurre que, como le sucedía a Frei, los gestos desmentían las buenas acciones y la música no acompañaba a la letra.

La Democracia Cristiana, entretanto, asistía a los acontecimientos sin responder a la urgencia que reclamaba el general Schneider, paralizada también por la indefinición pública de Frei. A pesar del ascendiente de Tomic, si Frei hubiera querido frenar a Allende habría podido torcer el rumbo del partido, en el que había perdido muchas votaciones internas, pero ninguna estratégica. Al final, a la DC la sacó del marasmo el más joven de sus diputados, Luis Maira, autor de la solución que la puso en orden. Partidario de franquear el paso a Allende, consciente de que el tiempo favorecía a los conspiradores del partido y erosionaba la voluntad inicial de numerosos camaradas, comprendió que a muchos se les hacía muy penoso invertir a Allende a cambio de nada y propuso ofrecer a la Unidad Popular un arreglo: el voto en el Congreso Pleno a cambio de un Estatuto de Garantías que reforzara en la Constitución las disposiciones relativas a la libertad de expresión, la financiación de la educación

católica, la autonomía universitaria y los derechos sindicales. El razonamiento que Maira ha explicitado a la periodista Mónica González era, vuelto del revés, simétrico al del MIR y de muchos socialistas:

—Sopesamos el interés del país al no decirle a la izquierda, después de 30 años de búsqueda de un camino político, que si ganaban las elecciones de todas maneras las perdían. Habría sido la manera más directa de decirles: "¡váyanse a la vía armada porque por la vía democrática no ganarán nunca!"

Allende respondió que pedirle garantías democráticas a él era una ofensa a su limpia trayectoria política, pero los encargados de presentarle la propuesta, con Patricio Aylwin a la cabeza, comprendieron que se trataba de una indignación, si no fingida, muy superable. Los socialistas, que en principio debían haber sido los más hostiles a un acuerdo tan poco revolucionario, no solo aceptaron, sino que se sumaron a la negociación y añadieron un artículo que consagraba el derecho a la seguridad social. En el consejo nacional de la Democracia Cristiana ya nadie se atrevió a plantear una opción distinta, y por fin, a primeros de octubre, el partido anunció que daría sus votos a Allende. La reforma de la Constitución fue aprobada el 15 de octubre con los sufragios de la DC y de la UP. En esos momentos en los que no todo era lo que parecía, la reforma con que algunos pensaban maniatar a Allende afianzaba en realidad importantes derechos democráticos y sociales y reforzaba los poderes del Estado.

Cerrado así el escenario político, la única alternativa al allendismo era un cambio de régimen, lo que en concreto significaba un golpe de Estado de las fuerzas armadas encabezado por el arma indispensable, el Ejército de tierra. A lo largo del mes de septiembre, políticos de la derecha y de la Democracia Cristiana todavía esperaban, promovían o simulaban la complicidad de Frei, pero al terminar el mes ya se habían resignado a no contar con él para esta aventura. El día 25, "un destacado demócrata cristiano" de la espe-

cie nocturna plantea a Prats una variante del "gambito Frei": "apoderarse de noche de La Moneda, enviar a Frei al extranjero, suspender la vigencia de los partidos políticos, utilizar en cargos clave a gente de confianza que ellos podrían señalar y, normalizada la situación, llamar de nuevo a elecciones". Era, al pie de la letra, el esquema de las intervenciones militares de los años 20, y el que la mitad de la Democracia Cristiana creyó estar apoyando en 1973. El destacado político debía ignorar que tres días antes Prats había tenido que decir al "muy desalentado" ministro de Defensa que "los políticos que están maniobrando para inducir al Ejército a una aventura deben comprender que no somos tan estúpidos como para que no nos demos cuenta de que quieren usarnos". Al destacado político le repitió que "el plan maestro que me había expresado era muy cómodo para la DC, pero que iba a conducir a un desastre nacional más grave que el que se trataba de evitar y que los militares no teníamos por qué mancharnos de sangre las manos para resolver por la fuerza un dilema que es de exclusiva solución política".

Si ninguna de estas tramas antiallendistas tenía viabilidad era porque en asuntos políticos ni el comandante en jefe del Ejército, René Schneider, ni su segundo, Carlos Prats, necesitaban lecciones de nadie. En su calidad de jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional (EMDN), Prats había redactado en diciembre de 1969 un "Análisis del momento político nacional, desde el punto de vista militar", aprobado por los comandantes en jefe de las tres armas y elevado al gobierno, en el que había clavado el resultado de la elección presidencial con casi un año de antelación y sin esperar siquiera a que la UP designara candidato: Alessandri, 35%, Tomic, 27%, UP (representada por un signo de interrogación), 38%.

Durante los meses siguientes, Prats se hartó de decir a ministros del gobierno y a dirigentes de la Democracia Cristiana y del Partido Nacional que ganaba Allende, pero "al parecer, en los altos niveles de la conducción política del país se pensaba que los militares no

entendíamos nada de la realidad nacional". Prats, al menos, entendía, y mucho. Su valoración de la situación política a finales de 1969 es la más sintética, más ajustada y de mayor calado histórico:

"En los últimos 5 años de régimen DC, el gobierno ha logrado, sin alterar la constitucionalidad vigente, los siguientes grandes objetivos socioeconómicos: romper el estancamiento económico del país, mejorar la distribución de la riqueza, organizar al pueblo y ensanchar su educación.

"Tales logros han traído un efecto psicológico conexo, nuevo en Chile: el ansia de los aún postergados por ascender, con suma rapidez, a más altos niveles de consideración y bienestar.

"Como el tope de este ascenso está en la débil expansión del volumen de bienes y servicios con que cuenta el país, hay pánico entre los aún privilegiados ante la perspectiva de verse despojados de sus prerrogativas".

Si Carlos Prats era este analista de mirada larga y profunda, su superior, René Schneider, era además una roca. Lo había nombrado Frei por encima de cinco generales más antiguos para poner orden en el Ejército tras la asonada militar de 1969 y nada ni nadie iba a apartarlo de su función institucional. Su respuesta a la clase política y al interior de los institutos armados fue siempre inequívoca: respeto absoluto de la Constitución, y por tanto obediencia al candidato que proclamara el Congreso Pleno. Cabe añadir que si en diciembre de 1969 habían anunciado el triunfo de la Unidad Popular sin noticia del candidato, las posiciones de Schneider y Prats en septiembre y octubre de 1970 eran, por decirlo con un término ajeno a la época, "sistémicas": ninguno de los dos conocía a Allende, y este se abstuvo de todo contacto con ellos durante estos dos meses cruciales.

Con el Ejército ordenado y la Democracia Cristiana definida, entraron en escena las fracciones antisistema de la derecha. Una nube tóxica se esparció por el país, acumulando polución a las cam-

pañías del terror anteriores, con gran aparato de calamidades económicas, tanques rusos, barbudos cubanos y revelaciones tremendas, como la difundida por el presidente del Senado, el freísta Tomás Pablo, informado a buena fuente del alistamiento de guerrilleros húngaros para combatir en Chile.

Se trataba de dar cobertura etérea a algo mucho más grave, una ofensiva terrorista en toda regla. Fue un cambio radical, y este sí que fue revolucionario, en la cultura política del país. Las primeras detenciones de terroristas se produjeron el 28 de septiembre y siguieron otras en días y semanas sucesivos. Hubo atentados con dinamita contra torres de alta tensión que dejaron sin energía eléctrica a sectores enteros de Santiago, contra la Bolsa y contra oficinas bancarias y sedes de empresas, contra domicilios particulares de parlamentarios de derecha, e incluso autoatentados en domicilios de empresarios, variante terrorista menos expuesta pero igual de aprovechable. El 2 de octubre la explosión de un depósito de 120.000 litros de keroseno estuvo a punto de reventar el aeropuerto internacional de Pudahuel. Aparecieron algunas constantes que se repetirían, cada vez más refinadas, a lo largo de los tres años siguientes: el ocultamiento mediático de los atentados o su atribución a extremistas de izquierda (en este período firmó varios una supuesta Brigada Obrero Campesina), y la complicidad del aparato judicial, que desde el principio se apresuró a poner en libertad a los principales responsables. Era la primera vez en la historia de Chile que se intentaba provocar un cambio de régimen por medio del terrorismo.

La gran hazaña de esta trama fue el asesinato del general Schneider, interceptado en su automóvil oficial y abatido con armas suministradas por Washington.

La participación de los Estados Unidos, tanto del gobierno como del sector privado, en el sabotaje y demolición de la democracia chile-

na, una de las más antiguas y estables del mundo, está documentada desde 1975 por el propio Senado norteamericano. En años sucesivos ha sido permanente, al hilo de los plazos establecidos en la legislación sobre libertad de información o de las investigaciones de periodistas e historiadores, el goteo de informaciones que iluminan rincones oscuros y precisan datos, cifras, nombres. No es posible leer esta masa documental sin asombrarse ante la soberbia, la ignorancia y la incompetencia de organismos y servicios que pretendían gobernar el mundo.

Importa resaltar que el desencuentro con los Estados Unidos no empezó con Allende, y que también en este punto el gobierno de la Unidad Popular está en la línea de continuidad de un proceso largo de profundización de la democracia y ampliación de la independencia nacional de Chile.

Allende fue mezquino en sus pronósticos de 1964, cuando anunció de parte de Frei "liviandades y aventuras" consentidas por el Imperio. La política exterior del canciller Gabriel Valdés Subercaseaux fue mucho más que eso. Restableció las relaciones diplomáticas con la URSS y con los países de su área de influencia, respetando, eso sí, las líneas rojas en torno a Cuba y a la República Democrática Alemana. En 1965 intentó amotinar a la Organización de Estados Americanos (OEA), controlada por Washington con mano de hierro, contra la invasión de la República Dominicana; cuando los demás países se plegaron, Chile fue el único que mantuvo la condena. Entonces Valdés propuso una reforma de la OEA basada en el reconocimiento de que América Latina y Estados Unidos constituían "dos polos dentro del sistema". En la ONU, solo los temores de Frei a las represalias norteamericanas impidieron que la delegación chilena, encabezada por el senador Renán Fuentealba, rompiera uno de los grandes tabúes occidentales y votara contra la presencia de Taiwán y por la entrada de la China comunista. En el terreno económico, poco podían entusiasmar a la administración republicana la

reforma agraria, la nacionalización de la Compañía Chilena de Electricidad, la "chilenización" del cobre, y menos aún la creación junto con Perú, el Congo y Zambia del Consejo Intergubernamental de Países Exportadores de Cobre (CIPEC), cartel mundial inspirado en la reciente Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP).

Al final se agriaron incluso las relaciones personales. En mayo de 1968 Gabriel Valdés organizó en Chile una reunión de cancilleres latinoamericanos sin invitar a Estados Unidos y, contra la opinión de Frei, decidió exponer él mismo las conclusiones de la reunión (el "Consenso de Viña del Mar") al presidente Nixon. En Washington, Valdés era conocido también por otros desafíos: había roto el bloqueo a Cuba autorizando exportaciones de vino y ajos, y como además de su orgullo de casta y de rango poseía un contundente sentido del humor, declaró que no había tal ruptura porque el vino y los ajos eran productos terapéuticos, y por tanto no estaban cubiertos por el embargo norteamericano. En la Casa Blanca, ante el cuerpo diplomático latinoamericano, explicó a Nixon que por cada dólar que Estados Unidos invertía en Europa ganaba un dólar, en África dos dólares, y en América Latina cuatro dólares. Kissinger estaba furioso. Nixon se contentó con responder que eran cifras inventadas por los izquierdistas de la ONU, a lo que Valdés replicó que emanaban del First National City Bank y habían sido publicadas dos días antes por el muy derechista Wall Street Journal.

Esa noche Kissinger se invitó a cenar en la embajada de Chile para pedir cuentas a Valdés. Como este no cedió a sus argumentos, el consejero de seguridad nacional de Nixon dio por terminada la discusión:

—Yo he estudiado mucha historia, conozco de política y quiero decirle que la Historia no pasa por América Latina. Lo que pasa en el Sur no tiene importancia. Pierde usted el tiempo.

Para eso, para congelar la Historia de América Latina, estaban las embajadas de los Estados Unidos, pero esto Valdés no lo dijo,

porque estas bromas no las hacían los latinoamericanos en Washington antes del declive del imperio americano. Se limitó a llamar a Kissinger "alemán wagneriano y prepotente". Del embajador Korry, Valdés decía que era tonto, pero es que el análisis del embajador sobre la crisis chilena se resumía, en su español elemental, en que los chilenos no tenían cojones.

Fueron otras cuentas que dejó la Democracia Cristiana y cuya factura también pagó Allende.

Con el paso del tiempo se ha querido atribuir a la guerra fría la violencia de la reacción de la Casa Blanca contra la elección de Allende, como si ello pudiera dignificar la intervención bajo el manto de la geopolítica y suavizar, al menos en el plano conceptual, su brutalidad. Nada es menos seguro. La agresión a Chile no fue diferente de otras agresiones norteamericanas en América Latina, antes y después de la guerra fría. La evaluación distribuida por la dirección de Inteligencia de la CIA el 7 de septiembre de 1970, tres días después de la elección de Allende, no justificaba la histeria que unos días más tarde se iba a desatar en Washington: "Estados Unidos no tiene intereses vitales en Chile"; "el equilibrio de poder militar en el mundo no se verá alterado significativamente por un gobierno de Allende"; la victoria de Allende supondría apenas "un claro obstáculo psicológico para Estados Unidos y un claro avance psicológico para la idea marxista". Y el Senado de los Estados Unidos, cuando expone en su informe de 1975 los antecedentes de la intervención, omite toda referencia a la guerra fría y la explica como una reactualización de los principios de la doctrina Monroe.

A veces una catástrofe se gesta en una simple acumulación de circunstancias y de coincidencias. Coincidió, por ejemplo, que el propietario de *El Mercurio*, Agustín Edwards, era concesionario en Chile y vicepresidente mundial de la multinacional Pepsi Cola, y que el presidente de esta compañía, Donald Kendall, era uno de los grandes patrocinadores de la carrera política de Richard Nixon y te-

nía acceso franco a su despacho. El 14 de septiembre, 10 días después de la elección de Allende, Kendall invitó a Edwards a almorzar con Nixon en la Casa Blanca. Al día siguiente Nixon convocó a Kissinger y al director de la CIA, Richard Helms, y les dio las famosas instrucciones que Helms anotó en su libreta y que el Senado le obligó a entregar: no importan los riesgos, hay 10 millones de dólares y más si es necesario, poner nuestros mejores hombres a tiempo completo, plan de acción en 24 horas; y reventar la economía.

Nixon tenía preocupaciones bastante mayores: la guerra de Vietnam, la carrera espacial y la llegada a la luna, la crisis fiscal, la retirada de la garantía de las reservas federales de oro al dólar y a todo el sistema monetario de la posguerra. Cuando no se ocupaba de estos problemas, la Casa Blanca de Nixon era la que dice Christopher Hitchens en su panfleto contra Kissinger: mitad mafia, mitad república bananera (*The Trial of Henry Kissinger*, 2001). En los minutos que podían dedicar a Chile, la prioridad de Nixon era quedar bien con Kendall y la de Kissinger, que tenía mucho que hacerse perdonar, complacer a Nixon. Sería, si cabe, peor que la versión geopolítica, el pulgar hacia abajo de un emperador displicente.

La carencia más grave de la democracia chilena en la era de Allende puede haber sido la falta de una prensa independiente de calidad. La calidad estaba, porque *El Mercurio* soportaba con honores la comparación con los grandes periódicos del mundo, pero no la independencia, pues el diario y su extensa cadena de periódicos regionales y locales eran apéndices de un poderoso grupo financiero e industrial y estaban sujetos a los intereses económicos, ideológicos y políticos del grupo. Además *El Mercurio* parece haber tenido una administración deficiente, ya que tuvo que ser sostenido, en contradicción con su propia línea editorial, mediante la inyección de grandes sumas de dinero público norteamericano. Cabe añadir la fuerte animosidad entre Allende y Edwards, quién sabe si atizada por viejas historias de familia en Valparaíso. Era evidente que Allen-

de no se iba a reunir con el director del periódico cada quince días, como acostumbraba Frei, y era de notoriedad pública que el programa de nacionalizaciones de la Unidad Popular afectaba de lleno al banco y a las grandes empresas del grupo Edwards. En los días en que Kendall tramitaba el almuerzo con Nixon, Allende había acusado al banco Edwards de ser el principal instigador del pánico financiero que asolaba al país.

No era el único grupo privado dispuesto a asociarse con la Casa Blanca en la conspiración contra Allende. El otro era la International Telephone & Telegraph (ITT), el “conglomerado” o “transnacional”, como entonces se decía, más importante de ese tiempo. Su presidente sabía que le iban a nacionalizar la compañía de teléfonos de Chile y complotó tanto por cuenta propia como en asociación ilegal con su gobierno. Llegó a ofrecer a la CIA una contribución de 10 millones de dólares, cifra idéntica a la adelantada por Nixon, lo que da una idea exacta del valor de mercado que atribuían a la democracia chilena. Los papeles de la ITT fueron publicados en 1972 por el periodista Jack Anderson en el *Washington Post* y contribuyeron a su descrédito mundial y a su sorprendente hundimiento pocos años más tarde.

No podía faltar y no faltó la voluntad de solucionar la crisis matando a Allende. El periodista Seymour Hersh (*The Price of Power*, 1982) publicó en su día testimonios que abonaban su convicción de que Washington estuvo detrás de algunas tentativas, lo que sería coherente con lo que se conoce de operaciones similares en otros países. Una tentativa de asesinato descubierta y frustrada por la policía chilena era conocida de antemano en la embajada norteamericana de Santiago, según confesión del propio embajador Korry. El designado para perpetrar el crimen, aprovechando la presencia de Allende en Viña del Mar o en Valparaíso, era un oficial expulsado del Ejército por actividades sediciosas. En todo terrorista hay un sustrato de cobardía, pero este batió todas las marcas: cuando la policía fue a de-

tenerlo se parapetó detrás de la cuna de un bebé y allí resistió como un héroe durante horas, hasta que la madre logró rescatar a su hijo.

Allende vivió desde la noche misma del 4 de septiembre una situación que nunca había vivido un presidente de Chile, con un costo personal incalculable. Durante la campaña presidencial todavía podía arreglar sus asuntos personales y pasear por el centro de Santiago. Desde la noche electoral no volvió a dormir en su domicilio y tuvo que utilizar casas prestadas o alquiladas en las que no podía pernoctar más de dos veces. Tuvo que acostumbrarse a vivir rodeado de una guardia cada vez más numerosa e intrusiva. Cuando le preguntaron por esas nuevas compañías alegó que se trataba de un grupo de amigos personales, y con esa abreviatura, GAP, tienen un sitio propio en la historia de su gobierno.

Su jefe fue Max Marambio, 23 años, que había recibido en Cuba un entrenamiento a todas luces insuficiente y ninguna preparación en asuntos de seguridad de personalidades, pero inteligente, simpático y hombre de imaginación y recursos sin límites. Durante los mil días de la presidencia fue la persona con mayor proximidad diaria al presidente, y admiró en Allende su valentía personal y su inagotable sentido del humor. El 5 de septiembre se presentó en casa de Miria Contreras, enviado por el MIR por ser el único con alguna formación paramilitar y por ser hijo de un diputado socialista amigo de Allende:

—Me llamó la atención su aire de gallo, por su forma de abombar el pecho y caminar erguido. Era un hombre de baja estatura, esqueleto poderoso, hombros anchos y manos fuertes.

A un primer núcleo de miristas (a los que acudió Allende "quizá para tenernos cerca y podernos controlar de la manera que sabía hacerlo", reconoce el propio Marambio), de extracción burguesa y formación universitaria, se fue sumando otro más amplio de socialistas de la fracción ELN, algunos de ellos veteranos de los grupos de apoyo a la guerrilla del Che y en general de origen muy modes-

to. De esta forma, en pocos días Allende se hizo con el control del escaso poder de fuego de la extrema izquierda, cuya supervisión confió a la firmeza de Tati Allende y a los cuidados casi maternos de Miria Contreras. La cohabitación no duró mucho. Max Marambio, que operaba con otro nombre espléndido, Ariel Fontana, decidió muy pronto que la única misión del GAP era proteger al presidente, mientras que Miguel Enríquez y el resto de la dirección del MIR veían una oportunidad de infiltración y aprovisionamiento. El conflicto acabó con la retirada del MIR y una gravísima afrenta a Allende, pues se llevaron unas armas que este había obtenido de Fidel Castro y crearon una tensa situación con los cubanos.

El GAP fue siempre un operativo pobre y algo desastrado, al que la señora de Puccio vistió con trajes y camisas que tomó prestados a sus amistades, y provisto de medios de defensa dispares y precarios. Allende se negó a autorizar la importación de vehículos blindados, por lo que todo el parque móvil de la escolta presidencial se reducía a seis automóviles Fiat 125 montados en Chile, en los que el presidente viajó a diario durante tres años "con las rodillas topando con el asiento delantero". Si Allende sobrevivió durante ese tiempo a las amenazas externas y a las avalanchas de la gente que corría a tocarlo y abrazarlo, buena parte del mérito habrá de atribuirse a la estrella que, según él, lo protegía.

A pesar de la incomodidad, Allende disfrutó con la compañía de estos jóvenes tan alejados del mundo institucional y del aparato protocolario que lo envolvía. Al final fue él quien los protegió. El 11 de septiembre de 1973 escenificó con ellos la defensa armada del palacio presidencial, pero cuidó y logró que no le mataran a ninguno, sin imaginar que iban a ser torturados y asesinados por los golpistas y sus cuerpos arrojados al mar o al río Mapocho. La campaña contra el GAP, constante en la prensa de la época y prolongada en algunos libros de historia, era y es escandalosa e hipócrita. Lo que entonces se sabía, y se sabe mucho mejor ahora, los hizo

imprescindibles. No había alternativas, en primer lugar porque nadie podía saber hasta qué punto estaban penetrados los cuerpos de seguridad por los enemigos de Allende, y sobre todo porque en Chile no había experiencia en materia de seguridad de personalidades del Estado, por la sencilla razón de que nunca había sido necesaria.

Por eso fue tan fácil, en la mañana del 22 de octubre, a solo dos días del Congreso Pleno, rodear el coche oficial de la comandancia en jefe del Ejército y asesinar al general Schneider. Fue un crimen extemporáneo, porque a esas alturas ya no había ninguna duda sobre el desenlace político de la crisis. El día 24 el Congreso Pleno votó, sin que faltara un solo voto demócrata cristiano, la investidura presidencial de Allende, en un clima de intensa emoción por la lenta agonía del general y de horror por el crimen. “Nunca en mi larga vida, dijo Jorge Alessandri, creí que pudiera ocurrir en Chile algo tan alevoso”. Había que remontarse a 1837, al asesinato de Diego Portales, creador del Estado chileno, para asistir a un hecho de esta naturaleza. Ahora habría que esperar mucho menos: en los 12 años que transcurrieron entre el atentado contra Schneider y el envenenamiento de Eduardo Frei, en Chile cayeron víctimas de la violencia política dos presidentes de la República, dos comandantes en jefe del Ejército, cuatro ministros del Interior, dos ministros de Defensa, y con la excepción dudosa del asesinato del ex ministro del Interior de Frei, Edmundo Pérez Zujovic, esta masacre fue obra de la extrema derecha o del Estado terrorista.

Tras el asesinato de Schneider, el Ejército y Allende exigieron a Frei la destitución de los jefes de la policía de Investigaciones y su reemplazo por un general y por un joven médico allendista, Eduardo Coco Paredes. Al cabo de pocos días habían remontado todos los hilos y detenido a los jóvenes autores del crimen y a sus instiga-

dores: el comandante en jefe de la Armada, un ex general director de Carabineros, y, el más peligroso por las fuerzas que tenía bajo su mando, el general jefe de la guarnición de Santiago. Poco más tarde se supo que las 30 monedas que cobró cada uno valían al cambio 50.000 dólares.

Salvo con los militares, Allende había hablado en esas últimas semanas con todo el mundo. Visitó a Jorge Alessandri para darle las gracias cuando éste pidió a sus partidarios que no votaran por él en el Congreso Pleno, pues quería contribuir a que Allende asumiera la presidencia “en un clima de mayor tranquilidad, que robusteciera la confianza”, según cuenta en sus memorias el cardenal Silva Henríquez. Animado tal vez por esta buena disposición de Alessandri, pidió una reunión al presidente del Partido Nacional, Sergio Onofre Jarpa (“Yo sé que usted es nacionalista, le dijo Allende, pero yo soy más nacionalista que usted”), y le explicó que quería ser elegido presidente por la unanimidad del Congreso, “pues eso me dará estatura frente a Estados Unidos y el resto de los países”. “Era muy convincente, Allende, continúa Jarpa. Me pintó un desafío atractivo, pero le expresé claramente que su proyecto no admitía la participación de los comunistas, pues tenían objetivos diferentes en política nacional e internacional”. Con el que más le costó reunirse fue con Frei, y solo lo consiguió después de la muerte de Schneider y la votación del Congreso Pleno, gracias a la insistente mediación de Gabriel Valdés:

—No puedo hablar con él. No puedo. Es muy duro para mí. Me quiere agarrar.

—Tú eres el presidente de la República. Allende es el presidente de la República. Esto no puede ser. Tú tienes que darle la mano. Tienes que ayudarlo. Tienes que evitar que lo desborden, porque lo van a desbordar.

En la primera conversación, a solas los tres, Allende estaba preocupado por su seguridad:

—A mí me van a matar. La gente que asesinó a Schneider me asesinará a mí y tu jefe de policía no me da garantía.

—Sí, pero si quieres que yo te defienda sácate de encima a los guardias personales, porque este no es un país tropical.

—Míralo, Gabriel, está triste porque ha perdido la presidencia. Todos los ex presidentes creen que después de ellos viene el diluvio.

Pocos días después se reunieron a almorzar:

—Salvador, yo no te voy a ayudar. Mi conciencia me dice que mientras menos dure tu gobierno, mejor.

Llegado el 3 de noviembre, Frei aún protagonizó un grandioso acto fallido: llegó al Congreso con la banda presidencial cruzada bajo el frac, lo que amenazaba con crear un difícil problema protocolario. Allende tranquilizó a Puccio cuando este bajó a contárselo:

—No te preocupes, Osvaldo, o se saca la chaqueta para sacarse la banda, o yo le saco la chaqueta y la banda.

Allende estaba exultante. Doña Tencha contó años después que había sorprendido a todos, incluso a ella, la forma en que su figura se había robustecido y agrandado a llegar a la presidencia. Ante él se abría ahora un camino ancho y despejado. Llegaba al gobierno con un Ejército firme en su lealtad al orden constitucional, con la derecha política arrinconada en el parlamento por la suma de los votos de la Unidad Popular y de la Democracia Cristiana, y con un mayoritario consenso social sobre la necesidad de nuevas y profundas reformas. Tenía, al cabo de dos meses frenéticos, su segunda y más complicada victoria.

La tercera fue la victoria sobre su propio campo. El sentimiento del MIR, tal como lo resume en sus memorias Max Marambio, era compartido en voz baja por gran parte de la izquierda instalada: "En la campaña presidencial de 1970, decidimos darle una oportunidad y dejarlo perder tranquilo". El día 3 de noviembre, cuando Allen-

de recibió la banda tricolor que ambicionaba desde joven, una sensación de irrealidad flotaba sobre el Congreso Pleno, sobre el país y sobre la prensa extranjera amotinada en Santiago por esta revolución latinoamericana sin pólvora, sin descamisados, sin épica. El 4 de noviembre Allende apareció por fin, con doña Tencha, en el balcón de palacio ("hoy el pueblo entra conmigo en La Moneda") y fue en ese momento cuando se desbordó la euforia tanto tiempo contenida.

Se encontraba entre la multitud Ariel Dorfman, 28 años, chileno por voluntad propia sin dejar de ser judío ruso de padres, argentino de nacimiento y norteamericano de educación. En sus memorias (*Rumbo al sur, deseando el norte*, 1998) recuerda haber tenido en esta concentración inaugural una "experiencia mística": "Miles de miles de caras esperanzadas, un horizonte de compañeros hasta más allá de lo que alcanzaba mi vista (...). La historia de sus vidas jamás se había contado, las palabras con que se describía su mundo habían pertenecido a otros seres humanos. Eso iba a cambiar (...). Sentí que yo era el primer hombre sobre la tierra y que este era el primer día de la historia humana y que el mundo estaba a punto de comenzar en toda su hermosura y que para que ese nacimiento se llevara a cabo lo único que hacía falta era atreverse a intentarlo, atreverse a darle un nombre".

Más serena, otra escritora de la misma generación, Isabel Allende, que a diferencia de Dorfman no tenía militancia política, resume toda la experiencia de esa generación en una línea:

—Nunca me he sentido tan viva.

Capítulo 12

La muerte de Allende

¿Por qué murió Allende?

Gabriel García Márquez lo adivinó al instante y su respuesta, teñida de incompreensión y de amargura, no ha sido superada: "Su virtud mayor fue la consecuencia, pero el destino le deparó la rara y trágica grandeza de morir defendiendo a bala el mamarracho anacrónico del derecho burgués, defendiendo una Corte Suprema de Justicia que lo había repudiado y había de legitimar a sus asesinos, defendiendo un Congreso miserable que lo había declarado ilegítimo pero había de sucumbir complacido ante la voluntad de los usurpadores, defendiendo la libertad de los partidos de oposición que habían vendido su alma al fascismo, defendiendo toda la parafernalia apolillada de un sistema de mierda que él se había propuesto aniquilar sin disparar un tiro. El drama ocurrió en Chile, para mal de los chilenos, pero ha de pasar a la historia como algo que nos sucedió sin remedio a todos los hombres de este tiempo y que se quedó en nuestras vidas para siempre".

En sus momentos buenos, Allende habría censurado con buen humor alguna expresión del novelista, la misma que prolonga años después Roberto Bolaño en la última línea de su *Nocturno de Chi-*

le ("Y después se desata la tormenta de mierda"). En los malos se habría reconocido punto por punto, en el fondo y en la forma, como el día en que, en medio de un discurso, leyó en voz alta la pancarta de un manifestante: "Este es un gobierno de mierda, pero es el mío". El régimen denostado por García Márquez era un régimen podrido, pero era el suyo.

Por qué o para qué murió Allende se lo preguntó, pasada la conmoción del 11 de septiembre de 1973, medio mundo, y no tardaron en llegar respuestas tanto de cátedras universitarias como de personalidades y partidos políticos.

Joan Garcés salvó la vida en La Moneda y pudo escapar de la jauría golpista bajo la protección del embajador de España. En París, donde se había licenciado en ciencias políticas, escribió en 1975 el primer libro importante sobre la tragedia, *Allende y la experiencia chilena*, en el que combina un sesudo análisis académico con recuerdos personales y con la exposición de sus propias ideas acerca de las carencias de la coalición allendista. Su punto de vista es "la praxis revolucionaria del movimiento obrero y popular", y su asunto la teoría de la transición al socialismo en los debates del marxismo europeo. Son muchas las insuficiencias que describe, pero su respuesta más precisa aparece desde las primeras líneas de la introducción: el desconocimiento de la izquierda chilena sobre política militar antiinsurreccional a través de las técnicas de la defensa civil. Como todos los asesores que en el mundo han sido, tiene la excusable debilidad de pensar que el fracaso podría haberse evitado si se le hubiera hecho caso en algunos momentos. Al cabo, su visión de la muerte de Allende es la antítesis perfecta de la intuición de García Márquez: "A través de la decisión de defender hasta el fin la legalidad democrática, Allende deseaba imposibilitar a la burguesía la reconstrucción del aparato del Estado tradicional". Destruído este, y siendo inviable en Chile un Estado fascista, surgiría más pronto que tarde un Estado democrático popular.

En las universidades de los Estados Unidos, el sociólogo español Juan José Linz había fundado una línea de sociología política que trabajaba sobre el "quiebre" de las democracias y los regímenes de transición a la democracia. "El caso chileno, decía Linz, era considerado vital para el proyecto, porque era el caso más reciente de quiebre democrático; era también la democracia más perdurable en el mundo que había sufrido un colapso de régimen". De la investigación se ocupó un profesor chileno-norteamericano, Arturo Valenzuela, quien más tarde sería subsecretario para América Latina y miembro del Consejo Nacional de Seguridad durante las presidencias de Bill Clinton. Su libro de 1978, *El quiebre de la democracia en Chile*, sigue siendo una referencia obligada. Valenzuela subraya los elementos de continuidad entre los gobiernos de Frei y Allende, y en línea con las tesis de la escuela de Linz descarta que el quiebre de la democracia en Chile fuera el resultado mecánico de elementos socioeconómicos. No era una quiebra inexorable. Al igual que Garcés, detalla la intervención norteamericana, con datos tan contundentes como este de la campaña presidencial de 1964: los tres millones de dólares aportados por la CIA a la campaña de Frei equivalían a 1,20 centavos de dólar por voto, mientras que en Estados Unidos, en el mismo año, la campañas electorales de Johnson y Goldwater, juntas, no gastaron más de 0,54 centavos. Las democracias se rompen cuando se rompe el centro, como ocurrió en Chile, primero con el Partido Radical y sobre todo con el Partido Demócrata Cristiano. Su juicio está más cerca de la intuición de García Márquez: Allende "sostenía que se podía instituir un cambio radical sin perturbar los procedimientos de la democracia chilena. Sin embargo, solo una fracción de las élites políticas apoyaba decididamente ambos valores".

En la Unión Soviética, cierta indiferencia hacia el gobierno de Allende dio paso a encendidas discusiones tras su caída. El caso chileno alumbró en el Partido Comunista debates que mostraron las fa-

llas Ideológicas internas, hasta el extremo de que en la época de la perestroika una fracción del partido aplaudía la restauración del orden político y económico en Chile y por tanto el golpe de Estado. La Academia de Ciencias de la URSS promovió estudios sobre la crisis chilena que fueron publicados en español en 1980 (*Revolución y contrarrevolución en Chile*). Una vez descontadas las referencias rituales a los principios leninistas, los académicos soviéticos exhiben una buena información y excelentes análisis sectoriales. Se detienen, como Valenzuela, en la vigencia de la alianza entre la Unidad Popular y la Democracia Cristiana hasta finales del año 1971, y registran cómo en mayo de ese año la DC declaró que su objetivo final era el socialismo. Tampoco consideran inevitable el vuelco final de las fuerzas armadas. El análisis militar es de los pocos, junto con las memorias del general Prats, que hacen referencia a la investigación realizada en Chile a finales de los años 60 por el sociólogo francés Alain Joxe (*Las fuerzas armadas en el sistema político chileno*) y a una de sus tesis centrales: "Joxe escribió que, en diferentes circunstancias, las Fuerzas armadas pueden adoptar posiciones diametralmente opuestas: desde las de extrema izquierda hasta las fascistas. Mucho dependerá de qué fuerzas políticas serán capaces de establecer el control sobre el ejército". Su crítica a la conducción de la economía es más severa que la de los académicos norteamericanos: la vía pacífica de Allende exigía dar prioridad a la economía, pero la Unidad Popular "tenía escasa elaboración de los problemas teóricos en la fase de transición, y las discrepancias internas agravaron el problema". La respuesta académica de la URSS es, por tanto, matizada y compleja.

Pero en la URSS, como en Estados Unidos, el juicio político no estaba condicionado por los análisis académicos. La decisión de Nixon era anterior a todo análisis de la acción de gobierno de Allende, y se resumía en acabar con él a cualquier precio. En la URSS, el fracaso de Allende y de la Unidad Popular mereció un pronunciamiento lapidario de Leonid Breznev: "Toda revolución debe sa-

ber defenderse", sentencia que tuvo traducción inmediata en la línea del Partido Comunista chileno. Este partido, uno de los más arraigados del mundo occidental, que había seguido con fidelidad ejemplar las consignas soviéticas de frente amplio y de coexistencia pacífica, el único partido chileno importante que jamás participó en aventuras militares o golpistas, internalizó la crítica de Breznev, teorizó la falta de política militar como un "vacío histórico" del partido y creó una organización armada que tenía algún sentido bajo la dictadura, pero que terminó por aislar al PC y lo condenó a 30 años de irrelevancia política. Cuando su secretario general Luis Corvalán volvió a las posiciones tradicionales del partido y reconoció que la falta de entendimiento con la Democracia Cristiana había sido la "falla principal" de la Unidad Popular ya era tarde.

El primer líder extranjero que trasladó a la política nacional las lecciones del fracaso de la Unidad Popular y de Allende fue el carismático secretario general del Partido Comunista Italiano, Enrico Berlinguer, y lo hizo a las pocas semanas de la muerte de Allende. En tres artículos publicados en la revista *Rinascita*, el segundo de ellos titulado "Tras los hechos de Chile", expuso su propuesta de un compromiso histórico entre los dos grandes partidos italianos, el suyo y la Democracia Cristiana, que consideraba indispensable en un contexto de crisis económica, terrorismo y amenazas ciertas de golpe de Estado fascista. El demasiado oportuno asesinato del presidente de la DC, Aldo Moro, cortó de raíz toda posibilidad de compromiso. Poco después, junto con Georges Marchais y Santiago Carrillo, Berlinguer condujo a los partidos comunistas del sur de Europa a la ruptura con la vía de la dictadura del proletariado, definiendo una nueva corriente, el eurocomunismo, separada de la tradición soviética y gemela de la vía chilena de Allende.

En Francia no había partido demócrata cristiano. François Mitterrand viajó a Chile en 1971, poco después de refundar el partido de los socialistas franceses y poco antes de firmar el programa co-

mún con los comunistas y los radicales. A su regreso declaró que “Chile es el único país del mundo donde la síntesis entre reformas estructurales y respeto de las libertades públicas se ha conseguido” y que era “el ejemplo más próximo de lo que podría hacerse en Francia”. 10 años más tarde Mitterrand llegó a la presidencia al frente de una coalición idéntica a la Unidad Popular y con un programa de nacionalizaciones y reformas que, como en el Chile de Allende, gozaba de un amplio consenso y tenía asiento en la tradición estatista francesa. Su arranque, según el relato que hace en sus memorias Jacques Delors, ministro de Mitterrand y más tarde padre del mercado único europeo y del euro, es como un eco que remite con asombrosa exactitud al Chile de 1971: “última epopeya de la izquierda”, “último gran sueño del pueblo de izquierda”, “era verdaderamente la izquierda, con sus tradiciones, sus sueños, sus lemas, su esperanza de cambiar la vida”; y también como en Chile, la referencia era el Frente Popular de los años 30.

Mitterrand pertenecía, como Allende, a un linaje socialista que en Francia se remontaba a Jean Jaurès y su opción por la vía del sufragio universal, pero tuvo la ventaja de vivir en otro barrio y con otro vecindario. Su primer año de gobierno es una réplica del primer año de Allende (nacionalización de la banca y de las empresas estratégicas, mejoras salariales y aumento del consumo y de las importaciones, crecimiento de la producción, fuga de capitales), pero cuando tropezó, como Allende, con las limitaciones financieras pudo contar con el apoyo de Alemania en el seno de la Comunidad Económica Europea y hacer la pausa que Allende no pudo marcar por falta de socios y de dólares. La derecha económica, que según Delors “imaginaba que la izquierda no estaría más de seis meses en el poder”, se plegó a los ritmos del ciclo electoral, que en 1986 dio el triunfo a la coalición conservadora. El régimen constitucional francés permitió a Mitterrand ganar y completar dos presidencias y gobernar con coaliciones de derecha y de izquierda.

Nunca dudó del suicidio de Allende, porque recordaba las explicaciones que le había dado delante de un busto del presidente Balmaceda. Son personajes con numerosos rasgos comunes: seducción, capacidad de crear tupidas redes de lealtades personales, tenacidad, astucia. La trayectoria política de Allende fue rectilínea donde la de Mitterrand fue sinuosa, pero este tuvo sobre Allende una apabullante dimensión intelectual y un rudo sentido del poder. A falta de respuesta explícita al porqué del fracaso de Allende, la lección de la Union de la Gauche francesa es la imposibilidad del cambio de estructuras en un solo país, ni siquiera en uno grande como Francia, y mucho menos en uno pequeño como Chile. La respuesta de Mitterrand fue práctica y, a la larga, fecunda: abandonó la construcción del socialismo por la construcción europea.

Conviene no olvidar que a pesar del ascendiente personal de Allende en 1970, a pesar de que fue llamado “gobierno popular” o “gobierno de la Unidad Popular”, el ministerio con el que Allende inauguró su mandato presidencial era el gabinete de una coalición en cuyo vértice el presidente, como era norma en el sistema chileno de incompatibilidades legales o consuetudinarias, abanderaba la alianza y dirigía el gobierno sin tener el liderazgo de ninguno de los dos grandes partidos que la vertebraban, el socialista y el comunista, en torno a los cuales se agrupaban y definían los socios menores. Y esos dos partidos, como en otro contexto decía en esos años el presidente Mao, “dormían en la misma cama pero no tenían los mismos sueños”. El Partido Comunista veía la marcha al socialismo en cámara lenta, atento a preservar una posición institucional y una libertad de acción ganadas a costa de mucho sufrimiento y mucha paciencia. El Partido Socialista veía una aceleración histórica que culminaba en una revolución obrera y popular al alcance de la mano. Y las relaciones con Allende eran cruzadas: era amigo del

nuevo secretario general del PS, Carlos Altamirano, que lo hostigaba, y compartía la línea de los comunistas sin tener especial empatía con Luis Corvalán.

La diferencia de proyecciones, de proyecto, se reflejaba con dureza en los comportamientos internos de la coalición. El sectarismo era su lacra, y si fue grave hacia el exterior y contribuyó, por ejemplo, a empujar a la DC hacia la derecha, no fue menos devastador hacia dentro. La práctica del "cuoteo" de puestos de gobierno, hasta los escalones más bajos de la administración y de todo el sector público, respondía en parte a la natural avidez de partidos y militantes excluidos hasta entonces del maná de los presupuestos del Estado, pero obedecía tanto o más a la desconfianza mutua.

Luis Corvalán ha contado una anécdota ilustrativa. Fue a felicitar a Allende después de las elecciones en compañía de Pablo Neruda, y este, cuando regresaban a la sede del comité central para dar cuenta de la entrevista, sacó del bolsillo de la chaqueta un papel en el que el Partido Socialista hacía saber a Allende que había tres ministerios, Interior, Relaciones Exteriores y Defensa, que por ningún motivo debían ser ocupados por comunistas. Conociendo a Neruda, Corvalán admite la posibilidad de que lo recogiera por distracción de una mesa, pero sospecha que se lo metió en el bolsillo otro de los presentes. Hay también al respecto una reflexión de Luis Maira, quien en julio de 1971 abandonó la Democracia Cristiana y se integró en la Unidad Popular: "La DC es muy afectuosa, mucho más que la izquierda. La izquierda da bastante soledad; estás ahí porque crees en algo, pero al final no es gente muy alegre ni muy vital ni su afectividad es tan transparente".

Esta desconfianza entre y hacia los partidos se extendía incluso al exiguo equipo de colaboradores de Allende, y explica, por ejemplo, el fuerte resentimiento que Joan Garcés exterioriza en su libro contra los partidos de la Unidad Popular, a los que presenta una y otra vez como obstáculos obcecados e infranqueables a las inicia-

tivas de Allende. Para el presidente, sin embargo, no era una situación nueva, era la misma desde 1958. No llegó al gobierno como un caudillo populista, encumbrado por una marea de votos sin dueño. Como en los tiempos del FRAP, llegó a ilusionarse con la posibilidad de agrupar a la coalición en una formación unitaria, el Partido de la Unidad Popular, que incluso celebró un congreso fundacional sin consecuencias. La pluralidad de partidos era un elemento definitorio y estable del sistema político, también en la izquierda, y ningún partido estaba dispuesto a supeditar su destino a un presidente que ni siquiera podía ser reelegido al término de su mandato de seis años.

La extrema rigidez de la separación de poderes alcanzaba también a la relación entre Allende y los partidos. Los jefes de partido no formaban parte del gobierno sino que se reunían en un órgano común, el comité político de la Unidad Popular, al que competía la dirección política de la coalición. Y, por último, Allende tampoco tenía acceso a uno de sus escenarios naturales, el Parlamento, al que el jefe del Estado solo acudía una vez al año para leer su mensaje presidencial.

Si estas eran las reglas del juego, también lo era la prerrogativa presidencial de nombrar ministros, y con ella la posibilidad de constituir un equipo propio, un equipo de gobierno. Esto lo entendió muy bien la oposición, que desde finales del primer año usó y abusó del mecanismo de la acusación constitucional para privar a Allende de sus ministros más cercanos, empezando por José Tohá, y hacer imposible la estabilidad y cohesión del gabinete.

A Allende le quedaba un terreno en el que seguía siendo imbatible y en el que rompía con creces su aislamiento, la conexión directa con la gente. De ahí la multiplicación de giras, concentraciones masivas e intervenciones a través de la cadena nacional de emisoras de radio y televisión, que le permitían mantener el fervor popular y, al mismo tiempo, dirigir por elevación a las élites políti-

cas. Los mil días del gobierno de Allende fueron también mil días de campaña electoral permanente.

En el plano político, por tanto, en esos tres años Allende estuvo muy solo. Durante todo el mandato apenas hubo reuniones asimilables a un consejo de ministros. El Presidente atendía los asuntos corrientes una o dos veces por semana con los subsecretarios. Estos solían durar más que los ministros, y si despachaban en último lugar o le caían bien, como ocurría con el joven subsecretario de Justicia, José Antonio Viera-Gallo, tenían con el presidente más trato que la mayoría de los ministros.

En el palacio de La Moneda lo secundaba una minúscula secretaría formada por Miria Contreras, Tati Allende y Patricia Espejo, y un pequeño grupo de estudios encabezado por el sociólogo Claudio Jimeno. En un plano más formal, estaba atendido por tres edecanes en representación de los tres ejércitos; con los dos que lo acompañaron más tiempo, el edecán aéreo Roberto Sánchez y el edecán naval Arturo Araya, llegó a crear vínculos profundos de lealtad y afecto. Estaba también Osvaldo Puccio, quien al término de la campaña electoral había decidido apartarse para rehacer su economía y atender a su familia, y al que fue enredando con su viejo sistema (“ir encargando cosas poco a poco para mantenerlo a uno a su lado”) hasta lograr su propósito:

—Aquí, todas las cosas buenas las habré hecho yo; todas las que estén mal, usted. Necesito una persona de mi absoluta confianza, que abra mi correspondencia, que revise mis bolsillos, que firme por mi encargo. El sueldo no es malo, es pésimo, pero eso es una cosa que vamos a arreglar los dos, hambre no va a pasar. No se olvide que vamos a nacionalizar el cobre, el hierro, los bancos, que vamos a hacer la reforma agraria y redistribuir la renta del país. Vamos a tener enemigos hasta en los cajones de los escritorios.

Nada más cierto. Podía haber dicho hasta en la cocina, o en la lavandería, ya que el servicio de palacio estaba a cargo de personal

de la Armada y era en la marina donde la conspiración civil tenía más y mejores terminales militares. La “salita del Doctor”, donde dormía sus 10 minutos de siesta (“y después partía para otra jornada completa de trabajo”, se admiraba Patricia Espejo) y se encerraba para las conversaciones más delicadas, era, se suponía, el único recinto a salvo de micrófonos y escuchas.

Después de La Moneda, su segunda casa prestada era la que el Estado tuvo que comprar para el presidente en la calle Tomás Moro, más alejada del centro y más fácil de proteger que la muy expuesta casa familiar de la calle Guardia Vieja. Era la primera vez que el presidente de Chile debía resignarse a ocupar una vivienda oficial, pero seguía siendo una vivienda discreta, hasta tal punto que los aviadores de provincias que recibieron la orden de bombardearla el 11 de septiembre de 1973, buscando sin duda algo más grande, atacaron el vecino hospital de la propia Fuerza Aérea. Con sus cuadros, sus fotos, su colección de figuras precolombinas y los adornos expropiados a sus amigos, Allende y doña Tencha pudieron reproducir una parte del decorado íntimo de la casa. Es una decoración conocida, porque después del bombardeo fue repertoriada por un notario, en un acto característico del Chile que se resistía a morir; todo fue robado o destruido después por la tropa golpista, en un acto característico del Chile que venía.

Además del decorado, los Allende reprodujeron en Tomás Moro el comedor de los almuerzos y las cenas con los amigos de siempre (Allende se negó a contraer amigos nuevos cuando fue presidente) y con gente de paso, diplomáticos, artistas, personalidades extranjeras, como el gran periodista argentino Jacobo Timermans: “Era un vivaz y simpático conversador, delicado y ocurrente, orgulloso de poder servirme el queso que le había regalado el embajador de Holanda y más orgulloso aún de la calidad de los vinos chilenos que había sobre la mesa”.

Los fines de semana subía a la tercera casa prestada, la de Miria Contreras, donde recibía a los amigos más íntimos y donde ade-

más podía dar curso a su afición a las armas de fuego en competición con sus escoltas. De sus colaboradores, los había que estaban limitados a La Moneda; otros, como los ministros más amigos y los líderes de la Unidad Popular, eran bienvenidos en Tomás Moro; y solo unos pocos, los que podían tratarlo de tú, como Víctor Pey, republicano español que había arribado a Chile en el barco fletado por Pablo Neruda, o aquellos a los que quería distinguir con su confianza, como el general Prats en los últimos tiempos, tenían acceso a las tres casas. Acompañantes asiduos eran Carlos Jorquera y Augusto Olivares, en quien Allende tenía tanta confianza que podía ausentarse en medio de una entrevista y dejar que él la terminara.

Allende presidía con estos recursos limitados una coalición integrada por partidos y apoyada por sindicatos y organizaciones que tenían historia, presencia y dinámica propias, y un gobierno que, como sucedía siempre en el régimen chileno, carecía de mayoría parlamentaria. Era, en suma, un político tradicional en un sistema democrático pluralista. A esta falta objetiva de poder personal correspondía además una ausencia subjetiva de instinto de poder. Un amigo de toda la vida como Gabriel Valdés lo dice de forma cruda:

—Allende era un personaje político bastante solitario. No tenía sentido de mando ni formó grupo, salvo sus amigos personales que lo acompañaron con lealtad hasta la muerte.

Y un visitante ocasional como Jacobo Timermans lo percibió a su manera:

—Salvador Allende me impresionó como un magnífico líder político, una persona encantadora, un lector dedicado, pero no tenía magnitud de estadista. Gozó siempre de la política, pero no creo que estuviera cómodo en el ejercicio del poder.

Cómodo o no, el hecho es que la fuerza de la función presidencial en el régimen chileno, la falta de unidad estratégica de los parti-

dos de la coalición, el ascendiente popular de Allende, su sorprendente emergencia como nuevo referente internacional, contribuyeron a que el gobierno de la Unidad Popular adquiriera un sello personal que contradecía sus propósitos expresos. Allende pudo así reservarse el control de tres palancas esenciales: la conducción económica, la política militar y el diálogo con la Democracia Cristiana. Y además, en sus mensajes presidenciales al Congreso Pleno, en particular en el de 1971, fue capaz de trazar de forma original y clara la línea ideológica y estratégica de su gobierno, la vía chilena.

En economía no era tan lego como lo han pintado. Conocía de primera mano el mundo de la pequeña empresa, había pertenecido a los consejos de administración de grandes organismos previsionales y de empresas públicas como el Laboratorio Chile, y durante un período representó al Senado en el directorio del Banco Central. En la clase política chilena, es probable que fuera uno de los pocos capaces de leer un balance.

Su modelo económico era el socialista, pero su enfoque era, como acostumbraba, pragmático. Poco antes de la elección presidencial, a pregunta de la periodista Érica Vexler, respondió sin titubear con los dos criterios que definen el mandato de los bancos centrales modernos, la estabilidad de precios y el empleo:

—¿Qué dos noticias referentes a Chile, fuera de un triunfo electoral suyo, le gustaría leer en los diarios?

—Terminó la inflación. No hay chileno sin trabajo.

Y, en efecto, al cabo de su primer año de gobierno estuvo más cerca que ningún presidente de conseguir ambas metas, pues la inflación empezó a bajar y pasó del 34,9 al 21,1%, y el desempleo a cotas de pleno empleo técnico (4,2%). Otros datos no eran menos notables: PNB (+8,6%), producción industrial (+13%), producción agropecuaria (+5,8%), con aumentos de los salarios reales en torno al 40%. La economía chilena era, en crecimiento anual, la primera o la segunda de América Latina.

Era una bonanza frágil y amenazada, como lo fue el largo estado de gracia en que Allende pudo gobernar hasta finales de 1971. La izquierda chilena hizo después del golpe una autocrítica imprescindible, pero muchos se han dejado impresionar demasiado por los juicios de la derecha sobre el "caos económico" del gobierno de Allende, como si la conducción de la economía hubiera estado en manos de aficionados sin cerebro. El linchamiento intelectual de que ha sido objeto el ministro de Economía Pedro Vuskovic ha tenido muy poco de ejercicio científico.

Desde la campaña presidencial de 1958 venía trabajando para Allende un grupo de economistas, algunos independientes y otros afiliados a los partidos de izquierda, y los sucesivos programas de gobierno elaborados bajo la dirección de Max Nollf o de Pedro Vuskovic, ambos allendistas sin partido, exhiben una sólida base conceptual y un buen análisis de los datos económicos. Ni las reflexiones posteriores de Vuskovic, ni el exhaustivo trabajo del que fuera ministro de Planificación, Gonzalo Martner, ni la tesis doctoral de José Serra, exiliado en Chile, asesor del gobierno de Allende y más tarde ministro, gobernador del Estado de Sao Paulo y candidato a la presidencia de Brasil, han tenido equivalente en el campo adverso. Ningún estudio serio, por lo demás, atribuye a los errores de la conducción de la economía el fracaso de la Unidad Popular y la muerte de Allende. Algo tuvieron que ver en la crisis económica desatada en 1972 el empate político interno, y las condiciones externas: el peso de la mayor deuda per cápita del mundo traspasada por los dos gobiernos anteriores, la bajada del precio del cobre, la caída del dólar, el aumento del precio de las importaciones, el bloqueo del crédito y de los suministros por parte de los Estados Unidos, y la consigna del presidente Nixon: reventar la economía. Vuskovic, por su parte, asume dos errores: por un lado, el gobierno fue incapaz de abrir "un espacio viable y legítimo" a los comerciantes minoristas, a los transportistas, a los pequeños empresarios; por

otro, se subestimaron los desequilibrios financieros generados por el tirón de la economía real.

En la dirección de las fuerzas armadas Allende excluyó desde el primer día cualquier intromisión de los partidos en su autoridad presidencial. La vía institucional que había elegido, y el comportamiento impecable del Ejército en septiembre y octubre de 1970, lo llevaron a jugarle su gobierno a una sola carta, la responsabilidad y el patriotismo de los soldados de la República. La apuesta le salió muy bien durante tres años y muy mal entre el 23 de agosto y el 11 de septiembre de 1973.

Tras el asesinato del general Schneider, el presidente Frei nombró comandante el jefe del Ejército al general Prats. El ministro de Defensa, con intenciones poco claras, le comunicó su nombramiento diciéndole que Frei no había consultado a Allende, pero no era cierto. Habían hablado durante los funerales de Schneider y Allende le había anunciado su intención de no elegir y de limitarse a nombrar al general de mayor antigüedad. Allende y Prats hablaron por primera vez el 24 de octubre y de forma protocolaria, en el curso de la visita de estilo del alto mando para felicitar al presidente electo. El 6 de noviembre, ya en La Moneda, Allende ratificó a Prats en su cargo. El 5 de diciembre lo recibió en la residencia de la calle Tomás Moro, en compañía del nuevo ministro de Defensa, y chocaron ante la pretensión de Allende de añadir a la propuesta de retiros y ascensos los nombres de dos generales. Anota Prats:

—Finalmente, tras arduo debate, el Presidente cede, señalándome que yo, desde ese momento, tendré plena libertad de acción para definir los nombramientos y retiros de la Institución; pero que, a la vez, sería el único responsable del mantenimiento de la línea profesional del Ejército.

Era el método Allende elevado a método de gobierno, su forma, según la expresión de Osvaldo Puccio, de armar caballero al ge-

neral Prats. Los militares golpistas, que nunca osaron poner en duda la capacidad profesional e intelectual del general, lo acusaron de haber sucumbido a las artes de seducción de Allende, a quien un almirante más supersticioso que los demás atribuyó en sentido literal habilidades diabólicas. En realidad, Allende y Prats mantuvieron una relación personal de mutuo respeto más que de amistad. Lo que compartieron fue una concepción del papel de las fuerzas armadas que Prats define, en su carta de dimisión del 23 de agosto de 1973, como la "participación de las Fuerzas armadas en las grandes tareas del país que tienen trascendencia en la Seguridad Nacional, bajo el nuevo concepto de 'soberanía geo-económica'". En su último mensaje al Congreso Pleno, Allende hablaba de "participación de las Fuerzas armadas en los programas socioeconómicos" y criticaba a los que "les niegan el derecho a conocer íntegramente el país y sus problemas, imprescindible para la planificación de la Defensa Nacional".

Durante su gobierno, Allende remedió la incuria de los gobiernos anteriores, caldo de cultivo del intento de golpe contra Frei, y respaldó los proyectos de dotación y modernización emprendidos por el general Prats. Este, a su vez, puso su prestigio y su cargo al servicio del orden constitucional, que contribuyó a preservar en tres momentos cruciales.

El primero fue el de septiembre y octubre de 1970, secundando al general Schneider. La impericia de los ejecutores le salvó la vida, ya que las instrucciones que tenían era atentar contra Schneider y contra él.

En noviembre de 1972, en medio de la caótica insurrección de los gremios fascistas, Prats aceptó incorporarse al gobierno como ministro del Interior, en un gabinete integrado por los tres comandantes en jefe y los dos máximos dirigentes de la Central Única de Trabajadores (CUT). Cumplió con éxito la misión de mantener el orden público hasta las elecciones parlamentarias de marzo de 1973. En ese período, durante dos semanas en que Allende se ausentó del

país, ejerció la vicepresidencia de la República y en esta calidad presidió en el Estadio Nacional el homenaje popular a Pablo Neruda con motivo de la concesión del premio Nobel. Estas acciones y estas compañías le valieron una desafortunada campaña de prensa que volvió a ponerlo en la mira de los asesinos.

Por último, el 29 de junio de 1973, frustró un ensayo prematuro del golpe de Estado, cuando un batallón blindado rodeó el palacio de La Moneda esperando el apoyo de otras unidades. Para los aficionados a las glorias militares, Prats dejó ese día una imagen imborrable: armado con una metralleta, avanzó a pie hacia el palacio presidencial al mando de los oficiales y tropas de la Escuela Militar, rindió uno tras otro a los tanques y carros de combate que rodeaban La Moneda, abrió las puertas del palacio y allí esperó la llegada del presidente de la República para entregárselo a salvo. Además de inteligente y culto sabía dar la cara, era valiente. Pero en esta cima de su carrera de soldado quedó también sellada su condena a muerte.

Durante los días y semanas que siguieron, los conjurados organizaron su primera muerte, su asesinato moral y profesional, hasta lograr su dimisión y, con ella, reventar el Ejército. El último acto de esta tragedia militar corresponde ya a este ejército reventado, resignado a olvidar todos los códigos de honor y a encargarse del trabajo sucio por cuenta de terceros. El 21 de agosto, trescientas mujeres de militares, entre ellas varias esposas de generales, rodearon la vivienda del comandante en jefe para pedir la "intercesión" de doña Sofía de Prats, y a esta humillación el general no logró sobreponerse. Contra la opinión de Allende, Prats consideró que su renuncia evitaba la división del Ejército y por tanto la guerra civil. Había perdido el control de la institución y se equivocó al sugerir a Allende el nombre de su sucesor, "que tantas pruebas de lealtad me había dado".

Prats tuvo tiempo de ordenar sus notas y escribir sus memorias en Buenos Aires, antes de que los servicios secretos de su leal sucesor lo asesinaran, a él y a su esposa, el 30 de septiembre de 1974.

Su pormenorizado relato de los tres años del gobierno de Allende y sus reflexiones sobre el período son tan precisos y lúcidos como sus análisis de 1969. Para la muerte de Allende, su razonada respuesta es la que más se acerca a la de García Márquez: "Allende quería dialogar y fue forzado a combatir. Quiso atenerse a la legalidad burguesa, pero resultó víctima de su respeto a los condicionamientos de un Estado de derecho capitalista. Respetó el profesionalismo de las Fuerzas armadas y rechazó el camino de la 'vía armada', pero, cuando culminó la aguda crisis política, aquellas actuaron como factor de poder contrarrevolucionario".

Con la Democracia Cristiana, Allende nunca dejó de buscar un entendimiento, desde el primero hasta el último día de su gobierno. A la DC, el triunfo de Allende le planteaba un dilema doloroso y difícil. Doloroso, porque la obligaba a asumir el fracaso de su pretensión de regir en solitario los destinos del país durante una generación. Difícil, porque en un contexto de conflicto frontal entre dos modelos de organización económica y social, tenía que elegir entre formar con la Unidad Popular una mayoría como la de octubre de 1970, capaz de dar estabilidad política al país, o formar barrera con la oposición de derecha. En ambos casos, tenía que superar los graves resquemores y desconfianzas de sus aliados eventuales. No estaba escrito, pero en lugar de abrir con Allende una vía ganadora, como hubieran preferido las figuras históricas del partido (Tomic, Leighton, Fuentealba, Valdés), se impusieron los nuevos dirigentes de aluvión y sumieron a Chile en un empate catastrófico.

Los pobres resultados de Allende en la elección presidencial todavía aseguraban a la DC un espacio político en el que podía manejarse con cierta comodidad y ofrecer alternativas al gobierno desde una posición de fuerza y progresista ("una oposición revolucionaria contra un gobierno revolucionario"). Pero solo siete meses después,

en abril de 1971, se celebraron elecciones municipales y la Unidad Popular arrolló en las urnas, superando el 50% de los votos con una participación del 74%. Era la primera vez que un presidente mejoraba los resultados de la elección presidencial, y la Unidad Popular estaba en una dinámica de clara mayoría social. Tan clara que el 11 de julio el Congreso Pleno concedía a Allende el mayor triunfo al que puede aspirar un gobernante democrático: la unanimidad en la aprobación de un proyecto estratégico como era la reforma constitucional que nacionalizaba el cobre. El entorno de Allende, con Pedro Vuskovic a la cabeza, propuso entonces un plebiscito para reformar la Constitución y acelerar el tránsito legal al socialismo, pero el Partido Comunista dijo no y Allende no forzó el acuerdo, o porque consideró con los comunistas que el plebiscito se perdía, o porque percibió la extrema dificultad de administrar una mayoría estrecha.

En la Democracia Cristiana cobró fuerza una alternativa a la que no faltaba racionalidad: seguía siendo el primer partido del país, con el 25% de los votos, y podía aspirar a dirigir la oposición en vez de seguir a remolque del gobierno. Fue un grave error, porque acabó a remolque de un Partido Nacional que (misión cumplida) se autodisolvió tras el golpe y dejó a los demócrata cristianos dando explicaciones solos.

El 8 de junio se había producido además un hecho que debilitó a los partidarios del entendimiento con Allende. Elementos de un turbio grupúsculo de ultraizquierda, la Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP), acribillaron a balazos a Edmundo Pérez Zujovic, empresario de la construcción, ex ministro del Interior, amigo y apoyo firme de Eduardo Frei. Fue un asesinato tan bien calculado como el que pocos años después costó la vida a Aldo Moro en Roma y sus autores fueron descubiertos y abatidos o detenidos por la policía al cabo de pocos días. Un político experimentado como Gabriel Valdés siempre ha pensado y publicado que "ese asesinato fue ideado para producir el efecto político que tuvo".

Pérez Zujovic fue una pieza clave ausente del tablero. De apariencia dura e inflexible, cuando se produjo la masacre de Pampa Irigoín protegió al Gobierno y a Frei asumiendo como ministro una responsabilidad que como persona no le correspondía y la izquierda lo demonizó, incluso con una canción que no fue la más afortunada de Víctor Jara. Pero era un hombre cálido y un negociador seguro de sí mismo, que en el debate interno de la Democracia Cristiana sobre las garantías constitucionales propuso la participación de la DC en el gobierno de Allende.

El efecto político no tardó en concretarse. La Democracia Cristiana rompió por primera vez el pacto de octubre de 1970, que en su parte no escrita adjudicaba a la DC la presidencia del Senado y a la UP la presidencia de la Cámara de Diputados, y con los votos de la derecha asumió el control de ambas cámaras, alterando el equilibrio parlamentario. Poco después se convocó una elección complementaria en Valparaíso. Allende, que conocía demasiado bien el peligro de las elecciones complementarias, propuso a los partidos de la Unidad Popular que renunciaran a presentar candidato y apoyaran al candidato de la DC, pero no fue escuchado. Y la DC, de todos modos, prefirió el apoyo de la derecha y obtuvo para su candidato una mayoría exigua, pero mayoría al fin. Fue el comienzo de una colaboración que un año después se plasmó en un pacto de mayor calado, con la creación de la Confederación Democrática (CODE). Esta alianza se aplicó con más ahínco a reventar el gobierno, descomponiendo gabinetes mediante el dudoso procedimiento de la acusación constitucional contra los ministros más destacados y votando leyes sin dotación presupuestaria. En la fase final de la preparación del golpe de Estado la CODE trató una y otra vez de provocar o simular una crisis institucional entre el parlamento, el poder judicial y el gobierno, en un intento apenas disimulado de reventar las instituciones.

A pesar de todo, ni Allende ni el sector socialdemócrata de la Democracia Cristiana, que hasta bien avanzado el trienio mantuvo

las riendas del partido, dejaron de buscar un pacto que, a semejanza del celebrado en 1970, tenía como instrumento un texto de reforma constitucional, este destinado a fijar el contorno del área de propiedad social de la economía, integrada por las antiguas empresas del Estado y las nacionalizadas por Allende. Sucedió que, por motivos contrapuestos, la mitad de la DC y la mitad de la UP no tenían ninguna prisa en llegar a conclusiones.

Esta mitad de la Democracia Cristiana puso grandes esperanzas en las elecciones parlamentarias de marzo de 1973, tantas que pretendió convertirlas en un plebiscito contra Allende. A esas alturas, anotaba el general Prats, "el oleaje económico-financiero ya no permitía al gobierno mantener la cabeza fuera del agua". Pero la Unidad Popular, sin repetir el éxito de dos años antes, resistió bien con el 44% de los sufragios, la mayor votación jamás obtenida por una coalición a mitad de su sexenio en el gobierno. El voto femenino favoreció a la CODE en un 60%, por el efecto de la campaña del terror y porque las mujeres eran las que más sufrían las dificultades de abastecimiento y el desorden callejero. Ni Allende ni la UP esgrimieron nunca este dato, porque obedecía a poderosas razones históricas y porque, como decía Corvalán, la culpa del atraso político de las mujeres la tenían los hombres.

Se dijo entonces que estas elecciones hicieron inevitable el golpe porque hicieron perder a la derecha toda esperanza de ganar los dos tercios del Parlamento que le hubieran permitido destituir a Allende. Era un supuesto absurdo, en primer lugar porque la mayoría de dos tercios en las dos cámaras necesitaba, más que unas elecciones, un cataclismo electoral en un país de comportamientos electorales estables, y, en segundo lugar porque el golpe tenía inercia propia desde el día de la elección de Allende. Eso sí, la oposición pudo jactarse de haber recuperado la mayoría social, y pocos meses después travestir esta mayoría democrática en respaldo mayoritario al golpe de Estado y a la dictadura político-militar.

La Unidad Popular estaba ya paralizada por el empate aparente entre un Partido Socialista que llamaba a “avanzar sin transar” y un Partido Comunista partidario de consolidar las reformas y ordenar todo el proceso. Empate aparente, porque Allende y la CUT inclinaban la balanza y el presidente tenía clara la necesidad de una tregua política con concesiones y aún retrocesos programáticos. Cabe preguntarse por qué no rompió su partido, como hizo Jaime Gazmuri con el MAPU cuando este derivó hacia posiciones extremistas, pero tenía poco sentido provocar una crisis en el PS sin haber amarrado antes un pacto con la Democracia Cristiana.

Esta vía se complicó aún más poco después de las elecciones, cuando el senador Fuentealba fue desplazado de la presidencia de la Democracia Cristiana por una dirección más dura, promovida entre otros por elementos golpistas, y encabezada por Patricio Aylwin. Desde ese momento Allende supo que tenía que negociar con los hombres de Frei y a esta tarea dedicó los meses finales de su presidencia, mientras su gobierno subsistía a duras penas y de nuevo apuntalado, como en la crisis de 1972, por ministros militares.

No dudó, como le ocurrió otras veces cuando tuvo que negociar con los demócrata cristianos, en tragarse el orgullo y adoptar actitudes suplicantes, como en este desahogo ante Gabriel Valdés:

—Estoy en manos de ustedes. Cien años de lucha obrera y de progreso social dependen de ustedes. Mediten su responsabilidad.

Hasta ese momento, las negociaciones con la DC nunca avanzaban porque los amigos de la Unidad Popular tenían en el partido menos influencia de la que parecía acreditar su rango. Con el cambio de dirección, Allende vio la posibilidad de llegar a un acuerdo con el ala más dura y por tanto con toda la DC, y asumió la negociación en persona. Y como la puerta estaba cerrada, acudió al arzobispo de Santiago, cardenal Silva Henríquez, para entrar por el tejado.

En mayo, cuatro meses antes del golpe, prepararon la mediación del cardenal en dos reuniones secretas reveladas por Silva Hen-

ríquez en las memorias que publicó en 1991, memorias que contienen un relato de los mil días de Allende solo comparable en datos, en agudeza de observación y en inteligencia política con el escrito por el general Prats. “La primera vez [Allende] mencionó el peligro de guerra civil, y fue como un fogonazo, una chispa en la cual se alcanzaba a vislumbrar el miedo, un miedo sincero y profundo a recortarse contra la historia como el Presidente bajo cuyo mandato se pudiera producir la peor de las desgracias nacionales”. Era la preocupación central de Allende en esos días, tanto que en la conclusión de su tercer mensaje presidencial al Congreso Pleno decidió ahuyentarla con un compromiso inequívoco:

—Yo cumpliré con mi deber y haré uso de todos los recursos del Estado, pero guerra civil no habrá en Chile.

La segunda conversación tuvo lugar una noche en que el cardenal iba a cenar con Frei. Allende le pidió que fuera a verlo aunque tuviera que retrasar la cena. Quería que el cardenal le consiguiera una conversación privada con su predecesor, “porque, decía, frente a frente ambos podían resolver todos los malentendidos y los desacuerdos que estaban haciendo ingobernable el país”. El cardenal cumplió el encargo y ofreció su casa. Frei intentó contemporizar con una argucia de jesuita, pero el cardenal era salesiano:

—Don Raúl, si usted me lo pide como católico, yo debo decir que sí, porque es mi pastor. Pero si me lo pide como político, debo decir que no.

—Se lo pido como católico.

Y ante el silencio de Frei y de los demás invitados (“todos estábamos nerviosos, tensos, hasta irritables”), el cardenal hizo en voz alta una reflexión durísima para el ex presidente, y así terminó la cena:

—Si yo tuviera que analizar cuál gobierno ha sido más cristiano en su cercanía con los pobres, si el anterior o el actual, me costaría elegir.

Si el Frei de 1964 es un personaje fascinante, con su porte de rey nórdico perdido en el sur del mundo, el de 1973 es un enigma. Al final de su mandato, recordaba el cardenal, tenía un índice de aceptación personal del 70%, frente al 30% que tenía su partido, y en 1973 seguía siendo el político más popular del país en pugna con Allende. Este le había prometido devolverle el sillón en 1976, en una broma que ambos sabían fundada. Pero se encerró en un mutismo público casi total, compensado por una abundante correspondencia privada con personalidades nacionales y extranjeras en la que destiló su amargura en afirmaciones impropias de su inteligencia: que los ocho diputados que abandonaron el partido en 1971 en protesta por la alianza con la derecha habían sido sobornados por el gobierno (a Gabriel Valdés); que Allende y la Unidad Popular trataban de conducir al país a una dictadura similar a la de Castro (a Rafael Caldera, presidente de Venezuela); que los que atacaban a la DC eran “los que aplaudieron las invasiones de Hungría y Checoslovaquia, los que en una corriente constante viajan a Moscú a recibir instrucciones; los que han traído miles de extranjeros a nuestro país” (a Renán Fuentealba). Al cardenal, para excusar su respuesta de mal católico, le escribió poniendo en duda el patriotismo de Allende. Leía con atención morbosa y recortaba las críticas más desaforadas de la prensa de izquierda y las enviaba a sus corresponsales. Dejaba que otros hablaran por él en las reuniones del partido, y ni siquiera su gran votación en las parlamentarias de marzo, ni su elección a la presidencia del Senado, lo sacaron de su silencio. No buscó la presidencia del partido ni, lo que es más sorprendente, la dirección de la oposición, que dejó en manos de una derecha golpista que lo despreciaba y desconfiaba de él tanto o más que la izquierda. Dos días antes del golpe, Allende todavía daba instrucciones al comunista Orlando Millas para que intentara establecer algún puente:

—Por sobre las diferencias personales, hay que ver en Frei al político más eminente de la oposición, el único que puede ayudar a salvar el país.

Pero Frei nunca aceptó un cara a cara con Allende, y menos en presencia de un testigo tan exigente como el cardenal. Estaba dispuesto a salvar el país, pero más adelante, y por eso se equivocó del golpe: creyó que venía, con tres años de retraso, el golpe de 1970, un golpe que restauraría el orden para convocar nuevas elecciones que solo él podía ganar. Su agria animadversión hacia Allende le nubló el juicio político y por momentos hasta el juicio moral: pocos días después de su muerte le escribió un epitafio tan lamentable que su biógrafo oficial no ha tenido ánimos para citarlo: “Fue frívolo como persona y más frívolo aún como político”. Allende y el cardenal perseveraron en sus esfuerzos a lo largo de las semanas y días que precedieron al golpe, auxiliados por un enlace de absoluta confianza para ambos, el dirigente del MAPU José Antonio Viera-Gallo. Por grande que fuera el estruendo mediático de la derecha golpista, tenían al país detrás: en agosto, una encuesta publicada en el semanario *Ercilla*, de tendencia demócrata cristiana, indicaba que sólo el 27,5% de la muestra opinaba que los militares debieran “involucrarse en la esfera política”.

A finales de julio Allende y el cardenal lograron que el presidente de la Democracia Cristiana, Patricio Aylwin, desafiara a sus camaradas de la dirección del partido y aceptara una negociación. Allende, por su parte, multiplicó los gestos hacia la DC: desafió al Partido Socialista nombrando ministro del Interior a su amigo de toda la vida, Carlos Briones, que era también amigo de Aylwin; propuso en un discurso ocho puntos para el diálogo; y obtuvo el acuerdo de la Unidad Popular para nombrar cuatro ministros demócrata cristianos. El 2 de agosto, faltando 40 días para el golpe, la DC rompió las conversaciones.

Quince días después, Allende volvió a pedir ayuda al cardenal. Quería una conversación con Aylwin, a solas los tres. El cardenal venció las dudas de Aylwin (“yo sabía que aceptaría mis argumentos, siempre fue un católico leal”), informó a Frei en un claro inten-

to de comprometerlo, y organizó la cena. Los relatos del cardenal y de Aylwin coinciden en la perplejidad que les produjo la actitud de Allende, que manejó la reunión, en palabras de Aylwin, como un "evento social". El cardenal empezaba a conocerlo bien: "Allende era un invitado perfecto para las ocasiones sociales. Actuaba con naturalidad, hacía gala de buen humor y pasaba con facilidad y elegancia de los temas triviales a los trascendentales. Parecía que cualquier escenario le era cómodo". Fue al término de la cena cuando Allende tuvo una famosa salida chauvinista:

—Esto es Chile: el presidente de la República, masón y marxista, se reúne con el jefe de la oposición en la casa del cardenal. ¡Eso no ocurre en ningún otro país!

Allende se excedió en el halago a Aylwin porque tenía lo que venía buscando: no pretendía negociar en persona con Aylwin, que estaba muy lejos de dirigir la oposición, sino reabrir la negociación en un nivel inferior, entre Aylwin y Briones, para forzar una decisión definitiva de la DC y la UP. Hubo acuerdos. El lunes 10 de septiembre, víspera del golpe, Allende todavía escribió a Aylwin para anunciarle su propósito de promulgar de inmediato la reforma constitucional sobre las tres áreas de la economía, pública, mixta y privada. "La DC no aceptó esto", termina el cardenal.

En un país de historiadores y de lectores de historia, el presidente y el cardenal tuvieron que acordarse de la mediación del arzobispo de Santiago, Mariano Casanova, en vísperas de la guerra civil de 1891: el presidente Balmaceda aceptó sus propuestas y cambió el gabinete ministerial, pero el Congreso rechazó el acuerdo. Con una diferencia que engrandece a aquel Congreso, pues asumió y ejerció el poder político sobre la Armada como hizo el presidente Balmaceda con el Ejército, de forma que la breve guerra civil se desarrolló, como escribe Alberto Edwards, "ordenadamente entre dos ejércitos regulares", y se saldó con elecciones y con una pronta y generosa amnistía para los vencidos.

El cardenal Silva Henríquez siguió ayudando a Allende hasta el último instante. Una de aquellas noches, interpretando como un encargo de Allende lo que no era más que una idea de Viera-Gallo, llamó uno por uno a los tres comandantes en jefe para rogarles que, como buenos católicos, frenaran a los golpistas. Una semana antes del golpe, de viaje en Italia, para rebatir el argumentario de la derecha declaró a la prensa internacional que "el gobierno actual no es verdaderamente un gobierno marxista, es un gobierno formado por diversos partidos que tiene por objeto la preparación del país al socialismo, y es por eso que en ese gobierno existen situaciones que no se dan en ningún régimen marxista". Después fue durante muchos años el único baluarte contra los desmanes de la dictadura.

La noche del 10 de septiembre, cerrada la vía del diálogo con la Democracia Cristiana, Allende redactó el guión de un discurso en el que anunciaba la convocatoria de un plebiscito. Era la alternativa que manejaba mientras dialogaba con la DC y eran las dos cosas que sabía hacer: negociar acuerdos políticos y batirse en las urnas. En aquellas semanas, unos días recuperaba sus instintos de agitador de masas y decía que ganaba; ante los más íntimos, en cambio, daba señales de abatimiento y decía que perdía y se iba a casa. Lo que nunca pensó fue abandonar su puesto. Prats, por ejemplo, se inspiró en episodios nacionales de los años 20 y le sugirió que se acogiera a un permiso constitucional y se ausentara del país durante un año, a lo que Allende respondió con una mirada que paralizó al general. No hay constancia, en cambio, de la respuesta que recibió su médico, Danilo Bartulín, cuando le propuso que, ya que el cardenal no conseguía torcer la voluntad de Frei, fuera a Roma y pidiera ayuda al Papa. Era una idea peregrina en más de un sentido, pero no mucho más incongruente que la incubada en los últimos días entre demócrata cristianos ajenos a lo que se preparaba: la renuncia simultánea del presidente de la República y de todos los parlamentarios.

A Allende no lo mató la Democracia Cristiana, incapaz de resolver entre sus dos almas, la socialcristiana y la conservadora, ni la Unidad Popular, incapaz de decidir entre revolución y reforma. Tampoco lo mató el Ejército, que resistió durante tres años los envites de aquellos a los que un comandante el jefe del siglo XXI, indignado por su cobardía y por la impunidad de que gozaban mientras los militares desfilaban por los juzgados y pagaban en la cárceles, llamó los "padres fundadores del golpe".

En Chile las élites conservadoras escondieron siempre un sustrato violento, que en ocasiones enlazó con un nacionalismo de clase media sin que sus milicias llegaran a constituirse en una amenaza creíble contra el Estado. En la elección de 1970 vieron la culminación de dos siglos de erosión del poder que, como les dijo Allende en su primer discurso de diputado, consideraban propio por derecho divino. Emergió entonces una poderosa marea extraparlamentaria y antisistema, multiforme, bien financiada con dinero extranjero y adiestrada por profesionales también foráneos, cubierta por un bombardeo mediático de saturación, con organización paramilitar y voluntad terrorista, y dotada por primera vez de un proyecto ideológico que, ahora sí, cabe llamar revolucionario.

El bombardeo mediático no empezó con la elección de Allende ni se interrumpió tras su muerte, pero durante sus tres años de gobierno creó lo que el escritor español Manuel Rivas llama un campo de aturdimiento, "una especie de pandemónium que suplantase el hábitat democrático" y llenase de ruido y de furia el espacio público ("¡Junten rabia, chilenos!").

La penetración de las asociaciones de transportistas y comerciantes, de los colegios profesionales, de las federaciones de estudiantes, permitió a las élites extraparlamentarias disputar la hegemonía tradicional de la izquierda en la calle. Su gran momento fue el paro de octubre de 1972. Encabezados por los camioneros, los "gremios" tuvieron al país y al gobierno en jaque durante tres se-

manas. No consiguieron paralizar la economía y la distribución porque a esta insurrección de clases medias la Unidad Popular y los sindicatos obreros opusieron en todo el país una fuerte movilización popular, en una confrontación de masas que Jaime Gazmuri definió en directo como "la guerra civil a la chilena". Allende frenó la confrontación en seco con el nombramiento del general Prats en Interior, pero la derecha golpista había logrado un triunfo mayor: instalar en las ciudades un desorden asfixiante, reventar la calle.

En el plano ideológico se comprobó en ese momento la fuerza del "gremialismo" difundido desde la Universidad Católica por Jaime Guzmán. Era una versión apenas hilvanada del modelo de organización social de los fascistas italianos o de los sindicatos verticales de Franco, pero era más que suficiente para unificar la acción de los sindicatos y asociaciones de pequeños empresarios. Con su apariencia frágil, su modestia indumentaria, las gafas de montura negra que acentuaban su palidez, la extravagancia de sus convicciones, nada permitía adivinar en Guzmán al único revolucionario de verdad de un tiempo y un país en que hubo tantos candidatos. Fue un pionero que reintrodujo el fundamentalismo religioso en la política chilena, adelantándose a los pujantes movimientos teocrático que a finales de siglo dominarían buena parte de la política internacional.

Después se supo que dormía con una calavera sobre el velador, que era un exquisito gourmet y anfitrión, y que no leía, cosa que no sorprendió a quienes habían tenido la oportunidad de debatir con él en la Universidad. Pero tenía una inteligencia rápida, una cortante habilidad dialéctica, mucha capacidad de trabajo, y un proyecto: acabar para siempre con un régimen político desnaturalizado por el voto de las masas y expuesto al voto extremista. Siguiendo al reaccionario español Vázquez de Mella, oponía "el sufragio universal de los siglos" al sufragio de un día, porque las masas "nada tienen que perder, y además no poseen la posibilidad de dis-

tinguir entre lo que es demagógico y lo que es factible". La trágica ironía es que Guzmán fue asesinado en 1991 por unos descerebrados de ultrazquierda cuando ya era un senador abducido por la democracia restaurada, y tan cómodo en el sistema que había logrado que el presidente del Senado, Gabriel Valdés, cambiara los horarios de las sesiones para que pudiera dormir la siesta.

El otro generador de ideología, ahora colectivo, era un grupo de economistas de la Universidad Católica, a quienes llamaban los Chicago boys porque se habían formado en la escuela de Milton Friedman. Fueron, con Jaime Guzmán, los autores del régimen dictatorial al que durante 17 años pusieron cara los militares. A sus principios ultraliberales les encajaba como un guante la teología de la propiedad privada divulgada por Guzmán, para quien el derecho de propiedad era un derecho natural ajeno a cualquier función social, un derecho "real" más inmediato que los derechos "personales". Durante la dictadura, estos genios autoproclamados, que como todos los economistas unas veces acertaban y otras no, provocaron varias crisis económicas graves. En la peor de todas, uno de ellos, ministro de Minería, dijo: "La recesión tiene su lado bueno; está imponiendo sobriedad y realismo; le da un sentido de sacrificio a los pobres". Y otro, gurú del movimiento y ministro de Economía, declaró: "La peor situación ya la pasamos hace dos años, y en ningún momento llegamos al estrangulamiento [sic] de ningún sector de chilenos" (bien es cierto que, como afirmaba todavía en 2007 una historiadora de la misma tendencia, "los derechos humanos tienen cero valor histórico o muy poco", y "los detenidos desaparecidos son un porcentaje ínfimo de la población"). Un tercero, ultraliberal, gremialista y socio del Opus Dei, hizo a *El Mercurio* esta declaración: "La economía da la posibilidad de plantearse un cuadro completo sobre el comportamiento de las personas. No nos sentimos poseedores de la verdad absoluta, pero hay un margen dentro del cual podemos predecir el comportamiento humano sin equivocarnos". En la preparación del golpe, es-

te grupo de economistas dio a los conspiradores, y en particular a los golpistas de la Armada, un marco ideológico con el que pudieron considerarse capacitados no solo para golpear, sino para gobernar.

El dispositivo antisistema se completaba con un brazo terrorista en perfecta coordinación con el aparato mediático. En los meses anteriores al golpe este brazo cometió dos centenares de sabotajes y atentados que convirtieron el invierno austral en una estación aún más sombría. Las voladuras de torres de alta tensión y de oleoductos castigaban a diario a la población, y el castigo aumentaba con la respuesta del gobierno, obligado a proclamar el estado de emergencia y ordenar el toque de queda. Un grupo paramilitar de simbología nazi, Patria y Libertad, creado en 1971 y articulado con el movimiento gremialista a través de Jaime Guzmán, dirigía en apariencia esta ofensiva terrorista, coordinada en realidad por profesionales que reclutaban a militantes de Patria y Libertad para cada acción, les suministraban armas y explosivos y les marcaban objetivos.

El aparato mediático se ocupaba de magnificar el efecto de los sabotajes y de protestar contra un clima de violencia del que hacían responsable al "violentismo" izquierdista. Cuentan que al primer ministro francés Georges Clémenceau le preguntaron qué creía que dirían los historiadores de la primera guerra mundial, y que respondió: "Lo que no dirán es que Bélgica invadió Alemania". Clémenceau tuvo la suerte de no sufrir ni a los publicistas de la Alemania nazi ni a sus émulos chilenos.

La macabra obra maestra de este complejo mediático-terrorista fue el asesinato del comandante Arturo Araya, edecán naval de Allende, un crimen que lo aturdió como ningún otro acontecimiento de su durísima presidencia. El hecho y sus manipulaciones son conocidos hasta los últimos detalles gracias a las investigaciones del periodista Jorge Escalante y del historiador Jorge Magasich y a las acciones legales iniciadas en 2003 por Enrique y Arturo Araya, hijos del comandante.

En la noche del 26 de julio, un comando provisto de metralletas y explosivos facilitados por elementos vinculados a la Armada recibió la orden de efectuar disparos y detonar bombas en torno al domicilio del comandante Araya. Cuando este salió al balcón alarmado por el estruendo, miembros del comando le dispararon cinco tiros, que sirvieron para cubrir el balazo certero de un francotirador apostado al otro lado de la calle.

Dos oficiales de inteligencia conjurados se apresuraron a recorrer las comisarías de Santiago y eligieron como culpable a un pobre electricista detenido por ebriedad, portador de un carné del Partido Radical que cambiaron por otro, falso, del Partido Socialista. Sometido a tortura, le dictaron una confesión que implicaba a su célula socialista, a tres cubanos y al jefe de la escolta de Allende, y en la que declaraba haberse entregado temiendo por su vida. Sobre esta base se montó durante semanas una tormenta mediática en la que participaron parlamentarios del Partido Nacional y el presidente de la Cámara de Diputados, alimentada por la publicidad de los interrogatorios a la escolta del presidente y el allanamiento de un avión de la compañía Cubana de Aviación. Al cabo de una semana, como ocurriera tras el asesinato de Schneider, la policía de Investigaciones identificó y detuvo a los autores del crimen, pero esta vez el aparato mediático no falló como en 1970: blindó el relato y siguió acusando a la izquierda y al gobierno, hasta el punto de confundir a personas muy próximas al comandante asesinado. La policía no se había equivocado: los detenidos fueron juzgados y condenados años más tarde por la justicia naval a penas de prisión que no cumplieron, sino que fueron recompensados con indultos y nombramientos.

El propósito del crimen era inclinar la balanza en la Armada, donde el almirante Montero aseguraba a duras penas la obediencia al juramento constitucional de los marinos, pero el asesinato logró además desestabilizar al hombre Allende. Arturo Araya había si-

do nombrado edecán por sus jefes, no se conocían de antes, pero en tres años de estrecha convivencia Allende había extendido hacia él, como hacia otros jóvenes, el afecto reservado para los hijos varones que nunca tuvo. Era leal y simpático, y en La Moneda se echaron de menos “las palabras y las bromas con que sacaba a Allende de los dramas”. Acababan de despedirse al término de la recepción ofrecida por la embajada de Cuba en el día de su fiesta nacional. Allende se precipitó al hospital, pidió una bata de médico, asistió a la operación, y cuando ya no había nada que hacer él aún seguía, casi a horcajadas sobre el cadáver, intentando una reanimación imposible.

Al mediodía siguiente, después del velatorio del edecán, Allende reunió a sus íntimos a almorzar en el comedor grande de palacio: su hermana Laura, sus hijas Tati e Isabel, Olivares, Jorquera, Puccio, los otros edecanes, 15 o 20 personas, entre las que se encontraba Moy de Tohá:

—Miré al presidente y vi lágrimas en sus ojos, lo que me golpeó profundamente. Lo conocía un hombre firme, capaz de enfrentar adversidades, siempre sereno, confiado en sus recursos para salir adelante. Lo había visto muchas veces levantar ánimos abatidos de sus colaboradores, lleno de fe en el futuro, lúcido, enérgico... Verlo tan deprimido, destruido, los ojos húmedos, fue muy doloroso.

A los postres, Allende se sirvió un caqui y se levantó, dijo que necesitaba descansar porque no había dormido en toda la noche. Antes rodeó la mesa despacio y se fue despidiendo con una palabra para cada uno de los presentes. A su hermana Laura le dijo:

—Tú crees que nuestra madre habría imaginado que ibas a llegar a hacer lo que haces...

El edecán aéreo, capitán Roberto Sánchez, hizo ademán de seguirlo, pero lo detuvo con un gesto y se retiró a la salita del Doctor en medio de un silencio total. Moy estaba aterrada:

—Pensé que se iba a pegar un tiro.

Detrás de esta patriótica empresa de demolición de una de las democracias más antiguas del mundo estaban las multinacionales mineras del cobre, la ITT y una célula del gobierno de los Estados Unidos dirigida por el consejero de seguridad nacional, Henry Kissinger, al margen de la opinión profesional del departamento de Estado y del espionaje. En junio de 1972 el análisis común de los servicios de inteligencia (National Intelligence Estimate, NIE) notificaba que “las elecciones legislativas, estudiantiles y sindicales siguen celebrándose con normalidad y las fuerzas favorables al gobierno aceptan los resultados cuando les son adversos”, y en vísperas del golpe reconocía que “el grueso de los chilenos pobres creían que [Allende] había mejorado su condición y representaba sus intereses”, y que “el aumento del respaldo a su coalición reflejaba su habilidad política y la popularidad de sus medidas”. También por las mismas fechas, añadía que Allende mantenía abierta la vía de posibles compensaciones a las empresas norteamericanas expropiadas. En el plano internacional, la “comunidad de inteligencia”, a pesar de las presiones de los servicios partidarios de la línea dura, definía las relaciones de Chile con Cuba en términos de “distancia ideológica y vínculos económicos estrechos” y reconocía que La Habana se abstenía de usar a Chile como base para promover la revolución en América Latina; en cuanto a las relaciones con la URSS, anotaba la independencia de Allende respecto del Partido Comunista y concluía que ni Allende ni los militares chilenos aceptarían una presencia militar soviética en Chile, y que la actitud de la Unión Soviética hacia Allende se caracterizaba por la cautela y la contención.

Para evitar que Nixon se dejara influir por estos datos y flojea su ánimo, Kissinger lo excitaba con arengas como esta, grabada por los micrófonos del despacho oval en junio de 1971:

—En la cosa esta de Chile siempre he estado en una línea dura. Tenemos que apoyar a los militares. Estamos hablando de gobiernos comunistas que masacran a la gente...

Nixon, que seguía teniendo entre manos problemas mucho más graves, pareció entender que hablaba de otra cosa, de programas rutinarios de ayuda militar, como si no recordara muy bien quién era ese Allende:

—Eso de la ayuda militar, Henry..., dime, ¿qué supone ese Allende para nosotros?

—¡Presidente, ese hombre tiene un gobierno de partido único! Se mueve muy rápidamente hacia eso. Comienza a ejercer control sobre la prensa, está aislando a los militares. Está tratando a los militares como lo hizo Hitler: los infiltra y neutraliza. Tiene por costumbre cortejar a las esposas de los oficiales. A estas damas les manda flores por sus cumpleaños. Y si toma el control de la policía nunca más habrá elecciones libres.

La respuesta de Nixon fue más distraída que concluyente:

—Sí, claro, entiendo. Estamos perdiendo nuestros instintos ahí en Chile.

El comité del Senado norteamericano que investigó en 1975 la acción clandestina de su gobierno en Chile registra en los tres años de Allende autorizaciones de gasto casi continuas, hasta alcanzar un total de siete millones de dólares. El Senado advierte además de que esa cifra se multiplicaba por cinco una vez cambiados los dólares en el mercado negro. Es seguro que enriquecieron a más de un intermediario. Cada partida de dólares tenía un destinatario preciso: Partido Nacional, Democracia Cristiana, Patria y Libertad, organizaciones patronales y gremiales, y sobre todo radios, revistas y periódicos diarios. A *El Mercurio* se le asignaron en dos partidas, autorizadas el 9 de septiembre de 1971 y el 11 de abril de 1972, la suma de 1.665.000 dólares. A título de comparación, en marzo de 1972 el ingeniero y empresario Víctor Pey, íntimo de Allende, compró por 1.250.000 dólares el tabloide *Clarín*, el de mayor circulación nacional.

Kissinger ha negado su participación en el golpe de Estado en Chile. El comité Church tampoco consiguió pruebas definitivas de

la participación de la CIA o de la inteligencia militar, pero comprobó que entre 1970 y 1973 la estación de la CIA en Santiago acopió "inteligencia operativa necesaria en caso de golpe: listas negras, principales instalaciones y personalidades civiles que necesitaban protección, principales instalaciones oficiales a ocupar y planes de respuesta del gobierno". Es impensable que esa masa de información estuviera destinada a los archivos. Y el 11 de septiembre, cuando el almirante que coordinaba las operaciones recibe desde La Moneda la confirmación de la muerte de Allende, activó su transmisor y comunicó a los generales: *"They say that Allende committed suicide and is dead now"*. ¿Sufrió un súbito ataque de cursilería, o hablaba para gente que no entendía castellano?

Al por qué de su propia muerte, Allende respondió en su discurso final. No mencionó a las instituciones del Estado, no acusó a la Democracia Cristiana, no criticó a la Unidad Popular y no dio nombres, solo los de dos militares a los que llamó rastros y traidores para que quedara claro que no los consideraba representantes dignos ni legítimos de las fuerzas armadas de la nación. Dijo que lo mataban "el capital foráneo y el imperialismo unidos a la reacción".

El día en que murió, Allende, político local sin pretensiones más allá de su isla democrática, dejó para la historia, además de su gesto, dos preguntas de alcance universal.

La primera es sobre la democracia. Allende leyó el discurso ideológico de su vida ante el Congreso Pleno el 21 de mayo de 1971. Es el discurso de la vía chilena al socialismo, "la vía pluralista, anticipada por los clásicos del marxismo pero jamás antes concretada", basada en "el reconocimiento explícito de que el principio de legalidad y el orden institucional son consubstanciales a un régimen socialista". Allende resumía la historia de la democracia en

Chile, y su propia experiencia, diciendo que "las libertades políticas son una conquista del pueblo en el penoso camino de su emancipación; son parte de lo que hay de positivo en el período histórico que dejamos atrás, y por lo tanto deben permanecer", y concluía: "Las libertades políticas son una conquista de toda la sociedad chilena en cuanto Estado". La meta no era menos clara: "transferir a los trabajadores y al pueblo en su conjunto el poder político y el poder económico" mediante "la propiedad social de los medios de producción fundamentales".

La primera pregunta es: ¿pueden los ciudadanos aspirar a cambiar con su voto el modelo de producción capitalista, o están condenados para siempre a elegir entre la sumisión a la aristocracia económica y la revolución social?

La segunda pregunta es sobre el orden mundial, y está implícita en su gran discurso de política internacional. Lo leyó ante la Asamblea de la ONU el 5 de diciembre de 1972, un discurso largo, saludado por los representantes de más de 130 países puestos de pie, en la ovación más prolongada que recuerda la Asamblea. En un pasaje central, después de relatar las agresiones probadas de dos grandes "transnacionales" a su país, fue el primer líder mundial en alertar del "vertiginoso crecimiento del poder económico, la influencia política y la acción corruptora" de esas empresas tentaculares. "Estamos ante un verdadero conflicto frontal entre las grandes corporaciones transnacionales y los Estados. Estos aparecen interferidos en sus decisiones fundamentales, políticas, económicas y militares, por organizaciones globales que no dependen de ningún Estado y que en la suma de sus actividades no responden ni están fiscalizadas por ningún Parlamento". No era una queja tercermundista, pues aclaró: "Ante este peligro, los pueblos desarrollados no están más seguros que los subdesarrollados".

La segunda pregunta es más pertinente que nunca al terminar el primer decenio del siglo XXI: ¿está la globalización económica su-

jeta a la autoridad política emanada del sufragio universal, o es un proceso autónomo dirigido por una élite mundial?

Esa mañana del 11 de septiembre los golpistas fueron víctimas de su falta de sentido de la historia, de su indigencia simbólica y de su miseria retórica. Allende se lo hizo pagar muy caro. A la primera alarma, se vistió en un minuto, atravesó con su escolta media ciudad y se instaló en el palacio presidencial. Cuando tuvo la evidencia de que el alto mando del Ejército no le obedecía, y que por tanto el golpe había triunfado, miró a su alrededor y vio que no estaban en sus puestos los presidentes de las cámaras legislativas, y tampoco el presidente del poder judicial, y que solo él encarnaba la historia, los símbolos y el honor de la República.

Advirtió también que los jefes de los partidos de su coalición se recluían en los locales secretos dispuestos desde hacía meses y pasaban a la clandestinidad, y que por tanto era urgente dar información y dirección al pueblo de izquierda. Aprovechó otro defecto de técnica de golpe de Estado, ya que seguían en el aire emisoras de radio con las que tenía comunicación desde su despacho. La nación tuvo información puntual y precisa del desarrollo de los acontecimientos de boca del presidente, que evitó así intoxicaciones finales, rumores incontrolados, directrices contradictorias y sacrificios inútiles (“el pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse”). Asumió y ejerció, en suma, la dirección única del movimiento político, sindical y popular que lo había hecho presidente. El último discurso lo pronunció por un teléfono sostenido por Puccio, “sentado en su escritorio, con un casco de acero en su cabeza y un fusil AK en las manos; estaba absolutamente sereno y tranquilo”, y terminaba:

—Trabajadores de mi patria, tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo en que la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que mucho más temprano que tarde, de nuevo abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor.

Llamó a Moy de Tohá y le pidió que retuviera a doña Tencha en la residencia de Tomás Moro (“va a querer venir a La Moneda y no quiero que la vejen”). Llamó a Víctor Pey para arreglar asuntos personales e interesarse por la seguridad del general Prats. Se encaró con su hija Tati, embarazada, y la obligó a abandonar el palacio con su hermana Isabel y con las mujeres de la secretaria. Despidió a los efectivos de Carabineros que estaban de guardia (y para despedirlos, perfecto anfitrión hasta el final, hizo servir a los oficiales un whisky que él no probó), pero los obligó a salir sin sus armas. Entonces armó con fusiles automáticos y ametralladoras a sus amigos de siempre, a Puccio, a Olivares, a Jorquera, a los escoltas, a los ocho médicos de La Moneda, a los sociólogos de su GAP intelectual, a Luis Orlando Lagos, el fotógrafo que lo seguía desde la campaña de 1952, y a un puñado de efectivos de la policía de Investigaciones, unas 40 personas, los hizo tomar posición en las ventanas y encabezó a balazos, no la defensa de La Moneda, que era inútil, sino la representación de la defensa de La Moneda. Era su forma de dar la cara que no daban los instigadores ni los autores del golpe y de escenificar con las armas en la mano su función de jefe de las Fuerzas armadas constitucionales.

Cuando cesó el bombardeo aéreo y las llamas se apoderaron de la parte central del palacio, Allende ordenó a su gente que alzara bandera blanca y evacuara el edificio. El hombre que vivió siempre acompañado eligió quedarse solo. Entró en el salón Independencia y dio la última orden a los que salían:

—¡Cierren la puerta!

Se sentó en un sillón con el fusil entre las piernas. Tenía 65 años y debía estar muy cansado. Se colocó el cañón bajo la barbilla con gesto de cirujano y apretó el gatillo.

Epílogo

Después de Allende

Nosotros escogimos,
nadie pesó en las alas de la balanza
sino nuestra razón abrumadora
y este camino se abrió con nuestra luz:
pasan los hombres sobre lo que hicimos,
y en este pobre orgullo está la vida,
es éste el esplendor organizado.

Pablo Neruda, *Cantos ceremoniales*

El cadáver de Allende fue trasladado en secreto al cementerio de Viña del Mar y enterrado en una tumba prestada. Solo pudieron acompañarlo Hortensia Bussi y Laura Allende. Doña Tencha se negó a llorar para no dar satisfacción a los militares presentes.

La junta militar cerró el parlamento, prohibió los partidos políticos y los sindicatos, y sus servicios secretos asesinaron, desaparecieron y torturaron a miles de ciudadanos. El brazo civil de la dictadura destruyó los registros electorales, desmanteló la educación pública gratuita y los servicios sociales y repartió entre los suyos los bienes y concesiones del Estado.

A finales de 1974, tras la caída del presidente Nixon, el nuevo presidente de los Estados Unidos, Gerald Ford, reconoció la intervención en Chile y cortó la ayuda militar a la Junta.

El 22 de enero de 1982, a los 71 años, cuando reemergía como referente de toda la oposición democrática, el ex presidente Eduardo Frei murió en una clínica de Santiago por complicaciones posteriores a una operación rutinaria. "La verdad cruda y desnuda es que fue asesinado", declaró en 2007 su hijo, el también ex presidente Eduardo Frei Ruiz-Tagle. En espera de decisión judicial, todo indica que fue envenenado por los servicios secretos de la dictadura.

El 5 de octubre de 1988, el NO de la ciudadanía en un referéndum convocado para perpetuar el régimen puso fin a 17 años de dictadura civil y militar. Una coalición de demócrata cristianos, socialistas y radicales, con apoyo externo de los comunistas, ha ganado desde entonces cuatro elecciones presidenciales consecutivas, dos veces con candidatos demócrata cristianos y otras dos con candidatos socialistas, y el país empieza a recuperar los estándares históricos de su régimen democrático.

Al iniciarse al siglo XXI, en vísperas del segundo centenario de la independencia, la agricultura era el sector más dinámico e innovador de la economía chilena gracias a la reforma agraria iniciada por el presidente Frei. El Estado reducía la pobreza y restablecía las prestaciones sociales gracias a los dividendos del cobre nacionalizado por Allende.

El 15 de agosto de 1990 fueron exhumados los restos de Salvador Allende para su traslado solemne al Cementerio General de Santiago. El doctor Arturo Girón, uno de los últimos que lo vieron vivo en La Moneda, convocado para reconocer el cadáver, dijo:

—Es el hombre.

Bibliografía

- ACADEMIA DE CIENCIAS DE LA URSS, *Revolución y contrarrevolución en Chile*, 1980.
- AGNIC, OZREN, *Allende, el hombre y el político*, 2008.
- ALEGRÍA, FERNANDO, *Allende. Mi vecino el presidente*, 1989.
- ALLENDE, ISABEL, *Paula*, 1994.
- Mi país inventado*, 2004.
- ALLENDE, SALVADOR, *Higiene mental y delincuencia*, tesis, 1933, coordinación editorial de Víctor Pey, 2005.
- La realidad médico-social chilena*, 1939.
- Obras escogidas*, comp. Eduardo Quiroga, 1995.
- Obras escogidas*, comp. Gonzalo Martner, 1992.
- La vía chilena al socialismo*, comp. Joan Garcés, 3ª ed., 1998.
- ALMEYDA, CLODOMIRO, *Obras escogidas 1947-1992*, comp. Guaraní Pereda, 1992.
- AMORÓS, MARIO, *Compañero Presidente. Salvador Allende, una vida por la democracia y el socialismo*, 2008.
- ARANCIBIA CLAVEL, PATRICIA, "Cita con la historia", entrevistas, 2006.
- ARANCIBIA CLAVEL, PATRICIA; ARANCIBIA FLOODY, CLAUDIA; DE LA MAZA CAVE, ISABEL, *Jarpa, confesiones políticas*, 2002.

- AYLWIN AZÓCAR, ANDRÉS, *Simplemente lo que viví (1973-1990)*, 2003.
- AYLWIN AZÓCAR, PATRICIO, *El reencuentro de los demócratas. Del golpe al triunfo del NO*, 1998.
- BAÑO, RODRIGO (ed.), *Unidad Popular. 30 años después*, 2003.
- BENÍTEZ, HERMES H., *Las muertes de Salvador Allende*, 2006.
- BITAR, SERGIO, *Chile 1970-1973. Asumir la historia para construir el futuro*, 2ª ed., 2001.
- BOLAÑO, ROBERTO, *Nocturno de Chile*, 2000.
- CALDERÓN, ALFONSO, COÑ SCHLOTTFELDT, MARILIN, *Memorial de Valparaíso*, 1986.
- CAVALLO, ASCANIO, *Memorias del Cardenal Raúl Silva Henríquez*, 3 vol., 1991.
- CAVALLO, ASCANIO; SERRANO, MARGARITA, *Golpe. 11 de septiembre de 1973*, 2003.
- CASANOVA, MARÍA (COORD.), *Sergio Larraín*, catálogo, 1999.
- CORREA, SOFÍA; FIGUEROA, CONSUELO; JOCELYN-HOLT, ALFREDO; ROLLE, CLAUDIO; VICUÑA, MANUEL, *Historia del siglo xx chileno*, 2001.
- Documentos del siglo xx chileno*, 2001.
- CORVALÁN, LUIS, *De lo vivido y lo peleado. Memorias*, 1997.
- DEBRAY, RÉGIS, *Conversación con Allende*, 1971.
- Les masques, une éducation amoureuse*, 1987.
- Loués soient nos seigneurs, une éducation intellectuelle*, 2000.
- DELORS, JACQUES, *Mémoires*, 2004.
- DERMOTA, KEN, *Chile inédito. El periodismo bajo democracia*, 2002.
- DONOSO, JOSÉ, *Conjeturas sobre la memoria de mi tribu*, 1996.
- DORFMAN, ARIEL, *Rumbo al Sur, deseando el Norte, un romance en dos lenguas*, 1998.
- EDWARDS, JORGE, *Persona non grata*, 1973.
- Desde la cola del dragón*, 1977.
- EDWARDS VIVES, ALBERTO, *La fronda aristocrática en Chile*, 17ª ed., 2005.
- EKAIZER, ERNESTO, *Yo, Augusto*, 2003.
- FARIAS, VÍCTOR, *Salvador Allende, antisemitismo y eutanasia*, 2005.
- FERNÁNDEZ CAMPO, SABINO (intr.), *Los discursos del poder*, 2003.
- GARCÉS, JOAN E., *Allende y la experiencia chilena. Las armas de la política*, 1976.
- GARCÍA MÁRQUEZ, GABRIEL, *La aventura de Miguel Littín clandestino en Chile*, 1986.
- GAZMURI, CRISTIÁN, *Eduardo Frei Montalva y su época*, 2 vol., 2000.
- GAZMURI, JAIME; MARTÍNEZ, JESÚS MANUEL, *El sol y la bruma*, 2000.
- GÓNGORA ESCOBEDO, ÁLVARO; ARANCIBIA CLAVEL, PATRICIA; VIAL CORREA, GONZALO; YÁVAR MEZA, ÁLVARO, *Chile (1541-2000). Una interpretación de su Historia Política*, 2000.
- GONZÁLEZ, MÓNICA, *La conjura. Los mil y un días del golpe*, 2000.
- GONZÁLEZ CAMUS, IGNACIO, *Renán Fuentealba. En la génesis de la Concertación*, 2007.
- GONZÁLEZ CRUCHAGA, CARLOS, *Historia de una polémica. Monseñor Manuel Larraín y los orígenes de la Democracia Cristiana en Chile*, 1997.
- GUEVARA, ERNESTO, *Viaje por Sudamérica*, ed. Roberto Massari, 2007.
- HA-JOON CHANG, *Bad Samaritans: The Myth of Free Trade and the Secret History of Capitalism*, 2007.
- HERSCH, SEYMOUR, *The Price of Power: Kissinger in the Nixon White House*, 1983.
- HITCHENS, CHRISTOPHER, *The Trial of Henry Kissinger*, 2001.
- HUNEEUS, CARLOS, *El régimen de Pinochet*, 2001.
- JOCELYN-HOLT LETELIER, ALFREDO, *El Chile perplejo. Del avanzar sin transar al transar sin parar*, 1998.
- JORQUERA, CARLOS, *El Chicho Allende*, 1990.
- KORNBLUH, PETER, *Los Estados Unidos y el derrocamiento de Allende*, 2003.
- LABARCA, EDUARDO, *Salvador Allende, biografía sentimental*, 2007.
- LAZO, CARMEN; CEA, ELIANA, *La Negra Lazo, memorias de una pasión política*, 2005.
- LAVRETSKI, J., *Salvador Allende*, traducción de Castul Pérez, 1978.
- LIRA MASSI, EUGENIO, *La cueva del Senado y los 45 senadores*, 1968.

- MAGASICH, JORGE, *Los que dijeron "no". Historia del movimiento de los marinos antigolpistas de 1973*, 2 vol. 2008
- MAPU, *El primer año del Gobierno Popular*, 1972.
—*El segundo año del Gobierno Popular*, 1973.
- MARAMBIO, MAX, *Las armas de ayer*, 2007.
- MARTÍNEZ CORBALÁ, GONZALO, *Instantes de decisión, Chile 1972-1973*, 1978.
- MARTNER, GONZALO, *El Gobierno del Presidente Salvador Allende, 1970-1973. Una evaluación*, 1988.
- MONCADA DURRUTI, BELÉN, *Jaime Guzmán, el político. Una democracia contrarrevolucionaria*, 2006.
- MOULIÁN, TOMÁS, *Chile actual, anatomía de un mito*, 9ª ed., 1997.
—*Conversación interrumpida con Allende*, 1998.
—*Fracturas, de Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende (1938-1973)*, 2006.
- NOLFF, MAX, *Salvador Allende, el político, el estadista*, 1993.
- NOVOA MONREAL, EDUARDO, *La batalla por el cobre*, 1972.
- PARRA, ÁNGEL, *Manos en la nuca*, novela, 2005.
- PINTO SANTA CRUZ, ANÍBAL, *Chile, un caso de desarrollo frustrado*, 1959.
- PRATS GONZÁLEZ, CARLOS, *Memorias. Testimonio de un soldado*, 1985.
- PUCCIO GISSEN, OSVALDO, *Un cuarto de siglo con Allende*, 1985.
- QUIROGA, PATRICIO, *Compañeros. El GAP: la escolta de Allende*, 2001.
- RAMÍREZ NECOCHEA, HERNÁN, *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891*, 3ª edición, 1972.
- ROCHA, JUAN GONZALO, *Allende, masón. La visión de un profano*, 2000.
- RODRÍGUEZ, ANICETO, *Entre el miedo y la esperanza. Historia social de Chile*, 1995.
- SELSER, GREGORIO, *Los días del presidente Allende*, 1991.
- SERRA, JOSÉ, *Economic Policy and Structural Change in Chile 1970-1973*, tesis doctoral, 1977.
- SOTO, FRANCISCO, *Fascismo y Opus Dei en Chile*, 1996.
- SUÁREZ, JAIME, *Allende, visión de un militante*, 1992.
- SUBERCASEAUX, ELIZABETH, *Gabriel Valdés, señales de Historia*, 1998.
- TEITELBOIM, VOLODIA, *Un muchacho del siglo xx*, 2006.
- TEJEDA, GUILLERMO, *Allende, la señora Lucía y yo*, 2002.
- TIMERMAN, JACOBO, *Chile (el galope muerto)*, 1987.
- VAYSSIÈRE, PIERRE, *Le Chili d'Allende et de Pinochet dans la presse française*, 2005.
- VALENZUELA, ARTURO, *The breakdown of democratic regimes, Chile, 1978; El quiebre de la democracia en Chile*, 1989.
- VENEROS, DIANA, *Allende*, 2003.
- VERDUGO, PATRICIA, *Interferencia secreta, 11 de septiembre de 1973*, 1999.
- VUSKOVIC BRAVO, PEDRO, *Obras escogidas sobre Chile, 1964-1992*, comp. Raúl Maldonado, 1993.
- WITKER, ALEJANDRO, *Salvador Allende cercano*, 1990.
—(ed.) *Archivo Salvador Allende*, 20 vol., 1990 a 1993.

Índice onomástico

- Agnic, Ozren, 239, 261
- Aguirre Cerda, Pedro, 132, 133, 137,
138, 139, 146, 157, 171, 173, 174,
177, 195, 235, 284
- Alegría, Fernando, 44, 122, 151
- Alessandri, Arturo, 30, 43, 49, 54, 55,
56, 59, 69, 70, 71, 72, 73, 104,
107, 115, 116, 122, 123, 128,
132, 133, 134, 135, 136, 141,
167, 174, 175, 189, 192, 194,
209, 215, 216, 268
- Alessandri, Fernando, 193, 194, 195
- Alessandri, Jorge, 43, 53, 119, 194,
238, 239, 268, 275, 281, 311,
313, 316, 317, 318, 319, 322,
323, 333
- Allende Isabel, 32, 143, 146, 192, 335
- Allende, Tomás, 32, 146
- Allende Bussi, Beatriz (*Tati*), 149, 152,
288, 289, 290, 291, 292, 331,
348, 371, 377
- Allende Bussi, Carmen Paz, 152, 204
- Allende Bussi, Isabel, 81, 152, 371,
377
- Allende Castro, Guillermo, 29
- Allende Castro, Ramón, 29
- Allende Castro, Salvador, 29, 30, 43,
44, 54
- Allende Castro, Tomás, 29
- Allende Garcés, Gregorio, 23
- Allende Garcés, Ramón, 23
- Allende Garcés, José María, 23
- Allende Gossens, Inés, 41, 47, 55, 101,
102
- Allende Gossens, Laura, 33, 34, 41, 47,
149, 266, 371, 381
- Allende Padín, Ramón, 21, 23, 24, 25,
27, 28, 29, 30, 31, 43, 44, 54,
56, 92, 101, 161, 200
- Almeyda, Clodomiro, 215, 223, 230,
234, 262
- Altamirano, Carlos, 215, 231, 282, 346

- Ambrosio, Rodrigo, 291, 308
 Ampuero, Raúl, 181, 214, 221, 222, 232, 263, 281, 283, 306, 307
 Anderson, Jack, 329
 Araneda Bravo, Fidel, 22
 Araya, Arturo, 348, 369, 370
 Araya, Enrique, 369
 Árbenz, Jacobo, 257, 258
 Arcos, Santiago, 105
 Arévalo, Juan José, 257
 Aylwin, Patricio, 34, 321, 360, 363, 364
 Bachelet, Michele, 294
 Bacon, Francis, 200
 Bakunin, Mijail, 48
 Balmaceda, José Manuel, 21, 22, 23, 25, 45, 49, 56, 120, 133, 166, 188, 189, 345, 364
 Baltra, Alberto, 308
 Barros, Jaime, 263, 264
 Bartulín, Danilo, 365
 Beccaria, Cesare, 83
 Bello, Andrés, 24
 Berlendis, Aristóteles, 189
 Berlinguer, Enrico, 343
 Betancourt, Rómulo, 151, 255
 Bilbao, Francisco, 105, 106, 118
 Bitar, Sergio, 320
 Blest, Clotario, 231, 244
 Blest Gana, Alberto, 106
 Blum, León, 129
 Bolaño, Roberto, 164, 227, 339
 Bolívar, Simón, 23
 Borges, Jorge Luis, 77
 Boye, Otto, 28
 Breznev, Leonid, 228, 342, 343
 Briones, Carlos, 118, 119, 120, 145, 149, 151, 165, 167, 174, 181, 363, 364
 Bulnes, Francisco, 114, 319
 Bussi, Hortensia (*Tencha*), 27, 28, 92, 146, 147, 148, 149, 150, 151, 165, 167, 205, 226, 292, 334, 335, 349, 377, 381
 Calderón, Rolando, 282
 California Spiro, 267
 Carbonell, Juan Carlos, 91
 Caro, José María, 138, 139, 244, 246, 250, 253
 Carrillo, Santiago, 343
 Casanova, Cristián, 205, 261
 Casanova, Mariano, 364
 Casanueva, Carlos, 248
 Castillo Velasco, Fernando, 301
 Castro, Fidel, 110, 240, 248, 258, 259, 260, 270, 286, 288, 289, 331, 362
 Castro, Raúl, 257
 Castro del Fierro, Eugenia, 29
 Cea, Eliana, 114
 Clémenceau, Georges, 369
 Clinton, Bill, 341
 Corvalán, Luis, 137, 228, 254, 285, 309, 310, 314, 343, 346, 359
 Corbalán, Salomón, 232, 234, 261, 263, 283
 Coutts, Waldermar, 88
 Cruz Coke, Eduardo, 63, 141, 162, 193, 195, 207, 245, 246, 247, 265, 278
 Chamberlain, Neville, 179
 Chelén, Alejandro, 172
 Chi Minh, Ho, 110, 309
 Chonchol, Jacques, 298, 300, 308
 Church, Franck, 270
 Churchil, Winston, 12, 179, 283
 Contreras Bell, Miria (*Payita*), 291, 292, 330, 331, 348, 349
 D'Alembert, 200
 Darío, Rubén, 18
 Darwin, Charles, 18
 Dávila, Carlos, 73, 74, 75, 76, 104
 de Gaulle, Charles, 12, 160, 196, 288
 de la Barra, Eduardo, 46
 de la Barra, Pedro, 151
 de Miranda, Francisco, 23, 24
 de Prats, Sofía, 355
 de San Martín, José, 24
 de Unamuno, Miguel, 100
 Debray, Régis, 24, 31, 48, 60, 103, 200
 Delors, Jacques, 344
 Demarchi, Juan, 48, 60, 61, 103
 Descartes, René, 200
 Diderot, Denis, 200
 Dorfman, Ariel, 335
 Drake, Francis, 18
 Droguett, Carlos, 149
 Durán, Julio, 268
 Edgard Rice, Burroughs, 18
 Edwards, Agustín, 327
 Edwards Bello, Joaquín, 17, 19, 20, 57
 Edwards Vives, Alberto, 20, 46, 49, 50, 51, 52, 142, 143, 191, 328, 364
 Enríquez, Miguel, 290, 291, 331
 Errázuriz, Federico, 25
 Errázuriz, Isidoro, 120
 Errázuriz Lazcano, Ladislao, 143
 Escalante, Jorge, 369
 Espejo, Patricia, 64, 229, 348, 349
 Farías, Víctor, 77, 78, 79, 80, 81, 206
 Feuerbach, Ludwig, 200
 Ford, Gerald, 382
 Franco, Francisco, 92, 160, 253, 311, 367
 Franklin, Benjamín, 24
 Frei Montalva, Eduardo, 102, 139, 147, 194, 214, 230, 238, 239, 240, 243, 247, 248, 249, 250, 251, 252, 253, 254, 255, 260, 264, 265, 266, 268, 269, 270, 275, 276, 277, 278, 279, 280, 283, 288, 289, 293, 294, 295, 296, 297, 298, 299, 300, 301, 302, 310, 311, 317, 318, 319, 320, 321, 322, 323, 325, 326, 329, 332, 333, 334, 341, 353, 354,

- 357, 358, 360, 361, 362, 363, 365, 382
- Frei Ruiz-Tagle, Eduardo, 382
- Freud, Sigmund, 35
- Fuentealba, Renán, 300, 325, 356, 360, 362
- Fuenzalida, Edmundo, 140
- Garcés, Joan, 314, 340, 341, 346
- García Márquez, Gabriel, 11, 51, 77, 223, 225, 339, 340, 341, 356
- Garibaidi, Giuseppe, 187
- Gazmuri, Cristián, 265
- Gazmuri, Jaime, 220, 309, 360, 367
- Girón, Arturo, 382
- Godoy Urrutia, César, 173
- Goldwater, Barry, 341
- González, Eugenio, 23, 73, 105, 198, 232
- González, Felipe, 299
- González, Mónica, 34, 321
- González Cruchaga, Carlos, 139, 251, 253
- González Videla, Gabriel, 130, 132, 193, 195, 196, 197, 198, 219, 233, 250
- González von Marées, Jorge, 116, 134
- Gossens Uribe Arsenio, 22
- Gossens Uribe, Laura, 22, 33, 42, 47
- Gossens, Arsène, 32, 33
- Grabherr, 163
- Granado, Alberto, 257
- Green, Graham, 261
- Grove, Eduardo, 53, 56, 76, 93, 101, 102
- Grove, Hugo, 93
- Grove, Jorge, 92, 93
- Grove, Marmaduke, 53, 56, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 93, 104, 105, 108, 111, 113, 117, 130, 131, 132, 144, 176, 181, 188, 193, 214, 265, 288
- Guevara, Ernesto (*Che*), 110, 219, 256, 257, 258, 287, 289, 313, 314, 330
- Gumucio, Rafael Luis, 116, 122, 132
- Gumucio, Rafael Agustín, 92, 149, 223, 236, 248, 300, 309
- Guzmán, Patricio, 292
- Guzmán Errázuriz, Jaime, 297, 298, 367, 368, 369
- Ha-Joon Chang, 160
- Haya de la Torre, Víctor Raúl, 151
- Heidegger, Martin, 77
- Helms, Richard, 328
- Earhart, Amelia, 72
- Herrera, Ariosto, 140
- Hernández Parker, Luis, 277
- Hersh, Seymour, 329
- Heyerdahl, Thor, 72
- Hidalgo, Manuel, 69, 107
- Hitchens, Christopher, 328
- Hitler, Adolf, 77, 79, 80, 172, 373
- Hobsbawm, Eric, 53, 150, 308
- Hoover, Herbert C., 179
- Huidobro, Myriam, 264, 331
- Huidobro, Ramón, 146, 147
- Huidobro, Vicente, 18, 59, 151
- Hurtado, Alberto, 164, 244
- Ibáñez, Bernardo, 181
- Ibáñez del Campo, Carlos, 42, 56, 59, 60, 61, 62, 68, 69, 70, 71, 72, 74, 107, 116, 134, 135, 136, 140, 157, 174, 175, 194, 214, 215, 217, 220, 221, 222, 224, 230, 236, 239, 248, 254, 269
- Jara, Víctor, 315, 358
- Jaurès, Jean, 344
- Jiménez de Asúa, 85
- Jimeno, Claudio, 348
- Jobet, Julio César, 105
- Jocelyn-Holt, Alfredo, 51, 159, 204, 299
- Johnson, Lyndon B., 341
- Jorquera, Carlos (*Negro*), 28, 58, 118, 135, 140, 149, 208, 209, 210, 227, 229, 350, 371, 377
- Joxe, Alain, 342
- Juan XXIII, 139, 246, 269
- Kendall, Donald, 327, 328, 329
- Kennedy, John F., 12, 259, 260, 269, 313
- Kerenski, 253
- Kissinger, Henry, 326, 327, 328, 372, 373
- Korry, Edward, 319, 327, 329
- Kropotkin, Piotr, 48
- Labarca, Eduardo, 224, 226
- Labarca, Miguel, 200, 224, 261
- Lafertte, Elías, 60, 69, 107, 121, 181, 193
- Lanzarotti, Julio, 135
- Larraín, Manuel, 244, 250, 251, 298
- Larraín, Sergio, 164
- Lavreski, J., 31, 103
- Lazo, Carmen (*Negra*), 113, 114, 115, 117, 118, 119, 181, 217, 220
- Leighton, Bernardo, 92, 248, 249, 253, 356
- Lenin, 60
- Linz, Juan José, 341
- Lira Massi, Eugenio, 224, 225, 282, 283, 284, 293
- Littín, Miguel, 103
- Llona, Francisca, 146
- Locke, John, 200
- Lombroso, Cesare, 80, 83, 84, 85
- London, Jack, 18
- Loti, Pierre, 18
- Luther King, Martin, 12, 269
- Maclver, Enrique, 28
- Maira, Luis, 320, 321, 346
- Mallarmé, Stéphane, 48
- Mandujano, Manuel, 145, 151, 188, 217
- Marambio, Max, 225, 290, 309, 330, 331, 334
- Marañón, Gregorio, 84
- Marat, 90

- Marchais, Georges, 343
 Martner, Gonzalo, 234, 352
 Martínez, Carlos Alberto, 105
 Marx, Karl, 188, 200
 Masglo, O., 84
 Matte, Eugenio, 70, 73, 75, 76, 104, 105, 113, 174
 McNeill Whistler, James, 18
 Melville, Herman, 18
 Merino Benítez, Arturo, 73, 265
 Millas, Orlando, 173, 362
 Mistral, Gabriela, 253
 Mitterrand, François, 12, 261, 343, 344, 345
 Monnet, Jean, 160
 Montenegro, Ernesto, 18
 Montero, Juan Esteban, 69, 70, 73
 Montero, Raúl, 246, 370
 Montini, Juan Bautista, 252
 Morales Etchevers, Moy, 227, 228, 293, 294, 371, 377
 Moro, Aldo, 343, 357
 Moulián, Tomás, 59, 63
 Murillo, Fernando, 135
 Mussolini, Benito, 62, 115, 215
 Nabuco, Joaquim, 51
 Naranjo, Óscar, 268
 Neruda, Pablo, 58, 77, 152, 192, 193, 203, 221, 256, 295, 306, 308, 346, 350, 355, 381
 Nixon, Richard, 313, 326, 327, 328, 329, 342, 352, 372, 373, 382
 Nolff, Max, 234, 262, 271, 352
 O'Higgins, Bernardo, 23, 81, 318
 Olavarría, Arturo, 135
 Olivares, Augusto, 149, 210, 229, 350, 371
 Onofre Jarpa, Sergio, 333
 Orlando Lagos, Luis, 377
 Orrego Luco, Luis, 46
 Ortega, Sergio, 315
 Ortega y Gasset, José, 156
 Ossa, Sergio, 318
 Ovalle, Zoila Rosa, *Mama Rosa*, 41, 42, 53, 57, 62, 64, 181
 Pablo VI, 301
 Pablo, Tomás, 324
 Padín, Vicente, 25, 56
 Paredes, Eduardo (*Coco*), 332
 Parra, Ángel, 315
 Parra, Isabel, 315
 Parra, Nicanor, 99, 230
 Parra, Violeta, 77, 315
 Pascal, Gastón, 205, 289
 Pascal, Andrés, 289, 290
 Pende, Nicola, 84
 Pereira, Julio, 142
 Pérez Zujovic, Edmundo, 332, 357, 358
 Pey, Víctor, 350, 373, 377
 Picasso, Pablo, 77, 271
 Pinochet Le Brun, Tancredo, 52
 Pinto Garmendia, Aníbal, 41
 Pinto Riesco, Aníbal, 175
 Pinto Santa Cruz, Aníbal, 160, 169, 170, 171
 Pío XII, 139, 252
 Piwonka, Gonzalo, 261
 Platón, 12
 Prat, Arturo, 21
 Prats, Carlos, 318, 319, 322, 323, 342, 350, 353, 354, 355, 359, 361, 365, 377
 Puccio, Osvaldo, 82, 149, 167, 186, 187, 188, 189, 206, 223, 227, 229, 235, 236, 261, 262, 263, 264, 266, 267, 268, 280, 289, 290, 307, 310, 313, 315, 334, 348, 353, 371, 376, 377
 Puccio Guzmán, Osvaldo, 73, 81
 Puccio Huidobro, Osvaldo, 81, 82, 262, 290
 Quiroga, Patricio, 79
 Quiroz, Rosa, 42
 Rauff, Walter, 78, 79, 80, 81
 Recabarren, Luis Emilio, 106, 107
 Rettig Guissen, Raúl, 45, 46, 193, 195, 208, 209
 Riesco Germán, 50
 Rimbaud, Arthur, 48
 Ríos, Juan Antonio, 173, 174, 176, 195, 209
 Robespierre, 90
 Rocha, Juan Gonzalo, 33, 92, 94, 122, 175
 Rodríguez, Aniceto, 68, 131, 137, 181, 263, 277, 282, 287, 307
 Rodríguez, Carlos Rafael, 256
 Rodríguez, Zorozabel, 47
 Rojas, Gonzalo, 18
 Roosevelt, Franklin D, 179, 197, 260
 Ross, Gustavo, 132, 137, 142, 157
 Ross, Luis, 100
 Russell, Bertrand, 271
 Salazar, Gabriel, 52
 Sánchez, Luis Alberto, 151
 Sánchez, Roberto, 348, 371
 Santa Cruz, Hernán, 99, 100, 145, 146, 147, 151, 152, 165, 167, 169
 Santos Vera, José, 48
 Schneider, René, 319, 320, 322, 323, 324, 332, 333, 334, 353, 354, 370
 Schnake, Óscar, 73, 104, 105, 108, 113, 131, 144, 166, 173
 Sepúlveda, Adonis, 282
 Sepúlveda, Ramón, 48, 111, 112, 172
 Serra, José, 352
 Serrano, Margarita, 208
 Shostakovich, Dimitri, 271
 Silva Henríquez, 244, 246, 298, 314, 333, 360, 365
 Sócrates, 12
 Sotomayor, Justiniano, 174
 Stalin, 119, 172, 219, 232, 270
 Suárez, Jaime, 236, 291
 Subercaseaux, Benjamín, 19, 151
 Tarud, Rafael, 263, 308
 Tejeda, Guillermo, 210, 291

Timermans, Jacobo, 349, 350
 Tocqueville, Alexis de, 51
 Tohá, José, 149, 217, 227, 228, 293, 347
 Tomic, Radomiro, 248, 249, 310, 311, 312, 316, 317, 320, 322, 356
 Tristán, Flora, 18
 Trotsky, Leon, 60, 219
 Truman, Harry S., 198
 Valdés Subercaseaux, Gabriel, 325, 326, 327, 333, 350, 356, 357, 360, 362, 368
 Valéry, Paul, 114, 141
 Valenzuela, Arturo, 341, 342
 Vargas Llosa, Mario, 39, 54, 148
 Vattier, Carlos, 151
 Vázquez de Mella, Juan, 367
 Vekemans, Roger, 296
 Véliz, Claudio, 150
 Veneros, Diana, 31, 121, 167, 168, 181
 Verne, Julio, 18
 Vexler, Érica, 41, 226, 246, 312, 351
 Vial Correa, Gonzalo, 80
 Vicuña Mackenna, Benjamín, 25
 Viera-Gallo, José Antonio, 169, 348, 363, 365
 Vizcarra, José, 121
 Vuskovlc, Pedro, 234, 314, 318, 352, 357
 Waiss, Óscar, 63, 118, 216
 Washington, George, 24
 Weber, Max, 156, 161
 Wiesenthal, Simon, 77, 78, 79, 81, 82
 Wilde, Óscar, 114
 Witker, Alejandro, 120
 Wolf, Katherina, 188
 Wolf, Markus, 188
 Zaldívar, Andrés, 294, 318, 320
 Zedong, Mao, 286, 345

Índice

Introducción. El paso del abismo	7
Capítulo 1. Allende venía de lejos	15
Capítulo 2. Los nombres de Allende	37
Capítulo 3. Las identidades de Allende	65
Capítulo 4. Valparaíso.	97
Capítulo 5. El Frente Popular	125
Capítulo 6. El camino propio	153
Capítulo 7. La isla democrática	183
Capítulo 8. Los métodos de Allende	211
Capítulo 9. Entre dos revoluciones	241
Capítulo 10. La reinención de Allende	273
Capítulo 11. Las tres victorias de Allende	303
Capítulo 12. La muerte de Allende	337
Epílogo. Después de Allende	379
Bibliografía	383
Índice onomástico	391

Premio Internacional de Ensayo Jovellanos

- 1995 Los muchos rostros de la ciencia
Antonio Fernández-Rañada
- 1996 Socioglad de cultura, sociedades de ciencia
Emilio Lamo de Espinosa
- 1997 La construcción ética del otro
Gabriel Bello Reguera
- La revolución posdemocrática
Javier Tusell
- 1998 El delirio, un error necesario
Carlos Castilla del Pino
- 1999 Qué es el hombre. Evolución y sentido de la vida
Pedro Laín Entralgo
- 2000 Razones para actuar. Una teoría del libre albedrío
John R. Searle
- 2001 Las profecías no se cumplieron
Amando de Miguel
- 2002 La palabra descendida. Un acercamiento al Corán
Emilio González Ferrín
- 2003 Los buenos europeos. Hacia una filosofía
de la Europa contemporánea.
Félix Duque
- 2004 Ariadna y Penélope.
Redes y mixturas en el mundo contemporáneo
Fernando Zalamea Traba
- 2005 Las emergencias del mundo:
economía, poder, alteridad
Sophie Bessis
- 2006 La ideología española
Enrique Gil Calvo
- 2007 Ética de la razón cordial.
Educar en la ciudadanía en el siglo XXI
Adela Cortina
- 2008 Inexistente Al Ándalus
De cómo los intelectuales reinventan el Islam
Rosa María Rodríguez Magda
- 2009 Salvador Allende
Jesús Manuel Martínez

Premio Internacional de Ensayo

Jovellanos

Miembros del jurado

Sabino Fernández Campo, conde de Latores, presidente del jurado y de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas y ex-jefe de la Casa S. M. el Rey

Pedro de Silva Cienfuegos-Jovellanos, abogado, ex presidente del Principado de Asturias

Jorge Fernández Bustillo, catedrático de Filosofía, ex consejero de Educación, Cultura y Deportes del Principado de Asturias

Juan Luis Iglesias Prada, catedrático de Derecho Mercantil en la Universidad Autónoma de Madrid y socio del bufete Uría&Menéndez

José Luis García Delgado, ex-rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo y miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

María Socorro Suárez Lafuente, catedrática del Departamento de Filología Anglogermánica y Francesa de la Universidad de Oviedo

Juan Antonio Vázquez García, ex-rector de la Universidad de Oviedo

Lluis Xabel Álvarez Fernández, secretario del jurado y filósofo

Este riguroso ensayo biográfico ha sido merecedor de uno de los galardones más prestigiosos del mundo hispano hablante: el premio Jovellanos 2009, del Principado de Asturias, otorgado en España para distinguir obras que hagan una aportación relevante a las humanidades. El jurado, integrado por notables intelectuales europeos, ha destacado “la excelente expresión literaria y alto contenido testimonial de una obra que refleja pasajes cruciales de la historia de Chile que poseen a su vez resonancia internacional”. En efecto, el libro aborda las diferentes facetas en la vida y la personalidad de Salvador Allende en un relato que también ahonda en la situación histórica, política y social de Chile, un país ilustrado y próspero en el oligárquico siglo XIX, que desde principios del siglo XX quedó roto y polarizado ante la emergencia de una pujante clase media y de un poderoso movimiento obrero. Una nación que, como el propio Allende, tuvo que reinventarse a sí misma. “Quiero ser Presidente de este país para cambiarlo”, decía quien fuera el ministro más joven del Frente Popular, fundador del Partido Socialista y, tras cuatro campañas electorales, Presidente de la República durante mil días.

En forma ágil y amena el autor se interna en el personaje y con singular maestría le da la palabra, permitiendo que sea Allende quien se exprese en distintos momentos de su vida personal y política. Construye así, una inédita y penetrante visión sobre un referente ineludible de la historia de Chile y la interrupción de la “vía chilena al socialismo”, con las interrogantes que aún permanecen vigentes.

ISBN 978-956-324-022-1



9 789563 240221

